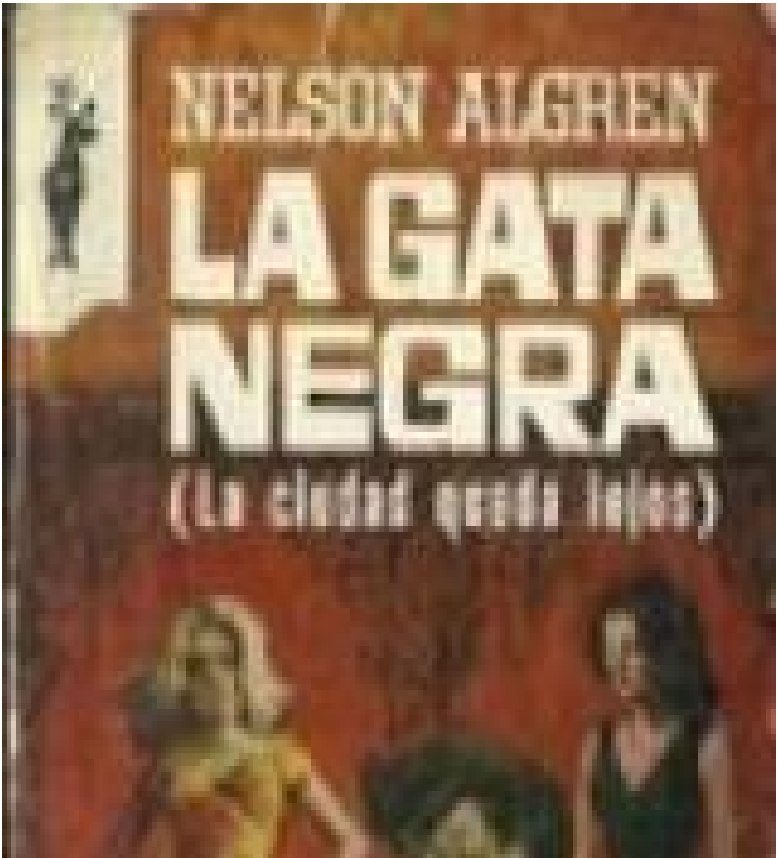
NELSON ALGREN
LA GATA NEGRA
(La ciudad queda lejos)

Annotation

Corren los áridos años posteriores al crack de 1929 y el protagonista de este paseo es Dove Linkhorn, un joven sin educación, sin futuro, sin demasiado apego por su padre y su hermano, pero con una legión de efímeros compañeros de viaje: vagabundos, ex presidiarios, prostitutas... marginados de todo tipo en los que Algren ha concentrado el espíritu de su obra: "el libro se cuestiona por qué los marginales a veces demuestran ser mejores seres humanos que aquellos que nunca han estado perdidos en toda su vida".

Nelson Algren

La Gata Negra

Título original: WALK ON THE WILD SIDE

Versión española de FRANCISCO ELIAS

Portada da C. SANRÓMA

© Luis da Caralt, 1968 Depósito Legal: B. 7.012-1968

Difundido por

PLAZA & JANES, S. A.

Barcelona: Enrique Granados, 86-88

Buenos Aires: Montevideo, 333

México D. F.: Amazonas, 44

Bogotá: Carrera 8.* Núms., 17-41

LIBROS RENO son editados por Ediciones G. P.,

Apartado 519, Barcelona, e Impresos por Gráficas Guada, S. R. C.

Rosellón, 24, Barcelona - ESPAÑA

PRIMERA PARTE

> -No es más que un pobre hombre, solo y abandonado - dijo Fitz Linkhorn el más

comprensivo de ellos-, la muerte de su mujer lo dejó un poco turulato.

-Es el espíritu de la contradicción - dijo de él el menos comprensivo -. Si cae al río y se ahoga, flotará contra la corriente.

Porque lo que había amargado a Fitz no tenía nombre. Tenía la sensación de que cada día, al despertar, le tendían un lazo y que cada noche el sueño que le acometía era una nueva trampa. La sensación, en fin, de que era engañado, de que no jugaban limpio con él. Nadie supo por qué o por quién.

Intuía que todo estaba perdido. Perdido hacía ya mucho tiempo, en una tierra más inclemente que ésta, desde muchas generaciones atrás. Trató de asir con sus dedos esta sensación de pérdida, y darle un significado, ya como una nostalgia ancestral, ya como alguna herida secreta; porque flotaba allí, y si se la pudiera llevar a la luz, aparecería tan palpable y viva como la sangre de sus venas. Alguien detrás de él se complacía en volverle contra sí mismo, hasta que su misma fortaleza se trocaba en debilidad. Hombres más débiles, llenos de vicios y flaquezas, prosperaron y progresaron más que Linkhorn. En sus ojos ardía el fuego lento de la envidia.

-No esperen de mí carantoñas de ramera solía decir, aunque nadie le acusara de ello.

Un metro ochenta y tres centímetros de Wanda y bamboleante humanidad. Procedía de una raza de hombres blandengues, desmesurados, bamboleantes del clan pescuezudo que produjo a Calhoun y Jackson, a Jesse James y a Jeff Davis. A este clan pertenecía también el mismo Lincoln. Hombres cerriles, solitarios, enjutos, atezados, sin tierras, incluso cuando vivían en arenales, y en Hooverville[1] ya no tenían cabida los hombres cerriles y selváticos.

Los blancos los llamaban «blancos desgraciados» y los negros «desgraciados blancos». Desde que la primera roca asomó por encima de las aguas aplacadas, no hubo un solo príncipe en la rama fitzbriana del clan de los Linkhorn.

Reyes inmemorables los habían desposeído de sus cosechas en aquel

lejano país inclemente. Aquellas sementeras eran, hoy en día, arenales. Y los huesos blanqueados de los viejos reyes, el mar se los había tragado.

No obstante, cada rey, antes de echarles el garabato cuidaba de que gentes dignas de su confianza, asumiesen la responsabilidad de echar la zancadilla a los Linkhorn. La consigna era: ¡Abajo los agitadores!

Duques y barones, señores y pecheros, comerciantes y políticos, grandes y pequeños terratenientes, todos habían formado un frente único para el bravo empeño. Cuando un Linkhorn conseguía finalmente escapar al yugo de su Escocia natal y partir al Nuevo Mundo, una voz corría como la pólvora, adelantándose a él: ¡Ojo avizor¡ ¡Ojo con un mozo cerril y selvático de un clan indeterminado, dispuesto a todo y siempre armado. Prefiere la pelea al trabajo, la bebida a la pelea, y la mujer a la bebida. No es contrario a intentar las tres cosas simultáneamente."

El primer Linkhorn libre que arribó a las playas del bravo Nuevo Mundo, prontamente dejó de ser libre para convertirse en un esclavo de la gleba. No era justo. Empero, a través de muchos veranos aromados de tabaco, en tierras de Virginia, los Linkhorn no destriparon muchos terrones ni recogieron óptimas cosechas. En un continente en donde abundaba la caza, era una necedad vivir encorvado sobre el arado. No tardaron, pues, en abandonar las eras.

Mozos fogosos y rebeldes, huían de la esclavitud de la tierra. Aunque sólo tuviesen por todo bien una choza y un cántaro, miraban por encima del hombro al dueño de mil acres de tierra. Era Burns su poeta predilecto.

Orgullosos pegujaleros, enemigos de toda clase de esclavitud, vieron cómo el gran terrateniente, así que hubo reclutado mano de obra negra, pudo sentarse a descansar en el porche blanco de su casa, y dejar que el mundo siguiera su marcha. Los Linkhorn mientras tanto, apoyaban sus flacas espaldas en las paredes de madera de sus míseras chozas y alzaban el cántaro lleno de matarratas. Burns seguía siendo su poeta predilecto.

Adversos siempre a trabajar con sus manos, las plantaciones los fueron empujando hacia el interior de los montes Ozark. Allí estuvieron escondidos tanto tiempo, imprecando: «¡La plaga llegue a vuestras dos casas!», que él escondite fue para ellos una forma de vivir.

-Es la guerra particular del señor Linkhorn. No es de nuestra calaña -decía la gente.

Más tarde, alguna que otra vez, fueron a la ciudad y la vieron llena de telares que transformaban en tejidos los productos de las plantaciones de algodón; los derechos del amo sobre el trabajador habían pasado de la plantación a la fábrica. Entre un invierno riguroso y una alegre primavera, los Linkhorn cambiaron de residencia. Esta vez se instalaron en los montes Cookson.

Sesenta años después de Appomattox[2], un Linkhorn apareció en el valle del Río Grande, una tierra aromada por la flor de azahar. Seguía imprecando: «¡ Caiga sobre vuestras cabezas la maldición del cielo! y buscando inspiración en el cántaro de matarratas. Si se hubiese celebrado aquel día una Convención de blancos desgraciados, Fitz habría sido su presidente.

La tierra producía algodón y fruta. También petróleo. Brotó un día, caudaloso, y al año se secó. Durante este tiempo Fitz desempeñó el empleo de capataz, hizo algún dinero y se echó una novia. Era cerril como él y se jactaba de ser bravía. Se casó con ella.

El algodón se estropeó; igualmente la fruta. El petróleo había echado a perder la tierra. Se convirtió aquel país en la tierra de la cosecha única, y esta cosecha era polvo. Quince años de una cosecha semejante y la mujer abandonó este mundo por, otro mejor.

Aquellos primeros años habían transcurrido bajo el signo de la flor de azahar y del amor, pero el polvo había terminado por arrastrar amor y flor de azahar hasta el golfo de Méjico, dejando a Fitz más pobre que nunca también, como nunca, ayuno de cariño. Por los años 1930 iba por la ciudad con una manguera alquilada, achicando y limpiando pozos negros.

Y no se sentía ofendido cuando, yendo y viniendo por el poblacho, con sus botas de pocero, le saludara la gente con las palabras:

-¡ Hola, predicador ¡

Mucha gente en aquel pueblo se abstenía de saludarle. Era impredecible el hombre. Lo mismo acogía con una sonrisa las burlas de un vecino, como le volvía la espalda a otro que le había saludado con un cordial «¡Hola, amigo!» En una localidad en donde casi todos los moradores bailaban, jugaban o blasfemaban, la única diversión que se permitía Fitz era la de volver la espalda a la gente que no le simpatizaba.

Era contrario al baile moderno, a los vestidos modernos, al juego, a la blasfemia, a los cigarrillos y al pecado. Predicó que la prolongada sequía del año 1930 era la forma empleada por Dios para poner fin a tales cosas. Pero como la sequía continuó y no cayó ni una gota de agua, rectificó y dijo qué todo aquello era obra del Papa.

Se rumoreaba también que era contrario a la fornicación.

Pero también se había dicho que era contrario al whisky de maíz.

Los sábados por la noche cubría sus harapos con un viejo levitón negro; en un bolsillo interior del mismo, tras uno de los largos faldones, guardaba un frasco pardo al que llamaba su «Matadiablo». Erguido en lo alto de la escalinata de la Audiencia Territorial y lanzando improperios a diestro y siniestro, solía atraerse regularmente un público de burlones y de creyentes, unos y otros con los pies descalzos. Porque, borracho como una cuba e inope como un mendigo, el público de Fitz siempre era el mismo.

A veces se detenía una muchacha, unos instantes, en el corro de hombres en torno a Fitz, y simulaba cierto interés en La Palabra. Pero el hambre despide un tufillo más penetrante que el amor, y la chica perdía al punto todo interés en el debate y se largaba.

Para muchos, en Arroyo, el día del Señor era el sábado; pero para Fitz todas las noches eran del Señor.

-Y cuando querían vino - exclamó, poniendo en su sitio a un guasón que quería saber qué era aquel bulto debajo de su levita-, la madre de Jesús le dijo; «Dales vino.» Satanás no le pidió cuentas a la madre de Jesús por aquel vino, y no creo que me las pida a mí por estos sorbos que tomo de mi frasco.

-¿Qué es, pues, lo que manda a uno de cabeza a las llamas del infierno? -preguntó un creyente; que quería saber a qué atenerse.

-¡No te *mandan* de cabeza a las llamas del infierno. -le aseguro Fitz i Naciste *en medio* de ellas! Dios ha levantado una valla alrededor del infierno. Para que un pecador no pueda salir de él. No puede, ni abriéndose camino por debajo de la cerca. Demasiado profunda. ¡Tampoco puede saltar por encima de ella! ¡No puede saltársela a la torera! ¡Está electrificada!

-¿Y cómo saliste tú? -le preguntó, suavemente, el guasón de antes. Estaba a horcajadas sobre el cañón de la ciudad, su rostro y su cuerpo sumidos en las sombras como un artillero que perdió a la vez batalla y

causa.

-¡Yo me escapé *escalándola!* -aclaró Fitz, y siguió con su tema, imperturbable -. Escalé el primer peldaño porque es el del Amor. Escalé el segundo porque es el de la Misericordia. Y escalé él tercero porque es el del sufrimiento...

-¿No dijiste que la cerca está electrificada? -le recordó el cañonero, pero Fitz estaba muy abstraído en su escalonamiento para escucharle.

-...Y llegué finalmente al más alto escalón, el de su Preciosa Sangre. Hermanos, ¡suban por el escalón del Amor! ¡ Suban por el escalón de la Misericordia! ¡Suban por el escalón del Sufrimiento! ¡Y preparaos para escalar el peldaño de la *sangre!*

-¿Sabes? En eso mismo estaba yo pensando hace un instante -comentó el del cañón lanzando un salivazo al suelo. Pero Fitz no le prestó la más mínima atención.

-Sé que muchos de vosotros habéis venido desde muy lejos para que yo os salve y os lleve a la Mansión Celestial - reconoció, solemne -. Esta era mi intención, Pero ahora, después de contemplar estos rostros, he cambiado de sentir. Muchachos, lo lamento en el alma, pero el Señor no desea veros... El Señor no puede desear que un hatajo de impúdicos bujarrones se pasee por las calles empedradas de oro. El Señor tolera a los pecadores, pero abomina de las ratas de alcantarilla. ¡Y que Dios me condene si cargo yo con esa responsabilidad!

Y, abiertamente, sacó su frasco y echó un trago.- Tanto los escépticos como

los creyentes acogieron con aplausos el gesto. El anciano sé iba animando por momentos.

-¡Así se hace, predicador! ¡Échate otro trago al coleto! ¡No esperamos de ti carantoñas de ramera!

Fitz chasqueó los labios. Cubrió el frasco con un pañuelo sucio y volvió a colocarlo en el bolsillo.

-¡Háblenos ahora de la tentación, padre! - fingió implorar el hombre encaramado en el cañón.

Quería que Fitz aludiese al Papa.

-En cuanto a la tentación, me limitaré a decir esto, Byron Linkhorn -

declaró el anciano, encarándose directamente con su hijo -. Esta noche tenemos aquí, en nuestro grupo, a algunos que votaron por el «papa»[3] el año 1928. ¿Creéis que el Señor puede olvidar esta acción nefanda?

Fitz podía perdonar a un hombre que fumara marihuana, pero no que votara a Al Smith. Otros que habían votado también por él en 1928 permanecieron silenciosos, dejando que Byron Linkhorn cargara solo con la culpa colectiva. Este silencio implicaba que Byron había truncado las esperanzas de todos en una Nueva Jerusalén. Ahora ya nadie podía irse.

-Di cómo los demás podemos ser salvados - imploró un hipócrita.

-O bien cuéntanos lo que te pasó el día en que te caíste en el pozo negro -exclamó, tranquilamente, Byron.

Fitz no transigía con el «papa», pero tampoco transigía Byron con Fitz.

-Los designios del Señor son inescrutables. No hay nada que mueva esa gran verdad -replicó el anciano -. Ejemplo: ese zascandil que está ahí encaramado es, para mi desventura, ¡mi propio hijo!

-¡Ahora viene lo bueno! -exclamó uno del grupo, hundiendo en la tierra, con anticipado regocijo, los dedos de uno de sus pies descalzos -. ¡Ahora que el matarratas le ha aclarado las ideas al viejo loco!

-...Una criatura nefasta indigna de vivir en este mundo, un mundo que pronto ha de abandonar - dijo Fitz con tonos esperanzadores-. El Señor da y el Señor quita, y mientras más pronto nos quite de encima a este guiñapo humano, más respirable será el aire que respiremos en este lugar. No le quedan ya pulmones, su razón flaquea y tiene el corazón seco como una hoja de otoño. De un momento a otro se quebrará el hilo de su existencia. Le envidio. Sus tribulaciones, pronto cesarán.

El hombre encaramado en el cañón trató de replicar, pero se lo impidió un acceso de tos, tan fuerte y resonante que todos los rostros se volvieron hacia él.

Ofrecía un aspecto lamentable, de hombre con un pie en la tumba; sin embargo, nadie se compadeció de él.

Con un pañuelo apretado sobre sus labios Byron descendió, cuidadoso, del cañón. La voz de su padre, acompañada de media docena de voces tan cascadas como la suya, comenzó a entonar un

himno que les era a todos familiar. El himno se elevó, con todas sus discordancias, por encima de toda discusión:

La muerte es una visión amable

que no tiene par en el mundo.

No hay un rostro comparable

con el rostro de un difunto.

Y le fue siguiendo, conforme bajaba la escalinata y alcanzaba la calle, atronándole

los oídos; y todo ello sin dejar de toser y de gargajear sangre.

Habían venido para ver perder a alguien. Que fuera siempre el mismo, semana tras semana, les procuraba una punzante satisfacción. Todos los sábados por la noche, era siempre Byron el que pagaba el pato. Entre sus accesos de tos, el gentío y su padre, siempre era él el que perdía. ¿ Qué había en él que todos rechazaban? ¿Qué era el placer que derivaba de su tortura?

Byron era un individuo que, en sus comienzos, había sido más intrépido que la mayoría...

Esto era lo que todos desaprobaban.

Porque había que ver a Fitz, saltando, literalmente *saltando,* batiendo palmas por encima de su cabeza y vociferando, triunfal:

Tal como soy, zarandeado

por los temores y las dudas

por la lucha despedazado.

¡Cordero de Dios! ¡A ti vengo!,

¡Tal como soy! ¡Aquí estoy!

-¡ En él nombre de Jesús, ven como eres! -Y terminado su sermón, bajaría

corriendo la escalinata, ansioso de recibir alabanzas y más que alabanzas algunos sorbos de las botellas que llevaban encima los presentes, fueran estos creyentes o escépticos.

-¡Eh, predicador! ¡No te despistes! ¡ Ven como eres!

Fitz se bamboleaba un tanto. No obstante, en su mirada empañada por las brumas del alcohol había destellos de victoria. El Señor perdonaría al que con tanto empeño defendía su Arca.

-Predicador -le decía uno-, esta noche me has confortado el corazón. Me curaste de mis dudas, La próxima semana traeré a los chicos, también necesitan cura. No así mi mujer. Esa es incurable. No es la misma desde que la hizo caer el Maligno. -Jamás debiste recogerla del fango en que cayó - fue su respuesta -. ¿Cómo está ahora?

-Mejor, gracias. Ya lo sabes, si alguna vez te dejas caer por casa, puedo procurarte algún trabajo. Tengo atascadas las letrinas.

Dave Linkhorn no podía recordar una sola ocasión, lugar o persona, gato o perro

de guarda que hubiese solicitado su afecto o comprensión, Pero a veces, en las honduras de un sueño intranquilo, había experimentado una extraña sensación, la de que una mujer de espléndida cabellera de un dorado ardiente le acariciaba la mano y se desvanecía a continuación tras de una puerta con espesos cortinajes.

Una puerta que jamás había tenido cortinajes». Y más que cuarto era una covacha, con él techo tan bajo que el mástil de su cama lo tocaba.

Era la suya una cama de tosca construcción casera. La había hecho su madre, y ésta también había hecho lo demás. Lo demás era el colchón relleno de cáscaras y hollejos de frutas, él cobertor acolchado y las dos almohadas redondas llamadas «de pega». En la de la izquierda las manos maternales habían bordado estas palabras: *Dormí y soñé que la vida era belleza.* La de la derecha: *Desperté y hallé que la vida era deber.* Con frecuencia, la cabeza de Doye descansaba entre las

dos almohadas.

No tenía importancia. Aunque tenía dieciséis años, no sabía leer y eran para él letra» muertas la«inscripciones de las almohadas y aquella que se veía, en la pared, detrás del hornillo.

CRISTO

es quien manda en esta casa

EL HUESPED INVISIBLE

en todas nuestras comidas.

EL QUE ESCUCHA, SILENCIOSO,

todas nuestras conversaciones.

Fitz no le había mandado a la escuela primaria en protesta de-que hubiera en ella

un maestro católico, Pero nadie protestó de su protesta. Nadie en él Departamento de Educación reclamó al chico. No había Departamento de Educación.

Si alguien quería que su hijo aprendiera, lo mandaba a la escuela. Si no quería, no lo mandaba y nadie se preocupaba por ello. Podía en este último caso, obligarle a trabajar. Pero no había trabajo. Y por lo general se iba al cine. Dove no había ido todavía a este espectáculo, pero pensaba hacerlo pronto, cuando llegaran a Arroyo, John Barrymore y Marian Marsh, en la película *Trüby*. Pidió a su hermano Byron que le pagara la entrada.

-¿Y si la Eternidad te sobreviniera estando divirtiéndote en los dominios del diablo? ¿Cómo salvarías tu alma? -le había contestado

Byron, burlándose así simultáneamente de su padre y de su hermano y soslayando de esta forma la cuestión, porque no tenía un solo centavo en el bolsillo.

Tampoco había estado Dove en un baile. Pero en más de una ocasión lo había presenciado desde la puerta de la sala, junto con otros curiosos.

Tómala por su mano de lirio

y llévala, airosa, por el salón

danzando con ella hasta el delirio

hasta que olvides su religión.

Mucho tiempo después que se hubo acostado, aquella noche, la luz de la candileja lo tuvo despierto. Esta candileja era muy especial. La habían hecho mediante una torcida sujeta a una piedra; ésta, inmersa en una vasija medio llena de la pringue que había quedado en la sartén después de freír el tocino del desayuno. Byron la llamaba «la candileja neuseabunda». Pero Fitz decía siempre de ella:

-¡Dejad que la mugre ilumine al mundo! -y se daba por satisfecho de esta definición.

A la luz débil y vacilante de esta singular mariposa, Dove veía a su padre y a su hermano acostados a unos pasos de él y entregados a sus habituales extravagancias. Oía sus palabras insólitas, cuyo significado no comprendía -corrupción, generaciones, ofrendas ardientes, ofertas de paz, ofertas pecadoras-. A veces frases enteras. ¿Qué significaba el ardimiento de este enojo tan grande?

-¡Ojalá despuntara ya el día! Para que sus albores disipen el temor que hay en tu corazón y tus ojos vislumbren la verdad.

- *No* quiero discutir ya más contigo. -Byron se daba por vencido, mientras la luz de la lamparilla se extinguía-. La enfermedad me está venciendo.

-¡Tu enfermedad! ¡No llames así la corrupción de tu alma! - le replicó el padre.

-¿Y tú, papá, cómo te sientes estos días?

-Contento y satisfecho -le contestó el anciano.

Hasta Dove sabia que el viejo mentía.

Tanto los mejicanos como los norteamericanos de aquel poblado sabían que el predicador no estaba enteramente en sus cabales, y que Byron fumaba más grifa de lo que convenía a sus pulmones.

-Nací para fumar hierba - se ufanaba -. Moriré pobre, pero sin trabas de clase alguna.

Pero ¿qué podía hacerse con Dove con su pelo entre rojo y amarillo? Y con cejas tan claras que apenas se veían.

-¿Estás seguro de que este mozo tiene todo lo que se supone ha de tener un chicarrón de su tamaño? - decía un escéptico a otro, con aire perplejo.

El mozo Compraba un trozo de tabaco para mascar, se recostaba en la puerta de la tienda de comestibles y se pasaba toda la mañana mascando tabaco y escupiéndolo. Si alguien le preguntaba qué estaba haciendo, farfullaba:

-Estoy cavilando.

Y no salía de sus cavilaciones y de su inmovilidad. Y si en alguna ocasión un adarme de estímulo le obligaba a la acción, se ponía a correr y a vociferar como un descosido.

-El chico está desarrollado y crecido -explicaba el padre.

Algo más también estaba creciendo y desarrollándose dentro de la mente de Dove. De repente, una luz se encendía dentro de su cerebro, iluminando tierra y cielo, convirtiendo una mata vulgar en un ascua de oro, un pájaro en una rama, en un puro portento de color y forma, y al punto la luz se apagaba y todo desaparecía como tras de unas cortinas grises que se fueran cerrando lentamente. Esos momentos jamás volvían a producirse.

Un día de marzo vio en el monte el renuevo solitario de un árbol, vencido por el viento, contra un sólido muro azul, y le pareció que no

lo había visto antes y que en cuanto se apartara de él se desvanecería en el aire» Muchas veces, posteriormente, fijó su vista en aquel esbelto brote, pero jamás lo vio con la fidelidad de la primera vez.

A veces era su propio hermano Byron el blanco de su extraño mirar. Ora lo observaba atento, yendo y viniendo por la cocina, entregado a inútiles menesteres ora se le antojaba que era un perfecto extraño dedicado a tareas misteriosas. Otra vez, la visión que tenía de su hermano era la de un hombre tendido, inmóvil y rígido; tenso de vida y sin embargo, con la quietud de la muerte. En años sucesivos Dove jamás oyó el prolongado estrépito de los trenes al cruzar un puerto en la oscuridad, pero sí recordaba la visión de un nuboso amanecer, a través de una puerta abierta; jamás oyó el silbido de una locomotora en la noche, pero sí percibía la imagen de su hermano Byron con la boca entreabierta, crispada y torcida como la de un muerto, con las punteras de los zapatos pardos hacia arriba en el revuelto y desaseado camastro del rincón. No obstante, jamás supo, en toda su vida, quien era, realmente, Byron.

Otro misterio era la buganvilla. Nació y creció esta planta detrás de un cuadro de bicicleta clavado en la pared de tablas. ¿A quién pudo ocurrírsele clavar una bicicleta, sin ruedas y con cuadro oxidado por la lluvia, en una pared hecha de tablas de madera? Nadie pudo decírselo, y a nadie tampoco se le ocurrió desclavar de allí aquellos hierros roídos por el óxido. La buganvilla se extendía por todos lados, como si quisiera ocultar bajo sus hojas toda aquella inútil ferralla. La planta parecía adormilada por la mañana, pero al acercarse la noche mostraba señales de inquietud. A veces el viento la hacía vibrar como si unos dedos sucios de polvo la tocasen, sin miramientos. Y de pronto, cuando el sol la hería de lleno, toda la planta parecía como estremecida por el dolor.

La casa daba la impresión de que una fuerte racha de viento podría derrumbarla. El suelo estaba siempre sucio. Las cortinas, hechas de sacos de guano, eran puros harapos. El tubo de la estufa salía al exterior por un agujero hecho en la pared. Detrás de ésta, veíase una quebrada abierta por el pico de incontables siglos.

Una noche, una llovizna fina asentó el polvo que cubría el patinillo, frente a la puerta. Dove oyó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado de cinc, y debajo de éste el bronco jadear de dos hombres borrachos.

Bajó la luz de la candileja. Lucían arriba las estrellas mejicanas y unos perros mejicanos ladraban. Alguien cantaba: *¡Poy, poy, poy!,* con un tono agudo como si emulara a los perros. Dove tocó la planta, los

ojos cerrados, para sentir con más fuerza las hojas. Bajó sus yemas, éstas vibraban.

Por la mañana la bicicleta yacía en el suelo y la buganvilla se desparramaba triunfalmente por la pared. Nadie reparó en que Dove había desclavado la bicicleta. Ni él mismo supo por qué lo había hecho.

No obstante, al terminar la mágica primavera del año 1930, con aquella sequía interminable, la inquietud y la desazón de Dove crecieron con el correr de los días. Hasta que, lleno de una nebulosa nostalgia, se echó al camino, un camino sin salida que una vez tomaran los hombres que se dirigían a tierras del Oeste. Ahora llevaba sólo a lugares erizados de latas vacías, frecuentado por los vagabundos que afluían por la línea de Santa Fe Pacífico.

Años atrás un vagón de mercancías desenganchado del convoy había rodado monte abajo y volcado en un chaparral. Medio hundido, ahora, en la arena, y poco menos que destrozado, sólo quedaba en pie su esqueleto de hierro y unas cuantas planchas de madera, y todo ello proyectaba sobre la arena una menguada sombra en días en que la sombra era tan preciosa como el agua. Siempre se veían allí, descansando, a dos o tres vagabundos.

Hasta allí llegó aquel día Dove, sin saber qué era lo que andaba buscando y vio a un hombre con pantalones caqui y una camisa rota y deshilachada. Estaba tendido y tenía una botella en la mano. Al acercarse al hombre vio que era su hermano y se puso a examinarlo: un individuo extraño hundido en la arena, como el vagón de mercancías destrozado. Había visto, con frecuencia, a su hermano embriagado en la casa; pero así, tendido al aire libre, para que todos lo vieran, era un espectáculo que avergonzó al muchacho.

Vio allí a jóvenes no mayores que él que se pasaban de mano en mano una botella. Calentaban café sobre una hoguera y cocían alubias en una lata: liaban los pitillos con una sola mano y se jactaban de las veces que habían estado en chirona.

Hablaban de los tiempos pasados, agradables y desagradables, fáciles y difíciles, en el campo, en la ciudad, en los caminos, en las fábricas, en las casas, grandes, medianas y pequeñas en todo lo que podía hacerse o dejar de hacerse para evitar la tragedia mayor del mundo: el trabajo.

Dove tendió el oído, y se enteró de que en ciertas cárceles en donde

la comida era pura bazofia, los *hombres* compraban fuera, gracias al tributo forzoso que exigían *de* todos los nuevos reclusos. Si no llevaban dinero encima, el tributo lo pagaban con sus botas o zapatos. Si el recluso llegaba sin dinero y descalzo, entonces recibía tantos puntapiés en el trasero como decretaba el tribunal de los perdularios por el delito de entrar en la cárcel sin el consentimiento de sus inquilinos. No obstante, descalzo o calzado, bravucón o acoquinado, siempre compartía con los demás la comida comprada fuera de la cárcel.

Supo de una cárcel en el sur de Luisiana en la que los presos poseían una tesorería de más de 200 dólares y en la que invitaban a cenar una vez a la semana al director de la cárcel y al calabocero. En la de Grayson County, los presos publicaban un semanario titulado *Crossbat Gazette.*

En Laredo, las celdas estaban todas alineadas en un solo lado. Se enteró también de que el cabo de varas en Huntville tenía por mal nombre Tom *el Llorón.* En Hilisboro, Missouri, los presos tenían colchones y sábanas.

También hablaron de lances afortunados: uno estuvo a mesa y mantel, durante dos meses, en la casa de un pastor protestante. Otro se encontró con una chica borracha en un vagón de ganado; el de más allá se había encontrado una chaqueta flamante, nueva en un vagón de mercancías al que subió, una noche, en Carrizozo.

Dove se enteró de que Beaumont era un lugar que debía de evitarse a todo trance. Que en Greensboro, en un lugar llamado Narth Klina, había un pueblecillo que era peor que la peste. Pero era todavía más infecto el que le seguía, Boykin. En cuanto al Estado de Georgia, todo él era intransitable.

-Si te cogen allí tienes grilletes para rato.

-¡Oh! Pero en cambio te atizan quince centavos a la semana y un trozo de tabaco de mascar todos los domingos.

«Esto *último* -se dijo Dove Linkhorn- no me parece tan mal.

-No te acerques ni en sueños a Waycross - le aconsejó un viejo trotamundos -, a menos que quieras pasar todo un año en un campo de terebinto.

Y comenzó a cantar, golpeando a compás en una lata vacía.

Yo no quiero que mi hijo sea un soldado

quiero que sea mi orgullo y mi cayado.

La región este de Tejas era áspera y difícil: no así el valle del río Grande. Aquí lo

único que te pedían los ferroviarios era que te apeases por el lado opuesto al andén. Podías cruzar todo el Estado de Alabama, siempre que no viajaras en plan de turista y saludaras con una sonrisa al jefe de estación,. Y, sobre todo, ojo con los polillas de la «A. & W. P.»[4].

-Estos chivas son muy graciosos. Te cogen y te dejan en un lugar desierto llamado Chehawee, y tienes que caminar cuarenta y cinco millas para llegar a Montgomery. Pero si les disparas un pápiro de a cinco te dejan seguir el viaje.

-¡Mucho ojo con un pueblecito en Mississippi llamado Flomaton, porque allí está Wing Binga *el Manco*. Una noche golpeó a dos «turistas» con el cañón de su pistola, pero más tarde volvieron y lo precipitaron debajo de las ruedas del tren. Así perdió el brazo derecho. Ya antes de esto era malo: ahora es pues veneno concentrado.

-¡Cuidado con Marsh City! Alá tienes a Hank Pugh. Y no se te ocurra ir a Greenville..., son los demonios de Buck Bryan. Este punto recorre todo el tren disfrazado de vagabundo... Sólo se le distingue por su sombrero de ala ancha con tres agujeros en la copa y por la cachiporra que siempre lleva en la mano. Lo único que puedes hacer es estarte quieto y esperar los acontecimientos. No puedes escaparte. Le gusta tener en la mano esa cachiporra, pero lo que más le encanta es el «Colt» que lleva al cinto. Por eso no te queda otro remedio que agachar la cabeza, taparte los ojos y escuchar el zumbido de la cachiporra. Sus hombres acuden por un lado y otro. ¡Dios nos libre de correr o de hacerle cara, o de no llevar dinero encima y, sobre todo, Dios nos libre si uno es negro!

-Mucho cuidado con Lima, en Ohio. Y huye de Springfiel, el del Estado de Missouri. Y no te acerques ni en broma a Denver, Colorado, en donde está Jaek Duncan. Y apártate de Tulsa, de Tucson y de Joplin. Y en cuanto a Chicago, ¡ni hablar! ¡Ojo con Fort Wayne, y Saint Paul, y Saint Joe, ojo, mucho ojo...!

Dove vio a uno de ellos, tullido, sorprendido y cegado como un canejo por el resplandor de un poderoso foco, mientras el maquinista y el fogonero exclamaban a dúo:

-¡Largo! ¡Largo de aquí!

Jamás hablaron a Dove de sus esfuerzos patéticos para mantenerse limpios, o relativamente limpios. Siempre estaban implorando y mendigando para que les diesen jabón y agua. No bien terminaba de satisfacer su sed y su hambre, el vagabundo se ponía a lavar su única camisa. En todos los empalmes, sobre los vallados o sobre la hierba, se veían tendidas las descoloridas camisas, tanto si el tiempo era húmedo como si era seco. Llevaban todos peines, espejitos de bolsillo, cepillos de dientes, atados por un cordel al cuello, y eran para ellos como un tesoro.

Veía manos que delataban su origen; manos de feriantes, de gentes de circo, que guardaban su dinero en bolsas de goma, como las usadas para llevar tabaco. Una vez vio una mano de anciano, morena y arrugada, que exhibía un largo guante negro de aquellos que tiraban al público las *strip-teases* a los espectadores de las primeras filas. Al pasar de mano en mano, cada hombre olía el guante y juraba que aún conservaba el perfume de la mujer. Su dueño, finalmente, se lo metió en el bolsillo, con un suspiro de alivio como si se congratulara de haberlo rescatado sin pelea alguna.

Y también uno de ellos refirió el caso de un chiquillo al que encontraron desangrándose en un vagón de mercancías, en algún punto de la línea.

Dove pudo percibir entonces que al igual que con el guante perfumado, una sensación desagradable recorrió aquel círculo de hombres sin hogar y sin familia.

Sus hogares se hallaban en diez mil torres de agua, en corros salpicados de latas vacías en aquellos vagones de mercancías de color de búfalo, en los que, desafiando a la ley, surcaban las tierras del Oeste.

Vio sus hogueras en la noche y pensó que aquel fuego no caldearía jamás aquellos corazones yertos. Dio m cavilar que él era también una parte del Oeste. Y que su andanza había sido inútil...

Una vez más había sido defraudado.

«Vuelvo a tener mi jaqueca de todas las noches», dijo para sí, y

regresó a su mísera vivienda. Sobre el hornillo había una sartén en la que se freían unos trozos de carne. Los paños de cocina colgaban de una cuerda que iba desde la llave de tiro de la estufa a una alcayata clavada en la parte superior del fregadero. Este era de cinc y en él se apilaban platos y vasos sin lavar. No tenía grifo.

El grifo estaba afuera y lo utilizaban también los vecinos de las casuchas que se hallaban a uno y otro lado de la que ocupaban los Linkhorn. Estas J tres casuchas estaban construidas con tablas de madera de pino tan reseca y agrietada que el viento y la lluvia penetraban a través de ellas y daban la impresión de un rincón de barrio indígena enclavado en el corazón de una ciudad mejicana. Sus hombres eran atezados, como Fitz y Byron o tendían a cierta palidez como la de Dove. La tez de las mujeres era también pálida y como desvaída. La ausencia del bosque era bien visible en ellas. Davy Crockett se había ido para siempre. Los viejos bosques habían formado sus manos para empuñar carabinas o fusiles, no para cultivar algodón. No podían soportar el trabajo de la fábrica y no eran mercaderes duchos en vender y comprar. Se habían visto segregados de los montes y de los valles escabrosos y Crockett no había de volver ya más.

Eran hombres cerriles, apartados de sus cerros, e incapaces de cultivar algodón. Las plantaciones y las fábricas los habían ahuyentado como conejos en un campo cuando éste es roturado. Sentían igual desdén por la fábrica que por la ciudad y sus pantalones eran pardos, y no azules.

Y a lo largo de toda la noche, en el camino oscuro, con modulaciones altas y bajas, oía Dove una música extraña. En sus salas llenas de humo, apenas iluminadas, los mejicanos cantaban, gozosos:

Tres moriscas tan lozanas

más lindas que toledanas

iban a coger manzanas a Jaén,

Aixa, Fátima, Marien.

Dixayles quién sois, señoras,

de mi alma robadoras

cristianas de ramas moras de Jaén

Aixa, Fátima y Marien[5].

Los mejicanos no tenían bosques que llorar.

El viejo camino del Oeste, las viejas pistas: las de las carretas entoldadas, las de los ganados, todas ellas perdidas en millas y millas de chaparrales y mezquitales. Sobre muchas de ellas crece ahora el cacto gigante. Viejas esperanzas, bravas esperanzas, orgullo y paciencia, cuántas cosas en vano. Todo el amor que habían sentido por esta vasta tierra morena se había desvanecido en el aire, como el polvo desprendido desde lo hondo del chaparral.

El camino hacia él Oeste conducía ahora a un mísero, oscuro y destartalado fonducho, con ínfulas de restaurante, en el mismo lugar en que, un día, se levantara un hotel famoso, espléndido, blanco: él «Hotel Davy Crockett».

Detrás de los cristales de las ventanas del oscuro chamizo, podía percibirse el reflejo vacilante de una lámpara que evocaba a escala reducida y fantasmal una araña que un día había iluminado un vestíbulo de las dimensiones de una sala de baile principesca. Entonces sus centenares de luces apiñadas en un conjunto de cristal y bronce, ardían toda la noche con un fulgor que, aparentemente, jamás había de extinguirse. Sobre las copas de brandy y las copas de champán, podía leerse: BAILE CON LUZ ELECTRICA. La enseña había atraído como moscas a la gente, al «Gran Hotel Davy Crockett», especialmente los sábados por la noche. Los mozos crudos y valentones que trabajaban en los pozos de petróleo iban allá con sus grandes pañuelos rojos anudados al cuello, para ahogar en vino; los escrúpulos de sus guapas y nada hurañas acompañantes: muchachas capaces de beberse la luna: a La vieja luna azteca del Río Grande, embozada hasta los ojos en su capa bordada de color de búfalo, la luna que había visto a los mozos crudos de los pozos de petróleo derramando su oro a manos llenas, sentados al bar deslumbrante de espejos mientras la pianola desgranaba en el aire sus notas:

A veces vivo en el campo

y otras en la capital.

Y un guitarrista de Arkansas tocaba para los bebedores y los bailarines, ya fueran

perforadores de pozos, capataces o tahúres. Se bebía, se bailaba y se jugaba con verdadera luz eléctrica.

No me importa un adarme

tirarme al río y ahogarme

con punteos de guitarra que en cierta ocasión se fundieron con las vibraciones de

los resortes de una cama, en el piso superior del hotel, en la que se hallaba tendida una guapa y nada huraña muchacha sin más atuendo que un peinecillo de plata prendido en su cabellera, y unas medias negras de malla.

En aquel año de 1909 era ya Fitz un hombre de más de treinta años, pero no obstante, un mozo jaque, aficionado al bureo. En cuanto entraba en el pueblo lo primero que hacía era ponerse en busca de mujeres guapas que no fueran hurañas.

Hasta que se vio una noche en compañía de una muchacha de cabellos de un oro ardiente, en cuyos labios prendía el gollete de una botella de whisky. Con los ojos cerrados a toda luz, bebió la joven hasta las mismas heces de la botella sin alzar una sola vez la cabeza aureolada de oro. El líquido le quemaba la garganta, pero sus labios ardieron en un fuego suave, exquisito. Toda su resistencia, firme hasta aquel momento, se vino abajo. La habitación comenzó a dar vueltas en torno a ellos, pero loe amantes, estrechamente abrazados, se mantuvieron inmóviles y extasiados.

Mientras, la luna sempiterna se posaba en el peinecillo de plata, en el cristal de las copas y en la botella de whisky.

Mientras, en todos los cuartos, arriba o abajo, numerosas luces iluminaban las camas.

Luces por doquier, que herían el mármol, los espejos y las botellas

de champán o de licor.

Hasta que los jugadores de dados se pusieron a gemir, desesperados, por algo más que por haber perdido, y la ruleta comenzó a girar, vertiginosa, como si cada una de sus vueltas fuera la última, y la pianola inició sus cadencias mecánicas como si todas las esperanzas se hubiesen desvanecido,

No me importa un adarme

tirarme al río y ahogarme

a compás del hombre que en el piso de arriba bajo el ramalazo de una pasión sin

freno absorbía el aliento de la mujer vencida, la mujer del peinecillo de plata y de las medias negras de malla. Abajo, el rollo de la pianola se desprendió de su clavija y quedó suelto; la música cesó pero le sustituyó el estrié dente zumbido del rollo en su loco girar. Los párpados de ella aletearon, vibrantes, bajo el hálito de su pasión; jamás le había sucedido esto. Fitz sentía ese aleteo contra su mejilla. El rollo de la pianola seguía chapaleando y él se dio cuenta también] de que jamás le había ocurrido nada semejante.

Y aquella luna que parecía que jamás se pondría fue desvaneciéndose en el cielo, hasta desaparecen del todo. Los bebedores y bailarines, los capataces y los tahúres, todos se habían ido.

En las afueras, arenal adentro, entre los chaparrales y los mezquitales, en donde acecha el sapo gigante, el perro de la pradera dormía en su madriguera. Los huesos blanqueaban al sol. Antes de que cesara la música; antes de que terminara el baile. Y una ligera brisa vino aleteando, en círculos para preguntar: ¿A dónde fueron esos amantes! antes de que terminara el baile?

Todo había ido bien. Habían juntado sus labios y habían bebido, hasta embriagarse, el néctar de una pasión compartida.

Todo había ido bien, porque lo que era polvo, en vida conoció el amor.

Fitz se casó con aquella guapa y nada esquiva muchacha, la cual, después de todo, resultó que era una chica decente. Le dio dos hijos. Y, desde su fallecimiento, sólo había estado una vez en aquel lugar en donde otrora se levantara el «Hotel Davy Crockett».

Para hallar sólo unas ventanas tapadas con tablas de madera, arriba, y un fonducho de mala muerte, abajo. Sobre una ventana estaba pintado nombre:

LA FE EN DIOS

¡Bien venidos, todos ustedes![6]

El pueblo que había nacido bajo el signo luminoso de la luz eléctrica, se extinguía

bajo la luz temblorosa de unos quinqués de petróleo. En este pueblo perdido, el tiempo había corrido hada atrás.

Por el año 1930, el viejo camino del Oeste no llevaba ya a sitio alguno, salvo a la sombra de una torre de agua en la que viejos vagabundos refrescaban sus gargantas y dejaban pequeñas recuerdos de su paso como un zapato de lona con la suela desprendida, una camiseta destrozada o el casco de una botella de medio litro con la etiqueta «Ginebra Cisne», embotellada en Chicago.

De piel arrugada o tersa, calvos o hirsutos, sonrosados o descoloridos, flacos o gordos, atezados por el sol o pálidos por el mal tiempo y la lluvia, uno por uno no dejaban de pasar las umbrales de «La Fe en Dios», Permanecían quietos, con la gorra en la mano, entre el «juke-box» y un tiesto con helecho, hasta que las mujeres mejicanas terminaban de servir a los parroquianos habituales. Entonces recibían ¡las zurrapas que habían quedado en las cafeteras, un trozo de pastel de piña rancia y una pastilla de jabón «Familia Americana».

Si querían más deberían volver por la mañana y hacer alguna que otra chapuza. Calvo o hirsuto, viejo y joven, cada uno hacía la promesa de volver la mañana siguiente a las siete en punto, para hacer el trabajo.

Y cuando sonaban las siete en punto, todos a una 6e hallaban ya a prudente distancia del pueblo, viajando *incógnito* en un tren de mercancías de la línea «South Pacific». Por lo regular dejaban pasar todos los trenes que se dirigían al Este, mientras hubiera uno que se dirigiera al Oeste. Seguían suspirando por el viejo camino que conducía al Oeste, la que otrora fuera la tierra de promisión.

Este camino no era, ahora, sino un paseo interrumpido por el que se llegaba a una ciudad americana, cualquier tarde de sábado. En donde podían verse enteras secciones de pavimento costadas por el viento, la arena y la vía del ferrocarril, Y un letrero, en un poste, que rezaba: «Camiones, ¡curva!»

El viejo camino que, finalmente, no llevaba a más sitio que a un farol de gas sobre un letrero que decía:

ENTRAS AHORA EN ARROYO

955 habitantes

Una estadística que no incluía a la mujer mejicana cuya residencia un tanto

precaria le libraba de los impuestos locales. Un cuartuco, al final de unos gastados escalones, un cuartuco sólo guardado por la Virgen María.

Teresina Vidavarri dormía dentro de una doble ruina: la ruina de sus propias esperanzas y lo que había quedado del «Hotel Crockett». El último huésped lo había abandonado y a lo largo del amplio vestíbulo, las puertas, a uno y otro lado, como las de su alma, estaban tapiadas.

A veces, en sus sueños, oía tocar una pianola. Las puertas tapiadas se abrían, el lugar se iluminaba con la luz deslumbrante de los sueños y veía como hombres y mujeres asaltaban, febriles, todas las camas del hotel; y entonces se despertaba. Y veía una luna llena que se alzaba llena de secreta nostalgia.

«Es un gran bien el amar alguna vez, porque este amor te ayuda a vivir - pensaba Teresina -, pero también se es feliz cuando no se ama.

Porque, entonces, no tienes ningún problema.»

En realidad, no había tenido suerte. Su primer y único amor le había producido tal espanto que desde entonces no había reincidido.

Teresina, huérfana y sin familia, se había puesto a trabajar, a los dieciséis años, como camarera en hoteles de clientela norteamericana, en Mérida, en el viejo Yucatán. En uno de esos hoteles conoció a un hombre ya maduro, calvo, un floridano de origen español, que le ofreció matrimonio.

En su juventud había sido segundo teniente, y más tarde, ya entrado en años, se había hecho florista, tanto por vocación como por obligación; un ganador de premios en concursos y certámenes florales y un exportador de lirios y azucenas. Jamás habría imaginado la muchacha la contextura moral y física de aquel viejo depravado que cubría su calva con una gorra de la Legión Americana. Su noche de boda le reveló la inicua verdad.

Había despertado de un ligero sueño. Junto a su.cama una pequeña lámpara arrojaba una difusa luz anaranjada. Oyó que el ex teniente se movía inquieto dentro del cuarto de baño y súbitamente se dio cuenta de que estaba en él desde hacía un largo tiempo. Le llamó por su nombre, sin obtener respuesta.

Clavó los ojos en aquella puerta y no tardó en verlo salir, completamente desnudo, con un casco de acero en la cabeza y un bastoncillo de oficial al hombro, como un rifle.

- *Ein, svei, dreit,*[7]. ¿Qué? ¿Tienes miedo de un soldado?

Su primer impulso fue el de lanzar una risotada, pero lo reprimió al punto. La expresión del rostro del antiguo oficial no se prestaba a la risa. Recorrió la alcoba al paso de oca, desfilando tres veces por delante de la cama, hasta que se detuvo con un movimiento seco y se quedó rígido, bajo la difusa luz anaranjada. Desdeñoso, tocó con la punta del bastoncillo la frente de la aterrada mujer.

-¿Qué? ¿Miedo de un soldado? Vio entonces su cuerpo, limpio de todo vello, totalmente lampiño.

Teresina jamás logró dar nombre a las indignidades que siguieron. En cierto momento, fuera de sí, le puso en guardia:

-¡Voy a gritar!

La sombra del bastoncillo se proyectó sobre la sábana. En vez de gritar mordió, convulsa, la almohada.

El olor de agua de colonia, como una pesadilla aromada de lirio, había invadido la alcoba, al principio muy fuerte y luego más suave y tenue hasta desvanecerse finalmente.

Hasta que despuntó el día y el florista quedó exhausto, a solas con su abominación. Demasiado abrumado para llorar, se quedó babeando en la cama, envuelto en los efluvios Hílales que iban desvaneciéndose en el ambiente, un ambiente de barbería a medianoche.

Dos días después la joven al mirarse a un espejo vio que aquel pelo suyo, de un negro intenso, azulado, se había vuelto enteramente blanco, de un blanco de nieve fresca.

Su floridano había vuelto a sus flores y al muchacho negro que le ayudaba a cultivarlas.

Ahora, diez años después, las únicas flores de Teresina eran las malvas róseas de espinosos tallos que crecían libremente en la corraliza. Y sus sueños estaban poblados de las imágenes más extrañas.

Veíase en uno de ellos en un espacioso corral umbroso, envuelta en vaporosa bata de noche, esperando a un joven que llevaba el pelo tan largo que le azotaba el rostro como una melena. Este joven olía a sal y a sudor. Un semental hecho de claro de luna, que se acercaba a ella relinchando; relinchos que eran para ella como notas de esperanza. Entonces el olor a sal y a sudor se hacía irrespirable y se despertaba con la sensación de que por entre las junturas de las tablas clavadas en las puertas se escapaba un ligero olor a barbería. Debilitada por la decepción se vestía en la frialdad de su alcoba y hacía examen de conciencia para recobrar su entereza.

Dispuesta a desempeñar abajo su papel de camarera sirviendo a la hermandad del camión, del autocar y del tractor, bajo un signo que decía:

Pastel a la moda... 10

Pastel a la moda con helado... 15

Lonches y sanguiches... 25 y 35.

Y cuando había escasez de lechuga, ponía en los «sanguiches» hojas de col.

-Las mejicanas son muy simpáticas -le dijo uno de los clientes, un acicalado zanguango, que lucía una insignia en la gorra -. Y permítame que le diga, señora, que es usted particularmente la flor de la simpatía.

-También son ustedes muy simpáticos - le contestaba Teresina al hombre de la insignia.

Ya hacía diez años que esta mujer de nevada cabeza estaba sirviendo a peones, fogoneros, guardafrenos, vagabundos, maquinistas, conductores de autocares y camioneros.

Antojitos mejicanos rezaba el reverso de la minuta, pero en todos aquellos diez

años no había probado ella un solo antojito.

Abierto hasta las 12 de la noche. EMPUJE. Era ésta una invitación a entrar y a

permanecer allí hasta muy tarde. No obstante, a toda hora sabía guardar su decoro.

-Señora -le piropeó en una ocasión uno del sus parroquianos, por las trazas, un ferroviario-está usted como un tren. Con un furgón de cola que es un portento.

-Me recuerda a Dolores del Río -le dijo otro camionero, mientras el motor de su vehículo rezongaba suavemente.

¿Le permitiría la señora abrirle una pequeña cuenta en el Banco? Así su mujer no se gastará todo el dinero en whisky.

¿Qué le parecería a la señora figurar como beneficiaria en un testamento?

O bien, ¿se atrevería a acompañarle en su nuevo camión hasta Matamoros para pasar allí el fin de semana?

Se maravillaba de la vanidad de los camioneros, tan grande como sus enormes y pesados vehículos. El conductor de estos colosos llegaba a sentirse impotente, como si creyera que era su propia fuerza, no la

del motor, la que obraba el milagro de poner en movimiento aquella masa ingente, -Fíjese bien, ¡ahora voy en primera...! Cuando el zanguango quería saber qué clase de calefacción tenía arriba, ella le contestaba plácida»«mente:

-La misma que tengo abajo. Bueno, si le hacía esa pregunta era porque tenía un amigo especializado en estufas de petróleo, *Gracias,* era muy amable, pero arriba tenía una estufa, y no necesitaba otra. No quería nada que no pudiera ser. Sería superfino.

-¿Es eso cierto? - insistía el hombre -. ¿Todo eso que se ve es suyo y no superfino?

-Dios ha sido muy generoso conmigo -dijo ella, y dio la impresión de que el orgullo hinchaba aún más sus senos. No obstante, le permitía que acariciara su mano cuando le daba el cambio, le dedicaba una amplia y blanca sonrisa y se quedaba, a guisa de compensación, con un cuarto de dólar.

El fonducho atraía a muchos conductores porque ge hallaba en un recodo, al final de una larga y estrecha carretera. Siempre había alguno que otro monstruo rodante maniobrando entre el surtidor de gasolina y el mezquital.

La única cosa con pantalones que había en el contorno que no le desagradase era el harapiento muchacho, sin cejas, con greñas de un dorado ardiente, que había venido un día con una página de la sección cómica de un periódico dominguera.

Se llamaba Dove Linkhorn.

-No sé de letras - le dijo -, y le agradecería mucho que me lo enseñara.

Al principio no comprendió por qué se había dirigido a ella. Pero luego se dio cuenta de que se avergonzaba de pedir a otros aquel favor. Así, repasó con él los dibujos, tira por tira, hasta que tropezó con una palabra que tampoco ella comprendía. Fue entonces cuando trajo uno de sus dos libros: *Cómo escribir buenas cartas comerciales.* Pero antes de que pudiera sacar algo en claro apareció un camionero con un pinchazo en el neumático y el muchacho harapiento salió corriendo para reparar el desperfecto.

Muchas veces le veía ella dando vueltas a un camión, un hombro más alto que él otro, con una llave inglesa en la mano. Otras veces sólo veía de él dos grandes pies llenos de mugre que asomaban por

debajo de un camión, los dedos tensos, engarabitados, cómo ansiosos. ¿Por qué aquella ansiedad?

También solía recostarse en el poste que sostenía el letrero de latón SE ARREGLAN NEUMATICOS, que a impulso del viento que soplaba del chaparral giraba sobre sí mismo y una vez miraba a un lado y a continuación al lado opuesto. Junto al poste componía la figura solitaria de un mozo desolado por la idea de que los neumáticos pudiesen pasar de moda, saboreando, ávido, cada chupada de su cigarrillo, un cigarrillo elaborado, por cierto, «son una sola mano.

-¿Cuánto te debo, *Pelirrojo?* -oyó Teresina que le preguntaba un camionero y la respuesta del pelirrojo.

-Con un cafetito me contento, patrón.

Sabía ella, por su voz, que necesitaba algo más que tabaco y café. «Tiene un hambre atroz», pensó Teresina.

Aparentemente, pensaba el mozo que también el dinero había pasado de moda. Café y un saquito de «Bull Durham» era su tarifa para una hora de extenuante trabajo bajo el sol. A Teresina, que con los ojos vendados, sólo por el olor sabía la diferencia entre un peso mejicano y un dólar norteamericano, le irritaba extraordinariamente que hombres ya mayores se aprovecharan de la ingenuidad del muchacho

Se decidió a poner fin a este estado de cosas,

-Los dos neumáticos y la ¡batería, 75 centavos.

-El chico me dijo un saquito de tabaco y un café.

-Dos neumáticos y una batería, 75 centavos si señor. Aquí, en «La Fe», soy yo la que fija el precio® de los servicios.

El camionero puso en el mostrador los 75 centavos. Teresina no tocó el dinero.

-Y la propina para el chico, no lo olvide.

El camionero extrajo diez centavos más y partid!» sin pronunciar palabra. Estaba desolado de esta nueva faceta de *Dolores del Río.*

-Quédese con él -le dijo Dove cuando ella I puso el dinero junto a su taza-, por dejarme estar aquí.

Teresina recogió al punto el dinero y lo metió en la caja registradora. ¡Blan! Aquí lo tienes. ¡85 centavos de crédito!

Se puso el mozo a cavilar y decidió finalmente ordenar *Sesos lampreados* - sesos a la romana - Le trajo la ración, abundante, como para o» adulto.

Hundió la cabeza en el plato. De ella sólo pudo ver las orejas, grandes, macizas, como asas. Y no oyó más que el repiqueteo, como un tambor tribal, del cuchillo y del tenedor contra el plato.

-Y pan blanco, señora. Me enloquece. Podría comerlo sobre la cabeza de un tiñoso.

Un minuto después:

-Por favor, señora, una ración de frijolitos con chile[8].

-¿Repites? -preguntó cuando se hubo zampado el mozo los frijolitos con chile.

En una comisura de sus labios había quedado pegado un fríjol.

-Sí, señora.

Y en aquellos ojos sin cejas brillaron destellos reminiscentes de hambres ancestrales. De nuevo oyose él tamborileo, con ritmos tribales, del tenedor y del cuchillo.

-¿Quieres comer más? -le preguntó, moderadamente risueña -. *¿Chicharrones?*

-No me cabe más en el cuerpo -reconoció finalmente-, aunque sí probaría esa tarta de manzana.

Le trajo una ración de tarta y el café. Comió la tarta y apuró el café, y como quedaron unas gotas en el platillo, el mozo se indinó y aplicó a él los labios, arqueando el largo cuerpo hasta dar la impresión de un ballenato medio inmerso en el agua.

Hizo ella un rápido cálculo. Ahora le debía el muchacho ochenta centavos. Le puso en la mano una escoba.

Se dirigió con ella a la puerta, un hombro caído que el otro. Y entonces, súbitamente, bajo el estímulo del chile, de efectos tardíos pero seguros, desplegó una actividad portentosa, yendo de un sitio a otro de la casa, barriendo a troche y moche y levantando nubes de

polvo.

Lavó los platos, fregó y refregó cazuelas y pe-i roles hasta dejarlos relucientes como patenas, y realizó otros menudos menesteres. Luego gritó desde la cocina: - *¡Uno! ¡Dos!* -. Estaba matando moscas con un ejemplar del *Pólice Gazette.*

-Ya está bien -le tranquilizó la mujer. Luego, mediada la tarde, en horas por lo regular quietas e inactivas, los dos se sentaron y repasaron juntos el libró: *Cómo escribir mejores cartas comerciales.*

-Veamos ahora con qué letras se forman las palabras -dijo ella-. La primera letra es la A - y guiada su mano por la de Teresina, trazó el mozo la A-. Muy bien. Tamos, ahora, con la B.

Una criatura enseñaba así a otra criatura.

Cuando supo el muchacho trazar ambas letras, Teresina se cansó del juego y halló otro más divertido. El de manipular la llavecita detrás del cajón.) del dinero del «juke» para hacerlo funcionar sin echar en la ranura la moneda de 5 centavos. Comenzó a tocar espontáneamente, *Meet me tonight in Dreamland Encuéntrame esta noche en el país de los sueños),* porque, como ella misma, el aparato estaba dividido entre la canción mejicana y la norteamericana.

La canción siguiente fue elegida por ella: *Cuando sale la luna,* una melodía mejicana y Dove quedó extasiado. Cogió ella una «Coca-Cola» y le añadió unas *gotas* de tequila, y le preguntó cómo los gringos podían beber *ese* aguachirle sin añadirle algo para animarlo.

Su respuesta fue la de añadirle al aguachirle más tequia, Comenzó a moverse de un lado a otro como un oso feliz que jamás se hubiese sentido antes feliz.

> *Cómo querría vivir en* el *país de los sueños can* una *guapa muchacha como tú.*

> Hacía tanto tiempo que no se habla sentido feliz, que esta visión de la felicidad

ajena le producía un gozo indecible. Era el mozo, por supuesto, un ser extravagante pero, ciertamente, no era ningún florista. Olía a sal y a sudor. El lirio le era desconocido y jamás había tocado un perfume.

-Me gusta ver bailar a los hombres. -Su propia voz le sorprendió, y cambió de disco. El que puso era mejicano: *Adiós, mi corazón.*

Cada vez que el disco lanzaba la palabra corazón, Teresina hipaba. La tercera vez que le ocurrió esto, cogió la mano de Dove y la aplicó estrechamente a sus narices y boca, diciéndole que la apretara con fuerza. «¡Aprieta!», recomendó. Era eL remedio mejicano contra el hipo. Cogiéndola por los hombros con una mano, apretó con la otra con tanta fuerza que estuvo a punto de sofocarla.

-La estrangulación es un mal remedio contra el hipo - dijo Teresina.

Preferiría el baile al hipo y a la estrangulación. Sentía alegría oyendo él confuso rumor de voces humanas y mezcladas a ellas las de los niños; como las voces que se oyen detrás de una tapia, de gentes que celebran una fiesta de cumpleaños, aun sabiendo que no puede uno asistir a ella.

Una vez oyó que un joven padre pedía perdón, y que la joven madre por toda respuesta daba el pecho a su hijito. Este recuerdo le producía un estremecimiento que recorría sus blancos senos y se polarizaba, titilante, en sus pezones aureolados de oscuro.

-En Jesús está mi paz -dijo mirándose al espejo de un pequeño cuarto-; *en tristes horas de tentación, en Jesús encuentro la paz.* Y el espejo le devolvió la mirada como diciendo: Creo que alguien ha mentido aquí.

Y no obstante su devoción, no buscaba en lo«sueños ni paz ni Jesús. Veíase en ellos en algún lugar mejicano, mediado el día, con todas las cortinas echadas. En los pasos de las puertas, los perros mejicanos, descoloridos, sesteaban.

Todos en aquel lugar sesteaban, salvo uno cuya mano descansaba en la perilla de la puerta.

-Hace tanto calor en la calle -se lamentaba el intruso, al otro lado de la puerta, con una voz muy acostumbrada a la mentira -. ¿Puedes darme un poco de agua?

-Aquí sólo puede beber Jesús - vetó ella, y se despertó en esto con una sensación de sequedad en la garganta. Afuera, la lluvia torrencial convertía cada charco en un espejo. Vio cómo las estrellas caminaban, cogidas de las manos, por encima de los relucientes adoquines, al final del pueblo. Y cómo volvían, como amantes que regresaran a sus casas.

Observó de repente que el vaso que tenía en la mano estaba medio vacío. Arrojó al suelo la poca agua que contenía y lo llenó de tequila hasta desbordarlo. Lo llevó a sus labios, con manos temblorosas, y se volvió contra la pared para que la Virgen María no la viera.

Los *sesos lampreados,* el café y lo demás dejaron a Dove insatisfecho: la

insatisfacción que le produjo la sección cómica del diario dominguero, después de ver un libro.

Así que se hubo ido el último camionero, Teresina abrió en su honor las páginas del segundo libro.

Lo que ahora vio Dove fue un príncipe chino en alas del viento, llevando sobre sus hombros a un muchachito rubicundo con una pluma verde en el sombrero: una princesa encantada, en una cáscara de nuez, sobre una hoja, huyendo, horrorizada, de una rana gigante que no paraba de croar. Un hombrecito arrugado que conducía un rebaño de vacas y fumaba en pipa; y ciervos, Santa Claus, bailarines, patos, duendes, mandarines, ángeles, castillos, teteras y árboles viejos como el mundo.

Pero, entre todas ellas, la figura que acaparó la atención de Dove fue el resuelto soldadito de plomo que llevaba al hombro, marcialmente, su fusil, aunque sólo tuviera una pierna. Lo hicieron el último, cuando ya no quedaba plomo para terminarlo. No obstante, se tenía con una sola pierna como los demás con dos.

Al punto adivinó Dove que, de todo el ejército, era éste el que recorría más mundo; tendría las más extrañas aventuras y al final ganaría el amor de la codiciada por todos.

No tenía que ir muy lejos el resuelto soldadito para encontrarla: era una bailarina de papel, envuelta en leve gasa, con una cinta azul que le ceñía los hombros, sujeta con una lentejuela del tamaño de su cara. Estaba erguida sobre las puntas de sus pies, con los dos brazos extendidos hacia el soldado, y pudo ver que también a ella le faltaba una pierna. Esta circunstancia aumentó su interés por ella, aunque Dove se sintió turbado y afligido. Un error como éste no podía tener sino las más graves consecuencias. No obstante el soldadito tomó pronto su partido. Se dejó caer cuan largo era tras de la caja de rapé y así cuando toda aquella gente se fue a descansar, el soldadito no perdió de vista a la danzarina.

El reloj tocó entonces las doce campanadas y ¡zas!, se destapó sola la caja de rapé. ¡No! ¡Sólo había un duendecillo! Una especie de muñeco burlón que saltó como impulsado por un resorte.

-Soldadito de plomo -dijo el duendecillo-, ten la bondad de mirar en otra dirección.

Pero el soldadito de plomo fingió que no le oía.

-¡Ah! ¡Ya verás lo que te sucederá mañana! -amenazó el duendecillo.

Como había imaginado Dove, había conflicto en puerta. A la mañana siguiente, mientras el soldadito de plomo hacía guardia en el alféizar de una ventana, el duendecillo, de un fuerte soplido, lo arrojó fuera. El soldadito cayó desde el tercer piso y dio con su cuerpo en el suelo, quedando su bayoneta empotrada entre dos adoquines. La gente pasó sin verlo y algunos lo pisotearon. Comenzó a llover torrencialmente y cuando hubo terminado la lluvia y el agua corría hacia los sumideros, dos chiquillos lo encontraron, hicieron una barquita con una hoja de periódico, pusieron al soldadito en ella y dejaron que el agua la arrastrara hacia un largo túnel de madera, tan oscuro como la caja en que antes se encontrara.

La corriente se hizo más violenta; la barquilla de papel hizo agua y se hundió bajo el soldadito. Este fue tragado *por* un pez, pero no por eso dejó de mantenerse erguido y marcial con su fusil al hombro, hasta que una repentina claridad, como la de un relámpago, iluminó su oscuridad, y alguien gritó: «¡Un *soldado de plomo!»* El pez había sido pescado, llevado a la plaza, vendido y traído a una cocina en donde una cocinera le había abierto en canal con un largo cuchillo. Cogió al soldadito con dos dedos y lo llevó al salón, en donde todos estaban ansiosos de ver al hombrecito maravilloso que de tan lejos había venido. Lo llevaron a la mesa y, ¡maravilla de las maravillas!, a ella estaban sentados los mismos niños y sobre la misma se veían los mismos juguetes, y en medio de ellos, como nimbada por una aureola, la hermosa danzarina de papel Una *vez* más se encontraba en su hogar.

El soldadito estaba tan conmovido de todo esto, especialmente a la vista de su bien amada, que en un tris estuvo de derramar lágrimas de plomo de alegría. Pero se reprimió. Un soldado, aunque sea de plomo, no llora. Se limitó a erguirse, rígido y a soslayar levemente la mirada, como debe hacerse en presencia de un oficial. Pero ella le miró *derechamente* a los ojos. Y en este momento uno de los chiquillos cogió al soldadito y sin ton ni son lo arrojó al fuego, en donde murió, como

un soldado, con la cabeza alta y la mirada levemente de soslayo.

Dove saltó y cerró el libro con tal violencia que cogió entre sus páginas el pulgar de Teresina.

- *¡Basta!* - dijo en español.

No más cuentos de hadas. Al parecer no le gustó aquel desenlace. Corrió al «juque», lo manipuló, y así que comenzó a desgranar los primeros compases de la canción se puso a bailar frenéticamente como si con ello quisiese olvidar el triste final del soldadito de plomo.

En cuerpo y alma

tómame entera.

Levantando un pie y luego el otro, los brazos caídos y moviendo la cabeza en un

lento vaivén, inició Dove una danza en la que ella creyó ver una mezcla extraña de concupiscencia y también desesperación.

-¡Mírenme al rey de los elefantes! -exclamó Teresina, alentándole, y aplaudiéndole, sólo para di» simular su propio embarazo. Algo había en aquella danza que no estaba bien, aunque no acertaba a discernir qué era.

Dove, sonriendo, el labio salpicado de sudor y la respiración entrecortada, inició un movimiento de una sensualidad tan elemental e ingenua, que Teresina sintió un estremecimiento. De pronto pintó en su rostro una expresión de angustia y de vergüenza, y corrió a una mesa, hundiendo la cabeza entre sus manos. Teresina vio que sus hombros temblaban, mientras se extinguían los últimos ecos de la música.

Cuando ella le tocó en un hombro, él mozo le sonrió con una expresión doliente, de animal herido, que le llego al corazón.

Juntando los dedos de su mano izquierda y manteniéndolos separados del pulgar, Teresina salpicó de sal el tendón dañado y lo lamió con su ágil lengüetita.

-Deberías echarte una novia -anunció como si la sal le hubiese

vuelto clarividente. Y tendió la que tenia en la mano, para que se volviese tan clarividente como ella. El tomó unos granos, los llevó a sus labios, recapacitó unos segundos y dijo:

-No he visto por estos andurriales una sola *mujer* que valiese la pena. - A continuación, tragando finalmente la sal, agregó, taimado-: Excepto a usted, señora, por supuesto.

-Bien -dijo ella, simulando que no había oído el comentario final -. Es cierto que este lugar no es nada divertido. Pero si esta pequeña parte del mundo tuviera de todo, chicas bonitas y buenas, cosechas, los hombres malos de todas las partes malas del mundo vendrían aquí con sus hijas feas. Y entonces las cosas serían peor aún de lo que son ahora. Un refrán nuestro dice: «No es oro todo lo que reluce.»

Aquella noche Teresina durmió mal. Medio en sueño, *medio en* vela, vio aquella sonrisa doliente, *de animal herido.*

Una semana antes de Navidades le entregó Teresina la llave del establecimiento para que se hiciera cargo de él y lo guardara hasta su regreso. No siempre podía ir a su tierra cuando algo le turbaba, Pero este año la turbación se posesionó de ella en Pascua de Navidad, dándole por lo tanto una excusa piadosa para irse.

Durante la sequía del año 1930, cuando el dinero escaseaba, los comerciantes de aquella pequeña villa, desde los umbrales de sus tiendas, acogían a todos con saludos cordiales y sonrisas dentífricas. Pero cuando, terminada la sequía, los turistas con rumbo a Matamoros comenzaron a afluir y a interesarse por los artículos y curiosidades del país, los comerciantes, demasiado atareados, dejaron de sonreír. El negocio era el negocio y no había tiempo que perder.

Los hombres descalzos y los muchachos con mono, ante el «Buick» de algún turista, solían discutir solemnemente acerca de las ventajas que ofrecía tal o cual marca. Diríase que estaban en vísperas de una mágica bonanza. Si a alguno se le hubiera ocurrido pinchar el neumático, se lo habrían impedido, porque su interés era posesivo. No pensaban sino en las millas que pudiera correr por galón de gasolina, en la línea de sus guardabarros y en la robustez de sus neumáticos.

Sabían que procedían del lado malo de una villa que tenía dos lados: el malo y el peor, y que los forasteros con dinero suelto debían ser respetados. Y si las señoras que iban en coches con licencias del Este no eran, en ocasiones, todo lo señoras que parecían, el comentario lo hacían siempre en español, ese idioma cortés.

A este lugar perdido trajo la depresión irnos barruntos de prosperidad en forma de un centro de beneficencia y ayuda social que tuvo por resultado el regreso a esta parte del río de una docena o dos de famélicos vagabundos.

-Mejor para nosotros -dijeron los viejos amigos -. Tendremos más boniato frito.

Yendo cierta helada tarde por la calle Mayor, Dove observó que el farmacéutico se hallaba ocioso, frente a su tienda, con una cara de pocos amigos en la que podía leerse: «Sigue adelante, inútil; el negocio es el negocio.»

El *Inútil* siguió adelante, porque el negocio era

El *Inútil* seguía siempre adelante hasta que le decían que se echara a un lado. Cuando se echaba a un lado, le decían que siguiera adelante. Todos los tiempos eran para Dove la misma cosa: un destino parecido al de la hoja movida por el viento.

En la escalinata del edificio de la Audiencia, Fitz seguía haciendo el payaso ante el mismo concurso de zarrapastrosos, a los que encantaban sus payasadas. Byron estaba recostado en el cañón. Aquella noche estaba demasiado cansado para encaramarse en él.

-Predicador -le preguntó una mujerzuela, de rastro famélico, y como abrumada bajo un peso invisible-, ¿es pecado que alguna mujer casada se corte el pelo?

-Lee el Deuteronomio -le dijo Fitz Allí encontrarás la respuesta.

-Yo no creo que sea pecado -la voz de la mujer fue como un reto al Deuteronomio.

Los ojos de Fitz buscaron los de la mujeruca.

-Mujer, ¿acaso te postraste de rodillas y fe preguntaste a Dios si era pecado?

-No, predicador. No lo hice.

-Hazlo y entonces El te dirá lo que debes hacer. Si te cortas el cábelo, deberás también afeitarte la cabeza.

La mujeruca dio la callada por respuesta.

-¿A qué velocidad viajan los ángeles?

-Ese fue el problema que le planteó a continuación uno de sus oyentes. No era difícil.

-Un ángel puede partir de Nueva Jerusalén a las seis de la mañana, recorrer el mundo de banda a banda y regresar a las seis de la tarde al lugar en donde el león se solaza con el cordero. En las puertas del cielo. En donde no existe la corrupción,, donde los ladrones no roban. Y no existe enfermedad. Y mil años pasan como un día.

-Entonces, ¿por qué se da tanta prisa para volver a las seis de la tarde?

Fitz ignoró el exabrupto de Byron,

-¡El bálsamo de Giload! Ni una sola corona fúnebre en las puertas..., puertas de puro oro macizo. ¡Oro puro! -El anciano recapacitó unos instantes-.Pero no contéis con eso..., nadie será lo bastante idiota para confundiros a vosotros, unos mugrosos ladrones de gallinas, con los ángeles. No, mis queridos y cochambrosos amigos, lo que os aguarda no es precisamente Nueva Jerusalén.

-Lo sé, pastor. Nos aguardan las llamas del infierno -dijo un creyente con patética convicción.

-Llego muchas veces a creer que hasta él infierno es demasiado bueno para nosotros -aventuró uno, tratando de congraciarse con el predicador y con su frasco de «Matadiablo».

-No estamos en el Infierno.

No tomaban muy en serio al «evangelista». Sabían sus exageraciones y que si alguna vez ponía la Ciudad de Oro Puro al alcance de sus manos no era más que para darse el gustazo, a renglón seguido, de arrebatársela.

En realidad no les importaba un pimiento la Ciudad de Oro. Se habían acostumbrado a su miseria y desolación y eso era lo único que conocían en este bajo mundo. Y él otro sólo les ofrecía una eterna tortura entre llamas azules de azufre. Aunque jamás creían en aquel cielo ofrecido, al alcance de la mano, nada les parecía más seguro que él infierno. Y era Fitz él designado para llevarlos a las orillas de la sima incandescente. Era una misión que él predicador llevaba a cabo con placer extremo.

Con él convencimiento del que conoce el camino, un camino andado y desandado innumerables veces, Fitz los conducía de la mano hasta la

pavorosa orilla:

-Allá os «guarda el dolor y el castigo eternos:- decía, exaltado, como un Papá Noel que sólo llevara horrores en su saco, 'recalcando cada sílaba y convirtiendo cada palabra en una imprecación Dolor, execración, abominación. El horror y él espanto de un ejército que todo lo arrasa. Un ejército de leprosos. 200 millones de jinetes con antorchas incendiarias. Un río de sangre de carne quemada, de cien millas de longitud. Siete meses sólo para enterrar a los muertos. Un ejército exterminador, ¡un ejército de leprosos!

-El ejército de Geden-exclamó un idiota, fuera de sí.

En verdad, les arrebataba literalmente la visión de aquellos jinetes leprosos, hasta un punto que no r sabían en qué bando alistarse.

No importaba: toda causa era buena siempre que la acción fuera rápida y hubiera mucha sangre en el campo. Sacudidos y arrebatados - ¡qué alivio para sus vidas grises y solitarias! - de un lado a otro, desde las llanuras incendiadas de la Condenación. Una acción tan rápida les dejaba sin aliento; no *les* daba tiempo para pensar ni para examinar su propio corazón.

-¡Las *madres* devorarán a sus tiernos hijitos recién nacidos! Una era de calamidades como jamás conoció nación alguna en toda la historia de la Humanidad.

-¡Granizos grandes como bloques de hielo! ¡Torrentes de fuego! Las fuentes y los ríos serán torrentes espumosos de sangre. Una lava al rojo vivo sepultará la ciudad de El Paso. Y vosotros, hatajo de vejarrones, seréis los primeros en perecer bajo esa masa de fuego.

-¿Y qué me dices de Nueva Yor? -preguntó uno.

-Quedará sepultado bajo una lluvia de sapos, gordos como gatos, que cubrirá hasta los más altos edificios de Wall Street.

Ahora le tocaba él tumo a Wall Street.

-Todas las islas volarán y no se hallará rastro de ellas. Todo aquel que adore a Jehová tendrá que recibir la marca de la bestia o morirá. Loe muros de las casas, de piedra o de acero, se derrumbarán bajo el peso de piedras caídas del cielo de cincuenta y seis libras cada una.

Ni el mismo Byron sabía de dónde sacaba su padre aquellas cifras.

-Ya están entre nosotros los agentes del Monstruo, prontos a apoderarse de la Casa Blanca.

Algunos miraron, recelosos, a Byron. Los ojos de Fitz se clavaron en los suyos, y al punto entonó para estímulo de sus oyentes este himno, que nuevamente los sacó de sus casillas, arrebatándolos materialmente.

No ha/y para mi más sublime maravilla que un cadáver del que el espíritu ha volado. No hay nada más hermoso que esta arcilla en la que el alma de un hombre ha reposado.

Byron detestaba todo himno y éste, en particular, le espeluznaba:

Cesará de afligir a la tierra

el dolor y la enfermedad.

No habrá ya ni rencor ni guerra

¡y Dios a todos perdonará!

-¡Oh, Dios! -exclamó Byron-. Acelera Tu venganza. ¡Hazlo ya! ¡Pronto! ¡Pronto!

«¿En qué bando está *ahora!*» -se preguntó uno de los presentes, asombrado.

Pero antes de que alguien le respondiera, Byron se alejó y se perdió en las sombras. No obstante, le seguía la voz cascada de su padre.

-Amigos, reconozco que cuando les hablé hace un minuto de la invasión de los leprosos y de pedriscos de cincuenta y seis libras y de los doscientos millones de jinetes envueltos en llamas, de la lluvia de sapos grandes como gatos de la madres que devoraban a sus propios hijos, del viento derrumbando muros de piedra y de acero, de ríos de sangre, lo hice porque les acechaba un tremendo contratiempo. Ahora debo decirles que ese tremendo contratiempo lo tendrán cuando alberguen en sus cuerpos pecadores al Anticristo.

»Ya están propagando la doctrina de la evolución, la paternidad universal de Dios y la fraternidad del hombre. Ya se están armando los gremios de trabajadores de Wall Street para ayudarles, para el

advenimiento del día en que ningún hombre podrá ganarse el pan con el sudor de su frente como no lleve sobre sí la marca de la bestia; la A.F.L.[9]. No podrá tampoco comprar o vender. Esos gremios os enseñan que los chinos son vuestros hermanos!Y los árabes! ¡Y los mejicanos! Venís a decirnos que las grandes ciudades están a favor del patrón oro; y nosotros te contestamos que las grandes ciudades descansan sobre nuestras anchas y fértiles praderas. Quemad vuestras ciudades y dejadnos nuestras granjas, y vuestras; ciudades volverán a levantarse como por arte de! *magia;* pero destruid nuestras granjas y la hierba crecerá en las calles de todas las ciudades de la nación. No queráis ceñir la frente del trabajador con esa corona de espinas, no queráis crucificar a la Humanidad en una Cruz de Oro.

Dio un brinco y se puso a vociferar y a gesticular como un cuadrumano:

La cruz ensangrentada

¡La Cruz! ¡La Cruz!

La cruz santificada.

¡Oh! la preciosa sangre

que por mí derramó Jesús.

Sobre esta cruz de sangre

mis ojos se abren a la luz,

-¡Oh, mirad a lo lejos, por esas calles de orol ¡Por ellas veo venir una turba de

gentes vestidas de blanco!

Muchas cabezas se volvieron, rápidas, para ver Dios sabe qué, pero todo lo que vieron fue la figura melancólica de Dove Linkhorn. Dijérase que ansiaba que su pobre papaíto loco bajara de la escalinata. Al advertir que era 'blanco de las miradas de aquellos curiosos, volvió sobre sus pasos y se apresuró a perderse en las sombras, en seguimiento de su hermano.

Pasó por delante del pequeño cine en donde pasaban la película *Jóvenes pecadores,* protagonizada por Thomas Meighan, y se detuvo un momento ante el escaparate de una tienda de curiosidades, admirando los pintorescos artículos elaborados, según el relamo,, con piel de

búfalo y repujados con el hierro con que marcaban las reses.

Allí donde la sonrisa es cordial

y la mano te estrecha con fuerza.

Allí es donde el Oeste comienza.

Byron le había leído las palabras mucho tiempo atrás. Por toda la ciudad veíanse

letreros y carteles, leyendas, avisos e invitaciones que Dove había aprendido de memoria. Ahora, para divertirse, se paraba ante uno de estos letreros y recordando su texto movía sus labios, para que el transeúnte creyera que lo estaba leyendo. A veces fruncía el ceño como si algo hubiese en el texto que no concordará con su sentir de muchacho bien educado.

El transeúnte, por 3o general, no reparaba en aquel rústico chicarrón con el rubio mechón que le tapaba un ojo. Alguna que otra vez se detenía bajo la ventana enrejada de la cárcel. Los presos, en cambio, sí se fijaban en él.

Pero esta noche el único que ocupaba el calabozo, con los dedos aferrados a los barrotes, era Ripley. *el Topo*, un indio que perdió la vista años atrás % consecuencia de una pelea. Llevaba el pelo largqˆ. a la usanza pionera, recogido en la nuca por medio, de una peineta. Asomaba por entre los barrotes su cabeza, tratando de aspirar el aliento de la noche, una noche que no podía ver. Dove vio que su peineta despedía un destello de luz.

-¿Me has traído tabaco? -le preguntó Ripléy.

Dove cogió del suelo una piedra, la introdujo en tí saquito de «Bull Durham» a modo de lastre, miró en torno suyo. No podía exponerse a que le viera el carcelero. Se enfurecía él viejo por aquel hábito de la gente de arrojar cosas, paquetes e incluso racimos de uvas, por entre los barrotes; esto le obligaba a subir una serie de escalones hasta el calabozo, para inspeccionarlo.

-Échate atrás, *Topo* -le dijo Dove a Ripley. Y a continuación le tiró el saquito con el tabaco.

Oyó el choque de la piedra al tocar el suelo del calabozo. Volvió a asomar la cabeza el preso.

-Gracias, chico.

-Y ahora, ¿por qué te han enchiquerado Ripley?

-Por lo mismo de siempre. No quise tocar a mi mujer, estando como estaba enferma. Pero, ¿qué clase de hombre creen que soy yo?

-¿Qué clase de enfermedad tiene, Ripley?

-Tú eres ya grandecito y debes saber cómo son las mujeres. Un hombre decente no debe tocar a su mujer en ciertos días del mes.

-¿Y por qué no? - preguntó Dove al azar.

-Si hubiese ido con ella contra su voluntad o la hubiese golpeado o torturado, era natural que me encerraran. Si hubiese hecho una de esas cosas yo mismo me habría entregado. Habría aceptado mi castigo.

-No debes azotar a una mujer, jefe.

-Yo no la azoté, eso es lo que estoy tratando de decirte. Ni a mi cerda le levantaría la mano, *cuantimenos* a mi mujer.

-No debes golpear ni a tu mujer ni a tu cerda, jefe.

-Me alegro de que lo consideres así. Pero suponte que hiciera esa brutalidad. Suponte que estando arrimándole puntapiés -a mi cerda, apareciese el sheriff y me viera. ¿Crees que debería intervenir?

-A mí me parece que sí.

-Pues no. No debería hacerlo. ¿Y sabes por qué? Porque la cerda es mía y puedo hacer con ella lo que se me antoje. Ei decirme lo que debo hacer con ella es como ir al barbero y decirle cómo ha de cortar el pelo a sus clientes. Así, pues, ¿por qué ha de intervenir ahora, cuando no sólo no golpeo a mi cerda, sino que, al contrario, me porto con ella cariñosamente en la espera de que mi mujer se ponga buena? ¿Tengo yo la culpa acaso de que mi mujer, en esos días diel mes, esté más celosa que de costumbre? Uno es cariñoso con los animales ¿y qué saca con eso? ¡Que lo traten a uno de monstruo!

-¡Tú no eres un monstruo, jefe! -dijo Dove, con un tono forzado de sinceridad -; ahora tengo que irme á trabajar. Soy regente interino del hotel que está al final de la carretera. No dejes de venir cuando salgas

de chirona. Haré que mi cocinera te prepare algo especial.

Dove dejó al tierno 'monstruo lanzando gozosas bocanadas de humo contra los barrotes.

-Un tipo simpático si los hay-decidió para sus adentros el regente interino, complacido de su intercambio de ideas con el indio.

Veíase obligado a caminar Con cautela, saltando o evitando los hoyos y zanjas que los del lugar llamaban «hoyos del amor», ya que en los días del carricoche o carromato estas quiebras del camino arrojaban a ellos en los brazos de ellas, y viceversa.

Pasó por delante de la ruinosa iglesia de los negros, en donde los doce o catorce morenos de la ciudad se congregaban para rezar, y oyó que cantaban:

¡Oh, bien, silencio!

¡Alguien me llama!

Era el momento antes de que las ranas comenzaran a croar, en el que mejicanos y

mejicanas se embozaban en sus sarapes para librarse de la humedad de la noche. En las sombras azulencas de la noche, las ventanas tapadas de «La Fe» eran como los ojos vacíos de Ripley. La escalera desvencijada, las paredes agrietadas, las puertas azotadas por la arena, que conducían al amplio vestíbulo desolado, todo le recordaba a Teresina.

Teresina Vidavarri.

El frío empañaba los cristales de las ventanas. Aunque ella no se lo ordenara, él encendía, sin embargo, todas las noches, el altarcito con la Virgen. A favor de esta lucecita, encendía la estufa. Seguidamente se hizo un cigarrillo con unas briznas de cáñamo indio del que cultivaba su hermano en su propio huerto y lo fumó con actitud de desafío.

-Demente recitador de versículos. Necio loco. ¡En vez de disparar sermones a troche y moche hacer el payaso ante un hatajo de

imbéciles piojosos habrías podido llevarme a la escuela y ahora sabría leer y escribir y tendría un empleo decente!

Con cada chupada de La hierba crecía una pulgada. Por lo menos, era esa su impresión.

-¡Ay de mi, piojoso pecador! -se te ocurrió exclamar, de repente, con el pitillo colgándole del labio inferior, santiguándose y doblando las rodillas en un intento de genuflexión.

-¡Trágate ésta! -dijo pensando en su padre-¡ viejo infernal y sulfuroso!

Esta era su cama: la cama de la mujer. En ella había estado tendida, no hacía mucho, inquieta o soñando, y pronto había de volver a soñar en ella.

Entre la blanca Hama del quinqué de petróleo y la lucecita trémula, amarillenta, que alumbraba a la Virgen, recorrió con los ojos el texto del cuento *Un hombre bueno es siempre justo,* porque lo conocía de memoria.

> *- Yendo siempre cuesta abajo,* y siempre *contento. ¡Bien valía la pena!*

La punta de su largo y estrecho pitillo danzaba en la oscuridad como una bailarina minúscula. Volvió la página hasta donde el viento del Este, vestido como un chino, le aconsejaba al príncipe que se mantuviese tieso, pues de lo contrario, caería.

> *- ¡Oh! ¿Has venido desde ese barrio! -preguntó la madre-. Creí que habías estado en el*

Jardín del Paraíso.

> *- Iré allá mañana -dijo el viento* del Este- *Mañana hará tai siglo que no he estado allí.*

Acabo de llegar de China, en donde bailé en torno a una torre de porcelana hasta que hice sonar todas sus *campanillas. Los funcionarios fueron azotados en las calles. Las cañas de bambú saltaban rotas sobre sus espaldas, y ellos gemían: Gracias, muchas gracias, padre y bienhechor - pero no eran sinceras sus palabras. Y yo seguí tocando las campanillas y cantando Chin, chan, chun.*

Un perfume de Oriente hirió su olfato. Dejó el libro y se puso a

oliscar como un conejo hasta llegar a la cómoda. Abrió el cajón.

Vio en él revueltas una blusa de seda, y ropas interiores. Dove las tocó con la especial reverencia, de aquellos que han vivido por completo apartados de la mujer.

-Estoy como un cencerro - se dijo.

Y, alejándose, se echó en la cama y al poco rato quedó sumido en un sueño profundo.

Soñó que daba vueltas en un tiovivo, en la feria de un pueblo, *y* que en el mismo se solazaban también, jubilosos, cuatro pequeños micos. Sujetos con correas a los diminutos autos, cada uno llevaba una casaca del color del cochecito, una roja, otra amarilla, la tercera verde y azul la última, mientras el público se apiñaba contra la barandilla para verlos girar. Llevó su mano a la visera de su gorra para que ésta no volara cuando comenzara la carrera.

¡Cómo soy! ¡Tal como soy!

comenzó la música, jubilosamente.

Perdía terreno, pero luego lo recuperaba, y pronto se vio en cabeza. ¡Oh, apresúrate! ¡Pronto! ¡Pronto, antes que sea demasiado tarde! Por detrás de la cabeza vociferante de su padre asomó la suya Ripley *el Topo.* El tiovivo se puso a girar vertiginosamente, tanto que los cochecillos descarrilaron y fueron despedidos con violencia de la vía.

-¡ Señora! ¡ Sálveme de Ripley!

Se halló sentado en medio de la habitación, con la almohada contra el pecho. Por encima de él, la Virgen le sonreía, iluminada. Junto a él, la estufa apenas daba ya calor. Por el camino oscuro los negros cantaban, sempiternos:

Entró allí la muerte solapada

en silencio, *por la madrugada.*

Dentro del fuego, los ojos de Teresina le salvaron de Ripley,

cuando el fin del

sueño puso también término al girar loco del tiovivo.

-El viejo abuelo vino anoche. -Así saludo Fitz, una mañana, a la escarcha que

había llevado la noche. Los tejados de Hooverville aparecieron, cubiertos de un manto blanco y en los hogares sólo había cestas de frutas para quemar, y aún eran éstas muy escasas.

El único grifo que se heló, pero un matrimonio mejicano, dos casas más abajo, permitió amablemente a sus vecinos que usaran su pozo. De pronto corrió de casa en casa un rumor: el paso inminente de un tren carbonero. Falso o verdadero, llenó a todos de júbilo. Ya se veían todos con él cuerpo caliente.

Dove y un muchacho llamado Jehová fueron a la vía del ferrocarril con un saco y una pértiga. Medio centenar de hombres, mujeres y niños se apiñaron en torno a la torre de agua. Llevaban cajas, sacos, barriles. Una niña mejicana llevaba sobre su pecho, envuelta en un chal amarillo, una pepona. Una de las puntas del chal le arrastraba por el suelo y en ella había tizne para armar un fuego. Junto a la niña estaba el cochecillo de la muñeca, desvencijado y con las ruedas torcidas.

-Tu hijita se va a constipar -le dijo Dove, burlón, pero ella, por toda respuesta, fijó en él sus ojos llenos de negra enemistad.

-Cuando te hablen, contesta -le amonestó Jehová, pero su reproche se perdió también en el vacío.

-Una peladita sin educación -comentó finalmente Jehová, y en esto llegó el largo tren y en medio de un rechinar de frenos se detuvo y la lo- locomotora comenzó a llenar de agua sus Calderas.

Eligieron, en exclusiva, uno de los vagones. Jehová trepó hasta lo más alto de la negra carga, y escogiendo los pedazos más voluminosos los fue lanzando al borde exterior de hierro que corre a lo largo del vagón. El problema no era sólo el de elegir los trozos más grandes, sino evitar también que los vecinos se apoderaran de ellos.

Jehová terminó de llenar el reborde del vagón y cuando él tren volvió a ponerse en marcha saltó a la vía y ayudado por Dove y su

pértiga fue metiendo en el saco los trozos de carbón que había alineado previamente en aquel reborde. La operación se llevó a cabo felizmente y ni un solo trozo de carbón se perdió.

Mientras caían, exclamaba Dove:

-¡ Y si hubieran sido boniatos? -Y como nada dijera Jehová, agregó-: ¡Ojalá hubieran sido cebollas ¡

A la sola mención de estas plantas liliáceas, su boca se le hacía agua. Que alguien le dijera solamente en dónde había cebollas que ya se arreglaría Dove Linkhorn para robarlas y conseguir que su hermano Byron hiciera con ellas una salsa suculenta, Se oyó de repente un griterío. Un policía de paisano saltó de un furgón a la vía. Dove y Jehová; bajaron al terraplén que bordeaba los carriles, llevando entre los dos el saco, y vieron volcado, con las ruedas al aire, el cochecillo de muñeca. Más arriba veíase un bulto. Lo cubría un chal amarillo, que, por momentos, se teñía de oscuro.

-Las ruedas prendieron el cochecillo, y no quiso soltarlo porque en él tenía su muñequita -dijo alguien, explicando el accidente.

-Espera que venga el cura -dijo otro, como dando a entender, supuso Dove, que el cura cuando viniese podría explicar de un modo comprensible cómo una niña tan pequeña podía querer tanto a su muñeca que, para salvarla, no había vacilado en precipitarse bajo las ruedas de un tren en marcha.

En las postrimerías del mes de enero Dove se hallaba en la leñera de «La Fe», calentando entre sus manos un huevo, cuando oyó un ruido en la puerta de entrada. El corazón le saltó del pecho y sus piernas tomaron el camino de su corazón,

Teresina.

Con guantes negros hasta los codos, muy semejantes a aquellas inaccesibles señoronas de Nueva York, su vista dejó turbado, inmóvil, al chicarrón descalzo.

Le dirigió una de aquellas sonrisas suyas, luminosas. Olía a limpio sol mejicano, y cuando lo tuvo delante le pellizcó una mejilla. Dove le entregó el huevo que tenia en la mano, y sólo se le ocurrió decirle, a guisa de saludo:

-¿Sabe usted? Una chiquilla resultó muerta en la vía.

-Ya me lo contarás después -le dijo, y subió la escalera de rechinantes peldaños, sin soltar su maleta, por cierto bastante baqueteada. Al llegar a la puerta de su alcoba él se apartó para dejarle paso. Luego, entró.

Las cortinas estaban echadas. La habitación olía a jabón, a paz, a oscuridad. De pronto, sintió sobre sus labios los del mozo. Un beso torpón de muchacho, cálido e ingenuo..., hasta que el beso se hizo más imperioso, más agudo, beso de hombre. Aflojaba la resistencia de ella a medida que aumentaba sus fuerzas el invasor, y pronto se vio con el cuerpo medio vencido en la cama. Con todo, la vergüenza y la ira pudieron más que la pasión, apartándolo de un manotazo, se irguió, tomó aliento y reparó el desorden de su vestido.

Quiso él volver a la carga y ella le mostró entonces Sus uñas. En la oscuridad brillaban como dagas diminutas forjadas sólo para ojos masculinos. El apartó de su frente el sempiterno mechón que le tapaba un ojo y sonrió, vergonzoso.

-Te buscarás otro empleo -le dijo ella, terminante.

Después de lanzarle una mirada humilde, de perro apaleado, él se alejó murmurando:

-Tendré que encender la estufa.

Unos minutos después la vieja estufa se puso a ronronear como un gran gato contento. El mozo la había atiborrado de leña, como si ésta la regalaran*! Algo tenía que hacer con sus manos, y estos menesteres las ocuparon un rato. Ella esperó hasta que oyó que la puerta de abajo se cerraba.

Desde la ventana vio yendo y viniendo, vacilante, a aquel muchacho, al que habría podido convertir en hombre si ella se hubiese conducido como una mujer. Observó como una y otra vez, en su ir y venir, tropezaba el mozo en él mismo obstáculo, y se decía:

-Yo no tengo la culpa.

Arriba, en el cielo, aleteaba una bandada de pelícanos. Se dirigían al Golfo. El que iba a la cola, trazando un largo círculo, quería ocupar el puesto del que iba en cabeza. Y así, sucesivamente, trazando círculos en el aire inmóvil, que ninguna brisa turbaba, las aves se trasladaban a las aguas lejanas e inútiles del golfo de Méjico.

«Comprendo que un hombre se aflija cuando una mujer se burla de

él.» - Este pensamiento le perturbó y *se* sintió un tanto compadecida del muchacho. ¿En dónde podría encontrar el zanguango la amistad que tanta falta le hacía?

Aquella noche, antes de meterse en la cama, se arrodilló y confesó su culpa. La luz trémula que emanaba de la estufa rielaba suavemente en el alud de nieve que era su cabeza. Una mujer de treinta años con un muchacho de dieciséis... Trataba valientemente de sentirse avergonzada, pero en vez de ello, un secreto júbilo la dominaba toda. Y, jubilosa, dejó que su cabeza reposara en la cama, como si se dispusiera a oír alguna vieja melodía que viniese en alas del viento de algún viejo mar.

Paseaban por la plaza las muchachas cogidas de la mano, cruzándose con los muchachos que paseaban en dirección contraria. Ella también se paseaba, apartada un tanto de las muchachas, pues si podía considerarse más feliz que algunas de ellas, era también, entre todos, la más sola y abandonada» Y de pronto vio que le estaba siguiendo una perrilla de ruin traza, que sin duda había perdido a su amo. Arrastraba por el polvo la correa y su rabo, roto, daba la impresión de que algo o alguien, muy recientemente, se lo había ¡fracturado. La gente se reía a causa de los movimientos grotescos, a un lado y otro, que la carrera de la perra imprimía a su rabo dislocado. Numerosos perros habían estado siguiéndola, y había pasado horas enteras huyendo de su acoso, refugiándose en los lugares más escondidos hasta que una y otra vez el olor a hembra en celo que despedía volvía a poner sobre su rostro a los encelados perros.

Jadeante, en demanda de protección, la perrilla se tendió a los pies de Teresina. Estaba agotada. Sus cuartos traseros estaban cubiertos de sangre.

-No os riáis porque la acosen de ese modo - dijo Teresina, defendiéndola ante los que se burlaban de ella -. Es ella la que manda, la que decide el juego, y ahora está cansada y sedienta porque el juego ha sido duro. Eso es todo. ¿Y ahora qué hacemos? - le preguntó al animal, y sin esperar la respuesta, prosiguió -: Si no fueras tan fea te llevaría a casa.

Tras de su delgada pelleja se transparentaba la carne enjuta y rojiza, y al acariciarle el lomo sintió como si su mano formara parte de aquella carne. Pero lo que tenía bajo su mano no era ciertamente carne de perra.

-No es mía -explicó a todos-. Es que me seguía...

Se despertó. Seguía arrodillada, con las mano» entrelazadas. Y la estufa continuaba lanzando sobre las paredes sus reflejos trémulos.

-¿Le hincho las ruedas, señor? - oyó Teresina que decía Dove, alerta, y despierto, a la mañana siguiente, como si nada hubiera ocurrido entre ellos. Se asomó a la ventana y lo vio aplicando la manguera a la válvula. Llevaba pantalones limpios, el pelo partido por una raya, muy pegado y abrillantado por el agua y una cara que de puro lavada relucía. Un pañuelo verde, insólitamente limpio, ceñía su cuello, ¡ Hasta sus tobillos estaban limpios! ¿Pensó acaso que le había despedido por desaseado?

Cuando entró a tomar su café no tuvo ella el valor de decirle que debía tomar en serio su despido. Comprendió que sería inútil; pese a todo, seguiría trabajando para ella.

Sin embargo, formó el propósito de ser inflexible con él. Antes de que encendiera la cocina le ordeno que lavara la vajilla de la noche anterior. No bien terminó esa tarea le recordó que el café elaborado en la cafetera «expresa» debía ser más fuerte. El se preguntó qué podría hacer ella, sola, sin él, y esa misma pregunta se la hizo también ella. Estaba encaramado en un taburete llenando el gran filtro de metal cromado cuando se le acercó Teresina con una escoba en la mano.

-El suelo necesita un buen barrido.

-Bueno, átemela al trasero - le dijo quedamente -. Así podría barrer y lavar las paredes al mismo tiempo.

-¿Decías...?

-Oh, sí, allá en la vía una niña resultó muerta, Le lanzó una mirada ambigua y se alejó. Se sentía satisfecho. Se había burlado de ella. Pero esta burla la estaba pagando con un trabajo demasiado abrumador.

Mediada la mañana llegaron al establecimiento dos tunantes redomados, que divirtieron a Teresina.

Uno de ellos era un mejicano de exigua talla, con trazas de *Pachuco*[10]: pelo ondulado, patillas y todo lo demás«Su compañero era un sueco de ingrata traza que le doblaba en' estatura y le triplicaba en edad.

-Pasábamos por aquí y hemos aprovechado la ocasión para desearle mucha suerte en su nuevo establecimiento -dijo el joven a Teresina,

expresándose en español. Nuestra familia comió con la suya en otros tiempos pasados, más felices.

-Él establecimiento no es nuevo -le contestó ella en el mismo idioma -. Hace ya diez-años que estoy aquí y no tengo familia alguna.

-Le presento a mi padre. - Ahora se expresaba en inglés-. Le han ofrecido un puesto de director general en una fábrica de Dallas, y busca quien le preste el importe del pasaje hasta allí. Por favor, préstele un dólar y medio. Yo salgo garante por esa suma. Si en el plazo de dos días no se la devuelve por correo, yo se la hago efectiva inmediatamente... Hágalo, en recuerdo de aquellos otros tiempos pasados, más felices.

-Si quieres hablar en inglés, háblalo bien, ¡hijo de la tostada! -oyó Dove que el «padre» murmuraba entre dientes al *Pachuco.*

-Tendría que darle vergüenza..., ¡ hablar así a un caballero español tan amable y pulido ¡ -exclamó Teresina, burlándose donosamente del *Pachuco,* y puso ante ellos dos tazas de café, en recuerdo de aquéllos tiempos pretéritos y felices.

El «padre» se abalanzó a la taza, pero el pequeño *Pachuco* tenía más dignidad.

-Padre, llamaremos a otra puerta -y tomando del brazo al escandinavo, bien a su pesar,lo remolcó hasta la puerta.

Inmediatamente Teresina se dedicó a la confección de un nuevo letrero. Lápiz en ristre, tardó cerca de una hora en dejarlo terminado y colgado de una délas asas- de la cafetera «expresa».

Nada de recalentamientos. Nada de repeticiones.

-¿Qué significa esto? -hubiese querido preguntar Dove cuando Teresina le

mostró el letrero, sin decir palabra. Tal como estaban Has cosas entre ellos no se atrevía a hacer ninguna pregunta. Se sentó a una mesa y se puso a cavilar.

-¿Le pago para estarse sentado? -preguntó; Teresina, y al punto

Dove se puso de pie para apechar con el trabajo que fuera.

Simón, el proveedor de tartas y pasteles, se presentó más tarde en su automóvil para tomar en el mostrador uno de sus propios pasteles.

-Admiro a la mujer hispanoamericana -proclamó, sirviéndose una tarta de chocolate, pues Simón escogía siempre lo mejor de su ¡repertorio de golosinas -. Pienso casarme y establecerme.

La sugerencia cayó en el vacío. Volvió a la carga, esta vez armado de erudición.

-Soy un tipo intelectual - confió-. Aquí tiene un ejemplo. ¿Se le ha ocurrido pensar por qué los indios no reaccionan ante el detector de mentiras?

-Tal vez porque los indios no mienten.

-Usted siempre tiene la respuesta pronta. Contésteme ahora a esto: ¿Sabía que los indios navajos comen saltamontes?

La mujer simuló una gran sorpresa.

-¡ Es inimaginable ¡

-Le diré por qué. Si es que quiere saberlo.

-¿Porqué?

-Porque el nivel de su cultura es distinto al nuestro, eso es todo.

-MI nivel de cultura me inclina a comer langostinos -dijo Teresina, poniendo ante él un bocadillo de lechuga y tomate, en el que la lechuga había sido sustituida por una hoja de col.

-¿No le importaría calentarme esto? -le mostró su taza de café medio vacía -. Sólo un poquitín., Teresina le señaló con el dedo el letrero: vio, demasiado tarde, que el Henar la taza le costaría otros cinco centavos.

-¿Qué se propone usted? - preguntó -. ¿Ser la mujer más rica del cementerio?

Sin embargo, al irse, el pastelero le cosquilleó la palma de la mano.

No eran ciertamente sementales hechos de claro de luna estos reyes del camión y del autocar. Eran patanes cuyos vicios desbordaban

débilmente como é café de sus platillos. Glotones, bebedores, mascadores de tabaco; se ufanaban de sus grandes pecados, cuando el mayor de ellos era, en realidad, el derrochar monedas de cinco centavos en los aparatos tragaperras. Sus conquistas eran muchas, según sus decires. Y era su perpetuo problema él de satisfacer sus ansias de amantes de menor cuantía. No obstante, cuando ella fingía, ante uno de ellos, que su ofrecido fin de semana en Matamoros le parecía interesante, el hombre cambiaba repentinamente de plan. No era Matamoros» después de todo, sino Brownsville. Y en vez de un fin de semana, sería sólo un día. Y, naturalmente, tendría que llevar a su familia.

El único hombre, en aquellos diez años, cuyos halagos haló difícil resistir, porque eran sinceros, fue Dove. En sus ojos leía una lealtad canina.

-¿Es eso pastel de chocolate? -preguntó, señalando un pastel que lo mismo habría podido ser de crema de plátano. Una pregunta sondeo.

Teresina puso sobre él mostrador una pastilla de jabón «Bon Ami».

-Este es él pastel que te conviene.

Se puso a trabajar en las ventanas, El Sin Ventura, El Sin Zapatos, El Sin Pastel de Chocolate.

Cuando terminó las ventanas, colocó ella en sus manos una pala matamoscas, sin que se le ocurriera pensar que el mozo le rendiría cuenta de sus victorias sobre los molestos dípteros.

-¡Una! -exclamó desde la cocina-, ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! - Estaba mintiendo. Por el zumbido de la pala se daba cuenta ella de que no hacía más que hendir el aire. No obstante, siguió escuchando el recuento de sus dipticidios, en tanto que el mozo subía la empinada y desvencijada escalera. Seis, Siete. Ocho. Eran nueve cuando llegó al rellano superior, y diez cuando se encontraba junto a la puerta de su dormitorio. Cuando contó ¡Once! debía bailarse ya junto a su cama, y el ¡doce! vino cuando daba vueltas en torno a ella persiguiendo a un imaginario moscardón. Oyó sus pisadas, sus vueltas y revueltas rápidas y todas las frases de una simulación grotesca que terminó con un *¡chas!* estrepitoso? el golpe de plano de la pala matamoscas contra la dura cama, un golpe fortísimo que hizo vibrar el piso de madera de la alcoba. Luego, silencio.

Un silencio lleno del ansia de estar con él, en aquella dura cama. Y hundió su cabeza en sus manos, asustada y avergonzada de sus

pensamientos,

«En Jesús tengo paz» Trató con esas palabras de ahuyentar la visión del duro

lecho.

Nada de recalentamientos. Le recordaba el letrero, detrás de ella. Nada de repeticiones.

Mientras, en la dura cama, Dove le aguardaba'; Finalmente, el muchacho decidió bajar. Azotó el aire con el matamoscas, varias veces, con cierto desmayo, y colgándolo en el sitio acostumbrado, se encaminó a la puerta.

-Ven, que te daré el pastel de chocolate-No se le ocurrió decir otra cosa para retenerte. Pero él se fue, sin volverse. Desapareció en el ocaso plateado del día, bajo un cielo vacío de nubes y de pelícanos.

Teresina, aquella noche, se olvidó de su amiga de la pared. No era aquella noche de virgen. Eso era todo.

Clausurada por dentro y por fuera, sola en una cerrada oscuridad, oía el tictac de un pequeño reloj, débil como el latido de un corazón enfermo de soledad: un reloj que se sentía solo como ella y que anhelaba seguramente que aquella segunda manecilla que le había abandonado volviera a juntarse con él. Sabía ya ella de ese anhelo profundo, imperioso, que no le era posible dominar por más tiempo.

Era aquel un reloj diabólico. Su tictac nostálgico parecía susurrarle, artero, que su único pecado mortal había sido el dejar pasar minutos y minutos en una inútil castidad.

Era aquel un tiempo sereno, de paz y de silencio. No había viento que moviera una rama, ni grillo que chirriara en la espesura. Sólo aquél reloj mínimo y alcahuete que se complacía en alentarle para que sedujera a aquél muchacho al que doblaba en años.

Hasta que la noche quieta y serena se apiadó de día, y el sueño la meció suavemente, durante unas horas, llevándola de un lado a otro...

Teresina viose en la calle con un vestido de noche, muy escotado, de un azul

celeste, con doradas lentejuelas y, con gran disgusto suyo, plagado de ¡manchas de chocolate. Se cruzó con un caballero de exigua talla, jorobado, muy elegante, vestido de frac, con corbata blanca. Le preguntó:

-¿Por dónde se va a la iglesia? Tengo el deseo de hacerme monja.

-Admiro a las monjas - dijo el menudo y distinguido caballero, y se inclinó, reverente-. Precisamente mi padre fue arzobispo de Sevilla. Mi familia conoce muy bien a la suya, señora.

-Caballero -le dijo ella, respetuosamente-y mi familia y la suya descienden de Hernán Cortés. Tal vez recuerde usted a mi padre.

-¿Cómo no, señora? Aunque cojitranco, era un chulo muy majo. *Macarroneaba* en Puebla.

-Siempre ha habido en nuestra familia un chulo de categoría -repuso ella, con mal reprimido orgullo.

-En la nuestra siempre ha habido una golfa de postín-se jactó él, a su vez, discretamente-. Tal vez recuerde a mi madre.

-¿ Cómo podría jamás olvidar a la dama eximia encargada del «Taco de Oro», unos billares en lo que uno podía dormir sobre una mesa por el precio, de tres jugadas? ¿Sigue bien la ilustre dama? ¿Pero antes de que pudiera averiguarlo, el sueño se desvaneció, y se quedó sin saber tampoco por dónde se iba a la iglesia.

A la mañana siguiente, estando sentada en el borde de la cama, en encaje de seda

negro, bordado, entró Dove en él cuarto, sin llamar a la puerta. Su excusa era que tenía las dos manos ocupadas en un brazado de leña.

-Echaremos abajo las puertas -dijo Teresina-. Por lo visto, no las necesitamos ya más.

Dove evitó sus ojos, no obstante, Teresina los clavó en él con extrema dureza. Observó que la mano que sostenía la cerilla temblaba mientras esperaba que la leña prendiera. Cuando finalmente prendió, la llama iluminó su semblante rústico.

La mujer se sintió envuelta en oleadas ardientes. Era un fuego

irresistible y que no procedía, ciertamente de la estufa.

-¡Eh, tú, ven acá! -le ordenó, y Dove acudió al instante y se quedó cuadrado ante ella, como un recluta, haciendo que su mirada resbalara por encima de su hombro, hasta perderse en la lejanía. Preparado para cualquier orden. Con una sumisión tan plena y completa que el corazón de Teresina se sintió invadido del dulce gozo de la venganza.

Empujó taimadamente con el pie descalzo la maleta que se interponía entre ambos.

-¿Por qué estás ahí firme, como un soldado? ¿Esperas acaso que te condecore por tu valentía!

-Nunca he estado en el ejército, señora.

-¿Por qué no? ¿Tienes tal vez miedo de ser soldado?

-No tengo miedo de ser soldado. Nadie me pidió que lo fuera,

-Ya veo. No tienes miedo de nadie. Pero sí de Teresina.

-Siento por usted un gran respeto, señora,

-Entonces, has cambiado mucho desde ayer, porque ayer tarde tu mano no me respetó.

Bruscamente tomó en sus manos las de ¡Dove y volvió las palmas hacia ella. Simuló una gran congoja.

-¡Vaya! Son las mismas de ayer, aunque más sucias. ¿Por qué me decepcionas siempre?

Se abrió de repente la ventanilla de la estufa y una bocanada de fuego anaranjado iluminó el rostro del muchacho. Un rostro tan joven, y sin embargo, ya sin alegría.

-Yo no intento decepcionarla, señora. -Y en el brazo que le tendió, sintió ella una imperiosa ternura.

-¿Qué puede esperar una mujer de un hombre tan temerario? -Y se puso a temblar, temiendo que ocurriera lo peor, que era que el mozo se arrepintiera de su temeridad...

Pero no fue así. Tiró con brusquedad, hacia abajo, los tirantes de su combinación, como si fuera él quien le comprase la ropa. La obligó a

reclinarse en él.

-¿Hay algo que pueda yo hacer por usted, Inútil y temerario muchacho? - le dijo ella.

El contacto de los labios masculinos hizo que los ojos de la mujer se humedecieran. El beso, apretar do y profundo, fue interminable. Hasta que sus ojos, qué el deseo había oscurecido, brillaron ahora, cargados de electrizante felicidad.

Una caída interminable en un mundo vacío, sólo turbado por el sonido de dos voces lejanas, apaga»: das, únicas señales de vida en un mar sin orillas de calma y serenidad: la respiración sosegada de un hombre y los sollozos de agradecimiento de una, mujer.

Hasta que unas manos invisibles acariciaron su rostro; y comprendió que alguien estaba tratando de secar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Después de un momento de exaltado júbilo, el remordimiento había hecho presa en el muchacho pero este sentido de culpa también se disipó rápidamente.

La mujer acarició con sus manos la espalda del mozo, para mostrarle que comprendía, aunque en realidad nada comprendía. Luego se apoderó de ella una gran languidez. Y Teresina Vidavarri se echo a dormir, serena, plácidamente, como una niña.

Dove se puso a cavilar, con gran calma, sobre su futura Rebosaba de optimismo.

-No sé hasta qué altura rayaré en la vida. Lo que sí sé es que he nacido para hacer grandes cosas. El que había nacido para hacer grandes cosas se ciñó un delantal a la cintura y se preparaba a *poner* orden en el fregadero, cuando vio a su hermano Byron caminando descalzo por el polvo del camino, en dirección al fonducho. En aquel malaventurado pueblo el chisme corría con velocidad supersónica. Dove cogió del mostrador un cigarrillo y lo encendió para darse ánimos. Byron abrió la puerta y entró en la sala. Deslumbrado por la luz Intensa del exterior, no distinguió al pronto a su hermano.

-Hola, Byron -dijo Dove, dándose a conocer.

-Hola, Dove.

- ¿Te ocurre algo esta mañana?

-Nada, chico. Pasé por aquí, por casualidad*.

-Mis fondos andan muy bajos, hermano.

-Obsequio de la casa. ¿Un pastelito?

-Eres muy amable, Dove. Superlativamente amable. Por lo que veo, te van muy bien las cosas.

-No me puedo quejar.

-¿Qué tal Dolores del Río!

-La pregunta es ociosa, hermano, y no tiene ¡relación con que míe cosas vayan bien o mal. - Dove barrunto peligro y decidió precaverse -. Trabajo aquí, simplemente, y cumplo con mi obligación«

-¿Qué edad tiene la mejicanita, Dove?

-Veintiún años cumplidos.

-¿Cuántos años hace...? En fin, el calendario le atrasa un poco. Dime, ¿cuánto te paga?

-¿Y a ti qué te importa?

-A mí nada, pero tal vez le importe mucho a papaíto.

-No seré yo quién se lo diga.

-Pero yo sí.

-No te portarías como un buen hermano.

-Dé ti depende que seamos buenos hermanos.

-¿ Quieres un cigarrillo, Byron?

Byron dejó escapar su tosecilla seca. Hizo con la cabeza un ademán negativo, aunque la sola mención del tabaco cosquilleó agradablemente su garganta. Llevó a la boca su pañuelo de hierbas, y señaló con su dedo la caja registradora.

Dave se sobresaltó. Byron chasqueó sus dedos»

-¡ Pronto! ¡pronto!

Dove le obedeció presuroso. Abrió la caja registradora esforzándose

en reducir al mínimo tu indiscreto timbrazo. Había billetes, monedas de plata. Cogió, entre éstas cuatro piezas de veinticinco centavos, y las sopesó unos instantes, indeciso. Byron alargó la mano por encima del mostrador. Las piezas cayeron una a una en la palma extendida del hermano mayor.

Solamente cuando Byron traspuso el umbral de la puerta se percató Dove de que el cajón de la caja registradora se hallaba todavía abierto.

Teresina se despertó sintiéndose mejor que nunca. Un sol blanco, radiante, dibujaba en el suelo los arabescos de un mosaico mejicano.

Se estiró, perezosa, agradeciéndole al sol su gentileza. Tenía la sensación de que había estado muy enferma y de que el sol 'había venido a curarla. ¡ Qué sol más amable!

Pero, ¿quién había dado aquel portazo?

Luego vio un pañolito de negro encaje todavía húmedo de sus lágrimas. El recuerdo le vino a la memoria, como una mala nueva traída por un extraño relativa a alguna injusticia que jamás podría repararse. Y viéndose estremecida en un lecho de bestiario, el cuarto que había olido a jabón y a castidad ahora sólo le olía a lascivia. Recogió del suelo su viso de seda con un movimiento irreprimido de asco.

Y en ese preciso momento oyó el ruido metálico del cajón de la registradora, al cerrarse.

Se arregló el pelo, se acicaló ¡brevemente, se vistió sin prisa y bajó a la sala haciéndose el propósito de que nada había cambiado en aquéllas últimas veinticuatro horas, pese a que, a cada paso que daba, era mayor la furia que ardía en su pecho.

Por el contrario, Dove tenía la sensación dé que había habido cambios importantes en aquellas últimas horas. Ante una taza de café saboreaba el líquido con la fruición de un hombre encantado de la vida. Fumaba un veguero con la satisfacción del hombre que no repara en gastos.

Desde la caja registradora le llamó ella:

-¡Eh, tú!, ven acá. Quero enseñarte algo muy divertido.

Su inglés era impecable cuando no le dominaba la ira. Este *quero* tan mejicano debió de haber puesto sobre guardia al mozo.

- *Pensó* que te gustará. Mira, Tenia en la mane m peso mejicano, -Mira. Está hecho

por los gringos. Hasta él dinero de Méjico lo tienen que hacer los gringos/

Asintió, indeciso. Avanzó unos pasos hacia ella, llevando en equilibrio platillo y taza de café.

-Acércate, no temas -le tranquilizó ella -En cambio los mejicanos fabrican el dinero de los chinos. -Y de un revés de su mano abierta lanzó al aire taza y platillo. El café inundó el rostro de Dove y una parte de él le entró por la boca, que un pasmo indescriptible había abierto desmesuradamente. La taza y el platillo se hicieron añicos a sus pies.

Agarrando con una mano el tirante de su mono y asiendo con la otra 'los fondillos de sus pantalones, lo llevó a rastras hacia la puerta, con una violencia y una celeridad tales que sus pies apenas tocaron el suelo. Una vez allí, de un tremendo empellón en el que empleó ambas manos, lo mandó rodando por él polvo: el polvo de donde ella le había sacado.

Durante unos segundos Dove anduvo a gatas, como si buscase algo que hubiese perdido. Por fin se enderezó, jadeante, y se quedó mirando la puerta del fonducho. En el cuadro de ella se recortaba la figura, bañada en ¡sol, de Teresina.

-Te dije una vez que te fueras - le recordó -¡Vete! Vuelvo a decírtelo. ¡Vete, vete, vete/ Dove se alejó hasta desaparecer de su vista. Entonces toda su ira se desvaneció. No era, ahora, más que una mujer indefensa de gesto amargo, con una media caída, bajo un letrero que decía:

Bien venidos, todos ustedes.

Buena parte de aquella noche la pasó Dove es- cuchando las graves discusiones

de Byron y de su padre sobre si la tierra se movía constantemente o estaba quieta.

-Tomemos por ejemplo una mariposa -decía el anciano machaconamente -, veámosla revolotear por encima de un trozo de tierra determinado. Si el mundo se moviera, la mariposa al posarse en el suelo, no se posaría en el mismo sitio que había sobrevolado. Se posaría uno o dos metros más atrás o más adelante.

-Esa mariposa que pones como ejemplo tiene más sesos que tú, viejo-replicaba Byron-. Sabe que el mundo es redondo, cosa que tú ignoras. Así pues, vuela con la rapidez suficiente para mantenerse sobre ese trozo de tierra. A ti te parecerá que ha revoloteado sin ton ni son, pero en realidad lo que ha hecho ha sido ajustarse al movimiento del globo terráqueo.

-¿Tiraste alguna vez al aire una pelota y la recogiste, al caer?

-Naturalmente.

-Entonces el sentido común te dice que si el globo se moviera, tú te hallarías demasiado lejos de la pelota cuando ésta cayera, ¿no es así? Porque no irías a decirme que la pelota sabe, como la mariposa, que el mundo se mueve.

El anciano tenía la victoria al alcance de su mano.

-¡Por Dios y todos los santos! El mundo se mueve, por supuesto, pero no a cuarenta millas por hora, viejo - protestó Byron.

-¿Qué es lo que le impide que vaya a cuarenta millas por hora? -preguntó, secamente, Fitz-. Si es redondo, como tú pretendes, su velocidad tendría que ir en aumento como una bola de nieve que ruede monte abajo. Te diré que por la misma razón que no se mueve, no es redonda la tierra... es cuadrada, tiene cuatro esquinas que le impiden moverse. Te lo probaré leyéndote un párrafo de El Libro.

Dove oyó cómo hojeaba precipitadamente la estropeada Biblia, tratando de encontrar el pasaje que le daba la razón.

-No te molestes, viejo -Byron parecía cansado-. Conozco el pasaje que buscas: «Y un fuerte viento sopló desde los cuatro rincones de la tierra. Por eso, lo que es redondo, no puede tener rincones. Anda, acuéstate ya, viejo loco.

Apagaron la luz. Dove oyó cómo su padre se echaba en su camastro. En tanto que el mundo fuera plano, dormiría bien sobre él. Sólo los mundos redondos le quitaban el sueño.

Suavemente, Byron hizo en las sombras esta pregunta:

-¿En qué día de la Creación dijo Dios: «Hágase la luz y la luz se hizo.»?

-En el primero, por supuesto -contestó Fitz, satisfecho.

Dove percibió que un leve silencio recorría él cuarto por entero y volvía a su punto de origen: Byron. Este sabía graduar sus efectos.

-¿Y cuándo hizo las dos grandes luces, la brillante para que rigiera el día y la tenue para que iluminara la noche?

-El cuarto, naturalmente.

-Recapacita sobre eso, anciano, - Byron se volvió a un lado. Dormía mejor sobre un astro redondo.

Dove oyó cómo el anciano rezongaba, irritado, en las tinieblas. Mientras, Byron dormía el sueño de los justos, con suaves ronquidos.

Dove estaba satisfecho de que, por una vez, hubiese ganado Byron la partida. Pero, personalmente, le importaba un pimiento que la tierra fuera plana, o redonda, o tuviera la forma de un pestiño. Tenía otros problemas que resolver.

«Primero se me cuelga al cuello como una loca y a las pocas horas me deja tirado en medio de la carretera... tirado como un zapato viejo. Eso no se hace.»

Bien, no sería él quien llamara ahora a su puerta, una puerta de la que le habían echado. Tendría ella que llamarle, si quería que trabajase para ella. El hombre tenía su orgullo.

Con todo, no existía reglamento que le prohibiese a un hombre caminar por una vía pública.

A la mañana siguiente, muy temprano, sus pies descalzos trazaron un festón de polvo en él camino, precedido de un viento ansioso que gemía como un - perro pachón que hubiese perdido el rastro e iba, de un lado a otro del camino, del farol de gas ál poste de telégrafos. Hasta que alcanzó la lámpara* que parecía inclinada hacia «¿La Pe» del mismo modo que «La Fe» se inclinaba hacia ella. Allá el viento: se remansaba en un recodo del camino para seguirˆ luego en busca del espacio abierto de un corral, abandonando por completo a su suerte a Dove.

Porque no sabía de ley alguna que prohibiese a un ciudadano pasear hasta aquel recodo del camino en donde se levantaba un mal fonducho mejicano.

Teresina le volvía la espalda. Sus pendientes lanzaban sobre el encalado de la pared sus reflejos, verdosos, simulando los brotes de una naciente primavera. Prendas interiores, amarillas y rosadas, revoloteaban en torno a ella como emblemas eróticos. La fuerte luz matinal silueteaba sus muslos macizos. Sacó de un barreño y colgó de la cuerda una combinación negra, bordada, de seda. Vio que él viento le acariciaba y observó en la prenda un leve movimiento de repulsa, como una jovencita que rechazase a un admirador demasiado impetuoso. Ahora el viento, en vez de gemir, silbaba procaz y alegremente, como un viejo calaverón en busca de jarana.

Alzándose sobre las puntas de los pies, calzados de sandalias, para alcanzar la cuerda más alta, Teresina extendió sus brazos morenos, sin mangas, y juntó estrechamente sus piernas.

Dove escupió por encima de la cerca y vio que su salivazo quedaba prendido.en una espina.

«¡ Mírenla! -decía para sus adentros-. Poniendo al sol sus trapitos sucios.»

Teresina, con el rabillo del ojo, lo vio recostarse f en la cerca. «Un vagabundo más -se dijo- en busca de una ración de vista. Buen provecho le haga. Estas raciones no las cobro.»

Seguía Dove rumiando, rencoroso.

«Ganó hace cuarenta años un concurso de belleza, al otro lado del río, en tierra de fríjoles ¡ Y ahora se cree la Reina de Mayo!»

«Puedes irte adonde te lleve el viento, con tus pies descalzos y tus greñas sobre los ojos.»

«Se cree la divina garza, esa princesa del fogón y de los frijolitos refritos. No me extrañaría que el día menos pensado la pusieran de patitas al otro lado del río, por indeseable.»

«Si quiero prostituirme, lo haré con hombres de mi tierra y no con gringos desgraciados.»

-Tendría Pachucas mejores que éstas a porrillo en Dallas, o en Houston, uno de estos días. «Mi dinero será para ti, ¡buen mozo!», le dirían. Y él Buen Mozo no se codearía ya más con Pachucas de tres al cuarto. Tendría una gringuita de ojos azules que le daría de comer platos americanos. No habría *fijolitos* refritos en su casa ¡vive Dios! Y

diría «te quiero» en vez de «te *querro*» y cuando fuese a una iglesia llevaría la suficiente ropa encima para que los transeúntes no supieran cómo estaba formada, de los tobillos al ombligo. En Houston. O tal vez en Dallas.

Fue Teresina, finalmente, la que rompió el silencio.

-Hoy no hay trabaja -dijo. Y para anunciarlo se quitó de entre los dientes una pieza de tender ropa.

-No lo necesito. He encontrado un empleo mejor.

-¡ Oh! ¡ Mira qué *bien!*

-Y no en este pueblucho piojoso.

-¿En qué otro pueblucho piojoso has encontrado empleo?

-En Dallas, náturaca.

-¿Qué harás allá, en Dallas?

-Lo leerá en el periódico.

-Tráeme el periódico y te lo leeré; así sabrás qué es lo que haces en Dallas.

-Es muy fácil ensañarse con un hombre caído. Pero me levantaré y le devolveré el dólar que le tomé prestado.

-No me debes nada, sino un saludo de despedida - le dijo, y se inclinó, esbelta y flexible, y la falda, ceñida a sus curvas, resaltó su grupa y su cintura breve.

No le vio acercarse hasta que sus manos, como garfios se aferraron a su talle. Entonces se revolvió como un gato acorralado y le metió la pinza en los dientes. Dove se tambaleó como herido por un rayo,

- *¿Repite?* -inquirió Teresina, cortésmente.

Se echó atrás, sacudiendo su cabeza y escupiendo astillas. No. Las pinzas de tender ropa no era plato que pudiera repetirse. Llevó la mano a su boca para atajar la sangre que brotaba a borbotones le corría por la barbilla. Ella le tendió su pañolito negro de encaje.

Meneó la cabeza:

-Guarde ese trapito para sus lágrimas.

-Es todo lo que puedo hacer hoy por usted.

El debate había terminado.

-No crea que me hizo un favor tan grande el otro-día -dijo mientras se limpiaba la sangre con él revés de su mano -. No estuvo usted muy brillante que digamos.

El rostro de Teresina dio la impresión de que nada recordaba.

-Quería que no terminase nunca -insistió el rencoroso. Y con un movimiento rapidísimo la agarró por el cuello. Ella hundió sus dientes en la palma de su mano, pero aunque los sintió hincados en el hueso no soltó su presa, y la forzó a arrodillarse.

-Hoy no será como el otro día -le aseguró.

En un revoloteo de prendas sedosas, el verde de la primavera y el amarillo del sol fundieron sus tonos. Del barreño volcado salieron varias medias y grandes pañuelos de hierbas y todo ello quedó revuelto y confundido con la combinación negra de encaje y otras prendas. Hasta que, vencida y rendida, hundió la cabeza entre sus manos. Todo había terminado.

Dove recogió del suelo el pañuelito de encaje y se limpió la sangre que seguía manando de su boca. Llevo un dedo a un diente en la mandíbula inferior y comprobó que estaba flojo. Lo movió de un lado a otro. El tren de mercancías de mediodía silbaba a dos millas de allí.

Como un hombre que anduviera por el agua se encaminó trabajosamente a la torre de agua que alimentaba a los trenes. Aquél, de mercancías avanzaba mugiendo, como un sioux que hubiera visto muchas películas del Oeste.

Se mantuvo a cubierto hasta que aparecieron los primeros vagones.

Las estrellas aparecieron aquella noche temprano, para presenciar la partida de

Dove Linkhorn. Y vieron que era un mozo resuelto a que no le tomaran más el pelo. Gentes que lo habían tomado por un inofensivo bellaco cambiaron de parecer cuando sintieron sus zarpazos.

-Es un barbián que se las trae -convinieron los planetas, hasta que Dove cerró la puerta en las narices de las chismosas estrellas.

Un montón de paja le servía de colchón y de almohada un pañuelo de hierbas plegado en varios dobleces. Una doble página amarillenta de un periódico, a modo de sábana, le cubría hasta la barbilla. Adiós, Tejas. Para nada la necesitaba ya. Y durmió sin remordimiento. Sólo una vez sintió una punzada en el estómago cuando el vagón, en alguna curva, dio un bandazo y de un sueño apacible rodó a una pesadilla.

Cuando se despertó, finalmente, el largo tren de mercancías, entre chirridos, lamentos de hierro y chiflados, aminoraba su marcha. Amanecía y por todos lados, por debajo de los topes y de las ruedas, por puertas y escalerillas, se descolgaban y saltaban a la vía los componentes de aquel lamentable ejército de vagabundos que viajaban clandestinamente en el tren de mercancías, rumbo a tierras mejores. Todos se dirigieron, como un solo hombre, a la estación de Ayuda Social más próxima.

«El turismo se presenta muy bien este año -se dijo Dove al verse, un desharrapado más, en medio de aquella turba zarrapastrosa-. Los viajes instruyen a la juventud.»

Pronto se encontró en unas cuadras medio derruidas que tal vez, en otros tiempos, alojaron a la caballería federal que persiguió a Pancho Villa.

Ya no alojaban caballos, ni jinetes. Era una triste humanidad la que ahora se hacinaba en aquellas cuadras convertidas en refugio de vagabundos. En cuartos iluminados todavía por luz de gas, los vagabundos yacían borrachos, enfermos o moribundos.

La ancha tierra parecía revuelta y desaliñada como una cama en un hotel barato.

«La gente presenta aquí muy mala cara», observó Dove, con la sensación íntima de que él tampoco la tenía muy radiante. A la vista de un letrero se detuvo, como un sordomudo ante unos labios extraños que se movieran silenciosamente.

-¿Qué *sinifica* el letrero, hermano? -le preguntó a un ser extraño, con chaqueta y camisa a cuadros de leñador canadiense, y un sombrero flexible que en un tiempo, muy lejano, se llamó Fregoli. Todo, chaqueta, camisa y Fregoli le llegaba escasamente al hombro.

- *Sinifica* que éste es un refugio que la ciudad ofrece amablemente a los

vagabundos. - La voz era como el latido de un zorro y provenía de un rostro de *foxterrier*; un rostro ni femenino ni masculino, si bien la voz era decididamente la de una muchacha-. *Sinifica* que aquí encontrarás manduca y albergue momentáneos y que eso tendrás que agradecérselo a los ciudadanos de San Antonio. Así pues, inclúyelos en tus oraciones, al ir a acostarte - hizo una pausa para observar las reacciones de los oyentes y prosiguió-, pero después de que hayas comido y hayas descansado sigue tu camino por el mundo, vagabundo, porque de lo contrario estos mismos ciudadanos sanantoninos te agarran por el pescuezo y te meten en chirona, y qué chirona, hermanos!

-¿Todo eso dice él letrero, hermana?

-Dice también: Alegres zarrapastrosos, no subáis a los trenes cuando estén parados. Eso dice, mi estimado zarrapastroso. Y también que lo mejor que puedes hacer es aprovechar la experiencia de los que saben más que tú. Así pues, cierra el pico y haz lo que yo. *No hagas nada que yo no haya hecho primero.* Y no me llames hermana. Llámame hermano,

-¡Vaya! Hablas como si fueras un pozo de ciencia y yo el último idiota. - Dove estaba verdaderamente dolido.

El hermano alzó un dedo, solemne:

-Tengo una chaqueta, y tú no. Tengo una camisa. Tú no. Tengo zapatos. Tú no. Pero tú y yo buscamos lo mismo: algo en qué hincar el diente. Comí anoche y comí esta mañana, y tú no has comido desde Dios sabe cuándo. ¿Quién tiene aquí más ciencia, tú o yo?

La cola zarrapastrosa avanzó un zarrapastrosa avanzo un zarrapastroso metro más.

-Sí, hermano, eres un pozo de ciencia y viéndote me entra el vértigo -decidió Dove-, Pero dime tantito así... ¿Sirven ahí un buen pastel de hígado?

-No sólo sirven pastel de hígado, amigo. Sirven también boniatos al horno, jamón en dulce de Virginia y pastel de tlacuache.

-Las ricas viandas yanquis no convienen a mi presión sanguínea - dijo Dove, y «el hermano» le lanzó una mirada inquisitiva. ¿ Quién se

burlaba ahora de quién?

Pero aquella quijada lamentablemente caída,; aquéllas mejillas hundidas, aquellos ojos cavernosos rodeados de negras ojeras, medio tapados por los mechones de un pelo divorciado desde hacía mucho tiempo de la tijera, no eran de un hombre que se burlara de la gente.

-Hubieras debido seguir en el hospital hasta que te hubieran cortado el pelo - le dijo, fe -De seguro que te lo cortaron a ti, y por eso llevas ese güito tan elegante -le contestó Dove, Y en este momento sintió que le tocaban el hombro suavemente.

-Me imagino que acabas de llegar del gloriosa! Oeste, ¿verdad? - Dove sacudió la cabeza y libró- sus ojos de las greñas que oscurecían su visión. Junto a él, un sargento de Infantería de Marina le observaba, sonriente.

-¿Yo? -rectificó Dove con orgullo -. Si llama Oeste al valle del Río Grande del Sur, entonces sí soy del Oeste y a mucha honra.

-Me llamo Taylor y me alegro de conocerla a los dos -se presentó el *foxterrier,* con tanta autoridad que el del uniforme no tuvo más remedio que hablar por encima de fregoli para poder reclutar a Dove.

-Dime, pelirrojo, ¿te gustaría comer tres veces al día? Una ocasión para visitar los trópicos para dar caza a Sandino, para defender a tu patria, tener un par de zapatos y, más tarde una pensión hasta el resto de tus días -le guiñó un ojo a Dove y éste se creyó obligado a devolverte el guiño por partida doble -. Sin hablar de las sudamericanas que se pirran por nuestro uniforme.

-Un empleo estupendo, señor, si he de creer en su palabra - replicó Dove-. Me gusta especialmente eso de defender a mi patria. Pero antes déjame que defienda mí estómago que está en las últimas.

-Yo creo que podemos hacer de ti un magnífico soldado - confesó el sargento reclutador -. ¿Tienes algún defecto físico, hijo?

-¿Es usted miope, coronel? Póngase las gafas y mire bien a este adefesio -recomendó la chica disfrazada de chico-. Es bizco..., mira.contra el Gobierno.

-El estrabismo no es un defecto físico -aclaró, autoritario, el sargento-. Le pondremos gafas especiales rojas para corregirle la vista. A las chicas sudamericanas les encantan los hombres con gafas.

-Mírele los dientes.

Antes de que se lo pidiera, Dove abrió la boca y el sargento introdujo en ella un pulgar tan grande como sucio y empujó con él la lengua del mozo hasta él fondo del paladar.

-Antes de seis meses este gaznápiro no tendrá un solo diente sano en la boca -decretó, con aplomo, la muchacha-. Las fiebres palúdicas los pudrirán todos.

-Bueno, ¿y qué? No le pedimos que capture i mordiscos a Sandino. -Aquello de los dientes era para el sargento un simple detalle sin importancia.

-Tengo uno un poco flojo-explicó Dove trabajosamente, y para hacerlo tuvo que cambiar de sitio, momentáneamente, con dos de sus dedos, el pulgar enorme del sargento-. ¡Mire cómo se mueve! -y volvió a colocar el pulgar en su sitio, esperando que el sargento se cerciorara personalmente moviéndolo por su cuenta.

-El dentista dél regimiento se encargará de esto. - El sargento ¡retiró el pulgar de la boca de Dove-. Eres un buen mozo y harás un soldado de marina de riñón de pato. No me sorprendería que capturaras tú sólo a ese endemoniado de Sandino. Vamos, cierra la boca.

Tomó un lápiz y un cuaderno de notas.

-Dime, ¿tienes algún otro defecto, hijo?

Dove enrojeció. ¿Le diría que no sabía leer ni escribir? Pero como se sentía observado por otros, optó por una evasiva.

-Creo que eso también podría corregirse, con él tiempo.

-Nada serio, ¿verdad? -le dio un codazo ligero- ¿No será algo que te habrá pegado alguna chica del pueblo?

Las chicas. Un tema que no abandonaba un instante la mente activa del sargento reclutador.

-En el segundo ataque que tuvo anoche, después de la cena, echó espumarajos por la boca. ¿Es eso muy grave, sargento? - preguntó blandamente la chica del fregoli.

-¿Tienes *ataques!* -en el rostro del sargento de Infantería de Marina se pintó una gran ansiedad. No quería perder un recluta, pero

tampoco quería exponerse a alistar a un epiléptico.

-Jamás he tenido un ataque en mi vida - protestó, enérgico, Dove -. No le haga caso a ese hermanito mío, capitán, está celoso de mí porque soy más alto que él. Ni siquiera siento mareos.

-Está bien, muchacho -exclamó,» radiante, el sargento-. Serás el orgullo del regimiento. Ahora dime..., es una pregunta de rutina, nada personal... si un enemigo capaz de todo, incluso del estupro, te hubiera atrapado junto con tu hermana y tu madre, y uno de vosotros tuviera que quedarse atrás, ¿quién elegirías tú que fuera?

- *¿Qué me dices dé las señoritas?* - El hermanito dio a Dove un codazo que por poco

lo tira al suelo.

-Tú, microbio, no te metas en nuestras cosas - dijo el sargento, volviéndose furioso hacia la chica.

-No tengo ni madre ni hermana, capitán. - Dove pensó que era la respuesta más segura.

-Suponte que tuvieras madre y hermana.

-La hermana pagaría él pato -le apuntó él fregoli.

-La hermana pagaría él pato -repitió Dove, esperanzado.

-¿No te dije que no te metieras en nuestras cosas? - rugió, amenazador, él sargento, dirigiéndose al fregoli. Y se volvió hacia Dove-. Deja que telo formule de otro modo. Tú y los noventa y nueve hombres que están bajo tu mando habéis sido copados por unos bandidos nicaragüenses, pero puedes salvarlos a todos si sacrificas tu propia vida. ¿Qué contaría más para ti? ¿Las vidas de los noventa y nueve hombres o tu propia vida?

Dove no necesitaba que le apuntaran la respuesta.

-Mi propia vida, naturalmente. - Estaba radiante.

Le entristeció ver que el sargento meneaba la cabeza y se alejaba.

-¿No contesté bien? -preguntó Dove al *foxterrier*.

-Estupendamente -le tranquilizó la chica-, ¿ Cómo te sientes, pelirrojo?

-Me caigo de debilidad - confesó Dove. El olor de la sopa llegaba a su estómago en forma de campanillazo.

-Ahora, dime, pelirrojo. ¿Recuerdas lo que te dije antes?

-Lo he olvidado, amigo.

-Te dije que no hicieras nada que no me vieras hacer a mí, primero. ¿Acaso viste que le pidiera al sargento Patilla un traje nuevo? ¿Viste por casualidad que le enseñara mis dientes? ¿Me cuadré ante él para que me tallara y me echase al hombro un chopo imaginario?

-No se le ocurrió dirigirse a ti, hermano-le Si; recordó Dove.

-Bueno. Corre, pues, a buscarlo. Aún estás a tiempo... y te pasarás el resto de tu vida haciendo. la instrucción en el país de los cocoteros, en vez de viajar en los trenes de mercancías y ver mundo, y no dar golpe. No te detengo.

Alguien en este preciso momento puso en manos de Dove un tazón humeante y el vaho que se desprendía de él y que olía a gloria se llevó consigo todos sus propósitos castrenses.

Cuando hubo apurado el entero contenido del tazón observó que, su amigo apenas había tocado el suyo. La chica lo empujó hacia él.

-Gracias, hermana. -Y al ver la mirada que la lanzaba, rectificó -. Quiero decir, hermano.

-Llegará un día que me darás las gracias por haberte salvado de la *mili.*

Un hombre de mirada extraviada, con un delantal lleno de lamparones, puso sobre la mesa un papel tan lleno de manchas de dedos que Dove creyó que deseaba que estampase en él sus huellas dactilares.

-Vuestros nombres, muchachos, aunque sean falsos - les dijo.

-Desde luego no íbamos a darte los verdaderos - dijo la muchacha.

-Tenemos que llevar una relación de las comidas que servimos -dijo el del delantal, grasiento y mirada de demente -. Los ciudadanos tienen derecho a saber cómo se gasta el dinero que apoquinan.

-Este ignorante hermano mío repitió tres veces cada plato. ¿Qué dirán de esto los ciudadanos?

-por de pronto, ya habéis terminado la manduca - dijo el del delantal grasiento -Y os voy a pedir un favor... tenéis que ayudarme a partir lega... Para elaborar ese pan candeal que habéis comido se necesita mucha leña.

Pasé de largo y el chico-chica explicó a Dove.

-Cuenta con nosotros para que derribemos un árbol a hachazos.

-Es un tipo muy simpático, y no me importa trabajar... -y añadió para que la del fregoli no tuviera una mala impresión de él;...de vez en cuando.

-Tampoco me disgusta a mí hacer una chapuza, cuando se presenta la ocasión - reconoció la chica.

La ocasión se presentó al cabo de unos minutos en forma de un enorme saco de alubias. En torno a él, sentados con las piernas cruzadas, media docena de bigardos que expurgaban los porotos. Dove y la chica del fregoli se agregaron al corro de los vagos con una cacerola y un cubo. Arrojaban al cubo pequeños insectos, piedrecitas, trozos de lona, semillas, tapones de botellas y otros objetos, y a la cacerola las alubias limpias de toda mala compañía. Puesto que era su propia cena la que estaban preparando, llevaron a cabo el trabajo esmeradamente. Dove encontró un trozo de ágata y lo guardó en el bolsillo como un tesoro.

-Hay que comer. Hay que morir -dijo un griego de pelo blanco, como si anunciara una verdad como el Partenón.

Un tipo diminuto, escurrido como si lo hubiesen pasado por un colador, sentado al lado de Dove, le dijo al oído, con voz cascada:

-Soy el más chiquitín de todos y también el más viejo. No sería extraño que fuese también el más listo. No hay quien me gane en gramática pard a.

Dove observó las manos de su compañera: dedos alargados, eficaces, meticulosos;, no dejaban pastar >I & ¡más leve piedrecita y, sin embargo, se movían con más rapidez que los suyos.

Un bigardo de ancho rostro sonrosado, con una mugrienta zamarra de carnero tomó la palabra, jactancioso:

-Una vez obtuve una cosecha de estas leguminosas como jamás se vio otra en todo el norte de Michigan, y tal en todo el Estado. Yo sólo

la sembré y la recogí. Sin ayuda de ninguna clase. Yo cocinaba. Yo lavaba mi ropa. Yo preparaba mis propias conservas. No tenía mujer. No la necesitaba, tampoco peones. ¿Para qué? La cooperativa más grande del Estado, tal vez la mayor del país, estaba al lado de mi granja. Cincuenta hombres capaces trabajaban en ella día y noche con tractores y todos los instrumentos de la técnica moderna. Cuatro profesores sólo para estudiar él terreno. Y todo lo que yo tenía era un viejo arado que mi abuelo construyó con la madera de un pino que él mismo derribó a hachazos y con el hierro que obtuvo trabajando un mineral que él mismo sacó con sus manos de las entrañas de la tierra. Recogí el doble o tal vez más de lo que ellos recogieron en sus sembrados. No tenía un mal peón. No lo necesitaba. Tampoco una mujer. ¿Para qué, si sólo dan disgustos?

La pregunta quedó en él aire.

Nadie se atrevió a recogerla. Dove se limitó a tocarse aquel diente que le bailaba en el maxilar inferior.

Cuando terminaron de expurgar todas las alubias, el hombre de la mirada extraviada trajo un nuevo saco, esta vez de guisantes y esta variación de la minuta, por una razón misteriosa, reanimó el abatido espíritu de los presentes, como si hubiese sido un saco de cerezas para el consumo inmediato de los zarrapastrosos.

En otra ocasión vino con una cesta de tomates y los ofreció a todos. Todos, menos Dove, cogieron uno o dos tomates.

-No los comería por nada del ¡mundo -le dijo a su compañera-; son manzanas del amor... ¡veneno puro!

La tarde fue escurriéndose por entre sus dedos insensible, descuidadamente. Las sombras y la humedad invadieron la gran sala, surcada por espectros harapientos que iban y venían. El muslo grueso de Dove rozó el de ella, delgado y flexible, y el mozo comprobó que la chica no rehúya el contacto. Sus dedos se juntaron por encima del saco.

-¿Creéis que estos tiempos presentes son duros? - preguntó el ex granjero de Michigan -. Comparados con los que yo he conocido, éstos son estu-pen-dos, como jamás se han visto otros. Nadamos en la prosperidad, en una prosperidad como jamás ha conocido este país. Si no, aquí estamos nosotros para proclamarlo, hartándonos hasta reventar de pan candeal y de alubias.

-Tiene usted razón -convino Dove-, comemos tanto que el esfuerzo

que hacemos para masticar tanto alimento nos deja tuberculosos.

-Cuando yo era un crio -prosiguió el de Michigan sin parar mientes en él comentario de Dove-, no sabía que hubiera en el mundo otra cosa que leche desnatada y cebolletas. Un trozo de chivo asado regado con agua del pozo ¡y éramos los reyes de la Creación. Mi madre tenia la casa de huéspedes más elegante de aquélla parte del Estado y cuando daba los domingos, de postre, una tarta de calabaza, los huéspedes se volvían locos. No vi una ducha hasta que tuve dieciséis años. Había oído hablar de retretes pero jamás había visto uno. Tampoco sabía lo que era una bomba para extraer agua. Y era ya un hombre mayor cuando probé un helado.

-Mi propia familia se alimentaba principalmente de papayas -convino Dove-; lo que para todos era poste, para nosotros era almuerzo, comida y cena.

-Jamás olvidaré el invierno del 17. -El ex granjero siguió buceando en sus recuerdos -. La nieve era profunda como el mundo. Los lobos mataron a mis cabras, los halcones se comieron a mis gallinas, los bandoleros quemaron mi granero y mi madre se fugó con un predicador. A punto estuve de dejar las labores del campo y buscar un empleo de chupatintas en la ciudad.

Los rostros en el corro daban la sensación de otros tantos platos de estaño en un aparador. Todos despedían un débil olor, como de desinfectante mezclado con humo. Los vagabundos, en el año 1931, los de dentro y los de fuera, vivían entre el humo de las pequeñas fogatas al aire libre y el olor del desinfectante empleado en las cárceles.

-Soy de todos el más pequeñín y él más viejo.-se presentaba él anciano y arrugado vagabundo a m todos los que llegaban -. Con mucha gramática parda. ¡Y a vivo no hay quién me gane!

-No estuviste muy vivo espulgando las alubias -le recordó Dove.

-Pero sí para votar a Hoover -saltó el anciano con una presteza y un vigor dignos de un joven polemista-, aunque con la misma viveza reconoz0|| que metí la pata hasta el corvejón.

-Hoover es un gran hombre -declaró el ex granjero de Michigan con solemnidad-, pero se ha adelantado a su época. Todo él partido republicano está adelantado a su época.

-Toda esa época de Hoover la he vivido yo-declaró uno de los

bigardos - Me ha dado fuerzas y una resistencia inagotables. Ahora podría vivir en el infierno, cómodamente.

El hombre de la mirada extraviada hizo sonar un silbato. Todos se pusieron de pie. Ordenadamente fueron desfilando hacia el comedor.

Allí estaba el hombre. Se había quitado el mandil lleno de lamparones y lo había sustituido por una chaquetilla de dudosa blancura. Dirigía el tráfico; los mejicanos, a la derecha; los negros, a la izquierda. A Dove le señaló el lado del comedor, en donde los americanos blancos disponían de una larga mesa.

-A mi papaíto no le gustaría nada este arreglo recordó Dove-, mezclando de este modo a católicos y protestantes.

-¿En dónde comen los americanos integrales? -preguntó la del fregoli.

-Toma el ascensor, yanqui - le replicó, sarcástico, el encargado.

Le dieron a Dove una ración de pan blanco bañado en melaza, y un montoncillo de alubias apilada» con tanto esmero que daba la impresión de que habían sido contadas una por una. Cuando consideró cuantas había espulgado y separado, se sintió defraudado. El porcentaje era bajísimo.

-Todos han tenido una ración más grande que la mía-se lamentó, y la muchacha, nuevamente, le pasó su plato.

-¿Por qué eres tan bueno conmigo, hermano? -le preguntó Dove.

-Porque quiero que tú también seas bueno conmigo- le dijo con tal acento de sinceridad que, convencido de que le hacía un señalado favor, se precipitó sobre su plato y en muy poco tiempo lo dejó limpio y bruñido como una patena.

-Comer para vivir-se lamentó alguno -, ¡vivir para morir ¡

Apenas había terminado Dove de engullir su tercer plato cuando se oyó en la lejanía el silbido del tren para Houston.

-Salgamos de aquí antes de que ese chiflado nos ponga un hacha en la mano y haga de nosotros dos arboricidas -le dijo con cierta vehemencia-. Y métete esto en el bolsillo, pelirrojo.

Dove se metió en el bolsillo del pantalón el trozo de pan que le

alargaba la muchacha, y ambos corrieron en dirección a la vía férrea.

La mayor parte de los vagones iban vacíos y el tren rodaba a una velocidad superior a los cálculos hechos por los zarrapastrosos turistas. Se tendieron boca abajo a lo largo de la vía y a un paso de los rieles, en la espera de que pasaran las góndolas cargadas de mineral, pues las escalerillas metálicas de estos vagones llegaban hasta muy cerca del suelo, Dove los vio venir.

-Esto está más oscuro que la boca de un lobo - le avisó Dove -y el tren corre más de la cuenta.

-Es el último con destino a Houston. No hay otro hasta mañana por la noche -le contestó la chica -. ¿ Vamos?

Dove se enderezó, saltó y montó a horcajadas sobre el reborde del vagón. La muchacha se le había adelantado con un grito de victoria, pero midió mal las distancias y se hubiera caído si el muchacho no le hubiese alargado una mano providencial. No podía, sin embargo, subirla hasta donde él se hallaba. Tampoco podía soltarla. Había perdido contacto con el suelo y se hallaba suspendida en el aire, aferrada con ambas manos a su muñeca.

Fueron para Dove instantes de angustioso terror. No era ya cuestión de soltarla y dejarla abandonada a su suerte. Había hecho presa en su brazo y estaba como remachada a él. No tenía otra alternativa que traerla a sí o irse con ella, en confuso montón, a la vía, bajo las ruedas del convoy que, debajo de ellos, interrumpían las sombras con destellos fosforescentes, relámpagos en la noche que iluminaban su pequeño rostro canino, alterado por el terror, en el que unos ojos dilatados parecían querer expresar algo definitivo y último.

Asiendo con la mano libre un saliente de hierro del vagón para apuntalarse, dobló el cuerpo y venció la cabeza hasta conseguir coger con sus fuertes dientes de chivo el tirante del mono que vestía la muchacha, izando a ésta con una increíble torsión de su cuello hasta que, enderezado, pudo ella abrazar su cuerpo y ponerse a salvo tras el reborde del vagón, en la plataforma cubierta del polvillo negro dejado por el mineral. Allí se acurrucó, temblorosa, en los brazos de Dove. El terror había hundido sus ojos en un rostro desencajado que el polvo del carbón había ennegrecido. Cuando el mercancías aminoró su marcha para entrar en una vía muerta a fin de dar paso a un tren de viajeros, él muchacho le ayudó a apearse.

-No be olvidado tu lección -le recordó-, «Apártate de los trenes que

no estén en marcha.»

-Sin dejar de temblar, la muchacha lanzó una risita que sonaba a falso.

Fueron a refugiarse detrás de un montón de carbón de coque apilado a corta distancia de la vía férrea. Recostada en el pecho de Dove, la chica volvió a temblar y a llorar.

-¿Qué te pasa, pitusa?

-Corramos -exclamó la muchacha, tratando de ponerse de pie. Dove la sujetó por los hombros.

-¿Correr adonde? - Trató nuevamente de incorporarse, pero él se lo impidió manteniendo su fuerte presión sobre ella.

-¡ Corramos!

-Será mejor que llores un poco más - le aconsejó Dove.

No le costó mucho seguir el sabio consejo. Estuvo llorando un buen rato, a moco tendido, como una cría.

-Pero, dime - le preguntó Dove finalmente -. ¿ Qué es lo que te causa tanta pena?

-He perdido mi chaqueta -le recordó.

-Si no hubieras llevado chaqueta...

-Sí, ya lo se... -reconoció implícitamente la muchacha. ¿En dónde estaría ella ahora si hubiese llevado encima algo que él no hubiera podido agarrar con los dientes?

Su respiración se fue normalizando hasta que el sueño y el hollín sellaron sus ojos.

En el sueño su rostro aparecía furtivo y no obstante inocente, como el de un niño al que se hubiese impuesto un castigo por una falta que sólo habría de cometer cuando fuera mayor. Ya cuando fuera mayor sabría ella que falta sería.

Mientras dormía, estrechaba ella, fuertemente, y su mano. El deslizó la mano que le quedaba libre por entre sus rodillas, buscando el calor de sus muslos.

Hizo la muchacha un movimiento y Dove se apresuró a sacar la mano del tibio nido en que reposaba.

-Déjala ahí -le encareció.-. Te debo eso y mucho más.

Y volvió a su sueño, serenamente.

Por la vía desfilaron, en uno y otro sentido, linternas y reflectores, que arrojaban sombras y luces sobre los vagones de mercancías. A los ferroviarios no les importaba cuántos vagos pudieran subir a los vagones una vez que el maquinista había dado el chiflido de ordenanza, y había puesto en marcha, el convoy. Lo que les sulfuraba, en grado superlativo, era que los zarrapastrosos se quedasen en los vagones, como turistas satisfechos, cuando no rodaba el tren.

-Me llamo Kitty Twist -le dijo la mucha«cha-, es el que me endilgaron en el Reformatorio! Tengo diecisiete años, casi dieciocho, y me he escapado de cinco casas. Seguiré así, errando, hasta que cumpla los dieciocho. Entonces me casaré con un *chorizo* que sepa su obligación, *y* sentaré cabeza.

-Déjame que eche un vistazo -le dijo Dove un tanto intranquilo, y fue a recorrer la vía, inspeccionando vagón por vagón, hasta que, satisfecho de su examen, lanzó un silbido; acudió la chica y le ayudó a subir al vagón que había elegido, cerrando la puerta corredera. El largo convoy se puso al instante en movimiento.

> - *Pelirrojo* - le dijo en la oscuridad'-esto está muy doro y muy frío. Déjame que

apoye mi *pompi* en tus manos, ¿quieres?

Dove extendió sus manos y acunó en ellas a Kitty Twist.

-Te quiero, nena -le dijo, como si el haberle salvado la vida le obligara a esta declaración de amor -. Te compraré flores y bombones. Aprenderé un oficio y me cuidaré de ti.

Sintió sobre los suyos sus pequeños labios fríos y su boquina yerta, y se sintió débilmente ceñido por unas manos ávidas y asimismo heladas.

> - *Papi* no tendrá que trabajar -le dijo-. Seré yo la que trabaje y te daré todo el *parné*

que gane.

No pudo ver él, en la oscuridad, la sonrisa de esfinge de Kitty Twist.

-Siempre es la gente más pobre y mísera la que te socorre -le dijo Kitty a la mañana siguiente cuando una vez más abandonaron el tren, dejándolo en manos de los ferroviarios -. Entra en la primera casucha sin blanquear que encuentres.

Siguió Dove hasta un corral lleno de inmundicias y esperó mientras él llamaba a la puerta de una casucha de lamentable aspecto cuyas paredes chorreaban mugre. Una mujer del color de Las paredes abrió la puerta.

-Mi *manito* tuvo un *accidente,* señora -farfulló Dove -, y está hecho un puro asquito. Si usted le dejara usar la bomba de agua...

-¿Qué es lo que dice? -La mujer se dirigió a Kitty en busca de intérprete.

-Quiere saber si puedo lavarme en su casa.

-Entra, cariño - invitó la mujer, abriendo más la puerta.

Dove esperó, tarareando suavemente:

¡Silencio! ¡Callen todos!

¡Alguien me está llamando!

Tarareó una y otra vea el estribillo hasta que reapareció Kitty, lavada, peinada,

resplandeciente de limpieza, con media pastilla de jabón «Marfil» en la mano.

- Es vivilla, la antepasada -comentó Kitty- No se tragó el cuento del «manito». Me

metió en la ducha, me lavó y me refregó la espalda y las piernas con un estropajo y hasta me quitó la mugre entre los dedos de los pies. Mira - puso de manifiesto la blancura inmaculada de sus tobillos-, ¿Y, querrás creerlo? Me cantó adentras duraba toda la operación.

-¿Qué te cantó?

- *No muerdas la mano qué te da de comer.*

-No son como tú y como yo. Son de otra pasta..., gente sencilla, sin malicia -explicó Dove-. De buena gana me lavaría yo también.

-Te lavarás cuando ¡lleguemos al centro de la dudad -prometió Kitty-. Mira..., fíjate. ¡Voy a tirar a gol! -Arrojó el trozo de jabón al aire, y antes de que tocara el suelo, lo recogió con la punta del pie y lanzó, en tiro rasante, por encima de la vía del ferrocarril hasta que desapareció tras el terraplén.

-¿Eres futbolista?-le preguntó Dove. -Primera división. Siguieron caminando.

-Jamás he visto en mi vida una gran ciudad -manifestó Dove-, con grandes tiendas y los escaparates Iluminados. ¿Los hay también aquí, en Houston?

-En cantidad, pero si quieres verlos tendrás que ir tú solo. Si pongo un pie en el centro, mañana me despierto en el ¿Reforma». ¡Estoy fichado, muchacho.

-¿ En qué club?

-En el de la Bofía.

-Yo trataré de que no te trinquen los *polillas* -le prometió Dove, muy serio.

-Y yo trataré de procurarte zapatos y una camisa, *Pelirrojo* -dijo la muchacha-. Te vestiré que será una pura gloria verte.

-Te regalaré un vestido de seda escarlata, con un cinturón de pedrería y unos zarcillos de oro macizo.

- *Pelirrojo,* no me has comprendido. Quiero que vistas como un marqués, aunque

para ello tenga que hacer la carrera.

-También yo correré por ti - le replicó el Cándido.

«¡Dios mío! -pensó la muchacha-. Cree que voy a correr el Marathon para él. He visto diamantes en bruto, pero más bruto que éste, ninguno. En fin, tendré que pulirlo, aunque me cueste la vida.»

Aunque Kitty jamás había hedió la «carrera» estaba muy bien documentada sobre esta técnica especial por mujeres experimentadas con las que había convivido en los diversos reformatorios por los que

había pasado su huidiza persona.

Por un callejón lateral llegaron a un edificio en cuya fachada podía leerse: *Ayuda voluntaria a los ex reclusos.*

El antiguo y arrepentido timador que se hallaba al frente de esta institución benéfica de índole particular los acogió con la más amable de las sonrisas.

-La tarifa habitual es de veinticinco centavos por barba - les instruyó -, pero si estáis mal de fondos os admitiré a los dos por esa suma. ¿Poseéis entre los dos esa suma fabulosa?

-Primero quiero saber qué dais por esa suma fabulosa - declaró Kitty.

-Manduca, catre y ducha.

El ex timador embolsó la moneda que le entregó Kitty y los acompañó hasta la cocina. Puso «ate ellos sendos platos de ensalada de col rancia y dos tazas de café con más achicoria que moka.

-Esta es la manduca - aclaró -. Ahora tendrán la ducha y, después, si quieren, el catre para que descanséis unas horas.

-Ve A ducharte, *Pelirrojo*- le dijo Kitty en cuanto probó el café-. Tal vez el agua esté menos

Helábase bajo la ducha un anciano vagabundo. Mientras contemplaba los riachuelos que formaba el agua sobre su torso y su vientre escuálidos, veía con el rabillo del ojo a un individuo flaco con traza de buitre desnutrido, agachado sobre ¡sus efectos personales. El individuo acababa de someterlos a un meticuloso escrutinio y se enderezó exponiendo al sol las palmas de sus manos. Sin dejar de mirarlas, apartó de un puntapié los harapos del bañista.

-Extraordinario -exclamó el anciano, bajo la ducha. Sabía muy bien lo que aquel tipo desmedrado tenía en las palmas de las manos-. ¡ Extraordinario.

El despiojado juntó estrechamente las manos y las puso bajo el chorro de la ducha.

-Los que no mueren aplastados, mueren ahogados -anunció con júbilo demoníaco aquel Atila de los piojos.

Seguidamente se puso a examinar a Dove mientra éste se despojaba de su escueto atuendo.

El agua de la ducha era muy fría, pero el jabón que le dieron, de color achocolatado, era indecibleˆ mente cáustico. Le quemó la boca, todavía resentí- da, pero se estregó y ¡restregó con él todo el cuerpo hasta dejarlo deslumbradoramente limpio. El agua, mientras tanto, de fría había pasado a gélida.

El Atila de los piojos le devolvió a Dove su ropa con aire decepcionado. Dove le pidió algo que ponerle en la cabeza, *y* después de revolver un poco en sus existencias, el tipo con traza de buitre descarnado le suministró un sombrero de paja que debió de haber sido el último grito en los alegres años veinte. A Dove le pareció de perlas. Aquel pajizo protegía sus ojos del sol *y* su pelo del polvillo de carbón. No tuvo el valor de pedirle unos zapatos. Algo más tarde la pareja recorría una calle ancha, poco transitada. ¡Loe escaparates de las tienda«aparecían cerrados. Aunque era bien entrada la tarde, todo él mundo parecía dormir. Llegaron a un parque de recreo para niños en donde éstos brillaban por su ausencia.

-¡Es la hora del recreo! -decidió Dove, y se precipitó al columpio más cercano. De pie sobre el travesaño, despatarrado, dio impulso a su cuerpo hasta alcanzar una gran altura. Desde abajo, Kitty observaba su balanceo y cada vez que pasaba por delante de ella le decía:

> - *Pelirrojo,* baja ya. No podemos perder el tiempo en esas tonterías.

Saltó por ¡fin del columpio. ¡Pero fue para abalanzarse a unas anillas de las que se colgó alegre y ágilmente. El consabido mechón le tapaba un ojo. Gritó:

-¡Mira! ¡Mira!

Kitty decidió presenciar lo que fuera.

Dove se balanceaba boca abajo, colgado de las anillas por las piernas. Rodó por el suelo su sombrero de paja y sus cabellos barrieron la arena.

-Ya me dirás cuándo termina tu número, *Pelirrojo.* Tengo todo él día libre.

Pero él había vuelto a su infancia y quería disfrutarla por entero.

-Atrápame cuando llegue abajo -le dijo desde lo alto de un empinado tobogán.

Y ella, la indomable e inquieta vagabunda, tuvo que permanecer al pie del tobogán para amortiguar su caída cuando llegó boca abajo e impedirle que se rompiera el cuello. El la cogió de la mano y la llevó casi en volandas hasta un nuevo dispositivo él balancín.

Kitty estaba fuera de sí.

-Rómpete el cuello, si ese es tu gusto. Me *icé* a Nueva Orleáns yo sola.

Dove se quedó sentado en uno de los extremos del balancín, solo, sin pareja y, por lo tanto, sin contrapeso. Vio cómo el único amigo que había tenido en el mundo abandonaba el lugar de los recreos infantiles. Un paria como el sin sexo, vagando por el mundo a la deriva, como una nave sin timón.

-Cualquiera diría que me ha hecho un gran favor dejándome que le salvase la vida - pensó Dove- ¡ Que se vaya enhorabuena!

Volvió al columpio y se balanceó con renovado ardor. Cansado del columpio, probó nuevamente las anillas y de las anillas pasó al tobogán, escogiendo ahora el más elevado del parque. Cuando se encontró jadeante en lo alto, sintió que sus ánimos habían decaído bastante y que ya no le ofrecía gran atractivo el deslizamiento por la pronunciada pendiente. No obstante, se dejó resbalar por ella como «el único medio de volver a la tierra. De nuevo a brazo partido con la soledad, se fue en busca de alguien que lo apartase de ella. Había dejado su niñez en lo alto del tobogán, sin haber alcanzado todavía su edad viril.

No vio a Kitty. No había un alma viviente en la calle inundada de sol. Dove sintió deseos de volver a su casa.

-Aquí tienes tu güito.

Se había desprendido de la sombra proyectada por un toldo tan oportunamente que pudo darse cuenta de que había estado aguardándole todo el tiempo. Se puso el sombrero que le tendió la muchacha.

-Todavía no sé si eres un ser real, *Pelirrojo* -dijo como si quisiera explicar que lo sospechaba, -Si yo no te pido que me pruebes que lo eres tú misma -dijo pensativamente Dove-, entonces, tampoco me lo

pidas tú a mí.

-Bien, bien, desde ahora mediré mis palabras -respondió ella, cautelosa. Pero se dio cuenta de que en aquellos momentos, Dove sólo pensaba, lleno de pasmo y admiración en aquellas casas que bordeaban los dos lados de la avenida, todas ellas con un jardincillo delante que debía cruzanˆ para llegar a sus puertas.

-¿Cuántas gentes crees que vivan en una sola de esta» casas? -preguntó a Kitty, señalanˆ cierta casa,

-En ésa no vive nadie -le informó - El letrero dice que está en venta.

Después de esto, Dove advirtió otros letreros parecidos en casas cuya pintura comenzaba a resquebrajarse. Crecía la hierba en los senderos guardados por encinas que habían dado sombra a pistas abiertas por los indios»

Dejaron atrás un pequeño parque suburbano y se encontraron en una calle desierta con una hilera de tiendas soñolientas, la mayor parte de ellas cerradas ya al comercio. Kitty se colgó de su brazo y ambos recorrieron esta parte medio exánime de la ciudad.

-¿Tienes familiares aquí? -le preguntó Dove al ver con qué aplomo transitaba por aquellos desiertos lugares.

-No conozco a bicho viviente por estos andurriales -le respondió la muchacha, llevándolo ante un escaparate cubierto de polvo. Estaban observándolo cuando un conejillo esmirriado saltó de un rincón invisible al centro del escaparate para desaparecer al punto, volviendo al lugar de donde había venido. Kitty dejó a Dove unos instantes para inspeccionar la parte trasera de la tienda que daba a un oscuro callejón.

-Volveremos después de anochecido para echar un vistazo al interior de esta tienda -dijo Kitty-. Necesitamos «mosca» urgentemente. No temas..., en estas faenas no hay quien me gane.

-No cuentes conmigo para esa ciase de trabajo nocturno, hermana -le informó Dove -; *prefiero* los trabajos a la luz del día. Como en esos grandes barcos blancos que vi una vez en un libro de santos, en Nueverlans.

-¿En dónde?

-En un libro. Un libro con muchos santos.

-No, me refiero al sitio de que hablas.

-Nueverlans. -Kitty meditó unos segundos.

-¿No te referirás, por ventura, a la ciudad de Nueva Orleáns?

-Lo que dije. Nueverlans.

--Ya veo, Y cuando estés en..., en esa ciudad, te presentarás al armador, sin camisa, descalzo y greñudo, y le preguntarás: «¿No necesita usted un capitán

-No pretendo ser capitán -dijo Dove, muy digno-. Me contento con ser un simple marinero. Pero, desde luego, sólo pediré trabajo cuando esté un poco más presentable.

-¿Qué número usas de zapatos, *Pelirrojo?*

-Nunca tuve un par de zapatos en mi vida. Siempre anduve descalzo.

Estudió los pies del chicarrón, mientras iban por un lado y otro de la calzada.

-Trece y medio-juzgó ella.

-Andas muy cerca - convino Dove.

-¿Muy cerca de qué?

-Del catorce.

-Escucha, *Pelirrojo,* deja ya de representar *conmigo* el papel de retrasado mental -le aconsejó; *Kitty* Twist- Lo haces demasiado bien para ser verdad.

En aquel mes de junio de 1931 había en el barrio mejicano de la ciudad de

Houston, en un edificio de tres plantas de pésima traza, un hotel que tenía por nombre:

H

O

T

E

L

Eso era todo: Hotel Hotel.

-Jamás en todos los días de mi vida dormí en un rascacielos -dijo Dove mirando el edificio- ¿Cuánto cuesta alojarse en este hotel?.

-Treinta y cinco centavos por barba -le informó Kitty-. Y algunas habitaciones son más caras.

-En ese caso tendremos que buscar otro hotel que no sea tan empingorotado.

-En éste echan de comer por la mañana.

-¿'Qué es lo que te echan?

-Café solo y unos bollos.

-Se ve que estamos muy al Norte.

Kitty pensó no recoger el comentario, pero la tentación era demasiado fuerte.

-¿En qué te fundas, *Pelirrojo?*

-Cuando la gente no te endilga pastel de hígado en el desayuno es señal de que has dejado el Sur muy atrás.

-Es muy justa tu observación -convino Kitty. Y apoyándose en su brazo se inclinó y se quitó un zapato, que volvió a ponerse en seguida. Se desprendió de su brazo:

-Mira, *Pelirrojo*, lo que me he encontrado en él zapato.

Tenía doblado, en la palma de la mano, un billete de cinco dólares.

-¡Vaya suerte, hermana! ¿Cómo llegó hasta ahí?

Le dio un codazo significativo.

-Ya te dije que la gente de color es amable como no hay otra igual. Te dejan sola en la cocina, y no hay que buscar mucho para encontrar el banco en el que guardan sus economías..., el tarro de la sal o la caja donde guardan las cerillas.

-Jamás habría llamado a la puerta de aquella buena gente si hubiese sabido cuáles eran tus intenciones - dijo Dove.

-Por eso cerré el pico entonces.

-No es justo robar a la gente que se porta bien con uno. No hagas a tu prójimo lo que no quieras I que te hagan a ti.

-Lo tendré presente - te respondió, sarcásticamente-. Pero, por favor, *Petirrojo,* piensa sólo en lo bien que te irán unos zapatos de tres dólares y una camisa de dos. La gente te llamará *Predicador,* eso es. -Le cogió de un brazo y lo condujo al vestíbulo del hotelucho, pensando para sus adentros: «No serías el primer muchacho campesino convertido de la noche a la mañana en un chulillo de la ciudad.

-Mí papaíto es un predicador de un género especial-le dijo-. Tan especial que después de a oírlo te entran ganas de tirar la Biblia por la ventana.

Se apartó a un lado mientras ella conferenciaba con el empleado del hotel encargado en la recepción. Se miró en un espejo alargado que había en el vestíbulo. Tenía razón la muchacha: unos zapatos y | una camisa mejorarían notablemente su aspecto.

-La única canción de cuna que escuché de labios de mi madre comenzaba y terminaba siempre del mismo modo: *Hija mía, me dejas fría* - refería Kitty Twist-. Es lo que decía cuando volvía en sí i después de sus tremendas tajadas. Cuando me apartaron de ella y me metieron en Juveniles, me convertí en un verdadero terror. Estaba furiosa por que no había robado cosas como las demás niñas. Mojaba las sábanas, y la matrona me mandó a la Sala de las Guarritas. Así llamaban a aquel dormitorio en el que todos los colchones eran de goma para que el pipí no los calara. Tenía yo ocho años. Les daba miedo de que a los diez inundara la casa. Fue entonces cuando mi madre para demostrarla que me quería a su lado se curó de su alcoholismo.

La apoyaron gente influyente, ex mordagos como ella, y volví a su casa. "Todo por mi hija", era su cantilena.

»Sí es así, le dije finalmente, puedes encurdarte de nuevo. Porque ahora eres tú la que me dejas fría. Mi madre era extremista. O todo o nada. Cuando volvió a caer en su vicio, su caída pudo oírse a cien millas a la redonda.

»Pero si había de ir al reformatorio tendría que ser por algo que yo hiciera, ¡no para pagar las culpas ajenas. Me cogieron cuando atravesaba un puente. Si lo hubiera pasado, otro gallo me cantara. Habría salido del Estado de Illinois.

»Tenía ya catorce años cumplidos cuando me vi entre crías que me legaban al hombro. Mojé las sábanas la primera noche. Imagínate.,,, catorce años y estaba en él mismo lugar en que estuve cuando tenía ocho. Comprendí entonces que tenía que hacer algo para salir adelante y distinguirme.

Se arremangó el brazo derecho. Estaba tatuado desde él hombro a la muñeca.

-También me tatué las piernas. Tu misma me hice el tatuaje con agujas ordinarias y tinta de la corriente. Estuve treinta y dos días fajándome con él oso, y este ejercicio hizo que no me volviera tarumba. Quería hacer algo que ellos jamás pudieran deshacer. Esto nadie puede deshacerlo. Ahora daría un mundo para que esta porquería desapareciera. Pero por lo menos demostró a los demás que yo no era una cobarde.

»¿Has visto jamás a cuatro hombretones sujetando en una mesa a una chica mientras el quinto hombretón le da de correazos? Es lo que a mí me hicieron con un cinturón de metro y medio de largo. Tenía una hebilla de plata que jamás podré olvidar. ¡Y con qué lentitud me golpeaban! A veces pasaban diez segundos entre correazo y correazo. ¡Cien correazos¡ Y no derramé una sola lágrima. Eso les demostró que no era una llorona.

»¿Por qué me castigaron? Pues sencillamente porque atasqué el lavabo con algodón. Eso fue toda ¿Por qué hice eso? Que me aspen si lo sé. Siempre hago cosas sin saber por qué. Tal vez porque quería probar que era todo un carácter. ¿Sabes cómo se adquiere carácter en esos sitios? Te sientas en tu cuarto como un cadáver viviente, sin moverte. Te quitan todo. No te dejan nada que puedas leer, ni la envoltura de un caramelo. Tampoco puedes escribir cartas. Te dan

para desayunar media taza de cereal, dos rebanadas de pan duro y un trozo de mortadela para almorzar, y para cenar medio tazón de un guisote infecto. Así es como adquieres carácter.

»Encontré una amiga. Sordomuda, esmirriada, una pequeñaja que solía revolcarse por el suelo y contaba con los dedos. Por no dejarla no me escapé cuando podía haberlo hecho. Era mi amiga. Cuando la sacaron de allí para llevarla al hospital, me largué del «reforma». Ya no había razón para que me quedara en él. Fue entonces cuando pasé el puente, en un tranvía. Y tú, *Pelirrojo,* ¿hace mucho que andas en estos afanes?»

-No -contestó Dove-> Soy nuevo en estos afanes.

Le interpretó mal. En la mente distorsionada de Kitty la palabra «afán» era sinónimo de robo

-A mí me encanta afanar. Y, sobre todo, yendo sola. Te metes en un local vacío, oscuro, y trincas esto y aquello y lo de más allá, brincándote el corazón que es un contento. Es algo tan emocionante que no quisieras que se acabara nunca. ¿Y no sabes, *Pelirrojo,* qué es lo más divertido? Cuando le pones la pistola en el pecho a una persona mayor y la ves desmoronarse, caerse literalmente a pedazos de miedo. Eso es lo más divertido del mundo. Ya me lo dirás, cuando hayas afanado en grande.

Dove guardó silencio. Eran otros sus «afanes», pero no quiso confiarlos a aquella extraña criatura, y se dejó arrebatar por la urgencia de un sueño reparador. Ella, despierta, se puso a observar, curiosa, su rostro dormido. Parecía enfurruñado, como si le hubieran ofendido. No podía ni remotamente imaginarse que en aquel instante él se hallara en lo alto de la escalinata de la Audiencia, junto a su enlevitado padre, cantando a coro con los demás el viejo himno;

Con solemne delicia admiro

el cuerpo de un difunto

mientras una figura envuelta en sombras, a horcajadas sobre un cañón, se mecía,

murmurando:

Sumido en lúgubre prisión

sufro y me lamento en vano.

Una prisión en la que por diez centavos se podía entrar para contemplar el

cuerpo de un difunto del que había volado el espíritu. Kitty Twist, con guantes negros que le llegaban al codo, vendía billetes al otro lado de la puerta de la prisión. Se habían enriquecido y hecho famosos, viajando de una a otra parte de la nación, pero tenía Kitty la mala costumbre de reírse mucho, y sus risotadas terminaron por despertarlo de su sueño. Se encontró entonces con que ella había entrelazado su cuerpo con él suyo, y era ya demasiado tarde para desenredarse.

-Estoy de veras *avergonzada* -le dijo unce minutos después-. ¿Cómo pudiste jamás obligarme a que yo hiciera semejante cosa?

En sus ojos brillaban lágrimas de cristal.

-No sé. Lo hice sin pensar - manifestó Dove.

-Prométeme que no volverás a hacerlo,

-Te lo prometo.

-Entonces, te perdono.

-Eres muy buena conmigo, de veras, Pero antes dijiste algo que no comprendo.

-¿Qué fue *Pelirrojo?*

-Eso de que te fajabas con el oso.

-Quiere decir estar incomunicada.

Y tras dél perdón, extenuados, se rindieron al sueño y durmieron hasta bien entrada la mañana.

-A ver cómo silbas, *Pelirrojo.*

Dove se puso a silbar débilmente. Kitty espero a que el silbido tomara más cuerpo.

-Eso es todo - admitió Dove.

Kitty llevó dos dedos a sus labios y emitió un silbido agudo, penetrante.

-Esto no es nada. Cuando le echo vapor puede oírse a gran distancia. Significa. «Ahueca. ¡*Polilla* a la vista!»

Dove, en el callejón anegado en sombras, daba visibles maestras desquietad.

-¿Qué te pasa, *Pelirrojo? ¿Fulastra?*[11].

-Como no veo ni gota, podría pisar algún cristal

Encendió ella una linterna de bolsillo de las baratas.

-Sigue la luz.

Dove siguió el débil y vacilante haz luminoso.

-Recuerda. Estamos buscando a nuestro primo Jim-explicó.

-No tengo ningún primo que se llame Jim - No halló Dove otro pretexto para desentenderse del turbio asunto -. En verdad no tengo ningún primo. Te veré más tarde.

Pero no pudo realizar su propósito. Kitty lo agarró por el cinturón y lo llevó hasta la puerta trasera de la tienda. Llamó imperiosamente. El quiso desasirse de ella, pero no lo logró. Lo tenía as ido con fuerza. Volvió a llamar a la puerta. Pero nadie respondió a su llamada.

-Aúpame.

Juntó sus manos y le ayudó a trepar a la abertura sobre el montante de la puerta. Saltó al interior de la tienda y lo hizo tan suavemente que Dove no oyó señal alguna de que hubiese tocado el suelo.

Luego se abrió la puerta silenciosamente y Dove bailó en su mano la linterna.

-Sigue derecho hasta la caja registradora - le ordenó Kitty, que se había puesto, sigilosamente, detrás de él-. Yo te guardaré la espalda. - Y de un fuerte empellón lo encaminó a la caja, una «Ohmer» del

mismo modelo de la que había abierto en «La Fe» para satisfacer la demanda de su hermano Byron.

Abrió también ésta con tal violencia que todo un lado de ella se desprendió y cayó sobre él mostrador. Metió mano por la abertura y cogió un puñado de billetes. Por entre sus pies saltó un gato, enfurruñado porque habían interrumpido su sueño. Dove cayó al suelo del susto, apagando la linterna, y al ir a incorporarse, estando aún de rodillas, sintió que unas alas azotaban sus cabellos. Eran las de un pajarraco del tamaño de una lechuza, al que se puso a perseguir, iracundo, él gato. Este trataba inútilmente de vencer la verticalidad de la pared, mientras el pajarraco iba de un lado a otro, tropezando con las paredes, hasta que halló la puerta y pudo salir volando por ella. Durante todo este tiempo anduvo Dove dando traspiés y tratando de esquivar la doble amenaza del gato y del pajarraco, hasta que de repente oyó el silbido agudo, penetrante, de Kitty.

Al otro lado de la puerta, en él callejón, una figura diminuta forcejeaba con otra que le doblaba en tamaño.

«La gente anda muy activa esta noche», pensó Dove, maravillado.

La puerta de entrada era su única salida. Caminó, sigiloso, hasta que se halló muy cerca del combativo par. Entonces saltó como impulsado por un resorte, y zafándose milagrosamente de una mano enorme que trató de cerrarla él paso, se puso a salvo y en unos segundos se halló en la calle abierta.

Saltó una tapia, cruzó un solar, volvió a escalar otra tapia y por fin se encontró en un corral tapizado de verde césped.

No resonaban ya en sus oídos las recias pisadas de unas botas reglamentarias. Sólo interrumpía el silencio de la noche el canto de un grillo soñoliento, que parecía puntuar con el repiqueteo de sus élitros los latidos de su corazón.

Se felicitó a sí mismo, calurosamente. «He corrido y saltado como un campeón. Me siento con ánimos para ganar el campeonato del mundo dé la carrera de obstáculos… siempre que me pongan detrás a un *polilla.»*

Su mano había apretujado los billetes con tanta fuerza que tuvo que frotarse la palma para desentumecerla. Los metió en el bolsillo de su pantalón. No tenía tiempo de contarlos.

Lo que necesitaba urgentemente era encontrar la vía del ferrocarril»

Tenía Dove un instinto de piel roja para discurrir sigilosamente sin dar señales de su paso. De este modo alcanzó las afueras de la ciudad y no tardó en hallarse en el terraplén de la vía férrea.

Una luz roja se movía en la oscuridad. A ella se dirigió Dove.

-Dígame, señor. ¿Es ésta la línea Sur-Pacífico?

-En ella estás. Pero ya sabes... -le respondió el de la linterna roja-, prohibido a los capitalistas subir al tren cuando está parado.

Dove se apoyó en un poste de teléfonos y hurgó en su boca. El incisivo seguía flojo, pero, no obstante, no daba la impresión de que quisiera abandonar su boca. Tuvo de repente la sensación de que el poste en el que se apoyaba estaba situado en el centro mismo de la vía. Con todo, se adormiló y entre las brumas de su modorra columbró la llegada impetuosa del tren del Pacífico, el cual, próximo ya a la estación, comenzó a vibrar bajo la acción combinada de sus múltiples frenos.

Este estrépito le arrullo todavía unos minutos hasta que, finalmente, al volver a reanudar su marcha el largo convoy, despertó por completo. Los últimos vagones de mercancías, y al final de ellos, el furgón de cola, se hallaba a poca distancia de Dove. Este, llevando una mano a sus billetes para que no volaran de su bolsillo, se precipitó al furgón de cola, abrió una puerta y se coló de rondón en su lóbrego interior.

-¿Hay alguien aquí?

Ningún sonido, salvo el crujir del entablado.

«¡Bravo, Linkhorn! -se congratuló nuevamente -Todo un vagón para ti solo.»

Cerró la puerta y fue a acurrucarse en un rincón del vagón. Ojo avizor. A veces entre los vagabundos hay algún que otro ratero.

El día y la noche siguientes no dejaron en la memoria de Dove sino un recuerdo confuso. Lo único que recordó claramente fue que, al abrir la puerta la otra»mañana, percibió una neblina azul que todo, casas, montes, árboles, aparecía *como* sombras sin contornos definidos. Y conforme avanzaba la mañana el mundo entero azul comenzaba a tomar E formas concretas.

Louisiana.

A lo largo de la tarde interminable las nubes fueron acumulándose en el cielo y el velo neblinoso azulado siguió envolviéndolo todo. Una bruma del sur en la que uno ve lo que le apetece ver. Una bruma que convierte los deseos en imágenes con apariencia de realidad.

-Aprenderé a tocar la guitarra -soñó Dove junto a la puerta del vagón-. Cantaré y tocaré bellas canciones y las chicas vendrán a mí como moscas a un panal de miel.

Veíase gallardo y jaque, con flamantes pantalones, montado en un semental blanco como la nieve con una mano asía las riendas y con la otra tocaba una guitarra. Así, cantando una canción, entraba en la ciudad de Nueva Orleáns.

Louisiana.

Sus dedos pulsaron unas cuerdas invisibles.

Caballero en indómita montura

iba Brennan en busca de aventura

Cabalgaba reteniendo un tanto las riendas de | su corcel para que la gente le

viera mejor.

Deseos y esperanzas en un sueño de humo azul, mientras el tren rodaba y su cabeza se mecía ligeramente. Sólo paz y un tiempo espléndido. Dove estuvo sumido en su sueño azul hasta que llegó la noche y comenzaron a salir las estrellas.

Más tarde, tendido en el techo del vagón -el tren se había detenido, en pleno campo, para aprovisionarse de agua-, Dove se puso a observar, curioso, las idas y venidas de los ferroviarios, que inspeccionaban con linternas y reflectores los enganches y las ruedas. Ingenuo, creía que nadie había advertido su presencia en el tren, y cuando éste reanudó su marcha, una voz socarrona le sacó de su error:

-¡Eh, buen mozo! ¡Baja de ahí o bien pégate al suelo como una lapa, y no te muevas!

Optó por lo último, mientras el tren se hundía con sordo estrépito

en la sima negra de un túnel. El techo de éste pasaba casi rozando la espalda de Dove, y el muchacho se sintió envuelto en humo y partículas de carbón, que dificultaban su respiración. Llevose a la boca y a la nariz su vistoso pañuelo de hierbas, y cogió fuertemente con la mano el reborde de madera del techo para resistir el vaivén del vagón. El pensamiento de que los tãñeles no son eternos le mantuvo con todos sus sentidos despiertos.

Aunque parecía interminable terminó finalmente cunado sus sentidos amenazaban con abandonarle. Escupió y sus salivazos trazaron hasta el suelo una línea de puntos suspensivos negros.

Dove tuvo que reconocer que debía su vida a un *polilla* de la «Compañía de Ferrocarriles. Habla contraído una deuda de gratitud con este particular *polilla* pero ya se encargarían los demás *chotas* de cobrársela con creces. Estos *polillas* no solían recorrer los vagones de día, cuando estaban repletos de vagabundos. Pasaban discretos por delante de ellos como si estuvieran vacíos. Pero por la noche era diferente. Salían a cazar «capitalistas» y habla quien despachaba por su cuenta cuatro o cinco. Era como un deporte para ellos.

Cierta mañana un *chota* armado se acercó a la puerta de un vagón de mercancías.

-Salid de ahí uno a uno.

Nadie se movió. Todos sabían que al primero que saliera le arrimarían leña «a modo».

-He dicho que salgáis de ahí, zarrapastrosos.

Nadie se movió.

-Está bien. Si no salís entraremos nosotros.

Su silencio le envalentonó.

-¿Sabes una cosa? -dijo el valentón volviéndose al que estaba detrás de él-. Estoy ya cansado de patearles el trasero. Esta vez voy a cascarles el coco.

En cuanto pronunció estas palabras alguien salió para ser el primero. Un abnegado o un masoquista. Los agentes, como un solo hombre, se arroparon sobre él mientras los demás se dispersaban, a salvo. Tres agentes armados contra un desventurado inerme era la proporción justa exigida por el pundonor del cuerpo policíaco afecto a

loe ferrocarriles. No podía aspirar a tal cargo un agente la: bastante temerario para enfrentarse solo, con un] revólver, con un vago sin más armas que sus puños; tenía que ir acompañado de otros dos agentes con sus correspondientes revólveres para poder aspirar a una profesión en la que la ferocidad debía correr parejas con una innata cobardía.

A veces estos *chotas* ferroviarios capturaban a todos los que iban clandestinamente en el tren, y los llevaban esposados al puesto de policía más cercano. Allí se les fichaba, tomando sus fotos y sus huellas dactilares.

-Ahora tenéis antecedentes judiciales. Si volvemos a trincaros en esta línea iréis derechitos a los campos de trabajos forzados.

Así los desamparados iban siendo arrojados de todos los pueblos y ciudades, hasta que no hubo una sola localidad en que se les permitiera entregarse a su vida inquieta y errabunda.

Otra tarde, ¿ove viose obligado a abandonar el tren en compañía de cuatro vagabundos más. Halláronse en una pintoresca caleta, en la que otros vagos que habían estado allí anteriormente habían dejado un letrero que decía: *«Dejadlo todo tan limpio como lo habéis encontrado.* Para suerte de Dove alguien había dejado un par de zapatos casi nuevos que le iban a las mil maravillas. Cualquiera diría que habían sido hechos a su medida.

Dos de los «capitalistas» encendieron una fogata y prepararon una sopa suculenta. Dove se tendió, desnudo, en la arena de la caleta y encendió un cigarrillo, mientras el olorcillo de la sopa le cosquilleaba la nariz.

Era el primer momento apacible que había pasado desde que dejó Arroyo.

Vio únicamente a los policías cuando oyó sus disparos. Uno de los agentes abrió seis agujeros; en el perol de la sopa... ésta se derramó en el fuego mientras los vagabundos se dispersaban en todas las direcciones. Dove se arrojó de cabeza al agua, pero bajo la amenaza de las armas esgrimidas por los intrépidos agentes, saltó de allí, chorreando y cohibido..

El juego consistió entonces en averiguar con qué rapidez podía vestirse un vagabundo, mientras por uno y otro lado caía sobre su cabeza una lluvia de cachiporrazos. La camisa le costó dos cachiporrazos, tres sus pantalones y no habría recibido otro más si en

ese momento hubiere emprendido rápida fuga. Pero en medio de aquel chaparrón de golpes no se le ocurrió otra peregrina idea que la de sentarse en el suelo y tratar de ponerse tos zapatos. Fueron entonces tantos los cachiporrazos que le propinaron que, no pudiendo soportarlos más tiempo se incorporó y salió huyendo... sin los zapatos.

Cuando por fin pudo alcanzar los muelles de Algiers, en Nueva Orleáns, seguía doliéndole la cabeza.

Se detuvo ante una bomba de agua y con permiso de su dueño se quitó la costra de sangre que cubría su cabeza y se lavó él rostro ennegrecido por el hollín. Saltó al ferry amarrado en el embarcadero y tendió al cobrador los cinco centavos del pasaje. El hombre le señaló por el pulgar a una persona que estaba ya dentro de la embarcación.

-La señora pagó por usted.

Dove vio a una mujer ya entrada en años que había abordado el ferry antes que él. Fue a su encuentro, llevando en la mano la moneda de níquel.

-Puedo pagarme el pasaje, señora, pero de todas formas muchísimas gracias -le dijo, y le puso la moneda en la palma de la mano.

La mujer enrojeció, pero Dove se sintió mejor.

Cuando la embarcación arribó a la orilla opuesta del río y un marinero arrojó un rollo de cuerda para sujetarla al muelle, Dove se precipitó a ayudarlo. Pero su buena voluntad sólo le valió una exclamación irritada del marinero:

-No te molestes, hijo, para hacer eso me basto yo.

Así fue como, Dove llegó finalmente a la ciudad que parecía mecida en un eterno vaivén. Entre el tráfico del río, la campana de los barcos y el silbido de los trenes.

La ciudad del «sandwich del niño pobre» y del: café con achicoria, en donde el ajo se ve colgado! en ristras y los camioneros duermen en sus camiones. En donde los carteros llevan cascos, y las gentes hacen arder toda la noche bujías rojas en antiguos e historiados candelabros.

La ciudad en donde las mujeres cantan:

Papi, no quiero tu dinero

yo sólo quiero tu salero

.

Y los pianistas, ante sus teclados, se lamentan:

En la hora gris en que despunta el día

mi nostalgia se convierte en melodía.

En el malecón cerca de Desire Street, Dove halló un refugio en donde mendigos y

vagabundos pudieran hallar un buen ganado reposo.

-¿Qué te ha pasado, muchacho?-le pregunto el encargado de la recepción-, ¿Te has peleado con un gato montes?

-Peor *que* eso. Me peleé con mi suegra.

-Voy a proporcionarte un cuartito tranquilo, en donde podrás descansar a gusto. Yo también llegué a esta ciudad como tu, sin zapatos y creyendo que era el amo del mundo.

-Yo no me creó el amo del mundo, pero sí de ese cuarto de dólar que me falta en el cambio - observó Dove sin tocar las monedas -. De seguro se le ha pasado por alto.

El encargado soltó la moneda que aún tenia pegada a la palma de su mano.

-¡Llevabas zapatos antes que yo los tuviera - se rió -. Sube por esa escalera y métete en él primer cuarto que veas a tu derecha.

No existía diferencia entre él primero de la derecha y él último de la izquierda. Ninguno tenía llave en la puerta. El techo era de tela metálica, de la usada en los gallineros. % por el olor que despedía, no debían de estar lejos las gallinas. Pero el camastro era exactamente lo que necesitaba un vagabundo extenuado. Dove se echó en él y durmió a través de las horas polvorientas de la tarde y las febriles de la noche. No dejó un instante de oír entre sueños las llamadas imperiosas de las

embarcaciones que surcaban el río.

En cierto momento oyó la voz de una mujer que en algún rincón se sentía sola y quería que el mundo compartiera su nostalgia:

Nadie quiso cogerme de la mano

y decirme aquí tienes tu camino.

¡Oh, mi triste destino!

Bajo la tela metálica, a un lado y a otro, otros huéspedes de a diez centavos dormían sus sueños de tarifa reducida. Hasta que las múltiples arpas dé la mañana se pusieron a herir las cuerdas de la rosada aurora.

Por la Sarga calle inundada de luz, un vendedor de policromos «polos» hacía sonar un arco iris campanillas de latón. Un campanillazo por cada sabor. Todos los sabores, hechos de agua helada vendidos a la cadencia de melodías de latón.

-¡Aquí, vagos; dos centavitos por melodía!

Con miradas recelosas a la tela metálica, no fuera que alguien le espiase, Dove sacó uno a uno los billetes que guardaba en el bolsillo. Los fue examinando meticulosamente, reteniendo sus denominaciones y adicionando, merced a un esfuerzo mental prodigioso, las cifras grabadas en los mismos.

Cuando llegó a cuarenta, un billete quedó todavía suelto, solitario, huérfano, encima de la cama. Lo agregó a los otros, y entonces volvió a contarlos todos. Y finalmente casi agotado del esfuerzo, pudo comprobar que era dueño de la suma fabulosa de cuarenta y un dólares.

¡Al fin había en el mundo un Linkhorn rico!

No sería uno de aquéllos inveterados vagabundos eternamente nómadas, mal vestidos y peor alimentados, que en los refugios infestaban el ambiente con su fétido aliento. Era un Linkhorn y tenía un cuarto exclusivamente para él.

No tenía camisa ni zapatos, pero desbordaba de gozo y de optimismo en un mundo pictórico de camisas y de zapatos. Un diente

flojo era la única, sombra que oscurecía el cuadro, pero no era como para turbar el gozo íntimo del nuevo Linkhorn.

Por supuesto que lamentaba lo que le había ocurrido a aquella tontuela que se había dejado trincar por un *polilla*. Las chicas de su especie no debieran dedicarse al crimen, mientras no tuviesen más experiencia.

«Espero que esto le sirva de lección, y no siga por ese camino que no es el suyo. Sólo pueden seguirlo individuos como yo, con una inclinación al crimen que nos sale de muy adentro.»

Un pañuelo diminuto, casi roto en dos pedazos y agrietado por el hollín, salió de su bolsillo y cayó al suelo. Cuando le quitó el hollín que lo cubría vio que era negro y había estado otrora adornado con encajes. Notó en él cierta tiesura. E hizo presa en él la sombría sensación de que solamente ofendería y dañaría a las personas que le eran más queridas.

Que le afligirían multitud de congojas, unas breves, otras más duraderas, las más, fugitivas; y una especialmente, que jamás le abandonaría.

«Espero que no le haya hecho daño, señora - lamentose en sus adentros -. Justamente cuan-1| do quise ayudarla a levantarse y decirle lo arrepentido que estaba de haber hecho lo que hice, un maquinista endemoniado hizo sonar el pito y tuve que irme apresuradamente.»

Un recuerdo que iba a fijarse, tenaz, en su subconsciente: ella la había ofrecido el pañuelo para que se limpiara la boca, pero él había preferido ¡restañarse la sangre con el dorso de la mano.

«Buscaré a alguien que me escriba una carta para ella -se prometió a sí mismo-. Le diré lo mucho que siento lo ocurrido.»

Calle asoleada abajo, un arco iris de campanillas de latón celebró el ingreso de dos centavitos. Y tomó por otra calle más ancha y más asoleada. La mañana parecía consumida.

Abrumado de recuerdos tenebrosos, bajó por la escalera igualmente tenebrosa, apoyándose en una barandilla pringosa que parecía conducirle a una sima profunda.

Se encontró por fin en la calle abierta, deslumbrado, como un preso al que hubiesen puesto en libertad bajo palabra: una palabra que

jamás podría cumplir. Dove echó al olvido, momentáneamente, sus recuerdos tenebrosos para gozar con plenitud del momento presente. Hallábanse en Canal Street, la maravillosa arteria que en aquella hora de la mañana palpitaba, vibrante y ardorosa. Todo era motivo de asombro para sus ojos, las marquesinas de los teatros, los agentes de la policía montada, una motocicleta roja con un sidecar azul, y una máquina que en plena calle hacía palomitas de maíz. Un perfume penetrante de mujer le hizo volverse, ¡Oh, qué pasmoso movimiento de piernas bajo aquella falda ceñida! Y otra y otra. Buscó, presuroso, la sombra de un toldo y apoyándose en el poste cromático de una barbería dejó que transcurrieran algunos minutos a fin de recobrar la calma.

-¿Por qué me siento tan disminuido? -se lamentó en su interior. Tenía cuarenta y un dólares, y un hombre con ese dinero era el dueño del mundo, Y si no tanto, podía por lo menos aspirar a llegar a ser un día capitán de un barco.

Capitán de un barco que cargara plátanos o algodón, café o whisky, o incluso cacahuetes. Aunque, por supuesto, no podía uno llegar de sopetón a capitán.

Había que ayudar a los que eran ya capitanes a acarrear su café, y su maíz, a manejar las negras locomotoras y a remolcar sus grandes naves blancas. Ni un capitán por muy capitán que fuera podía hacer solo todas estas cosas.

«Podría ser también dentista - pensaba -. También es una buena cosa ser doctor, porque pueden cortar y destrozar a capricho, para eso le dan licencia.»

Podía uno subir la escalera desde el primer peldaño y si alguno trataba de adelantarse y pasar primero, se le pateaba la cara y asunto concluido. Y a propósito de esto, tenía que procurarse un par de recias botas. Aunque no había peligro de que hubiese alguien lo bastante necio para jugarle una mala partida a un Linkhorn.

«En eso de las cuentas soy un hacha. - No le disgustaba la carrera de contador o de banquero-. Aunque tengo ese pequeño defecto de que no sé pasar de la B. - No obstante, pasó revista a sus variadas facultades-. Soy terco, y cuando se me mete una cosa en la cabezota no paro hasta realizarla.»

En el escaparate de la barbería el fígaro estaba señalando algo con una botella de tónico para el cabello en la mano. Dove sonrió no fuera

que el hombre se propusiera trabar amistad con él. Cuando el hombre salió a la puerta con las tijeras en la mano,

Dove juzgó por su actitud que no era aquélla su intención, y apartándose del cilindro policromo volvió al bullicio de Canal Street.

Compró dos «polos», uno de naranja y el otro de limón, a un vendedor que llevaba gafas negras para protegerse del sol. Le entregó una moneda de de níquel mejicana, y obtuvo de cambio un centavo yanqui.

«Bravo, Linkhorn -se congratuló a sí mismo - en lo tocante a cuentas has pasado de la B. Tendré que comprarme un portamonedas para estas pequeñas operaciones de calderilla.»

En Charles Street siguió la vía del tranvía hasta Lee Circle. Allí, con una mano manchada de naranja y la otra de verde, se instaló en un banco y para poder dar acomodo a sus enormes pies, echó a un lado, de un empellón, a un anciano con él pie vendado.

El vejete se levantó y se fue, golpeando fuertemente el pavimento con su bastón.

«El viejo chocho se sulfuró por algo - pensó Dove-. ¿Acaso sería un capitán retirado? -Y fijó la vista, perplejo, en la escultura heroica que se alzaba por encima de su cabeza[12] -. Debe de ser alguna vieja reliquia de la Guerra Civil -decidió finalmente.

Un hombre calvo, con un traje sucio y un cuello Hoover fue a sentarse en el banco, junto a él. Tenía una expresión de perro apaleado.

-No soy un mendigo -comenzó diciendo-. En realidad pertenezco al servicio diplomático. Me han destinado a Washington y cuando esté allí dormiré en los mejores hoteles, por supuesto. No obstante, esta noche tendré que dormir a la intemperie si no encuentro un alma caritativa que me prestaˆ quince centavos.

Alargó a Dove una tarjeta de visita cuyos bordes amarilleaban. Dove simuló leería, y quedó tan Impresionado que, mentalmente, le prestó los quince centavos.

«Todo por la patria», se dijo, también mentalmente.

El tranvía de Saint Charles daba la vuelta a la plaza.

«Algún día subiré a él», se prometió, también mentalmente.

Una chica, anglosajona pura, vestida de marinera blanca, con el bolso colgando del hombro, cruzó el trozo de sombra proyectada por la bota del general y se detuvo un instante para sonreír a Dove. Este miró por encima de su hombro, pero no vio a nadie que aguardara a la mujer.

Esta exclamó:

-¿Y bien, joven?

Dove se levantó del banco y quitándose el sombrero de paja dobló la cintura e hizo una profunda, reverencia.

-¿Cómo está, señora?

La «señora» pasó de largo sin mirar hacia atrás.

No le dolió aquella actitud despectiva. Cuando tuviera su guitarra y supiese tocar algunas de las viejas canciones románticas, las tendría por docenas, Echó a andar, displicente, codeándose o cruzándose con una muchedumbre abigarrada, en la que había de todo y en la que no faltaba lo más selecto de la sociedad humana o infrahumana: grifos, chorizos, invertidos, tahúres, mecheras, virtuosos del tocomocho, artistas de la palanqueta, celestinas, rufianes y prostitutas. Tullidos y ulcerosos pedigüeños, vendedores ambulantes cargados de lápices, estilográficas y bacilos de Koch, borrachos tambaleantes... viejos gatos enfermos que iban y venían aullando lastimeramente.

Todo iba bien en el mejor de los mundos. Hasta que, inesperadamente, vio su propia imagen reflejada en el espejo de un escaparate y se dio cuenta de que algo, después de todo, no iba tan bien en el mejor de los mundos. No era extraño que la joven anglosajona le hubiera desdeñado.

¿Qué podía hacer en el mejor de los mundos un chico descalzo?

> Desde el muelle de Barracks Street hasta Bienvive, dársena tras dársena, veíase

una sucesión de transatlánticos inmóviles, como grandes ballenas encaladas, con sus cascos blancos oxidándose al sol. Toda la ciudad estaba encallada.

Sobre toda la ciudad, en una neblina color café de años más felices, seguía flotando un fuerte aroma de café. Las paredes de los depósitos de mercancías, como los cascos de los navíos, estaban manchadas de café. También el entablado de los muelles parecía embebido de café. Bajo aquellos tablones cafeinizados se estaban pudriendo, desde tiempo inmemorial, miles de sacos de la aromática planta.

La ciudad entera se hallaba, como los barcos, en cala seca; toda la nación se pudría bajo el signo de la bancarrota. No obstante, el ministro del Trabajo había anunciado que el epicentro de la depresión había sido superado, finalmente.

-La actitud del presidente sobre los salarios ha evitado un cataclismo económico -añadió el ministro- y los negocios han vuelto a la normalidad.

-Nadie pasa hambre -declaró el carirredondo Hoover, limpiándose con una servilleta la sabrosa salsa de pollo que le goteaba por la rotunda barbilla. Un hombre capaz no necesitaba que el Gobierno le ayudara para encontrar trabajo. Esta ayuda estatal haría de él un perfecto haragán. Incluso podría enfermarlo. El pobre tenía que confiar en sí mismo y era el rico el que debía ser ayudado por el Gobierno. Volvía a imperar la Vieja Guardia. Hoover contemplaba, enternecido, el dorado pollo a la cacerola que él mismo había cocido con sus manos regordetas.

-Yo me lo cuezo y yo me lo como - declaró finalmente el risueño presidente de cara redonda.

Y en todos aquellos kilómetros de mueles y de dársenas, sólo había un barco listo para echarse a la mar. Era un vapor de carga, bajo bandera argentina, con el nombre sonoro de *Shiehi-Fukujin»*

Ni en sus más delirantes desvaríos pudo Dove imaginar algo tan magno como aquello. Se quedó mirándolo con la boca abierta. Un hombrecillo, desde el puente, miró hacia abajo y reparó en aquel otro hombrecillo con los ojos pasmados hacia arriba. Le hizo señales para que subiera al barco. En cuanto se halló en el puente se dio cuenta Dove de que allí lo necesitaban. Era muy poca la gente que había allí para poner en movimiento una cosa tan enorme. Y según dedujo, gente poco marinera, incapaz de discernir si aquello era un barco o un almacén de ropas hechas.

El hombrecillo que le hizo señas para que subiera a bordo te habló en un idioma que no era ni español ni inglés y!le indicó la chimenea

con una brocha de pintura que llevaba en la mano. Dove jamás había visto en su vida una brocha tan grande ni una chimenea tan alta. Pero, no obstante, se sentía capaz de pintarla de arriba abajo, dejarla como una patena.

Fue a apoderarse de la brocha, pero él hombrecillo la retuvo en su mano y le señaló una ventana de una dependencia sita en él muelle, a ras del puente.

-Capataz.

-Espéreme - le dijo Dove. Salvó ligero la palanca, cruzó él muelle y ya dentro del edificio subió por una empinada escalerilla metálica de caracol. Por una puerta abierta vio una fotografía enmarcada en un trasatlántico que ocupaba media pared. Debajo de ella estaba el encargado de la dársena sumido en dulce modorra, soñando tal vez que le habían nombrado almirante.

-Trae acá el periódico -dijo el hombre sin alzar la mirada, alargando la mano,

-No soy el chico de los periódicos -aclaró Dove.

El hombre alzó los ojos y al punto se arrepintió de haberlo hecho. El abigarramiento de la figura junto a él era patético. Pantalones de aparcero de un azul rabioso, botas amarillas, gafas negras, un reloj como un bollo con un tictac como el campaneó de una ermita, y coronando todo esto un casco de explorador africano.

-¿Es usted el mandamás? -preguntó Dove-, Querría trabajar en ese barco.

-Sé de muchos capitanes que desean lo mismo que tú, pequeño -le dijo el capataz,

-No pretendo ser capitán tan pronto -declaró, modesto, Dove-. Me contentaría por de pronto con fregar el puente, o tal vez -agregó, taimado- si tuviera una chimenea que pintar, yo me atrevería a *endiñarle* una capa o dos de pintura.

-¿Tienes papeles que demuestren que eres un marinero hábil y capaz?

-Capaz y hasta capataz, si me apuran mucho, señor capitán -persistió Dove-. Págueme lo que quiera, y por poco que me pague se lo agradeceré en el alma. ¿ Sabe usted? Soy de muy poco comer.

-'Vaya con el buen mozo! ¿Quieres decir que estás dispuesto a trabajar como *esquirol?*

-Por supuesto, señor, trabajaré en lo que usted quiera, cocinaré, le remendaré los calcetines, palearé carbón, pescaré para usted una ballena, lo que quiera. Y si quiere que le estirolee aquí me tiene para lo que guste mandar. Quiero aprender el oficio de marinero y estoy dispuesto a trabajar como cuatro.

-¿Ignoras que existe una Unión de Trabajadores del mar? - Esta frase causó en Dove una seria duda.

-Señor capitán, soy un joven cristiano y no estoy al tanto todavía de los trucos yanquis: Inscriba mi nombre en la lista de la pitanza y seré su humilde recluta y seguro servidor. Dígame lo que quiere que baga y lo haré ¡como hay Dios!, por que a voluntad y a fuerza bruta nadie me gana. Si no le rindo el trabajo que usted espera de mi puede abandonarme en el primer puerto que toque el barco. ¿De acuerdo?

-Sí, hijito, de acuerdo. Si hubiera más chicos como tú dispuestos a trabajar de balde, más millonarios habría en el país.

-Eso es lo que yo opino, señor. Tienes que trabajar por nada o de lo contrario jamás llegarás a ser rico. No tiene vuelta de hoja, capitán.

-¿Sabes? -el capataz posó sobre el hombro de Dove una mano paternal -. Me gustó tu cara desde el momento en que entraste en mi despacho. Quítate esas gafas, para que la contemple en toda su magnificencia.

Dove se quitó las gafas y se cuadró ante el capataz militarmente.

-Me gustó también cómo te colaste de rondón en mi oficina - exclamó con una sonrisa tranquilizadora -> sin molestarte en llamar a la puerta.

-No quise despertarle bruscamente.

-Y también me gusta la forma inteligente de exponer tu caso.

-Yo creo que doy la medida -admitió Dove modestamente.

-Das la medida de algo - pensó él capataz -, pero no sé de qué.

Lo que en esos momentos estaba midiendo el capataz era la chimenea que veía a través de la ventana y se alzaba a veinte metros

sobre el nivel del muelle, pensando simultáneamente en la elástica escala de salarias impuesta por la Unión de Trabajadores del Mar, tanto más elevado cuanto más elevada era la chimenea. Hizo un rápido cálculo mental de lo que podría inscribir en los libros: una jornada de ocho horas a dos dólares setenta y cinco centavos por hora, durante diez días.

-Te pagaré un dólar cincuenta centavos por hora por pintar esa chimenea.

Dove lo dejó con la palabra en la boca. Bajó a brincos la escalerilla metálica, cruzó el muelle y pasó como un relámpago la palanca. Oyó que el capataz gritaba desde la ventana: «i Icen al chico t» ' Cuando llegó al puente ya tenían listos para él brocha, rasqueta, pintura y otros accesorios. Dove se instaló en el asiento suspendido de las cuerdas y gritó: «¡Alcen para arriba, camaradas!» Y antes de que se diera cuenta, vio que se hallaba a seis o siete metros del puente.

-Está bien, muchachos -les dijo alegremente-. Empezaré desde aquí e iré subiendo.

Pero la cuerda siguió ascendiendo.

¿Quién había de pensar que disfrutaría aquí de una brisa refrescante, mientras abajo sus cantaradas sudaban la gota gorda? Iba a ¡mirarlo por segunda vez, cuando la silla en que se hallaba sentado comenzó a mecerse como una cuna, y cambió de parecer.

Arriba y arriba; arriba de él el ancho tubo de la chimenea invadido por la roña; abajo, las aguas turbias del río. Las agujas de su reloj parecían torcidas, pero con todo marcaban una hora: las 10´55. Magnífico. En cinco minutos tendría todo dispuesto para comenzar la jornada. La paga entera de una jornada entera de trabajo: la única forma de llegara ser alguien en el mundo.

-Ahora comenzaré, muchachos -gritó fuerte para quede oyeran sus cama radas de abajo -. Ahora comienzo-. Esto les demostraría que era todo un valiente; que nada, ni siquiera él trabajo, le asustaba.

Algo o alguien había dado un tremendo tirón a la silla; y creyó que él capataz había cambiado de parecer, y le pedía que bajara al puente. Dove, ni corto ni perezoso, pasó una cuerda alrededor de la chimenea y sujetó a ella el trapecio en que se hallaba sentado, anudándola con todas sus fuerzas. Como hay Dios, el hombre lo había ¡mandado aquí arriba, y sólo bajaría cuando hubiese ganado la paga entera, de un entero día de trabajo.

Una vez sujeta la silla ésta dejó de balancearse y Dove se sintió más tranquilo. No podía tenerse de pie, pero sí pudo moverse lo suficiente para destapar la lata de pintura. Así que la hubo abierto un golpe de viento hizo oscilar la silla y parte de la pintura se derramó, salpicando sus pantalones.

-Menos mal que no ha manchado mis zapatos-exclamó, optando por un punto de vista más consolador.

Desistió, empero, de luchar contra un viento que amenazaba la integridad de sus zapatos amarillos, volvió a tapar la lata de pintura y consultó su reloj. Las once y cuatro minutos. Como hay Dios, el que no supiera leer no era óbice para que supiera contar. Echó, pues, sus cuentas y calculó en seguida que había ganado diez centavos. Menos daba una piedra. Miró entonces hacia abajo y vio un corro de rostros risueños vueltos hacia su persona. Cerró los *ojos* porque le había acometido él vértigo. Era natural en su primer día de trabajo.

Cuando recobró su aplomo, recordó algo y halló en el fondo de su saquito «Bull Durham» 3o que buscaba y ansiaba; un puñado de marihuana y un par de hojitas de papel de fumar de un tono pardusco..

-No me prohibieron que fumara durante las horas de trabajo -argumentó para sus adentros. Y después de la primera chupada sintió que la silla se alzaba medio palmo.

-Que suba -pensó-, mientras más alto subamos más alta será la paga.

La brocha, la rasqueta, las latas de pintura y trementina, *y* otros menudos utensilios estaban a sus pies, tirados *y* olvidados. Tan tirados y olvidado aparentemente, como lo estaba él para loe de abajo. Cuando volvió a consultar su reloj eran muy cerca de las doce,

-¡Como hay Dios, cómo vuela el tiempo! ¡El almuerzo! - gritó, desaforado- ¡Subídmelo!

Pero no vio a nadie que subiera hasta donde él estaba, con una bandeja en la mano y preguntándole si quería el café solo o con tostadas.

-¡Hatajo de guarros! -dijo-. ¡Hartándose hasta reventar y a mí que me parta un rayo!

Cayó en una suave modorra que se prolongó toda la tarde. Cada vez que despertaba se sentía más hambriento.

-¡Eh, la comida! -Una vez más la pidió a grito pelado, pues era ya la hora de comer de las personas decentes. Pero nadie, en el puente, le hizo el menor caso.

-He visto claro su juego -informó, finalmente, a gritos, al capataz-, trata usted de obligarme a bajar por el hambre. Pero sepa que sólo bajaré cuando haya terminado mi jornada de trabajo.

Y volvió a sumirse en el sopor.

Eran ya cerca de las cinco cuando bajo la brusca caricia de la brisa se despertó. Desató la cuerda que le sujetaba a la chimenea y se dejó deslizar hasta el puente en el que puso pie, pálido y vacilante. Dos marineros acudieron a sostenerlo, y todos los hombres de la tripulación, menos él capataz, aplaudieron entusiastas su hazaña.

-¡Ni medio centavo, amigo! -exclamó, iracundo, el capataz -. ¡Háblame de dinero y te rompo la crisma!

Aunque se le doblaban las piernas, Dove se mantuvo firme y resuelto.

-Capitán. Yo subí en su pijotera silla conforme me mandó usted. *Hicimos* un trato.

-Óyeme bien, jovencito. Aquí en esta podrida dársena soy yo únicamente yo y no Perico de los Palotes él que ordena y manda! Y no permito que

ningún venado de los bosques venga a tomarme el flequillo. ¿Lo quieres más claro, hijo de tu madre?

-Un trato es un trato, señor,

-No me hagas reír que estoy hilvanado, -No quiero que se deshilvane, señor, y por fervor, deje a mi madre en paz. Estuve allá arriba seis horas y no le pongo horas extraordinarias porque me hago cargo de que no hice mucho en mi primér día de trabajo. Pero traté de hacerlo y eso bien vale seis machacantes, digo yo.

El capataz cogió a Dove por un brazo, lo llevó aparte y le murmuró al oído:

-Toma esto y ahueca, como si tuvieras un reactor en salva sea la parte. -Dove miró *aquello* que le había puesto en la palma de la mano. Era un billete de dos dólares.

-Me corresponden seis, capitán. -Hasta aquí llego y no paso. Le cambió el billete por otro de cinco.

-Conforme.

Dove se embolsó él billete. El capataz fue a acodarse sobre la borda y miró melancólico, río abajo, hacia el mar.

Ya en el muelle, Dove lanzó una última mirada al barco. El hombrecillo que le saludara desde él puente horas antes volvió a sonreírle, moviendo la un lado y a otro la enorme brocha.

-Ven mañana bien temprano a trabajar, camarada -exclamó él hombrecillo. Dove le devolvió el saludo y la sonrisa. Era un tipo la mar de simpático. Con todo, se sintió invadido por una nostálgica tristeza cuando abandonó el anchuroso río, con el íntimo sentir de que había terminado para él, definitivamente, la vida marinera.

Más tarde, aquél mismo día, al ir a entrar en los retretes de la Estación del Ferrocarril del Sur, un portero negro con el pelo blanco le cerró el paso.

-Discúlpeme, papaíto. -Dove quiso echarlo a un lado para pasar a los retretes.

-Mi joven cateto -le replicó el papaíto - ¿Acaso tu sangre es de color?

-Por supuesto que no es blanca - le dijo Dove.

-No se haga el chistoso - le previno el viejo negro-.Yo soy el encargado de estos retretes.

Dove no sabía qué falta había cometido, Pero *sentía* su peso. Y abandonó el lugar, cuyo dintel ostentaba el letrero: «Lavabos exclusivamente para hombres de color.»

En su retirada avistó una fuente de agua. Iba a indinarse sobre ella y aplicar sus labios al chorrito que brotaba del centro de la taza cuando el mismo portero se le echó encima. El anciano negro, en todos los años de su vida, no había encontrado, si en sueños, un tipo semejante.

-Si tienes sangré dé color no puedes beber en esta fuente - exclamó consternado.

-Dígame; abuelito, ¿no tenemos todos la sangre colorada? - Esta vez

Dove estaba ansioso de descifrar el enigma.

-Oiga, jovencito, si se ha propuesto hacerme rodar la cabeza, ha escogido una mala ocasión - contestó el anciano, muy digno-. Si es usted blanco, siga siendo blanco, y en paz. Y si es negro, siga siéndolo y reviente de una vez. Ahora váyase de mi estación, y que no vuelva a verlo más por aquí.

Dove se entregó a tristes cavilaciones.

-Estoy de veras desconcertado. ¿Por qué aquí un cristiano no puede beber en una fuente pública? ¡Las cosas que pasan en este perro mundo! Tendré que reconocer que, al fin y al cabo, mi papaíto no está tan mochales como yo creí.

Sentía una gran sequedad en la garganta y se encaminó a la primera puerta en la que vio pintada una botella de «Coca-Cola». Dentro del oscuro recinto vio otros letreros de «Coca-Cola», y en los estantes, numerosas botellas vacías. Golpeó el mostrador con una moneda de diez centavos.

Apareció, como por ensalmo, una guapa joven y menuda, con pechos enhiestos, desdeñosos de todo sostén. Destapó una botella con un abridor fijo en el mostrador, y con un movimiento rápido desprendió del hombro izquierdo uno de los tirantes de la combinación y puso al descubierto uno de sus senos. En el podía verse, tatuada, la palabra «Whisky».

-Hace un calor sofocante, ¿no le parece a usted? - dijo Dove, por decir algo.

-Me parece -le contestó la pequeña beldad despechugada.

-También me parece a mí que se olvidó usted de devolverme el cambio -le recordó Dove, que jamás se dejaba pasar nada.

-Ya le di el cambio -dijo la mujer y con un gesto de aburrimiento volvió a su sitio el tirante de la combinación y escondió el seno marcado «Whisky».

-¿No cree usted, señora, que ha cometido un ligero *error?*

-Por supuesto, joven, por supuesto.

-¿A cuánto cobra la paja?

-Es gratis. Tome las que guste, joven cateto.

-¡Tiene gracia! -exclamó Dove, cogiendo cuatro pajas para compensar la pérdida de sus cinco centavos -. Es usted la segunda persona que en una hora me ha llamado joven cateto. ¿ En qué lo ha conocido?

La guapa guardó silencio, con una expresión! vacía. Cuando las pajas dejaron de bombear líquido Dove fue doblándolas cuidadosamente, sacó otra moneda de diez centavos y la puso sobre él mostrador. Esta vez la muchacha limpió la botella con uní trapo e introdujo en él gollete una paja única. Dove la cogió con los ojos clavados en el tirante izquierdo de su combinación.

No se movió una pulgada. Pero sí el derecho. Cayó al tiempo que cogía su moneda y tras el consabido timbrazo la introducir en el cajón de la registradora, con una rapidez tal que tuvo la impresión de que lo había abierto con su seno derecho.

La palabra tatuada en este pecho era «Cerveza», Dove estudió la palabra solemnemente.

-¿No le importa, señorita, que *exprima* una opinión? ¿Algo un *tontito* personal? -preguntó.

-Nada de lo que pueda decirme será para mí personal..

-Toma usted muy a pecho su trabajo, y de tanto destaparse podría atrapar un resfriado.

Con un rostro impávido, hermético, no alterado ni por la sombra de un pensamiento, la guapa apartó la botella vacía y se subió el tirante de la combinación retirando de la circulación el seno derecho.

-Señora, aquí hay algo que no me explico.

Alzó ella, inquisitiva, una ceja que parecía trazada con un tiralíneas.

-No me diga.

-Anoche tomé un refresco al otro lado de la estación y sólo me cobraron cinco centavos.

-En él otro lado de la estación subsisten todavía los precios de antes de la guerra.

-Espero que no haya habido bajas en ese lado de la estación -declaró

Dove. Y puso una tercera moneda de diez centavos sobre él mostrador.

Esta vez abrió la botella, le pasó un trapo, insertó en ella una paja, puso la moneda en la registradora tras el consabido timbrazo, cerró el cajón y se apartó a un lado, y todo ello en un solo movimiento. Esta vez no hubo caída de tirantes. Dove bebió sin prisas.

Nada.

-¿Cuántas bebidas vende usted en un día, señora?

-Muchas. Tantas como pulgas hay en su petate.

-No puedo contarlas. Sólo sé contar hasta quinientos.

-Oiga, pollo tomatero, ¿a qué ha venido usted aquí?

-No me dejaron beber en la fuente pública.

-Me parece que malgasta usted tu dinero.

-Al fin y al cabo es mi dinero.

-De acuerdo - declaró -pero una vez que haya tirado su último centavo, ¿qué hará?

-Lo que he hecho siempre. Suspirar por él. Pero ahora tengo cuarenta pavos, ¿Cree usted que me durarán mucho?

-Los pavos vuelan que es un contento. Le recomiendo otro sistema. Sígame, distinguido y joven cateto.

-La sigo con los ojos. Pero déjeme que *seborrea* es la coca.

- *¿Saboree?*

-Sí. Está tan fresca y *petitosa* como usted. Ahora dígame, ¿qué pasa aquí si pongo un dólar sobre él mostrador?

-Pruébelo.

Dove sacó un dólar y lo tiró al mostrador, pero antes de llegar a éste lo atrapó en el aire la mano menuda de la guapa sin *brassiére.*

-Sígame.

Fue en pos de ella, por un estrecho pasillo. A un lado y a. otro las

puertas aparecían numeradas. En el fondo del corredor reía destempladamente una, mujer.

No había luces, ni ventanas, y salvo la risa extemporánea, el silencio era abrumador. Dove, envuelto en tinieblas, esperó hasta oír el chasquido de una puerta al cerrarse. Algunos instantes después brotó, de un rincón una luz verdosa, y gracias a ella pudo distinguir a la guapa y menuda joven de los pechos tatuados, de pie, junto a él, escueta y elemental.

-Estás estupenda, chica, aunque déjame que te diga una cosa: un poco escurrida de caderas. -La admiración que sentía Dove no abolía su sentido crítico-. Como diría mi padre, me siento inclinado a la perdición. ¿ Y tú?

Algún tiempo después, apuntalándose con un pie.

en el suelo para no caer del estrecho camastro, Dove confió a la guapa y menuda joven:

-Tengo el estómago inflamado«

-Dirás inflado. La próxima vez bebe whisky -le recomendó la muchacha. Y a renglón seguida le informó-: Joven cateto, ha terminada, la sesión -, A continuación prendió con las uñas pintadas de verde de sus pies los pantalones del mozo? los lanzó desdeñosamente al aire y los ¡recogió con las rodillas. En esta trayectoria el monedero se desprendió de uno de los bolsillos del pantalón y fue a esconderse curiosamente, entre las sábanas.

-Señora -saltó Dove-. estoy *estupeflauto.*

-¿Por qué? -interrogó la muchacha un tanto recelosa.

-Sus *dátiles* pintados de verde. Muy gracioso.

Aquel patán la irritaba y a la vez la desconcertaba. Resolvió, finalmente, que no era de fiar y que cuanto más pronto terminara con él, mucho mejor sería.

-He perdido demasiado tiempo contigo -declaró-, con que, ¡hala! Vístete y largo de aquí.

-Si me he quedado un rato aquí ha sido porque estaba pensando cómo disculparme de usted.

-¿Disculparte... de qué?

-Por haberle dicho que era escurrida de ancas. No sé por qué se me ocurrió decir esa tontería. Porque, precisamente, tiene usted lo que llaman los ferroviarios un cabús extraordinario[13].

-El lavabo está a la derecha, joven.

-Señora, lo siento mucho, de verdad lo siento, Pero él caso es que estoy derrengado y necesito descansar un poco.

Anduvo indecisa alrededor del camastro, lanzando alguna que otra mirada a la puerta.

-Llamaré a alguien que le pondrá como nuevo-le prometió, rencorosa, Y se dirigió, decidida, a la puerta.

Estaba vuelta de espaldas a él, con una mano en el pomo de la puerta, y el bulto que hacía en el bolsillo de su pantalón de pijama el monedero de Dove era tan visible que podía verse el grano del cuero a través de la delgada tela. No trató, sin embargo de quitárselo a la fuerza. Optó por una maniobra parecida a la que empleó ella para arrebatárselo, alargando el brazo como ella había alargado la pierna, tocando con la punta de un dedo la gomita que ceñía el monedero y desprendiéndose éste del bolsillo mediante un ligero movimiento de palanca.

Se dio cuenta ella casi inmediatamente de lo que ocurría a su espalda y se precipitó al camastro. Y allí estaba Dove, fingiendo que dormía como un bendito.

-Catetito mío - le dijo - si crees que vas a tomarme el pelo estás muy equivocado. -Y, sin más, abrió la puerta, y ya en el pasillo gritó a voz en cuello-: Puñales, amor mío, ven acá, ven que te quiero presentar a un caballero que se cree demasiado listo.

Dove saltó del camastro, se puso los pantalones en un periquete y con los zapatos en la mano saltó por la ventana. En el callejón trasero tropezó con dos muchachas negras que paseaban al acecho de clientes y no de hombres nerviosos que se descolgaban de las ventanas.

Dove pasó de largo, en medio del desconcierto de las oscuras golondrinas. Por lo visto estaba destinado a hacer siempre cosas desconcertantes.

Las mujeres tienen sobre los hombres una ventaja: pueden hundirse

en las llamas del infierno y resurgir de ellas, incólumes. Así lo dice una vieja canción, y creemos en ella. Pero esta canción no puede aplicarse a los hombres, y menos aún a casos especiales como éste de Dove Linkhorn.

Dove sabía que habia caido en las almas pecado. Cuando volvió a Canal Street, por el lado de la Estación del Ferrocarril del Sur, tuvo la sensación de haber salido de un antro.

Los padres de la ciudad, los hombres justos *y* virtuosos, ya pertenecieran a tal o cual secta, orden o asociación, Shriners[14] Kiwanis, legionarios, Caballeros de esto y caballeros de lo otro o de 1o de más allá, reconocían unánimes que Nueva Orleans era una sucursal del infierno. Pero que el infierno estuviese situado, en todo su esplendor, en el centro de la ciudad, era cosa que en modo alguno querían admitir. Porque las celestinas, los rufianes y las prostitutas eran Ha deshonra de la ciudad, y los hombres justos y virtuosos son padres de familia, cuyas familias son parte integrante de sí mismos, como sus propias espaldas.

Pero no a todos estos padres de familia, más o menos justos y virtuosos, les satisfacía plenamente el tener las espaldas por siempre apoyadas en el respaldo del sillón familiar. Sentían la necesidad de escapar, de vez en cuando a este ambiente pacato y respetable y respirar otros aires más excitantes. Aspiraban, en fin, a evadirse de la ñoñez de su respetabilidad y muchas veces se contentaban solamente con que una piruja de categoría les llamase por su nombre de pila en presencia de un amigo de fuera de la ciudad. Tres *copetines de* whisky o de ginebra y todo el concurso de hombres respetables: Alces, Ciervos, Leones, Lechuzas del grado 83 y Ratoncitos del Grado 44, comenzaban a conspirar contra aquellas mismas leyes que ellos habían escrito.

Era normal y justo que un hombre que fuera en taxi o en coche propio se sacara del bolsillo un frasco de whisky y se echara dos o tres tragos entre pecho y espalda. Pero esto no podía hacerlo un ciudadano que fuera en tranvía El tranvía convertía automáticamente en ilícito e indecente lo que era, en coche, un acto decoroso y digno.

Era lógico, al fin y al cabo, que loa mismos qué: hacían la ley hicieran la trampa. A los que no hacían la ley, los rufianes, las prostitutas y las proxenetasˆ y otros del mismo pelo, les era más difícil burlada.

Había de todo en aquellas calles del centro de la ciudad, teatro

grande y teatro chico, y también el teatro diminuto, el agujero en la pared por el que él *voyeur* asiste a la gesta amatoria de un rufián y de una hetaira. Y no eran rufianes los dueños de todos estos espectáculos. Todas estas calles iban a parar a la vieja Perdido Street. Y en ellas pululaban pirujas oxigenadas, donjuanes otoñales y reumáticos, masoquistas en busca de martirio, dipsómanos«; cleptómanos por vicio y cleptómanos por necesidad; y para todas estas legiones de desorbitados había lugar y acomodo, en aquél barrio oscuro de día y luminoso de noche, un barrio del que era dueño y señor el hombre justo, el respetable y virtuosos padre de familia.

Porque el virtuoso y respetable padre de familia, si bien siente por el dinero una apetencia extraordinaria, no desdeña la diversión. Así, pues, cuando las muchachas habían pagado, a doble precio se entiende, sus trapitos, el alquiler de su cuarto, sus toallas, sus multas y todo lo demás, el magnánimo caballero no desdeñaba tomar parte en la diversión por él organizada.

Más tarde purgaría su culpa acusándose de haber estado con «mujeres malas por naturaleza», para poder compartir limpiamente con su esposa el tálamo conyugal. En ningún caso tenían la culpa ellos, hombres virtuosos enredados por su maldad.

No obstante, por encima de la perfidia, sobre la francachela, se cernía aquel verano caluroso un velo de tristeza y de amargura. En bares clandestinos, en los rostros demudados de las chicas y los rostros pintados de los chicos podía leerse un mismo presentimiento: el de una inminente y tremenda derrota.

En el viejo cementerio francés hasta aquéllos huesos solitarios que hablan dormido contentos una larga sucesión de lustros sentían el peso de aquél desaliento general y despiertos de su sueño se abrieron paso a través de los ladrillos, la madera y la piedra.

Dove Linkhorn pasó por delante de un muro medio derruido, miró por encima de él y vio con qué dureza la Muerte trataba a los viejos huesos.

Viejos huesos a los que la Muerte no quería dejar en paz. Españoles y franceses, criollos y kentuekianos, huesos de marinos y de cazadores, de mujeres honradas y de mujeres públicas, todos huesos blanqueados al igual por el mismo sol sabatino, también habían ido al infierno y regresado de él.

Dove sintió que le dolían los suyos.

«He corrido y saltado mucho -se reprendió a sí mismo - ¿y qué he sacado en limpio? Un traje, un par de zapatos y un reloj de a dólar. Es cierto, las cosas habrían podido salir peor.»

Cuando una chica con ojos muy pequeños se acercó a él y le preguntó:

-¿Tienes un dólar, buen mozo? -Dove no juzgó correcto desmentirla.

-Sí -admitió -, pero lo que no tengo son ganas de juerga.

Abrió una puerta.

-Entra. Conmigo lo pasarás bárbaro.

Diez minutos después salía Dove con un hambre feroz. Vio al final de la manzana el anuncio de un bocadillo, el clásico bocadillo «del niño pobre» de Nueva Orleáns, y se encaminó a él, pero otra chica le interceptó el paso.

-¡Hola, chico! ¿Tienes un dólar?

-Lo tengo, pero lo necesito para comer.

-Puedes comer aquí -le prometió. Entró y al punto se dio cuenta de que aquello no era un restaurante ni nada que se le pareciera.

Diez minutos después salió, se recostó un momento en la pared del antro, y seguidamente se puso a caminar despacio, con la cabeza gacha para pasar de largo las restantes puertas y poder llegar al lugar que anunciaba el rico bocadillo «del niño paupérrimo». Pero cuando miró al interior del tenderete todo lo que vio fue una descocada muchacha destapando una botella de «Coca-Cola».

Siguió su camino y fue de manzana en manzana, rastreando en busca de alimento, guiándose más por el olfato que por la vista.

Finalmente entró en una especie de cueva marina llena de aromas oceánicos. La langosta y el langostino afirmaban la supremacía de sus olores sobre los de las sopas humeantes de ostras y de los platos de sabroso gumbo, en los que flotaban pequeños caracoles. Se sentó a una mesa vieja y ruinosa como el mismo Mercado Francés.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz un tanto submarina de la cueva discernió a un negro de la estatura y corpulencia de Primo Camera, desnudo de cintura arriba y reluciente de sudor de color de

acero, entregado a la tarea de decapitar tortuga s-caimanea con una precisión notable.

Ahora bien, lo malo de las tortugas en general es que tienen todas una fe ciega en la teoría darviniana: la lucha por la existencia. Siempre hay arriba un lugar para el superviviente. Y las más fanáticas en esta creencia son las llamadas tortugas-caimanes. Tenaces como tortugas, voraces como caimanes. No les importa que el camino sea áspero y sangriento: lo esencial es llegar a lo más alto del montón sanguinolento.

El sombrío matarife le pareció a Dove el mismo Doctor Muerte en persona.

El doctor Muerte, cuyos pacientes le llegaban uno a uno por una estrecha y resbaladiza rampa, cada uno confiado en un último acto de clemencia: un indulto en el último instante, con plena restitución de todos sus derechos civiles. El cuchillo se detendría en el aire, como por ensalmo: un milagro moderno.

La muerte era apropiada para ciertas clases, como por ejemplo la tortuga terrestre y otras especies rastreras, pero no cuadraba a aquellas viejas familias de atlántica prosapia como la tortuga de mar.

Podía perder la cabeza, pero sus patas seguirían sustentándola y llevándola a la sangrienta cima. «No desesperéis y luchad hasta el final ¡Arriba el ánimo y adelante!» Era éste su grito de batalla.

Ciertamente, después de que la cuchillada la había partido por gala en dos, el ansia de supervivencia se hacia más apremiante que nunca. Sintiendo que el tiempo conspiraba contra ella, redoblaba sus esfuerzos para prolongar su precaria existencia. Mientras, el suelo en torno a la pirámide se empapaba en sangre, unas tortugas boca arriba, otras tortugas boca abajo.

Dove vio que otros ojos fuera de los suyos contemplaban la monstruosa pila: en el suelo, junto a él, la cabeza decapitada de una tortuga de mar, grande como su puño, miraba catalépticamente su propio cuerpo que se deslizaba, reptando, «pila arriba, buscando a ciegas su cúspide. No podía ser más que el cuerpo de aquella cabeza de ojos ardientes y fe inquebrantable.

Pisoteando los muñones sangrientos de centenares de cuellos, gateando por lomos y barrigas, dando empellones y patadas allá, el cuerpo sin cabeza fue trepando, deshaciéndose de otros cuerpos rivales trepadores como él y haciéndolos rodar montón abajo. Dove y

La Cabeza observaron juntos la homérica gesta del Cuerpo Decapitado. ¿Conseguiría su propósito?

Poseído de una fortaleza superior a la de todos los demás quelonios, trepando alegremente por encima de madres y huérfanos, el cuerpo logró finalmente agarrarse con sus aletas a la cola de un grueso salmonete, se encaramó sobre su lomo y, apuntalándose en él, se lanzó al mismo centro de la cima sangrienta.

Era el Rey de las Tortugas de Mar.

El Rey hizo tremolar, victorioso, sus aletas:

-Siempre hay arriba lugar para uno más -. Pero en este preciso instante otro cuerpo surgió por detrás de él y mediante una zancadilla acabó con su reinado. Fue rodando por la viscosa y resbaladiza vertiente, hasta dar en el suelo ensangrentado, sobre el lomo, con los muñones al aire, en un aleteo tan frenético como inútil.

-Gentiles y generosos corazones, amados amigos míos - dijo, retorciéndose, sintiéndose ya invadido por el frío de la muerte-. ¿Dejaréis, impávidos, que vuestro viejo amigo muera? Jamás quise nada para mí; dinero, comodidades, poder, seguridad, si luché para lograr todo eso fue para satisfacer los deseos de mis seres queridos. (Claro que todo eso, siempre que pude, los compartí gozosamente con ellos.) ¿Me dejaréis aquí que me muera?

»Es cierto. Comí bien. Pero fue sólo para reponer mis fuerzas, gastadas en una lucha diaria, cuenta, agobiadora. Jamás, a sabiendas, hice daño a mi prójimo (siempre que no se atravesase en mi camino, claro está). Jamás saqué ventaja de mi semejante si con ello no obtenía provecho alguno. ¿Pueden dejar morir a una tortuga tan magnánima?

»Un padre consagrado a sus hijos, un ciudadano leal un empleado fiel, un jefe bondadoso, un vecino considerado, un practicante devoto. Por ser puro de corazón respeté siempre las leyes de Dios y las de los hombres. Pureza y miedo de ir a la cárcel. ¿Podéis permanecer indiferentes y dejar que una tortuga tan santa perezca?

»Diréis acaso que hace un momento no tuve miramientos pisoteando los cuellos sangrientos de mis hermanos. Confieso que obré mal, y que ahora mi sentir es distinto. Mi arrepentimiento es sincero. ¿Podéis tolerar que una tortuga tan razonable y abierta de espíritu muera?

»Devolvedme la vida, corazones generosos… levantadme para que vea por última vez la cúspide de la pirámide en donde una vez reiné soberano.

Y con estas palabras, tras un ligero espasmo, su oscuro rabo se contrajo y desapareció bajo la concha. Sus aletas se pusieron rígidas. Había terminado para siempre su lucha.

La más sabia de las tortugas había muerto.

En este preciso momento el aparato tocadiscos comenzó a desgranar por el aire la voz de Bing Crosby, cantando *No tengo a nadie en el mundo.*

Acudió el camarero a tomar la orden.

-¿Qué quiere usted, joven? La especialidad de la casa es la sopa de tortuga.

No vaciló Dove.

-Tráigame una de verdura.

SEGUNDA PARTE

En aquel jubiloso verano el año 1931, Nueva Orleáns ofrecía oportunidades

ilimitadas a todos aquellos jóvenes ambiciosos de buena apariencia deseosos de subir la Escalera del Éxito, desde abajo y peldaño tras peldaño. Los más avispados solían comenzar -por arriba, para ir bajando escalón por escalón. Así el trayecto era más corto.

En él jubiloso verano del año 1931, algunos Estados eran secos y otros húmedos. Russ Columbo cantaba *Por favor.* Al Capone citaba a Mark Twain, y hubo quien opinó que en aviación las mujeres igualaban a los hombres. Una mujer se negó a contestar a las preguntas de un comité del Senado y la Legión Americana lanzó la acusación de que las leyes estatales se oponían a la libre venta de productos fabricados por el trabajador americano.

Un pastor protestante de Nueva York reveló que Jerusalén tenía una administración bastante peor que la de Jimmy Walker y dijo que prefería vivir bajo la férula de Hoover que bajo la autoridad de Ezequías.

Los excesos de aquel año tenían por origen una regresión del péndulo moral -había proclamado Harry Emerson Fosdick- y agregó que con la taberna a la vuelta de la esquina las cosas irían peor. El presidente tocó un botón en Washington e iluminó un edificio de 52 millones de dólares, el más alto que jamás levantara la mano del hombre, en la Calle 34 y Quinta Avenida, en Nueva York. Wallace Berry decía: *En una mamá lo que más me gusta es lo que tiene de mamá*. Y los precios del algodón sufrieron una nueva baja.

La Escalera del Éxito se hallaba invertida: el extremo era ahora la parte inferior, y viceversa» Hombres de empresa que aún conservaban su reloj de oro macizo hacían de fotógrafos ambulantes y llevaban los zapatos rotos. Doctores sin clientela vendían mecheros por las calles y capitanes de barco hacían cola para obtener un puesto de mozo de cabina.

Prósperas compañías de seguros contra incendios se convertían en humo, lo cual no dejaba de tener cierta lógica. En cuanto al Departamento de Incendios, abandonado por sus funcionarios, los cuales desde hacía mucho tiempo no cobraban sus haberes» presentaba el desolado aspecto de un local arrastrado por un

vendaval. Archivadores volcados, sillas giratorias que no girarían ya más, montones de cristales rotos y desvencijados muebles de caoba.

Montones de caoba que en última instancia sólo sirvieron para que los corredores de bolsa bajasen de sus oficinas a la calle y se convirtiesen en corredores a secas. Los emperadores de la industria y del comercio echaron mano a toda la calderilla suelta que les quedó en las arcas y se apercibieran a la lucha final. Los abogados se querellaron entre sí sin otro propósito que el mantenerse «en forma».

En toda casa de orates había un usurero escondido en una celda dedicado día y noche a hacer cálculos en las paredes, cálculos imaginarios de réditos ilusorios.

En un santiamén, él corredor emprendedor que va de puerta en puerta se convirtió en el espinazo de la economía americana. Se echaba a la calle para vender medias de seda «Supremas» o aspiradores «Hoover», y dura en este menester el tiempo suficiente para apropiarse una docena de medias «Suprema» o una aspiradora de segunda mano, robándola pieza por pieza. Siempre habla en algún rincón de la cocina calderilla suelta, para el hielo o la leche, de la que podía echar mano el ama de casa si la oferta era tentadora. La captura de esta calderilla fue, pues, un objetivo nada desdeñable y centenares de individuos subsistieron, semana tras semana, gracias a ella.

No obstante, el secretario de la Federación del trabajo informó a la nación que los negocios se habían estabilizado finalmente y que su desplome hahía sido contenido por completo.

Los desheredados de la fortuna debían confiar en sí mismos para solucionar sus problemas. En cuanto a aquellos que tenían más de lo que necesitaban, recibían la ayuda del Gobierno. Tal era él plan. Pero los bancos de los parques aparecían húmedos por la mañana, hubiese llovido o no; y era posible que la gente se cansara de comer plátanos.

No obstante, no eran tan malos los tiempos como mucha gente se obstina en decir. Todo lo que había ocurrido, en realidad, era el receso de una prosperidad anormal, con un progreso «regresivo» hacia nuevos niveles de normalidad y hacia una creciente igualdad de oportunidad. En una palabra, íbamos hacia delante que era un contento. Sólo que esta vez una magnífica oportunidad era precisamente tan buena como la siguiente magnífica oportunidad. Que era como decir, simplemente, que nadie cobraba porque nadie pagaba ya más.

Sólo los rufianes que vivían a expensas de las mujeres no se dieron cuenta de que la nación iba progresando hacia abajo buscando nuevos niveles de normalidad. Durante algún tiempo habían estado progresando hacia abajo, pero sin saber que esto fuera precisamente la modalidad del día. Y ahora de repente, descubrían que tenían más chicas que camas en qué ponerlas. Chicas de menos de veinte primaveras se lanzaban a la calle en busca de caballeros -cualquier clase de caballero- que les diese cobijo. Los dueños y las dueñas de las casas las pasaban a los taxistas, y éstos a su vez las pasaban a los rufianes o a las alcahuetas. Fue entonces, entre la Prostitución y la Prohibición, cuando se vino abajo, por fin y para siempre, la barrera del color.

Los botones negros de los hoteles habían conquistado un monopolio virtual de la distribución de bebidas alcohólicas prohibidas, y habían descubierto que los huéspedes blancos ansiaban siempre una mujer con la botella o una botella con la mujer. Pronto estos chicos se hicieron indispensables. Y mientras más importancia adquirían, más desprecio sentían., por sus propias mujeres. Como el policía negro, el chulillo negro se mostraba mas duro con los suyos que con su colega blanco.

Vio ahora con claridad meridiana que lo que le había enseñado su *mamy* no era cierto: que los hombres buenos «blancos» no obraban jamás como los negros «malos». Porque veía a hombres y mujeres con los mejores apellidos de la ciudad, los nombres de los justos y virtuosos, entregados al desenfreno en las noches sabatinas, entre vaharadas de alcohol. Y sabía que aquellos austeros varones, al día siguiente, día del Señor, practicarían sus devociones junto a sus señoras, igualmente de apellidos ilustres.

El negro comenzó a perder el miedo ancestral que te inspiraba la mujer blanca. Y más de una vez' la ponía en el trance de optar, entre hacerle sitio, o ponerla en manos de la Ley. El botones, además de alcahuete, se hizo confidente de policía. Miel sobre hojuelas. Los tiempos no eran tan malos comer pretendían los diarios.

Todos andaban callejeando, enredados en asuntos raros, cada uno llamando a la puerta del otro. Toda la ciudad se lanzaba a la calle para vender algo. Todo el mundo era corredor o comisionista, y quien no llamaba a las puertas para ganar su comisión, bacía que otros lo hicieran por él para ganar una comisión sobre su comisión. Por lo general estas comisiones ganadas por los corredores espontáneo» reclutados en la cale eran teóricas.

Sí, por ejemplo» el corredor espontáneo conseguía que una ama de casa firmase por la entrega de dos libras de café dos veces a la semana durante doce semanas consecutivas, se hacía acreedor, por perpetrar la estafa, a dos dólares de comisión. En realidad el corredor improvisado había estafado sin provecho, porque el comisionista que lo había contratado verbalmente aducía que «la clienta había mudado de parecer... ya sabes cómo son las mujeres y no le abonaba los dos dólares.

El comisionista, a su vez era víctima del empresario, que le deducía de su sueldo fijo los dos dólares que, según él, no había pagado la referida ama de casa. Cuando, finalmente estos dos dólares pasaban del ama de casa a los bolsillos del empresario, no había en la calle uno solo de los corredores espontáneos de la semana anterior.

Dove Linkhorn, vestido ahora de rayadillo y con una corbata verde mar, se hallaba en la esquina de Calhoun y Magnolia. El mozo que ahora veíamos era una versión bastante mejorada del cateto con pantalones azules y la bolsita de «Butt Durham» de los capítulos anteriores. Ahora fumaba «Pycayune», la tagarnina de Louisiana. Desde luego, sólo le faltaba ahora vender algo para comenzar a escalar las gradas del Éxito, como cualquier ambicioso hijo de vecino. Y he aquí que, en medio de sus cavilaciones, vio formarse un corrillo en torno i una persona no lejos de dónde él se hallaba. Con toda la ligereza que le permitieron sus zapatos color de mantequilla, a los que todavía no Se habían acostumbrado sus pies desmesurados, fue a ver lo que ocurría.

En el centro del corrillo un hombre bajo y rechoncho peroraba. Tenía en la mano un objeto brillante. Dove se abrió paso a codazos, curioso de ver de cerca lo que tanto brillaba. Era una cafetera.

¡Hola, cafetera!

Linda cafetera, por cierto.

-Mi nombre es Wreneger-decía el hombre-, cilio gordinflón a su auditorio- Pero podéis llamarme por mi apodo: *El Campechano,* así me llaman todos mis amiguitos y amigotes. ¿Y sabéis lo que les digo a todos mis amiguitos y amigotes? Si no vendéis es porque no queréis.

«Una bonita cafetera, roja y verde -pensó Dove, extasiado-Apuesto a que hace un café estupendo.»

-No se trata de llamar a muchas puertas, mis queridos amigos, eso no es verdad. Si en toda la mañana sólo llamáis a dos puertas, y en las

dos colocáis dos pedidos, a eso lo llamo yo vender, y no perder *el* tiempo.

«Si yo tuviera una cafetera como ésta -siguió reflexionando Dove-, ya sabría yo en dónde encontrar la achicoria.»

- No temáis perder el tiempo con la vecina, amigos míos. Escuchad sus

tribulaciones y compartidlas. Si ríe, reíd con ella, si llora, llorad con ella. Si tenéis la paciencia de escucharla hasta el final, sin interrumpir su charla ni un instante, terminará por, preguntar: «¿Oiga, joven, ¿qué es objeto que lleva en la mano?»

-Para mí que es una cafetera-se aventuró a decir Dove para facilitar el debate al hombre rechoncho.

-Gracias, pelirrojo, Trabajarás conmigo. Y vosotros, como ya os dije, desplegaos en dos grupos.

Uno, por este lado, y el otro por el lado opuesto.

Me encontraréis aquí a las doce en punto. Y seguid mis consejos. Escuchad, escuchad, y no temáis perder el tiempo. Lo esencial, es colocar pedidos.

Se dispersaron, y así que hubo desaparecido el último, el hombre rechoncho se volvió a Dove.

-Chorizos todos ellos, ganapanes sin moral y sin escrúpulos. ¿Sabes lo que harán? Con el cuaderno de pedidos y un lápiz bien afilado, apuntarán cinco o seis nombres falsos, con domicilios imaginarios y se irán a beber aguardiente en Lafayette Square, pensando que El Viejo Dominio[15] les pagará sus raterías. - Le golpeó cordialmente la espalda -. Pero no saben mis buenos amiguitos cómo las gasta *el Campechano.* No, no lo saben bien.

-Por supuesto que no lo saben -convino Dove, alegremente.

-Por eso, entre todos, te he elegido a ti. - El rostro de *él Campechano* tomó de repente una expresión grave-. No bien te vi me dije: He ahí la cara de un chico decente.

-Es lo que también me dije yo al ver la suya, señor - respondió Dove cada vez más contento.

-Me acompañarás, pelirrojo, y verás cómo hago el artículo. Verás un trabajo bien hecho ¿y sabes por qué? Porque me alienta la fe, porque trabajando para el Viejo Dominio, trabajas también para él rojo, el blanco y el azul [16].

-Jefe, esos son mis colores -se apresuró a decir Dove tendiéndole La mano al hombre rechoncho con un gesto rebosante de cordialidad.

El jefe se la estrechó formulariamente. No estaba acostumbrado A que interpretasen sus palabras literalmente. Le desconcertaba.

-Lo primero que tienes que recordar, hijo, es a nuestros muertos confederados. Cuando la vecina te pregunte cuánto café tiene que comprar antes de que redima legalmente su cafetera -algunas son más vivas de lo que parecen a primera vista - del que eres al nieto de J. E. B. Stuart[17] y que tu padre se está muriendo en Memphis. Dile cualquier cosa menos que tiene que adquirir 50 libras de café antes de que la cafetera le pertenezca. Si quiere saber qué tanto por ciento de achicoria mezclamos en al café, háblate de la batalla de Chancellorsvilte librada por tu pariente.

-¡Ya lo creo que trabajaré por el Viejo Dominio! -exclamó Dove, con tan exaltado orgullo que el viejo *Campechano,* que pretendía ser un sudista recalcitrante, se asombró.

-Échate a un lado, joven, y verás cómo se hace el artículo. -Señaló a Dove un rincón humbroso bajo un pórtico, dejando en sus manos una cafetera,

-Es inútil, señor, pero no compro cafeteras - le dijo la mujer que apareció en el cuadro de la puerta al reparar en la brillante quincalla que llevaba en la mano *el Campechano.*

Este clavó en ella unos ojos candorosos, rebosantes de cordialidad.

-No es una cafetera, señora. Y no la vendo. Es un filtrotérmíco francés y es un obsequio que le hace a usted el Viejo Dominio. Tómelo. Le pertenece.

-Se lo agradezco mucho, pero, repito, ya tenemos cafetera. -Los ojos de la vecina se posaron en el joven larguirucho de los zapatos amarillos. -Es el nieto del general Stuart. Dove se cuadró militarmente. -Está bien -le ordenó *el Campechano* en voz queda, haciéndole un ademán para que bajara la mano: y dirigiéndose a la vecina, prosiguió-: Señora, este filtrotérmico francés, precedido de una campaña nacional intensiva, se pondrá próximamente a la venta al

precio de tres dólares ochenta y cinco centavos. Lo que estamos buscando ahora son personas de gustos refinados que después de saborear el mejor café que hayan saboreado en toda su existencia, lo proclamen así a sus amistades y vecinos. Esta propaganda preliminar allanará el camino a la que estamos preparando y que como le he dicho abarcará todo él ámbito nacional.

Volvió a dirigirse en voz queda a Dove, que seguía cuadrado:

-Está bien, baja la mano. Por supuesto - prosiguió, volviendo a fijar sus ojos candorosos en el rostro de la mujer -, si no quiere colaborar, estoy seguro de que a su vecina le interesará nuestra generosa oferta.

La mujer tuvo un sobresalto. Habría preferido la peste negra antes de que su vecina de al lado tuviese algo que ella no poseyera. Dove vio cómo firmaba, ansiosa el pedido.

-Una mera formalidad - explicó *el Campechano*-. Necesito su firma para que la compañía no crea que se la he regalado a mi mujer. Le risita que siguió sonó a falsa incluso en los oídos de Dove.

Consumado el fraude. *El Campechano* entregó a Dove un lápiz y un cuaderno para que recogiera en él las firmas de las víctimas, así como una deslumbrante cafetera.

-Pero no sueltes el cachivache mientras no hayan echado la firmita - le dijo a guisa de despedida. Y se fue en busca de un lugar apacible y umbroso en el que pudiera cavilar nuevos trucos para explotar al venerado Viejo Dominio.

Dove se sintió aliviado de un peso. *El Campechano* no le había preguntado si sabía servirse de un lápiz. De cualquier modo se sentía muy orondo llevándolo sobre la oreja.

Llegó a una intersección. Un camino llevaba al centro de la ciudad. El otro, a la periferia. El de la ciudad era ancho, bien empedrado y mejor ilumina- do. Por doquier ondeaban banderolas y gallardetes de bienvenida. El otro estaba a oscuras, sin banderolas ni gallardetes, y al parecer no conducía a sitio alguno. Dove eligió este último camino. Sin vacilar. Lo vago, lo críptico, le atraía irresistiblemente.

Caminó largo trecho, consciente de sus zapatos amarillos que rechinaban ligeramente, y de su corbata verde mar que de vez en cuando acariciaba, hasta que llegó ante una cerca de hierro forjado. Dentro de la corraleta que cerraba esta cerca se hallaba una mujer negra, muy atareada podando un pequeño arbusto. Se detuvo,

esperando a que la mujer reparara en la cafetera y le preguntara:

-¿Cómo podría adquirir una cafetera tan linda?

Pero todo lo que hizo fue examinarlo de arriba abajo, con las tijeras en la mano, como si el Viejo Dominio le hubiese mandado allí para robarla y estuprarla. Pasó la cafetera de una mano a la otra. Pesaba lo suyo el cachivache. Estuvo por reprenderle y decirle: «Eres muy pesado.» También le incomodaban los zapatos, como si éstos se hubieran aliado con la cafetera para amolarle.

Pasó de largo la corraleta y llegó a una casona destartalada de cuatro plantas cuyas paredes arrancaban del mismo camino, como si el que la construyó hubiese querido aprovechar hasta la última pulgada del terreno. Detrás de la tela metálica remendada y oxidada de una puerta, vio el rostro lleno todavía de sueño de otra chica negra.

Dove alzó la cafetera y el sol dio de lleno en ella un efecto deslumbrante.

-Una cafetera estupenda, joven. La puede tener gratis.

Apenas había terminado la frase, la negrita abrió la puerta y alargó la mano para apoderarse de la cafetera. Pero Dove anduvo más listo que ella. Se echó atrás y puso fuera de su alcance el deslumbrante filtrotérmico francés.

-Antes tiene que firmar un papelito.

-Le firmo todos los papelitos que usted quiera, señor cafetero.

Sin más preámbulo le quitó ella misma de la oreja el lapicero y firmó el recibo que le presentó Dove. El Viejo Dominio iba a quedar encantado de su trabajo, pensó el mozo.

-También querrán cafeteras la mamasita y la tiíta -formuló la joven, y a continuación se puso a vociferar en dirección a la escalera.

Dijérase que las dos mujeres, ambas corpulentas y entradas en años, estaban en algún lugar, al acecho, y listas para acudir a una llamada urgente, porque al punto se precipitaron escalera abajo, atropellándose una a otra, y llegando al pie de la misma a un tiempo. Tardaron un tanto en desenredarse y la vencedora llegó, jadeante, a presencia de Dove y la negrita.

-¿Qué ocurre aquí, corazón?

-Este cafetero, que es un sol.

-Tú firma por nosotras, Minnie Mae, para que nosotras también podamos tener cafeteras.

La llamada Minnie Mae devolvió a Dove su lápiz. Dove se consternó.

-Señorita -dijo, volviendo a poner el lápiz en sus manos -. Tengo una letra muy atrabancada. Escriba usted misma los nombres, ¿quiere?

Minnie Mae arrancó del cuaderno dos hojas, las llenó y después de firmarlas, las devolvió seguidamente a Dove.

-El Viejo Dominio le da las gracias, señorita - declaró, solemne, Dove-. Mañana le haré entrega de las dos cafeteras.

-Tal vez a mi amiguita le guste tener otra.

Minnie invitó a Dove a subir hasta el primer piso, en donde vivía su amiguita.

-Se lo agradeceré en el alma - le aseguró Do?«, mientras la seguía escaleras arriba. La mamasita y la tiíta subieron, jadeantes, en pos de ellos. «Era uno de esos días en que todo le salía bien a uno», pensó Dove.

De ventana a ventana, de un rellano oscuro a otro rellano oscuro, de tramo en tramo, corrió como pólvora la fabulosa nueva:

-¡Reparten cafeteras gratis!

Las más activas en difundir la extraordinaria nueva fueron las corpulentas matronas, la mamasita y la tiíta. Resoplando como ballenas, recorrieron en un santiamén las cinco plantas. A todas importaba un ardite que fuera el Viejo Dominio o el Preste Juan de las Indias el que regalara cosas. Todos, negros y negras, claros o retintos, desdentados o con dientes de oro, sentían delirio por el café. Minnie Mae arrancaba hojas y más hojas del cuaderno de pedidos, las llenaba febrilmente, recogía firmas a troche y moche y devolvía los impresos a Dove.

-¡Un diluvio de cafeteras!

Dove no entendía ni palabra de la jerga que hablaba entre sí aquella gente de tez tenebrosa. Era una jerigonza franco-inglesa, en la que el

francés se pronunciaba con acento inglés y el inglés con acento francés, todo ello envuelto en inflexiones tropicales.

Pero todo esto carecía de importancia para Dove, estaba enriqueciendo a pasos agigantados. Esto era lo importante. Cuando Minnie Mae arrancó la ultima hoja del cuaderno de pedidos, corrió a la calle en busca de otro cuaderno. Los negocios estaban progresando por un declive hacia nuevos planos de normalidad, las oportunidades se nivelaban. Y el tiempo era oro, por supuesto.

Wreneger, con dos del grupo de corredores espontáneos, le estaba esperando en una esquina.

-¿En dónde te has metido, hijo?

Sin pronunciar una palabra, Dove le entregó cincuenta pedidos firmados y sellados. Los ayudantes *de el Campechano*, uno oriundo de Florida, muy alto y desgarbado, y otro originario de Georgia, enteco y de talla exigua, se acercaron para admirar la hazaña portentosa del chico de Tejas.

El Campechano hojeó, rápido, los recibos. Al pronto la negra verdad que

revelaban le dejó sin habla y sin campechanía, como ante algo increíble, inconmensurable. Y cediendo a un furor incontenible rompió en dos pedazos el paquete de recibos, y cincuenta filtrotérmicas francesas volaron por el aire, como confetti, y sus pedazos alfombraran el piso de la avenida de los Campos elíseos.

Dove recogió uno de los trocitos de papel, maquinalmente, del suelo, hasta que comprendió y lo dejó caer de nuevo, consternado.

Una especie de blando horror velaba la voz de *el Campechano.*

-¿Quién te dijo que vendieras a la *negrancia?*

Dove se sentó en el bordillo y se quitó uno de los zapatos. No llevaba calcetines y su enorme pie pareció suspirar de alivio, como un condenado a quien acabasen de sacar del cepo. Sometió a sus dedos a un ligero masaje.

Él Campechano le ordenó, tajante:-

-¡De pie, palurdo!

Dove se quitó el otro zapato. Su pie izquierdo mostró, como el derecho, su júbilo al verse librado del tormento.

-Afronta la situación, muchacho - le aconsejó el pequeño de Georgia.

-Tienes que afrontarla como un hombre -te recomendó el gigantesco floridano.

Dove abarcó a los tres en una sola mirada circular.

-Renuncia a mi empleo -dijo, juzgando que esta renuncia lo solventaba todo.

El Campechano se agachó, rápido, cogió los zapatos amarillos, entregó el

izquierdo al de Georgia y el derecho al de Florida.

-¿Qué será» palurdo, la cafetera o bien los zapatos?

Dove se puso de pie y recobró el uso de la palabra.

-Estos zapatos valen mucho más que esa vieja cacerola de hojalata.

-No es de hojalata, muchacho. -El de Georgia defendió los fueros del Viejo Dominio-. Bien sabes que se trata de un filtrotérmico francés.

-Anda, muchacho, ponte en camino -le aconsejó el hombre-montaña de Florida.

Dove echó a andar por la hierba, mientras *el Campechano* batía pesadamente el duro pavimento. Así llegaron hasta la destartalada casona de las cuatro plantas.

-Bueno, señor -le prometió Dove a Wreneger cuando estuvieron frente a la puerta-. Espéreme aquí, mientras voy en busca de la cafetera.

El Campechano sacó su reloj, lo consultó y dijo:

-No me gusta meter a nadie en chirona. Por eso antes de hacerlo te concedo cinco minutos.

En cuanto Dove interpuso una puerta entre su persona y la de *El Campechano,* pensó: «Tal vez tarde más de cinco minutos.» Y corrió el pestillo, agregando para su coleto: «Por si las moscas.» Seguidamente

asomó la cabeza por entre la cortina de cuentas que Minnie Mae llamaba puerta. Los ojos de la muchacha desde un ángulo de la estancia se posaron en él. Eran como dos pequeñas ciruelas en un tazón de crema.

-No se quede ahí, joven cafetero - le invitó -. Entre de visita o váyase.

Dove entró, disculpándose.

-No me crea un ingrato, señorita, pues ha sido usted muy buena conmigo, pero me veo obligado por fuerza a venir aquí en busca de esa estúpida cafetera.

La chica estaba sentada en una vieja mecedora, envuelta en tenue bata. En algún lado del cuarto algo, sobre un hornillo, despedía un olor fuerte, acre, pero el que se desprendía del cuerpo de la negra era más penetrante y lo dominaba todo.

-Pero, señor cafetero, ¿qué ha hecho usted de sus hermosos zapatos amarillos!

-Iba a decírselo, señorita. La compañía me loe retiene a causa de esa dichosa cafetera, ¡Oh, señorita! - El acento de Dove era patético.-Lo que a mí me ocurre no tiene nombre. Otros chicos suben y prosperan sin el menor esfuerzo. Y yo, haga lo que haga, me quedo en la escalada. ¿Por qué no prospero como los demás chicos?

Se tapó la cara con el dorso de la mano.

-¡Es una pena! ¡Una verdadera pena! -dijo la negrita.

Cogió sus manos y las acercó blandamente hacia ella, a lo largo de los brazos de la mecedora. Luego, posó sobre ellas las suyas, y las estrechó con fuerza..

-Es una pena -prosiguió -que un joven guapo como tú, grande como una torre, tome las cosas tan a pecho. Ya llegarás, y más alto aún que los demás muchachos. Yo te lo *garanto*.

-Ya no estoy tan seguro como antes. De todos modos, gracias por sus buenos deseos. Mire usted, a mí me faltan cosas que tienen la mayoría de los muchachos.

Sus rodillas apretaron las-de ébano de la muchacha, y ella le dejó hacer.

-Pues yo no veo que te falte nada, joven cafetero.

-Yo sé lo que me digo, señorita - contestó él, inclinándose más sobre ella -. En primer lugar, no sé escribir ni mi propio nombre. Y en segundo lugar ahí fuera está un hombre que quiere meterme en chirona. Estas cosas no me pasan más que a mí» y sino que venga Dios y lo vea. Será porque, como dice la gente, soy un cateto como la copa de un pino.

-¡Oh, joven y simpático cafetero! - le dijo la chica con mimo, pero sin soltarle las manos, que tenía cogidas fuertemente en las suyas -. En efecto, eres un cateto piramidal como jamás vi entrando en una ciudad descalzo. Ahora dime la verdad... ¿De qué color era esa vieja cafetera que tantos disgustos te causa?

Dove la meció hacia delante para tener una visión más amplia de la cafetera que relucía como una reliquia sobre la repisa de la chimenea, por encima de la cabeza de la muchacha.

-En parte verdosa... -Si hubiese tenido una mano libre habría podido cogerla.

-Mi guapo cafetero, no sabes hasta qué punto me trastornas.

Y colocando sus pies abiertos detrás de él y proyectando su cuerpo hacia delante, obligó a Dove a aferrarse a la mecedora para no perder el equilibrio.

-...y con un adorno rojo en el asa.

-Eso es lo que tú dices. - Engarabató sus tobillos tras los de Dove y le rodeó la cintura con sus brazos para mantenerlo en equilibrio.

-Porque, ¡Señor!, ¿quién ha visto jamás una cafetera verde con un adorno rojo?

No obstante, para alguien sumido en tan grave duda, su voz parecía singularmente aprobatoria. Y le dejó que nuevamente le meciera él hacia delante.

-Lo que me interesa saber es si en realidad hace buen café.

-Según tengo entendido hace un café estupendo, señorita. A menos de que me hayan mentido. Porque a estas alturas no me fío ya ni del Sursuncorda.

-Todo depende de la forma de moler el café.

-Lo mejor es que uno mismo se lo muela. Así no hay engaño.

-Hay engaño si el café, por bien molido que esté, no satisface a una. En fin, joven, si lo que buscas es una cafetera ridícula y diminuta, llama a otra puerta. Yo lo que necesito es un buen cacharro que dé la medida.

-Con tal de que haga buen café, señorita, el tamaño es lo de menos.

-No lo creas. Si es muy pequeño, en cuanto te descuidas se pone a hervir.

-Este filtrotérmico que yo le digo es de los que tardan en hervir -le aseguró Dove, mirando una vez más la cafetera.

Minnie Mae dejó que su cabeza reposara en el respaldo acolchado de la mecedora y alzó los ojos, toda incrédula.

-Eso es lo que tú dices. Hablas de un modo tan pulido que dudo que seas un cateto de los bosques. Eres un chico de la ciudad que ha empeñado sus zapatos. ¿No es verdad?

Dove se enderezó con orgullo.

-Soy cateto y a mucha honra, señorita, de los pies a la cabeza, y no me avergüenzo de ello. No fueron muchachos de la ciudad los que hicieron grande a nuestra patria... Cuando hubo peligro, los únicos que acudieron fueron los catetos. Y machos y muchos de esos chicos descalzos llegaron a ser famosos. No recuerdo ahora sus nombres. Nosotros, los catetos, los palurdos, cuando nos damos, nos damos por entero! ¡Oh, señorita, si alguien me diera la mano, a qué alturas subiría! Y no le pediría dinero. Los chicos que trabajen por amor al arte, sin pedir nada, todos se harán millonarios. Eso dicen y debe de ser cierto. Señorita, haga que me devuelvan los zapatos, y entonces estoy seguro de que subiré tan alto como él que más.

-Pero, ¿no acabas de decir que los catetos sin zapatos llegan más alto que los demás? No seas idiota, chico, no subirás muy arriba si llevas el lastre de tus zapatos.

Alguien trató de descorrer el pestillo de la puerta, y a continuación se alejó.

Dove vio la cafetera casi al alcance de su mano y tuvo la sensación

de que avanzaba hacia ella pulgada tras pulgada.

-La hebilla de su cinturón me está molestando, cateto.

La vieja mecedora rechinó lastimeramente.

-Ahora, cafetero, a moler bien el café, ¡y al diablo los zapatos!

Pero Dove se puso a hurgar el diente flojo, midiendo atentamente la distancia que le separaba de la cafetera. Ya tocaba con el meñique el asa cuando oyó muy cerca de él el zumbido de un mosquito de marisma; sabía que era de marisma porque tenía dos motores. Fue a posarse en su cuello y lo recorrió suavemente como si buscara el lugar más apropiado para practicar su incisión. Dove meneó bruscamente la cabeza para deshacerse del imprudente, y este movimiento hizo que el cínife perdiera el equilibrio.

-¡Qué haces!

El pie de la muchacha resbaló por la barbilla de Dove y su empeine proyectado con tremenda fuerza lo catapultó y lo mandó rodando por el suelo, como si le hubiese pateado una mula. Hallábase tendido en el suelo, cuando hizo su entrada *El Campechano,* por la ventana, enredado en la tela metálica que había perforado con la cabeza.

Minmie Mae fue al encuentro de *El Campechano.* Aparte de su propio impulso llevaba también el de la mecedora. Dove cerró los ojos y oyó el choque blando de los dos cuerpos, seguido del impacto inconfundible de un puñetazo, éste asestado por la embravecida muchacha negra. Cuando abrió los ojos vio Dove que *El Campechano* había aterrizado como él, con el resuello cortado y las piernas por alto.

Mientras, la mecedora, aliviada de su peso, se mecía con un rechinar gozoso.

-Me gusta un buen Cafetero -oyó Dove que decía la beldad de ébano -, pero dos son demasiado. Así, pues, aquí sobra uno.

«Ese es el hijo de la señora Linkhorn», se dijo Dove, aunque la morenílla, blandiendo amenazadoramente la cafetera, miraba iracunda al postrado *Campechano.*

-¡Largo de aquí, gordinflón! -exclamó, y Do- ve, como si estas palabras le fueran dirigidas, se puso de pie de un salto y brincó por encima de! cuerpo del «gordinflas», pero la mano regordeta de éste le

agarró en la mitad del salto por el tobillo y nuevamente rodó por los suelos.

-¡Hibridación! - exclamó *El Campechano,* sentado en el suelo, forcejeando con Do ve para impedirle que se levantase-. ¡Crimen contra natura! ¡ Como si no fuese bastante el robo de una cafetera! ¡Inmundo bujarrón! ¡Destripaterrones nauseabundo! ¿En dónde está mi cafetera?

-Aquí no hay más que una cafetera, y ¡es *mía, mía!*

Minnie Mae probó de un modo elocuente que era suya golpeando con ella el cráneo desnudo de *El Campechano,* El golpe tuvo la resonancia de una sonora campanada, para Dove la campanada de la liberación, porque libre su tobillo de la mano opresora pudo incorporarse y utilizando el ancho pecho de *El Campechano* como trampolín, saltó por la ventana.

Aterrizó en blando y echó a correr al instante. Tuvo, sin embargo, la sensación, durante buena parte de esta carrera, que detrás de él iban corriendo *El Campechano,* con un trozo de tela metálica a modo de bufanda, y detrás de éste Minnie Mae con una cafetera abollada en la mano, y a cierta distancia, en pos de ambos, un representante de la ley con una cachiporra de medio metro de larga*

Solamente cuando hubo doblado cuatro esquinas aminoró un tanto la carrera para recobrar el aliento» y pudo darse cuenta que, después de todo, nadie te

seguía.

-¡Estas cosas sólo me pasan a mí! - reflexionó mientras se ajustaba, por fin, el cinturón -. Me gustaría saber por qué, por qué razón tengo que luchar tanto por unos miserables zapatos, cuando otros chicos nacen, como quien dice, con las botas puestas». Si la fortuna es mujer, y mujer blanca, ¿por qué me vuelve la espalda?

Ya en el cruce de Calhoun y Magnolia se sentó en el bordillo de la acera, a contemplar el día. Era - un día magnífico y la gente que iba y venía parecía feliz y contenta.

-No tendré más remedio que comenzar a buscar trabajo - pensó.

-¡Eh, no te muevas, amigo! -le aconsejó una voz surgida de una larga sombra proyectada sobre el arroyo. Forzando su cuello a una torsión incómoda, Dove alzó la vista. Ante él se hallaba el larguirucho

floridano y el diminuto georgiano.

-No huyas de nosotros, camarada -le dijo el de Georgia para tranquilizarlo -. Ahora estamos de tu parte.

-En cierto modo estuvimos de tu parte desde el principio.

-¿Para qué correr? Nadie salta fuera de su sombra y la mía...

De pronto, el desesperanzado Dove se fijó en algo que hizo brincar su corazón. Cada uno de ellos llevaba un zapato en la mano: sus zapatos. Los miró un tanto irritado. «¡ Esos malditos calcos sólo me han dado disgustos! -decidió-. Aprietan como unos condenados y encima chillan como si no los hubiera pagado.»

-Son buenos zapatos -comentó el de Florida, mientras ayudaba a Dove a introducir uno de sus pies desmesurados en el estrecho zapato -. Y se quejan porque como todos los zapatos que se respetan exigen la protección de los calcetines. Además- prosiguió, haciendo una seña al de Georgia para que le calzase el otro pie -, no te molestes si te digo en el lenguaje florido de los hampones, que te rugen las panteras, y que para estos casos el agua y el jabón son los más indicados.

El diminuto georgiano se maravillaba, mientras le calzaba a Dove el pie derecho.

-¿Cuántos dedos tienes en este pie? Yo diría que seis. En fin, muchos dátiles son para meterlos en este bote.

Unidos los esfuerzos de Dove a los suyos, los «dátiles» entraron todos en el envase de cuero.

-Di me, muchacho, ¿en dónde dormiste anoche? ¿En el camposanto?

-No. No es hotel que me acomode. Como hacía calor, la pasé vagando de un lado a otro hasta que salió el sol.

-En nuestra casa hay sitio de sobra. - El hombretón le alargó la mano y su voz cobró una entonación solemne.

-Mi nombre es Lutero, pero llámame Fort, como todos mis amigos, pues tuve el privilegio de nacer en Fort Myers, Estado de Florida,

-También es Lutero mi nombre -le dijo el hombrecillo, estrechándole la mano con firmeza-. Pero puedes llamarme Luke.

-Como la bala le dijo al gatillo,... -Y Dove se presentó a su vez,

después de lo cual les dijo: - Ahora decidme adónde vamos.

-Parece que tuviste unas palabras con «Gordinflas», allá en el barrio negro -le dijo Fort cuando cruzaban el canal de Tchoupitoulas.

-Más que unas palabras. Suerte tuvo que interviniera la gente. Porque si no, le doy pocas.

-Bien se lo hubiera merecido - convino Fort-. Es una cosa mala. Su papaíto hizo dinero esclavizando a los negros, y él quiere ahora hacerse rico esclavizando a los blancos. Ha adoptado como suya la filosofía de los yanquis. Si no trabajas, a», comes. No es un auténtico hijo del Sur el que pone en ese dilema a un ser humano, sea blanco o negro. En la casa, Fort tiró de un cordoncillo y una lámpara de sesenta vatios iluminó un cuarto destartalado. Arrancados a su quietud, los mosquitos M del río comenzaron a zumbar por la estancia. Dove vio un fregadero lleno de vajilla sucia y en un ángulo una cama de bronce que se parecía a una que había visto en un pasado ya indefinido. -Dormiré en el suelo -propuso Dove. -No es necesario-y el de Georgia descorrió una cortina, revelando la presencia de un estrecho camastro en una especie de desván. Veíase allí, sobre una mesilla, una botella vacía, sin tapón, sin etiqueta, una botella anónima que despedía, no obstante, un olor a ginebra. Luke la tiró a la pantalla de tela metálica que obturaba la ventana, que se abrió graciosamente en dos para dejarla pasar, volviéndose a cerrar con no menos gracia una vez pasada la botella. Esta se hizo pedazos en el fondo de un patinillo.

-¿ Quién está tirando cosas? Fort, en la otra habitación, parecía asustado. -Algún negro borracho que se distrae, haciendo añicos su vajilla -le contestó Luke.

-A esa gente habría que meterla en la cárcel - opinó Fort firmemente.

-Allá en mi tierra no metemos a nadie en la cárcel por tan poco cosa -se jactó Luke.

-Felizmente no estamos en tu tierra -declaró Fort -. ¿Tienes ahí el recibo del alquiler?

-Suma tres dólares treinta centavos, a repartir entre tres -aclaró Luke para conocimiento de los presentes.

-O sea, un dólar diez por barba y por semana -puntualizó Fort para que no quedara duda en el aire.

-Por mí no hay inconveniente.

Dove aceptó el desván y fue a tenderse en el | camastro para probar su mullido y consistencia.

-¿No tendríais por casualidad un boniato? -dijo.

-No, hijo, ni un mísero boniato.

-Era sólo un antojo.

Oyó como Fort y Luke discutían acerca del alquiler de la semana anterior, pero no presto atención a lo que decían. Sentía irritación en aquella parte carnosa de su en donde había abierto brecha la trompa del mosquito, Se rascó vigorosamente la nalga, a la vez que hurgaba el incisivo flojo, hasta que el sueño puso fin a su antojo de boniato, al hurgamiento del diente y al rascar de su trasero.

El caso de Fort era parecido al de aquel penco que tiraba de un carro al que inscribieron equivocadamente en una carrera y que al no ganarla fue insultado por él público.

Toda su vida se había visto obligado a tomar parte en carreras demasiado rápidas para un caballo de tiro. Toda su vida se la pasó perdiendo carreras, desbordado por los demás. No podía hacérsele responsable de sus fracasos. ¿Tenía acaso la culpa de que ése fuera su destino, el de tirar de un carro?

Lo peor del caso era que nadie quería prestar oídos a sus jeremiadas. La vida había pasado por encima de él, arrollándole y privándole de amor y de placeres.

-Esperen ahora -advertía, amenazador, a los que querían escucharle -. Desde este momento voy a ocuparme exclusivamente del Número Uno, esto es, de Mí.

No obstante, en momentos de melancolía imaginaba que en algún lugar desconocido una joven encantadora con un empleo seguro suspiraba al verse privada, día tras día, de un hombre como él. Había acudido a aquellas secciones de los diarios en las que «Los corazones solitarios» aireaban sus nostalgias y esperanzas, a fin de ayudar a aquella joven desconocida a encontrarle a él, su alma gemela, pero sin resultado alguno. Por medio de esas secciones jóvenes, nada melancólicas, buscaban Cándidos que les resolvieran sus dificultades económicas.

-¿Qué mundo era éste que se negaba a favorecer a los dignos y merecedores, y acumulaba, en cambio, toda clase de parabienes sobre gente que lo único que merecía era una patada en los dientes? Se había arruinado una y otra vez por hacer el bien a los demás y nadie había ido para decirle: «Gracias, camarada.» Cuarenta años de consagración desinteresada a la Humanidad no le habían reportado más que aquella chaqueta de lanilla descolorida que cubría sus espaldas.

La estricta verdad era que este hombre, desde el instante en que por vez' primera aplicó sus labios golosos a la teta maternal, no se había ocupado más que del Número Uno, su preciado y precioso Yo. Otras tetas que no eran las maternales lo sustentaron a lo largo de los años. «Era una excelente mujer», oyó una vez Dove que decía en su sueño. «Me dio veinte dólares.»

Pidiendo y no dando nada a cambio, esa era la forma adoptada por Fort para hacer felices a sus semejantes. Por esta razón, cuando las tetas se secaron, se helaron los naranjos y las suelas de los zapatos comenzaron a clarear, y nuestro hombre se *sintió* desesperado y víctima de una sociedad despiadada.

Y pudo llevar su cruz noblemente, una especie de Cristo de los Kiwanis, con una camisa Bing Crosby, resignado a todos los insultos y a todas las injurias, sin asomo de rencor, incapaz de imponer a los demás la carga de sus pesadumbres. En una palabra, como dijo a Dove: «Yo no soy de los que abruman a sus semejantes con el relato de sus desdichas. Nadie sabrá por estos labios doloridos el calvario que ha recorrido el pobre Fort.»

No obstante, por desilusionado y resignado que se mostrara, al hablar de Nueva Orleáns perdía toda su ecuanimidad y se exaltaba:

-En esta podrida ciudad se muere de hambre el más pintado -le dijo en una ocasión a Dove -. Tú te morirás de hambre. Mira soy un mecánico, un cocinero, puedo conducir un camión o taxi; toco la guitarra y puedo llevar las cuentas de un comercio. Ayer gane veinte centavos y el día anterior, un níquel. Y hay muchos que no ganan ni eso. Dice Hoover que un hombre puede vivir con sólo un dólar diario, pero no nos dice en dónde podemos encontrar ese dólar.

-Es una pena, desde luego -intervino el pequeño Luke-, pero ¿qué puede perder uno llevando una vida cristiana? Que uno no puede hacerse rico y tiene que vegetar toda su vida, ¿y qué? Nadie puede regatearle su puesto en el reino de los cielos. Que sean ricos o sean

pobres, el cielo repartirá entre ellos sus recompensas según sus méritos.

-Supongo que cada cual tendrá lo que le corresponda por sus méritos -opinó Dove-, pero soy demasiado joven para tener voz y voto en estas cuestiones.

Fort, salido de las bajas tierras pantanosas pobladas de caimanes había llegado a Coral Gables cuando justamente sus playas se preparaban para recibir a los potentados y a sus seguidores. Mar adentro los grandes barcos son seguidos por un séquito de tiburones. Potentados y tiburones comenzaron a invadir aquellas arenas sombreadas de palmeras. Y unos y otros, en vez de dar los buenos días, preguntaban:

-¿Qué? ¿Se hace dinero?

Fort vagó por aquellas playas tratando de hallar entre la turba invasora algún rastro del Sur, pero en todas las fisonomías veía la misma impronta obscena, las dos rojas letras: N. Y.

-¿Qué? ¿Se hace dinero?

Se afanaba y transpiraba copiosamente sobre los hornillos, entregado a las bajas tareas de cocinero, mientras a un centenar de metros, los odiosos neoyorquinos se bruñían bajo los rayos del sol tamizados por las palmas, en compañía de estupendas muchachas a las que doblaban en edad y en peso. Sucio, envuelto en grasa y sudor, cuando ya había caído la tarde y los camareros volvían a invadir la cocina, Fort lanzaba una última mirada a la playa. Potentados y tiburones iban ahora vestidos de etiqueta, y sus muchachas llevaban suntuosos vestidos de tarde. Sobre el damasco blanco como la nieve, el vino oscuro parecía igualmente frío.

Una noche le devolvieron una orden: «No está bastante hecho.» Esta misma orden regresó una vez más a la cocina: «Ahora está demasiado hecho.» Desde abajo, de aquella sucursal de Gomorra había llegado a sus oídos el cascabeleo de unas risas. Habían brotado de una mesa cubierta de un mantel adamascado, blanco como la nieve, entre botellas de vino oscuro y de vino claro.

Los pechos austeros de su madre le habían nutrido con ideas puritanas y estas ideas ancladas sólidamente en el trasfondo de su espíritu no le permitían andar medio desnudo por la playa, aunque fuera rodeado de las sombras aterciopeladas de la noche tropical. Lo juzgaba indecoroso, lascivo. Así, pues, cuando iba a sumergirse en las

aguas de medianoche, llevaba un traje interior de lana. Se sentía así, en cierto modo, más protegido. Fort apenas se alejaba de la orilla. El mar abierto le asustaba.

Volvía luego a sus palmeras, procurando no salpicar a nadie, y se secaba meticulosamente. Mientras lo hacía miraba la fachada del hotel, y sus innumerables ventanas y balcones iluminados. Adivinaba, sin esfuerzos, lo que pasaba en aquellos cuartos, reservados y pagados en las agencias de viajes del Bronx y del Yonkers[18].

Su imaginación recreaba escenas odiosas, en las que jóvenes sonrientes y pérfidas, eran despojadas de su vestimenta, prenda por prenda, por loe mismos que las fabricaban o vendían al por mayor. «Hotel Sodoma»: así debiera llamarse. Le sublevaba la idea de que castas muchachas nacidas en el Sur, hijas de familias que recordaban Shiloh y Atlanta, retozaba, impúdicas, en los brazos vellosos de aquellos cetrinos mercaderes de Babilonia.

El hombre-jirafa, húmedo todavía de las aguas lústrales del Sur, se puso a caminar por entre las palmeras. En su corazón ardían las llamas de toda Atlanta.

Volvió a las cocinas, a la frigidez de la nevera y al ardor de los fogones. Como de costumbre, soltó las riendas a su imaginación. Viose al volante de un «Stutz»[19]. Era siempre un «Stutz». Y el viento que soplaba levantaba la falda de la grácil muchacha que estaba sentada a su lado, al extremo de taparle la visión y de obligarle a sacar la mano fuera.

¿Qué? ¿Se hace dinero? le decía ella, y de repente su seductora imagen se desvaneció en el aire. Nadie ocupaba ya el asiento de al lado. En realidad, no existía tal asiento. Sólo había, en su lugar, una sucia almohada mojada de sudor, y la luz matinal que se filtraba por las junturas de una puerta que daba al pasillo: el pasillo que conducía a la cocina.

-¿Qué? ¿Se hace dinero?

Fue lo primero que le preguntó el jefe de cocina aquella mañana, mientras se anudaba a la cintura el delantal blanco.

-¿Qué? ¿Se hace dinero! -fue lo último que oyó, aquella noche, terminadas sus tareas.

Como otros muchos, se percató rápidamente del tejemaneje del crédito y de la especulación, y puso cerco a todo aquello, piedra,

metal o trozo de terreno, cuyo valor pudiera decuplarse o centuplicarse cuando surgiera de aquellos arenales la ciudad soñada. Aunque no existía siquiera el barrunto de una calle, todos estaban seguros de que no tardaría en levantarse aquella metrópoli, y todos también se aferraban a sus trozos de pantano, de metal o de piedra, tenazmente, y no se desprendían de ellos ni aunque les ofrecieran cincuenta veces su valor. ¿Por qué habían de dejar que la gente extraña se aprovechase de sus riquezas? Terrenos adquiridos a dos dólares llegaron a valer cien mil. Zonas alejadas del centro de urbanización se convirtieron en terrenos cotizables. Terrenos de laboreo que apenas valían cincuenta dólares el acre se convirtieron en «subdivisiones» y su precio subió a 10.000 dólares el acre[20].

-Dentro de dos años ésta será la parte baja de una ciudad populosa.

Una mañana, Fort llevó a cabo una tímida operación y ganó sus primeros cien dólares. Al punto abandonó los fogones y confió a otras manos el asado de las chuletas. A aquella especulación siguieron otras: ¡quinientos, ochocientos, mil doscientos dólares! Jamás en su vida poseyó tanta riqueza.

Se hizo astuto.

Cuatro mil, ocho mil... La diosa Fortuna le sonreía, pero prudente, no fuera que la magia se rompiese, siguió viviendo en su sucio cuchitril. Doce mil; quince mil. A los dieciocho mil pensó en comprarse el «Stutz». Pero optó por esperar a que tuviera los veinticinco mil. No pasaría de ahí, presentía. Le desconcertaba el pensamiento de que se despeñase cuando estuviese haciendo el primer millón. Entonces la caída sería tremendamente dolorosa.

Quiso llegar a su límite, realizando una sola operación, pero al punto comprendió que parándose en aquellos veinticinco mil dólares renunciaba a la posibilidad de ganar otros tantos. Se detendría a los cincuenta mil, Y entonces se compraría el «Stutz».

Llevaba ganados cuarenta y dos mil dólares cuando se compró el bañador más llamativo que pudo hallar en las tiendas de lujo de Coral Gables. No se recató de exhibirlo en la playa a plena luz del sol, animado de sentimientos casi cordiales hacia aquellos Otros potentados de Nueva York. ¿Qué culpa tenían ellos sí habían nacido o criado en Nueva York? Un neoyorquino podía ser tan buen norteamericano como el primero.

Estuvo tres días regateando el precio de un Modelo-T de ocasión,

que, finalmente compró. Fue en él hasta su modesto alojamiento y subió su sórdida y maloliente escalera, con el pensamiento de que lo hacía por última vez. Sobre la mesilla había m carta, y en ella se le informaba que sus cuarenta y dos mil dólares se habían convertido en polvo, un polvo no negociable.

El dormir hasta mediodía, el jerez, el oporto, el «Stutz» y la buena ropa, todo ello lo había tenido en las manos y todo ello se le había escurrido por entre los dedos. Ya no volvería a dormir, pasadas las siete de la mañana.

Fort caminó por las curiosas ruinas de un futuro que jamás llegaría, a través de ciudades que hubieran podido ser y no fueron. Las grandes metrópolis se habían venido abajo, antes de que se hubiera levantando en ellas un solo ladrillo. Los grandes hoteles, los deslumbrantes vestíbulos, los parques umbrosos llenos de fuentes, no eran ahora sino tierras pantanosas surcadas por la línea férrea del Sur.

Erró por pueblos adormilados rememorando el vino claro y el vino tinto sobre manteles adamascados, e imaginando todavía lo que habría podido ser, de haber llegado a poseer un jardín propio.

La veía recostada en su hamaca, envuelta en una bata vaporosa tan tenue que di menor soplo de la brisa encrespaba su superficie. Simulaba estar dormida. El la mecería suavemente; no eran necesarias las palabras. Sólo su sonrisa y sus manos que perezosamente desabrochaban los botones de su blusa, para complacerlo.

Noches en poblados adormilados, que habrían podido ser ciudades deslumbrantes, mecido por el repiqueteo de sus tacones torcidos.

O en la noche bullente de Nueva Orleáns, en medio de risas ahogadas, de hombres cetrinos y de mujeres sonrosadas que iban y venían en aquella nueva sucursal de Gomorra.

Por sus calles discurría aquel hombre altísimo, pecoso, encorvado, como abrumado por un peso superior a sus fuerzas, hasta que encontraba lo que iba buscando, en aquella noche gratamente cálida típica de Nueva Orleáns: el carretón de los «polos». Entonces se acercaba a él, aspirando el aroma de los sabrosos helados, teniendo apretados dentro del puño, como un chiquillo, los dos centavitos, aquel consejero financiero que medía muy cerca de los dos metros. ¿Estaba verdaderamente helado aquel «polo» embebido en jarabe de chocolate? No era el jarabe, sino el chocolate, lo que podía endulzar la amargura de aquella víctima de la injusticia humana. ¿Lo habían

elaborado aquella misma mañana? Le daba un leve lametón recelosamente antes de soltar las dos diminutas monedas. La experiencia le había hecho en extremo precavido.

Una cálida noche, Dove le acompañó en la búsqueda de un carretón de «polos» que expendería un chocolate apropiado, y aquella noche el primer lametón le convenció de que había hallado el desiderátum. Se volvió a Dove, el rostro resplandeciente: -Préstame dos centavos, camarada. -Y devolvió el helado al vendedor ambulante -: Hágamelo doble, compañero.

Aquella noche el «polo» le supo a bocado de cardenal.

Aunque sus maneras no agobiaban por su distinción, no gustaba de la compañía de la gente ordinaria. Mientras apuraba una taza de café con achicoria, se puso a observar a Dove tan seriamente que el mozo se sintió turbado preguntándose qué cosa reprobable podía haber a una hora tan temprana de la mañana, cuando apenas rayaba el sol por encima de las casas de Melpomene Street.

-¿En vuestra casa tenéis la costumbre de comer con el sombrero puesto? -preguntó Fort finalmente.

Dove al punto se destocó y puso su sombrero sobre la mesa.

-¿No sabías que existiesen perchas para colgar el sombrero? -comentó seguidamente. Y de nuevo, preguntó -: ¿Es también costumbre de vuestra familia beber del platillo?

-Me encanta el café bebido así - declaró Dove con firmeza-. Por favor, pásame esa tostada. Me gustaría que estuviese untada de manteca, pero como no hay ¡manteca me contentaré con empaparla en el café del platillo.

Fort vivía en un revolcadero de calcetines sucios, de colillas, de saquitos vacíos de «Bull Durham», palillos de «polo» y trozos de periódicos. Todo lo que no le servía lo tiraba al suelo, y jamás fregó un plato.

-Vuelvo a tener mareos. Y es que apenas como - dijo, acusando a la raza humana en general y a Dove Linkhorn en particular de su inopia -. Tengo más hambre que el perro de un sereno.

-Hay un trozo de pan de munición en la alacena - le informó Dove.

-Eso es pan de perdularios, no de caballeros. Antes que comerlo

prefiero morir de inanición - exclamo muy digno Fort.

-Bueno - dijo Dove después de pensarte bien -. Vale más comer ese pan que no comer nada. He probado las dos cosas, y sé lo que me digo,

Pero Fort, trastornado por la visión interior de su muerte por inanición, se puso de pie y anunció:

-Voy a ver una nueva página del libro de mi existencia..., voy a consagrarme de lleno al Número Uno.

Creo que el hambre le ha trastornado el seso -dijo Dove al pequeño Luke algún tiempo después.

Si Fort difundía tristeza por donde iba, el pequeño Luke, en cambio, sembraba el buen humor y el optimismo. Iba a lo suyo resuelto y animoso, con su cara de boxeador retirado, y un aliento que mataba a un gato.

-Por el momento, mi situación económica es poco brillante -solía decir, sin culpar a nadie - Vendía piedras benditas que daban la buena suerteˆ y como un idiota las vendía todas. No guardó ni una sola para mí. Descuido, negligencia, ¡qué sé yo! Y jamás habría comprado una a un extraño.

Luke tenía siempre una comisión que cobrar, un porcentaje que liquidar y una transacción urgente; que tramitar.

Él trámite solía llevarlo a cabo en un tabernucho de mala muerte llamado «Dockery», en él distrito en que realizaba sus llamadas transacciones. Decían que sentía una gran inclinación por la ginebra, pero Luke le daba otro nombre.

Llamaba a su inclinación devaneo. Un devaneo propio de un caballero andante como él. Por donde fuera siempre tropezaba con alguna Miss Jane o Miss Molly que le imploraba que sentara la cabeza y compartiera con él los lujos y comodidades de alguna hermosa finca, en un Estado del Sur. Luke accedería a los anhelos de la señorita, aplacaría de día sus temores y colmaría, de noche, sus ansias amorosas, hasta que un día, hastiado de tanta felicidad, tomaría el portante y volvería a su vida azarosa de gentilhombre errante. Todas decían lo mismo: «Si me dejas me mato.» Por eso solía irse, sigilosamente, a altas horas de la noche.

-Eso último lo creo fácilmente -decía Fort

-Conocí a Mies Molly en una confitería, en Memphis. La comparé con una perita en dulce y al momento quedó encaramelada. El ambiente desde luego, me fue propicio. Tenía una hermosa casa en Greenville y una cadena de restaurantes... ¡Había que ver las tartas de batata que despachaba la inefable y dulce Misa Molly¡ -prosiguió Luke mintiendo bellacamente-. Era de un sentimentalismo empalagoso. Cuando me vio determinado a dejarla, me entregó un tíquet valedero para cinco comidas en cualquiera de sus restaurantes de Memphis o de Atlanta.

-¿Fue antes o después de que se suicidara? -le preguntó suavemente Fort.

-Aunque ignoro lo que le haya podido ocurrir -dijo sombríamente Luke-, su suerte sigue preocupándome mucho.

Comenzó a cabecear, y como estaba sentado en él borde de la cama poco tuvo que hacer para tenderse en ella cuan largo era, no sin dejar la botella de los sueños al alcance de su mano.

-No te fíes mucho de ese pajarraco - le aconsejó Fort a Dove cuando el pequeño Luke comenzó a roncar -. Querrá aprovecharse de tu candidez de cateto y te meterá en un lío gordo de los suyos, y tú serás el que pague el pato. Recuerda lo que te he dicho. No te fíes de él, camarada.

El «camarada» prometió no fiarse de él.

En cuanto Fort se durmió, Luke abrió un ojo.

-Chiss, Tejas -murmuró al oído de Dove-. Mucho ojo con ese ¡rascacielos humano. Es un charlatán y un chorizo descomunal. Entre Miami y Houston todos los carceleros lo llaman por su nombre de pila. A mí me timó.'Lo mismo hará contigo. Mucho ojo, Tejas.

Tejas le prometió que tendría cantidad de ojo.

«Eso es lo que se llama un par de individuos considerados -se dijo Dove-, tomando tan a pecho mis intereses.»

Una noche se presentó Luke con mucho estrépito y regocijo, trayendo consigo olores de ginebra y de mariscos.

-¡Langostinos¡ ¡Servios vosotros mismos!-Arrojó sobre la mesa un grasiento cucuruchos poso junto a él una botella sin etiqueta y sacando; de uno de los bolsillos de su chaqueta un par de cebollas,

invitó a los presentes al ágape fabuloso.

-No me parecen muy frescos - se lamentó Fort con la boca llena -. Saben a rancio.

-Las escrituras dicen que es pecado comer del animal que tenga pezuña y no rumie, pero con todos me encantan los langostinos - informó Dove.

Luke comenzó a sacarse de los bolsillos monedas de veinticinco y cincuenta centavos y las fue apilan-, do ostentosamente. Alguien comenzaba a enriquecerse de forma vertiginosa.

-Los como, no por glotonería, sino por necesidad -explicó Fort, entregado al deleite de hacerse la víctima-. Dos «polos» de naranja no pueden] sustentar a un hombre como yo hasta la noche.

-Ten esto y podrás alimentarte mañana. Luke, de un papirotazo desdeñoso, mandó rodando hacia él una moneda de veinticinco centavos. Dove se apercibió para intervenir, no fuera que el hombretón respondiera con sus puños al insulto.

-En esta ciudad no saben hacer la salsa picante -observó Fort, guardándose la moneda en el bolsillo, como si la hubiese ganado.

Tenía en su barbilla señales del «polo» de naranja.

La salsa picante enrojecía sus dientes. Por los orificios de su nariz asomaban pelos como cerdas. La grasa apelmazaba sus cabellos.

-¿Quieres tú otros veinticinco, *Tejas?*

Es dadivoso Luke se preparaba a hacer rodar, de un papirotazo, una segunda moneda de plata.

-No, pero de todos modos, gracias -declinó *Tejas*.

-Me lo figuré -comentó Luke sin mirar a Fort.

Fort estaba haciendo esfuerzos desesperados para desalojar con la punta de la lengua una pata de langostino que se le había hincado entre los dientes.

-Es una gracia que no limpien bien estos bicharracos antes de venderlos al público -protestó, como si los hubiera pagado a un precio exorbitante. Pudo finalmente desalojar la pata y la escupió al suelo.

-De buena gana me *jalaría* una de esas *savoyas* -anunció Dove.

Luke parecía confundido.

-El chico se refiere a una de éstas - Fort señaló una de las cebollas.

Era bien cierto que dos «polos» de naranja no podían sustentar a un hombre como Fort hasta la noche. Ni tampoco a un hombre como Dove. No obstante, cada noche anunciaba:

-Tengo que levantarme temprano para buscar trabajo. ¿«Quiere uno de vosotros llamarme por la mañana muy temprano?

Encontró trabajo. Y, desde muy temprano, provisto de una maleta con muestras, fue llamando de puerta en puerta y haciendo el artículo a las amas de casa, todavía medio adormilado: «Las últimas novedades al alcance de su mano.» Pasó de largo el Hogar de los Veteranos Confederados, llegó a Humanity Street, y de allí pasó a Centilly Road. Llamando, incansable, a todas las puertas: «Las últimas novedades al alcance de su mano.»

De Peoples Avenue a Almonaster, por las puertas de delante y las puertas de detrás. Eran cerca de las doce del día; el sol apretaba de firme, y el mozo seguía llamando a las puertas de Spain Street hasta llegar a los muelles.

A mediodía, aligerada su maleta solamente del peso de un frasco de fijador del cabello, alcanzaba él muelle de Desire Street y se sentaba en un banco para contemplar, transido de admiración, la llegada de un barco de Noruega o del Perú con cinco centavos de plátanos junto a él y una rotunda cebolla española.

Soñando y pelando bananas Dove rememoraba todas aquellas playas que había visto en estampas y en su imaginación. Con los ojos entornados, sus pensamientos bogaron río abajo, hasta llegar mar adentro. El mar mágico de sus sueños. Se dejaba mecer por sus olas y éstas lo alejaron tanto de la tierra que sintió ansias de muerte y él deseo frenético de volver al amparo de su playa nata. Allí donde faroles familiares iluminaban el camino hasta cierto fonducho mejicano. Y medio en sueños oyó las voces de las mujeres de su pueblucho.

Cuando estés en tierras lejanas

no olvides a tu amiga ausente,

tus cartas serán un bálsamo

para su corazón doliente.

Sentía Dove la nostalgia de su terruño.

Se enjugó de un manotazo las lágrimas cristalinas que brotaban de sus ojos. No era el momento de sentir nostalgias. El tiempo corría veloz y tenía que hacer algo para salir de aquella pobreza ancestral. Volvería a coger la maleta de muestras y a llamar a todas las puertas, a derecha y a izquierda, por delante y por detrás. En su pensamiento la Fortuna que -le estaba esperando, sonriente a la vuelta de una esquina, era una bella muchacha del Sur que le brindaría un suntuoso y mullido nido, le serviría un pastel de boniato y le diría:

-Papaíto guapo, sienta ya de una vez la cabeza, pues aquí tienes tu casa.

Pero, devuelto a la realidad, la casa en cuyos umbrales se hallaba era una destartalada vivienda en la que una descolorida chiquilla de doce o trece años gritó a la vista de su muestrario:

-¡Abuelita! ¡Aquí un joven con todo lo que necesitamos-Se apoderó de una pastilla de jabón de brea diciendo-: Para mi pelambrera, que siempre está alborotada-. Un calzador para sus viejos zapatos, también alborotados, y agua de colonia para las uñas, un lápiz para los labios.

-¡Aquí hay cosas que también necesitas té, abuelita!

Dove tuvo la impresión de que estaba realizando la venta del año.

Hasta que una voz muy vieja, muy cascada, llamó ¡a la niña, y cuando ésta volvió parecía más descolorida que antes. Y arrodillándose, silenciosamente, volvió a colocar, uno por uno, todos los artículos que había sacado de la maleta.

-Está bien, señorita -le tranquilizó Dove-. Muchas señoritas escogen cosas y luego cambian de parecer, porque los tiempos actuales no están para lujos.

-Siento mucho haberle molestado - dijo la chica, muy digna. Y dejó caer en la tapa de la maleta una moneda de cinco centavos. Cerró la puerta tras Dove dirigiéndose a la puerta cerrada. Y cerró la maleta.

Se quedó, no obstante, con el níquel. Tomaría una taza de café a base de achicoria y compraría un periódico que Fort le leería en voz alta.

Caminó a través de las interminables manzanas de viviendas de negros hasta su casa, porque era todavía de día. De noche, y aun a veces de día, recelaba de los moradores de aquel barrio. Siempre se estaban riendo y sus risotadas iban de una puerta a otra, en un revoloteo de palabras que él apenas entendía. Sus voces bajaban cuando él pasaba cerca de ellos y luego, cuando se alejaba, recobraban su diapasón normal. No obstante, sus profecías le perseguían:

El Señor le dio a Noé el signo del arco iris

pero esta vez no será agua, sino fuego.

Fort estaba tendido en la ancha cama de bronce! cuando Dove, aquella noche,

subía la escalera de la casa de Tchoupitoulas Street; en la misma posición en que *lo* había dejado cuando salió del cuarto aquella mañana. Un par de tazas vacías del medio día estaban revueltas, sobre la mesa, con los platillos de la mañana. El suelo estaba sembrado de colillas.

-No he podido moverme en todo el día -dijo Fort, suspirando.

No obstante, Dove tuvo la impresión momentánea de que acababa justamente de llegar de la calle,

Dove le entregó el periódico y mientras Fort lo leía en voz alta, Dove limpió la mesa y fregó los cacharros.

Fort arrugó y tiró al suelo la página del diario donde estaban las Demandas y Ofertas de Empleos. En ellas no encontró a nadie que necesitase un consejero financiero.

El consejero financiero no se levantó sino hasta después que Dove terminara de asear el cuarto. - -Supongo que ahora querrás que encienda el hornillo y haga la comida para vosotros, ¿no es eso? -dijo, lastimero, desempeñando con fruición su papel de víctima.

-¿No vale más esperar a que se presente Luke? -sugirió Dove-. Porque, la verdad, sólo tengo veinticinco centavos.

-Vendrá como de costumbre, borracho y ¡como si lo viera!, sin el dinero del alquiler.

- A él le corresponde esta semana, y verás como lo trae. - Dove defendió el buen

nombre de su amigo.

Fort $e puso a freír algo y después de unos minutos sacó del fuego una masa informe y carbonosa que dividió en dos mitades y sirvió en sendos platos.

-Lo que no mata engorda -exclamó Dove, y atacó con denuedo la indescriptible bazofia.

Fort le lanzó una mirada inquisitiva.

-¿De veras te gusta esta infecta bazofia?

-No es que sienta delirio por ella, pero tengo hambre, y cuando tengo hambre soy capaz de comerme un caballo, con silla y todo.

-Ya veo. No te importa vivir como vives.

-Esto es mejor que la cárcel -afirmó Dove convencido.

-Ya me lo parecía a mí. -Las sospechas de Fort se habían confirmado-. No te importa vivir como vives.

-No conozco otra vida - confesó Dove.

Apareció en esto él diminuto Luke con un periódico bajo el brazo y una ancha sonrisa en la cara que anunciaba buenas nuevas.

-Hemos doblado por fin la esquina -anunció, jubiloso-y entramos en la ancha Avenida de la Prosperidad. ¿No os dije que las cosas tenían que ir peor antes de que pudiesen ir mejor.

-Luke - exclamó Fort, levantándose -, perdona que no comparta tus quimeras y sueños de opio. Resuenan dolorosamente en mi estómago vacío. Y salió del sotabanco, en busca de comida.

Luke fue a sacar de su abrigo un paquete de certificados orlados de verde «que daban derecho a la portadora a un lavado de cabeza y a

una permanente gratuitos en él Salón de Belleza de Madame Dewberry». Desplegó, triunfante, él llamativo documento.

-Dime, *Tejas,* ¿sabes de una sola mujer en todo Nueva Orleáns que no desee un lavado de cabeza y una permanente, completamente de «gorra»?

No. Dove no sabía que hubiese en Nueva Orleáns una sola mujer capaz de rehusar una oferta semejante.

-¿Sabes lo que esto significa? Le ofreces a una mujer el equivalente de un billete de cinco dólares!

-¿Yo?

-Sí, tu. Porque trabajarás *conmigo en* este negocio, ¿verdad?

-¿Estará conforme Madame Dewberry?

-Eso es cuenta mía

-Te lo agradezco en el alma Luke.

-Todo lo que tendrás que hacer es fijarte en los alambres del teléfono.

-No sé si podré encaramarme en los postes, Luke.

-No tienes que encaramarte en ningún poste, *Tejas.*

Se oyeron pasos en la escalera y Luke se apresuró a meter otra vez el paquete de certificados en él bolsillo interior del abrigo.

-Tengo escondidos cien certificados más debajo de la esterilla de la escalera - bajó la voz y llevó un dedo a sus labios-. Punto en boca.

Fue con Luke de puerta en puerta, lleno de optimismo. No tenía que llevar cafeteras, ni pesadas maletas; sólo un puñado de certificados. Tampoco, después de todo, tenía que subirse a los postes de teléfonos»

-Tendré que esperar a ver lo que dice mi marido -le manifestó la primera candidata a la maravillosa oferta.

-Lo siento mucho, señora, tendrá que renunciar a esa permanente y lavado gratis. No volveremos a pasar por aquí. Aparte de que ya nos quedan muy pocos certificados. Hemos colocado ya un centenar.

La mujer examinó, un tanto recelosa, los certificados. Una hija casada *se* encontraba a su lado. «Demasiado bello para ser verdad», dijo. La duda había hecho presa en las dos mujeres.

-Señora, ¿por qué no telefonea al Salón de Madama Dewberry y comprueba que no le miento?

Como quiera que en aquel año de 1930 escasamente había un teléfono en toda una manzana de casas en Nueva Orleáns, el ardid era seguro. Tomó un certificado para ella y otro para su hija, abonando únicamente veinticuatro centavos por certificado, a título de gratificación «voluntaria» para el repartidor de los mismos.

La segunda candidata fue más dura de pelar.

-Aguarde aquí, joven. *Voy* a telefonear.

Pero cuando desapareció para arreglarse un poco antes de ir al teléfono a la tienda de la esquina, Dove fue corriendo al encuentro de Luke que se hallaba «al pairo», no lejos de la casa.

Luke sacó un frasco de uno de sus bolsillos y se disparó un largo trago. No era necesario precipitarse.

-Calma, *Tejas,* hay tiempo para todo.

-Ahí viene -dijo Dove al cabo de unos minutos.

Luke interceptó el paso de la desconfiada dama.

-Buenos días, señora. Soy el gerente del Salón de Belleza de Madam Dewberry. Mi joven ayudan- té acaba de informarme que desea confirmar nuestra maravillosa oferta. Nos *agrada* su actitud. Son clientes como usted las que necesitamos, serias y exigentes. Porque si logramos satisfacerla, entonces podemos satisfacer a todas. Ahórrese los cinco centavos del teléfono... salgo personalmente garante de cuanto ofrece este certificado.

Luke sacó uno de su bolsillo.

-Ni siquiera le cargo los veinticinco centavos que le corresponden a mi joven ayudante.

Le hizo entrega del certificado.

-No crea que lo hice para ahorrarme esos veinticinco centavos -protestó la dama recelosa, ya sin récelo.

-Si se empeña en abonar a este joven su gratificación, hágalo. Pero no olvide que es un acto de cortesía puramente voluntario.

La mujer entregó a Dove su cuarto de dólar y volvió a su casa leyendo el certificado.

El resto de la mañana transcurrió con igual fortuna. A mediodía, veinticinco monedas de veinticinco centavos cascabeleaban, jubilosas, en los bolsillos de Dove. Y todavía le quedaban veinticinco certificados para la tarde.

Pero, mediada la tarde, Luke había invertido! parte del dinero que le correspondía en una botella s de ginebra y las llamadas se fueron espaciando hasta que se hallaron en un estado semicomatoso que les impidió seguir llamando a más puertas. Cerca o ya de medianoche, Dove tuvo la impresión de que su cabeza era una olla de grillos. Caminaron Tchoupitoulas abajo, ayudándose uno a otro, y la impresión de ambos era que toda la ciudad era una inmensa olla de grillos.

Ya en la empinada y desvencijada escalera, Dove detuvo por el hombro al pequeñajo.

-¿Habrá comido hoy el carcamal de Fort?

-¡Qué me importa! Por mí puede morirse de hambre el hijo de la gran tostada.

Entraron en el cuarto. Fort estaba tendido en la cama con la cara vuelta a la pared.

-¡Chiss! -murmuró Dove-. No le despertemos.

-El hijo de la pelona está más despierto que tú y que yo -decidió Luke, y sacudió los hombros de Fort -. ¡Eh! ¡ Querido camarada! *¡Langoshtinos! ¡Fresheos Langoshtinos!*

Fort se volvió, rápido. El hambre había vuelto vidriosos sus ojos. No vio langostinos. No olió langostinos.

-Puedes pintártelos tus *langoshtinos.* No hay *langoshtinos* ¿y sabes por qué, buen camarada? Porque nos los *jalamos,* todos, buen camarada.

Soltó el trapo, jubiloso, y se puso a bailar y a cantar con grotescas contorsiones:

Todo él dinero que ganaste

en los felices años veinte

en vino y mujeres lo gastaste

sin darme a mi ni un mondadiente.

Dove recordó de repente que tenía algo en un bolsillo del pantalón. Y sacó de él

seis langostinos fríos envueltos en una servilleta de papel.

-Aquí, Fort -dijo, y alzó el papel hasta su rostro para probarle que no era uña broma -. ¡ Más frescos no loe has comido nunca!

Fort alargó la mano y lanzó al aire papel y langostinos. Uno de ellos rebotó en la pared y fue a caer sobre la cama. Dove lo cogió y se lo llevó a la boca, mascándolo y chupándolo con delectación, a la par que contemplaba a. aquellos dos metros de humanidad victimizada bajo el remendado y sucio cobertor*

Dove se acostó y algunas horas después un ruido peculiar interrumpió su sueño. Luke roncaba a su lado, sentado en una silla, mientras al otro lado de la cama de bronce unas mandíbulas se movían activas triturando algo crujiente. «Con tal de que los encuentres todos», pensó Dove, y volvió a dormirse.

Fort salió muy temprano aquella mañana.

-Está cabreado -opinó Dove-. Anoche herirnos sus sentimientos.

-En cuanto huela a comida, sus sentimientos se cicatrizarán en el acto -dijo Luke, con profunda convicción.

-No hay que culparlo -le contestó Dove-. El hombre padece *hipodromía.*

-Querrás decir hipocondría.

-Es lo mismo, una asadura que no le cabe en el cuerpo... que ha crecido más que él, que ya es un decir, y le rezuma por todo au ser. Es un caso perdido.

Expuesto su alto criterio científico, Dove habló de desayuno.

-Puedo hacerte un huevo -le dijo Luke-, frito, pasado por agua, revuelto o estrellado.

-A mi los huevos me gustan de cualquier masera.

Luke complació a su buen camarada. Los hizo «de cualquier manera», que era un asco verlos. Se los zamparon tan ricamente y se fueron, dejando la sartén y los demás cubiertos en el fregadero para que Fort los limpiara. Sacaron de debajo de la esterilla de la escalera un puñado de certificados. Fueron, pues, a recorrer las casas con veinticinco certificados cada uno.

Cuando regresaron por la noche, las moscas ronroneaban alegres por encima de una mesa revuelta, llena de platos y de cubiertos sucios. Por toda la habitación flotaba un fuerte olor de carne quemada, como un presagio de tiempos mejores. Fort se hallaba tendido en la cama de bronce, cuan largó era, fumando un cigarro puro como una tranca. Parecía haber recobrado sus grandes aire» de potentado. Era una visión turbadora.

-Os guardé un trozo de carne asada que no lo saltaba un acróbata -di jo manoteando en él aire para ahuyentar una nube de mosquitos que cobraba ante sus ojos la forma de un enorme filete de solomillo-, pero como no vinisteis, me dije: «Antes de que se lo coman las moscas, me lo como yo.» Así pues, me sacrifiqué y me lo engullí. Desde luego hubiera preferido compartir con vosotros el modesto ágape, pero es tarde ya para lamentarlo»

Era bien cierto. En aquel hornillo, Fort había asado aquella tarde un filete de buenas proporciones, y por la noche no tuvo que entregarse a la búsqueda y captura de langostinos extraviados. Y, en sueños, se carcajeó de sus dos buenos cantaradas.

Sólo reía en sueños, Luke y Dove, en cambio, se reían despiertos, y en los días que siguieron, un día sí y otro también, se emborrachaban como co* sacos. No tenían razón para no emborracharse.

Dove se había envalentonado y no se molestaba; ya en comprobar tímidamente si había o no alambres de teléfono indiscretos... Estaba imbuido de su importancia como hombre de negocios audaz y emprendedor. En aquellos días llamaban a las puertas con cierta brusca violencia y antes de que la vecina le dirigiera pregunta alguna, le decía:

-Ande, llame por teléfono. Me importa un pimiento - y con una leve inclinación de cabeza se hundía en la noche misteriosa, camino del primer callejón tortuoso que encontrase.

Por alguna razón, también misteriosa, los negocios comenzaron a periclitar. ¿Mejorarían los tiempos antes de que se les terminasen los certificados? Luke estaba convencido de que los negocios iban a tomar una marcha ascendente, y que, aunque les quedasen certificados, no tendrían que recurrir a ellos para ganarse honradamente la vida. En cambio para Fort la depresión no hacía más que comenzar. Las cosas irían de mal en peor y todo se derrumbaría en torno a ellos.

No obstante, cuando Luke y Dove volvían al sotabanco por la noche, con o sin langostinos, él olor a carne, fuera de solomillo, o de chuletas o simplemente picada flotaba tenaz en el ambiente. Fort, reclinado en la cama, se esforzaba noblemente en disipar la cargada atmósfera con bocanadas de humo de su inseparable veguero. Para alguien la depresión era un mito.

-Si yo supiera, mis buenos camaradas, a qué hora habíais de presentaros, con mucho gusto pondría vuestros nombres en la lista de mis comensales - dijo al verlos-. Hoy volví a comer un bistec como una boina.

-No me disgusta el bistec -dijo Dove-, Así, pues, te ruego que pongas mi nombre en tu lista.

Pero el único nombre inscrito en aquella lista tenía las siguientes letras: FOBT.

Para probarle a Luke la firmeza de su amistad, Dove le invitó a una sopa de tortuga en el viejo Mercado Francés.

En aquel lugar de luz y ambiente submarinos, Dove y su migo tuvieron que ceder el paso a un mendigo con gafas negras que se abría camino por aquella atmósfera cargada de efluvios marinos con un bastón blanco.

-Perdónenme, señoritas -oyó Dove que murmuraba al pasar -. Discúlpenme.

Al parecer aquel día había sido aplazada la ejecución de las tortugas caimanes. No se celebraba por lo tanto ninguna decapitación. Ordenaron sendos platos de gumbo, que repitieron. Al gumbo sucedió salmonete, y salmonetearon hasta zozobrar en un dulce sopor color de rosa. Cuando salieron a la superficie, el calor de la calle era menos

fuerte, y el sol, color de salmonete, se hundía lentamente en el mar.

-He comido tanto pescado que no me sorprenderá si me salen escamas - dijo Dove.

Al pasar por delante de un jardincillo muy bien cuidado*,* un *cóllie* se abalanzó a él, buscándole las pantorrillas. La mujer blanca que lo llevaba lo retuvo por el collar.

-Es la primera vez que *Sultán* acomete a un hombre *blanco.*

Lanzó una mirada inquisitiva a aquel chicarrón *pelirrojo, y* agregó con cierto recelo:

-Le repito, señor, es la primera vez que ataca a un *blanco.*

Dove hizo un leve saludo formulario:

-De todos modos, gracias, señora- Y agrego para sus adentro»-: Ese asqueroso chucho debe ser alérgico al salmonete.

Allí donde los jardincillos eran corraletas y las aceras casi intransitables, como las de su pueblo, Dove se sentía menos abrumado de complejos. La última puerta a la que llamó aquel día estaba situada en aquella sección de la ciudad. Una mujer negra con ojos de color violeta apareció en el cuadro de la puerta. Dove saludó gentilmente a la morena y advirtió cómo, al verlo, un perro blando de muy mezclada prosapia giraba sobre sus patas y huía vertiginosamente hacia el interior de la casa.

-No le gusta que vengan blancos a sus dominios -explicó la mujer de los ojos violeta-, es lo que él se dirá: si no le dejan que vaya a los suyos, ¿por qué vienen acá a molestarme?

-Gracias, de todos modos -dijo Dove, sintiéndose de nuevo acomplejado-. Ese chucho infame debe ser alérgico a los certificados.

-Siempre odié el trabajo - declaró honradamente Luke - y este continuo llamar a las puertas y este constante charloteo con las vecinas es un trabajo como otro cualquiera, y, por lo tanto, odioso.

-Y Dove fue del mismo sentir, aunque no era el trabajo de Mamar a las puertas y charlotear lo que más le perturbaba.

Era algo indefinible que hacía que cada moneda de 25 centavos que robaba pesara más y más sobre su conciencia puritana. La maleta de

las muestras le parecía, después de todo, más ligera.

-¿Cuántos certificados te quedan, *Tejas!*

Dove le entregó a Luke el último paquete. Luke contó los certificados: trece.

-Sé de una casa en donde podremos colocarlos todos de una vez.

En South Rampart, Dove aguardó junto a la cerca de una corraleta, mientras Luke entraba en la vivienda de unos negros para salir poco después con medio litro de whisky de fabricación casera.

Bebieron entre los dos un cuarto de litro.

Dijo Dove, chasqueando la lengua.

-Bravo. A fe mía, tiene más grados qué él general Pershing.

-¡Y qué aroma! -convino Luke-. Puede olerse hasta los pies de los chicos que pisaron el maíz.

Dove echó otro trago para comprobarlo.

-Tienes razón.

Un hombre rubio con una camisa de un amarillo ardiente y botas de cowboy los interpeló desde el umbral de una puerta que otrora debió de ser la entrada de un bar presuntuoso.

-¡Eh, muchachos! ¿Os interesan las chicas guapas?

-Si son desinteresadas, nos interesan-replicó Luke.

El hombrecillo llevaba largas patillas, y podía aparentar lo mismo veinticinco años que cuarenta!

-No me sorprendería que lo fueran con chico» tan guapos como ustedes -saltó el patilludo..

-La razón de que dijera eso -aclaró Luke - es porque es ése precisamente nuestro lema: el desinterés. Regalamos cosas y no queremos nada a cambio. -Sacó un certificado orlado de verde y lo mostró al rubio patilludo -: *Permanente y lavado gratuitos en él Salón de Belleza de Madama Dewberry*.» Estoy seguro de que esto interesará a sus colegialas.

-No creo que las disguste -afirmó el hombrecillo -. El obtener algo a cambio de nada es el problema de la humanidad.

Antes de que los embaucadores se dieran cuenta de que hablan sido embaucados, se hallaron en el interior de un saloncillo alhajado a la antigua, en el que un gran ventilador colgado del techo giraba morosamente en un ambiente «a media luz» en el que, al pronto, era difícil percibir las personas que se hallaban en él.

Gradualmente fueron destacándose de esta media luz las figuras de seis hombres, sentados como en una barbería, con los cuellos de sus camisas desabrochados y un diario dominical sobre las rodillas, dos o tres de ellos con cigarros puros,

Algo ¡rozó los cabellos de Dove y palpó una araña hecha de metal, suspendida de un alambre tan fino que sólo fue discernible cuando le hirió un reflejo del ventilador del techo.

Estas arañas metálicas, unas rojas, otras verdes o doradas, surcaban el ámbito del salón y lo poblaban de reflejos mágicos.

Dove cogió una revista y simuló leerla, al igual que los demás. Hasta que reparó en un libro abandonado en una silla y viendo en él una excusa para distinguirse de los demás, se apoderó de él y volvió a su silla y se sumió en su lectura. Lo hojeó al desgaire, como si no quisiese, por la falta de luz, lastimar sus ojos. Y de repente su mano se inmovilizó, trémula, en una de sus hojas.

Había visto en ella a su soldadito de plomo, con su chacó de granadero y su fusil al hombro, y detrás de él el pelotón de soldados. Aunque sólo con una pierna, era el soldadito más firme y entero de todos ellos.

Fue tal su asombro que, al pronto, creyó el simplón que él libro era el mismo de Teresina.

-Las chicas bajarán en seguida al salón - anunció una mujer mulata, con quevedos. Llevaba un vestido de chiffon negro, con flores de terciopelo prendidas en él.

-Pregúntales si quieren permanentes gratis, Lucille - le dijo Luke.

-No sabes el tiempo que hace que no me llaman Lucille - contestó la mujer.

-Mucho, muchísimo tiempo -convino Luke, pensativo-. Ha llovido

mucho desde entonces.

Le lanzó ella una mirada penetrante. En verdad eran muchos los años transcurridos. Y muchos los rostros que en estos años se habían sucedido ante ella, uno tras otro, como olas del mar en una playa de arena. No recordaba ya en qué playa, en qué verano o en qué invierno o en qué noche había hallado aquel rostro junto al suyo.

-Ahora me llaman Mamuchi -explicó-. Soy simplemente la encargada de esta casa de muñecas.

Vio a continuación a Dove sumido en la contemplación de aquel libro olvidado por una de las pupilas en el saloncillo.

-Es de nuestra Hallie - exclamó.

Dove vio el nombre escrito en la cubierta del libro. Era, pues, así cómo se escribía el nombre de Hallie. Y cerró el libro, sin apartar el dedo del nombre escrito.

Su memoria, absorta, recreó al punto la figura de un anciano encorvado sobre una Biblia y sumido en pensamientos profanos (cómo poder procurarse, por ejemplo, medio litro de whisky). Mientras tanto, otros hombres esperaban como maniquíes en un escaparate, hombres anónimos que ansiaban seguir siendo anónimos. Suspiraban, o escupían, lanzando un ronquido de vez en cuando, pero cuidadosos todos de no charlar entre sí, no fuera que esta charla revelara la existencia de amigos comunes.

Un chiquillo negro con una camisa que apenas le llegaba al ombligo examinaba cuidadosamente, uno por uno, a los clientes. Algunos le sonreían, | otros evitaban su mirada haciéndose los distraídos. Su mirada era escrutadora, molesta por su persistencia. Si le ofrecían un centavo, lo cogía y lo hacía desaparecer, pero sin que aflorara a sus labios la más leve sonrisa.

Un perfume femenino, como de incienso mezclado con agua de colonia emanó de los cortinajes que cerraban una puerta, Dove apretó el libro en sus manos.

-¿Sería Hallie?

Pero nadie se presentó. Era el ventilador que había agitado loe cortinajes. Ahora las arañas se habían aquietado, y era más denso el ambiente de barbería que reinaba en el saloncillo. Por la ventana vio que al otro lado de la calle un hombre tocado con un «Stetson»[21]

negro ofrecía algo que había sacado de un cucurucho a una muchacha apoyada en el quicio de una puerta. Dove vio cómo la chica, después de mirar recelosamente en todas direcciones, tomaba lo que le tendía el desconocido y desaparecía tras de la puerta. Unos segundos después volvía a abrirse ésta y la muchacha escupía a la calle la cáscara de un cacahuete y volvía a cerrar la puerta. Cualquier transacción en la calle, aunque se tratara de un intercambio de cacahuetes, exponía a la joven a una detención por la policía,

Pero el riesgo que había corrido la joven no fue en balde, porque el del sombrero «Stetson» se irguió como un gallo en él umbral de un gallinero y entró resuelto en la casa, apretando contra su pecho el cucurucho de cacahuetes y calculando mentalmente que después de dar un cacahuete a cada una de las chicas todavía le quedarían dos para él.

Quedó la calle sola. Un farol que iluminaba el cruce de Rampart y de Perdido Street se preparó para la larga noche que le esperaba, cuando sólo Dios sabía qué monstruo sin cacahuetes, qué alma sin amparo y sin dinero, pasaría por allí en busca de reposo.

En el saloncito apareció una mujer rubia, con cara de luna llena, como estucada y con cejas negrísimas. Tuvo Dove un sobresalto, pero se serenó al punto. No. No podía ser esta mujer Hallie.

-Reba, preciosa, estos jóvenes son de un salón de belleza y regalan permanentes -anunció la *Mamuchi.*

-¿Garantizadas? - preguntó Reba.

-Le garantizamos que su pelo, después de uno de nuestros lavados, brillará como el sol dijo prontamente Luke, levantándose y yendo al encuentro de Reba, con un certificado en la mano. Deba lo tomó y lo examinó.

-Veinticinco centavos, señorita.

-¿No dijo que era gratuito?

-Los veinticinco centavos son a voluntad.

-Soy abúlica, joven. Quédese con su papel - y le devolvió el certificado.

-ES de Chicago. Una yanqui de pura cepa - explicó a *Mamuchi* -. Para que suelte la pasta ¡hay que cloroformizarla primero.

Pero una chica que parecía llevar sobre su rostro la mascarilla de Joan Crawford solicitó uno de los certificados.

- *Mamuchi,* querida, dale al hombre veinticinco; centavos. Ya te los pagaré

después.

-Es increíble. No sabe de qué se trata y suelta la mosca -se admiró Chicago. No podía comprender el modo de ser de aquellas pirujas del Sur.

-Os presento a Irma *la Franchuta* - dijo *Mamuchi,* indicando a la mascarilla de Crawford - Y éste es mi nieto, Warren Gamaliel. Saluda como el morenito bien nacido que eres.

El morenito no le hizo el menor caso. Ni se molestó en mirarlos.

-Y aquí la reina de Fort Worth. -*Mamuchi* presentó a una rubia del tamaño de un tambor mayor, con senos que habrían hecho la felicidad de una vaca suiza. No. Esta tampoco podía ser Hallie.

Mamuchi entregó a Luke veinticinco centavos y *la Franchuta* recibió el certificado.

¡Lo examinó con una expresión de tedio insuperable y do entregó a continuación al tambor mayor de Fort Worth.

-Tenlo. Podrás usarlo tú. Yo jamás voy al centro.

Había comprado como una criatura, por el capricho de la transacción, y como una criatura había] regalado lo comprado a la primera que halló a mano.

Dove comprendió que era muy fácil vender a las pindongas. Reba era la excepción; la única que no sentía caprichos que pudiesen contarle dinero.

Warren Gamaliel era menos pueril que las mujeres que le rodeaban. Tenía un centavito en la ¡mano y lo apretaba, desesperado. Observó el teje-maneje de los dos hombres y de qué modo se embolsaban los centavos de aquellas chicas. Mamuchi declaró.

-Apuesto a que este nieto mío tiene una máquina de calcular en el cerebro, - Y agregó con su pizca de mala intención para que las muchachas dejasen de ceder a las ofertas de los dos tunantes-: Aquí

vienen ¡muchos hombres casados. Y, a propósito, yo misma he estado casada cuatro veces. Una vez con un honrado comerciante y tres con timadores y chorizos. Sólo fui desgraciada con el comerciante.

-¿Se levantó ya *la Majareta?* -preguntó un presunto *flete.*

-¿ Qué majareta? - preguntó la de Fort Worth.

-No hay nadie en la casa que se llame Majareta, que yo sepa -dijo *Mamuchi* en defensa de la ausente -. Si se refiere usted a Floralee, ahora se está vistiendo. ¡Le prohibí que bajara sin algo encima. ¿Sabe usted lo que me dijo?: «No sé para qué.»

-Yo no veo por qué han de llamarle majareta-dijo Fort Worth, más que en defensa de la ausente, en defensa del gremio.

-Después de lo de anoche no sé cómo esa chica podrá bajar al salón, vestida o desnuda -exclamó, maravillada, la mascarilla de Joan Crawford -¡ No sé si le quedarán fuerzas para levantarse.

-Se levantará y bajará al salón, no lo dudéis, y comerá jamón y dulzainas como siete, vais a verlo-auguró la de Fort Worth-. Debe de tener un estómago de acero cromado.

-Se entrega al trabajo con tanto entusiasmo-reflexionó tristemente la de Chicago -, que no me sorprende que coma como un caballo.

-Si ese chuflo que tiene le arrimara candela-declaró Irma *la Franchuta* - otro gallo le cantaría. Porque, ¿para qué sirve un chulo?

-Tú debieras saberlo -exclamó Fort Worth-Trabajas para uno.

Se abrió en esto, de par en par, la puerta que daba a la calle y entró en el salón un gigante sin piernas. Iba sujeto con correas a una especie de plataforma montada sobre patines de ruedas e hizo su entrada en medio de un gran estrépito, como persona habituada a la casa. Dove observó cómo desataba sus correas de un solo salto y se encaramaba en un diván bajo.

El negrillo se acercó, sin temor, al enorme torso y se puso a examinarlo inquisitivo. El lisiado le entregó una moneda. El niño, muy serio, le preguntóˆ de repente:

-¿ Qué te hicieron?

-¡Niño! ¡No hagas preguntas necias! -exclamó la abuela. Y

dirigiéndose a Dove y a Luke les preguntó-: ¿Se quedan ustedes?

-No, Lucille, tenemos que terminar un trabajo urgente -dijo Luke-. Volveremos más tarde.

Al irse, el hombrecillo con botas de cowboy se adelantó para abrirles la puerta. -Vuelve, pero tú solo.

Dove estaba seguro de que era esto lo que le había murmurado el hombrecillo al oído.

Después de caminar un buen trecho, Dove lanzó I un suspiro y confió a Luke:

-De buena gana me habría quedado allí. Un hombre necesita desahogarse de vez en cuando.

-Pero no despilfarrando un dinero honradamente ganado -dijo Luke, aconsejándole como si fuera su padre.

-Para mí no es un despilfarro -rectificó Dove -, sino una necesidad.

-Yo la llamaría un vicio.

-No estoy de acuerdo -volvió a rectificar Dove -. Es una vocación. Ella me trajo hasta aquí. La verdad, Luke -se detuvo de repente, dispuesto a no dar un paso más hada delante-. Vuelvo allá.

-Bien. Te veré en la casa -le dijo Luke-.Y no se te ocurra volver acompañado.

Dove se dispuso a desandar lo andado, presuroso, con el temor de que el hombrecillo se hubiese ido. Creía que le era necesaria su égida para volver a entrar en la casa.

-Me llamo Finnerty -le dijo el de las botas de cowboy -. Haz el favor de seguirme.

Y condujo a Dove calle abajo, hacia los muelles. A medio camino se detuvo ante un edificio de una planta, con la fachada cara al río. La puerta, cerrada ahora, revelaba que en otro tiempo había sido la entrada de una taberna de cierto lujo.

Aunque había terminado la prohibición, no habían terminado los hábitos que había creado. Las tabernas seguían conservando su clandestinidad, y para entrar en ellas eran necesarios toques especiales, miradas furtivas por las mirillas y palabras misteriosas de

contraseña. El paso libre por puertas abiertas desagradaba a los consumidores. Estos preferían el misterio de lo prohibido.

Finnerty dio tres golpes con los nudillos, esperó unos segundos y agregó un cuarto golpe. Esperaron, silenciosos, delante de la puerta inaccesible.

-Tal vez no haya nadie - aventuró Dove.

-Nos están espiando ahora, detrás de una cortina -confió Finnerty, sin apartar los ojos de la puerta- para cerciorarse de que no somos *chivas.* Si llamamos otra vez no nos abrirán la puerta. El ¿doctor es muy quisquilloso.

Por fin se entreabrió la puerta, lo preciso para dar paso a la punta afilada de una nariz.

-¿Contraseña? - pidió la nariz.

- *El respeto lo es todo* -declaró Finnerty, y el hombre de la nariz afilada lo dejó

pasar, Dove repitió la frase y pasó a su vez al interior.

En la estantería del bar, alternando con un millar de botellas, veíanse un centenar de muñecas que evocaban los felices y distorsionados años veinte. Muñecas de Ojos negros, ataviadas de aldeanas, rubias y mantecosas holandesas, irlandesas de pelo rojo y ojos verdes, gitanas, colegialas; una vestida de vaquera, una sofisticada de Broadway con una boa al cuello, una geisha con ojos de luna en cuarto menguante y otra con melena y ojos que parecían signos de dólar.

Una muñeca con ojos de centavito, y otra en cuyos ojos parecidos a botones de zapatos podía leerse: «¡Votad por Cox!»; una muñeca con ojos bizcos y otra que llevaba una ave del paraíso prendida en el pelo. Y una enorme Pepona, desarrapada, con remiendos en sus harapos y arrugas en su cuello. En medio de todas las demás muñecas, las luces del bar la destacaban, rodeándola de un halo luminoso.

Todas ellas, la Pepona igual que la del ave del Paraíso, la holandesa, la irlandesa y la japonesa,.habían posado sus ojos verdes, negros, azules, melados, por los grandes titulares del Día de Saint Valentino[22] y se habían citado con Harry Greb[23]. Algunas habían tenido suerte, otras habían sido menos afortunadas, pero todas habían vivido en aquellos rozagantes años veinte y habían *muerto,* transcurridos los

mismos.

Algunas habían muerto con los corazones destrozados por la muerte de su ídolo, Wallace Reid;; otras esperando a que Dempsey aceptase el combate con el negro Harry Will. Las de más allá habían muerto de sentimiento por el fallecimiento de su último ídolo, Rodolfo Valentino. Una tras otra habían desaparecido.

(La Pepona había sufrido más desventuras que las demás, sus remiendos lo pregonaban, y tal vez por esta razón ocupaba, en medio de las demás, un puesto de honor.)

-No tienen precio -solía decir a todos el dueño del bar, el viejo doctor Dockery -. No están en /venta, como yo tampoco lo estoy. El respeto les facilita a todos ustedes la entradas la falta de respeto, la salida, ¡ Respeto! Este es mi lema. A nadie le permitía que tocase a sus muñecas; sólo sus manos tenían ese privilegio.

¡Respeto a los muertos de una época muerta ¡ Ese era su lema.

El anciano prefería él tipo de bebedor que exigía que su vaso fuese lavado después de cada consumición. Así como hay hombres que desean estar siempre borrachos y mujeres que desean estar siempre enamoradas, el doctor Dockery deseaba siempre, ante todo y por encima de todo, la limpieza. Era limpio, y obligada a todos a serlo.

A la gente, en general, no le gustaba la limpieza. ¡Hasta qué punto debió de haber sufrido la suciedad aquel hombre para que, todavía en su ancianidad, luchara para librarse de ella! O tal vez fuera un hondo mal secreto lo que ocultara bajo aquella pasión suya por la higiene. No obstante, era evidente que todas sus mujeres las había convertido en muñecas.

¡Respeto! Ese era su lema. Respeto hacia sus mujeres y también hacia su música. Su música era *Polvos de estrellas. Tiempos borrascosos, Hasta la vista, Pájaro negro, Es difícil hallar a un hombre bueno, Mi Bil, Muñeca de papel, Red embarca al atardecer y Vuelve a atarme a las cintas de tu delantal.*

A este lugar insólito perteneciente a un fantasma sin licencia de la policía, un fantasma que vivía en otro tiempo y murió en el tumulto, y jugaba los aparecidos en el año 1930, acudían, de arriba o de abajo, del centro o de la periferia, todos aquellos que no querían admitir que ya no había dinero y que los sueños se habían terminado ingenuas, «galanes, tramoyistas, revendedores, directores de jiras teatrales, *starlets* y *prima-donnas.* Si bien por el momento, por supuesto eran

«animadoras», artistas del timo, confidentes de la policía, alcahuetes, rufianes, tahúres, chorizos y entre ellos alguno que otro honrado y sencillo vagabundo.

Lo primero que vio Dove al entraben-aquel antro fue la figura truncada del gigante sin piernas que había dejado en el prostíbulo. Por qué atajo misterioso había llegado hasta allí era algo que sólo podía saber quien vivía sobre cojinetes de bola.

Finnerty bebió su consumición volviéndole la espalda al lisiado, indicando con señas a Dove que era ésta la mejor forma de beber en paz. Pero Dove sólo se sintió tranquilo cuando oyó que la plataforma rodante se ponía en movimiento, se dirigía a la puerta y desaparecía tras ella.

Luego, para proporcionar un fondo musical a la conversación con el hombrecillo, introdujo un níquel en el «juke» y esperó, pacientemente, los acontecimientos.

Por siempre lanzando burbujas

comenzó el gramófono.

Lindas burbujas al aire

Ahora iré al grano -informó Finnerty a Dove cuando todas las burbujas musicales se deshicieron en el aire-. Busco la ayuda de un mozo sanote y fuerte. Si no me engaño, tú reúnes esas condiciones.

-No, no se engaña usted. No me duele nada-dijo Dove modestamente-. Y tampoco me duele poder ganarme un dólar honradamente.

-Llámame Oliver. Ese es mi nombre de pila.

-Tú puedes llamarme *Tejas.* Porqué de allá vengo.

-Como habrás adivinado, mi especialidad son las mujeres, *Tejas.* ¿Sabes algo acerca de ellas?

-Lo único que sé es que si Dios hizo algo mejor que eso, yo

francamente, no lo he encontrado todavía.

-Ni lo encontrarás -confirmó Oliver-, pero la cuestión es ésta: ¿Te interesaría ir con una mujer que jamás antes hubiese ido con un hombre?

-Amigo, quiero que sepas una cosa. Soy un hombre del Sur y jamás abusaría de la virtud de una mujer.

-El Sur no tiene nada que ver con esto, *Tejas* -le aseguró Finnerty-. La mujer en cuestión está resuelta y decidida a lanzarse a la pendiente fatal. Eso está ya convenido de antemano. Lo que me falta es alguien que le dé él empujoncito.

-Tu especialidad son las mujeres -le recordó Dove-. Tú eres el más indicado para darle el empujoncito.

-Ojalá pudiera, pero me es imposible. ¿No comprendes, *Tejas*? -Finnerty se mostraba un tanto impaciente-. La chica podría denunciarme, un día u otro, invocando la ley sobre la trata de blancas, y como tengo antecedentes, no te lo oculto, me metería en un lío padre. Pero contigo es distinto. La chica no volvería a verte más y... ¡no tengas cuidado! No tendrías que forzarla.

-Entonces la chica tiene de principianta lo que yo -exclamó Dove, comenzando a ver claro.

-Ella dice que lo es, y eso es todo -le contestó Finnerty-. Lo esencial es que si me prestas este favor, ella no podrá en adelante colocarme el disco de que está sin estrenar. ¿Me comprendes?

-A medias. Me gustaría que me hablaras más claro - insistió Dove«

-Esto, tal vez, te aclare el entendimiento.

Dove echó los brazos atrás y anudó sus manos detrás de su espalda. Estaba atónito.

-Voy decirte una cosa, Oliver. No sabría leer mi propio nombre, ni aunque me lo escribieses en un frontón pero si se distinguir a cincuenta metros de distancia un billete de a cien. Y ése que me muestras, apártalo de mi vista sino quieres que me desmaye.

Finnerty introdujo el billete en uno de los bolsillos de la americana de Dove.

-No puedo aceptarlo -le dijo Dove, firmemente, pero sin hacer el más leve ademán para devolvérselo.

-No te preocupes - le prometió Finnerty - No es para ti, cateto. Lo llevas para mí, eso es todo. Con él cruzarás la calle y subirás hasta un cuarto en donde te está esperando la joven en cuestión! Cuando entres en el cuarto se lo entregas sin pronunciar una sola palabra... conozco su corazoncito ávido y sé muy bien que al instante se lo guardará en la zapatilla..., de donde podrás trincarlo otra vez cuando ella se descuide.

-¿Cómo se llama?

-Ella misma te lo dirá, idiota.

Se halaban, precisamente, en la puerta trasera de la casa por cuya puerta delantera entraron una hora antes. Dove se detuvo para preguntar:

-Querría que me hiciese un favor, Finnerty.

-¿Y eso? -Finnerty estaba detrás de él.

-Que me llames *Tejas* y suprimas lo de cateto e idiota.

-Está bien, *Tejas* -convino Finnerty y ofreció la mano a Dove para sellar el pacto. Dove se la estrechó y pasó los Umbrales de la puerta que Oliver había abierto de par en par.

La muchacha tenía la palidez de quienes viven puertas adentro; era escurrida de carnés, huesuda ¡y ge enfundaba en un pijama de un rojo chillón; Dove oyó que la puerta se cerraba tras él.

-¿Cómo te llamas? - le preguntó.

-Floralee -le dijo ella-, y canto como «n pajarillo loco. Y no me explico cómo vine volando a esta jaula.

-Tampoco lo sé yo, -flor de los campos - le dijo Dove-.Lo tónico que sé es que tengo que darte este papiro.

Tomó el último billete de diez dólares que te quedaba y lo entregó a la mujer. Como había anunciado Finnerty, tenía un corazoncito ávido, porque ni corto ni perezoso lo tornó y lo escondió bajo su zapatilla derecha, sin mirarlo siquiera. Y a continuación, se puso a desabrochar, maquinalmente, los botones de su pijama.

Si Dove, en los minutos que siguieron, oyó murmullos y risas ahogadas tras la pared, esta circunstancia no le impidió entregarse a cálculos mentales no extremadamente complicados.

«Para hacer ciento, necesito invertir diez-se decía-, es un negocio que no falla.»

En una mañana tan húmeda que la sal se licuaba, Dove se despertó con la

sensación extraña de que era un amasijo, mascado y escupido al suelo. Su chaqueta de rayadillo colgaba de un banco parecía algo informe sacado de las aguas del río. Todo aquello que percibían sus ojos tenía el aspecto de algo sacado del agua, mascado o escupido. Eran los efectos terribles de una *resaca* imponente.

Pero el consejero financiero se encontraba en el sotabanco silbando alegremente y abrochándose un traje muy planchado y de línea severa, la línea que correspondía a un financiero.

-Ha llegado a mis manos un certificado *en extremo* singular -anunció en cuanto vio que Dove abría un ojo y lo fijaba lastimero en el documento que tenía en sus manos Fort. Este lo desplegó cuidadosamente y añadió, solemne-: ¿.Qué crees que pueda suceder cuando una de las portadoras de este certificado baje al centro de la ciudad para procurarse un lavado de cabeza y una permanente?

-Lo normal es que la atiendan, le laven la cabeza y la ondulen -dijo Doy«» sin profundizar más en el caso.

-Siempre que lleve consigo tres dólares y setenta y cinco centavos. Pero la dama ignora este pequeño detalle, porque el certificado afirma que el servicio es gratis. ¿O no has tenido tiempo de leer el texto del documento?

Por una vez se alegró Dove de que no supiera leer.

Fort apuntó con la montura de sus lentes el texto del certificado.

-Te lo avisé, Dove. Te dije que no tuvieras trato con ese producto de Georgia -le recordó-, Ahora mi consejo es que no salgas a la calle. Apuesto a que la están recorriendo numerosos maridos agraviados, en busca de un cateto zanquilargo con pelo de zanahoria.

-La cuestión era ganar un dólar honradamente, aunque la manera de ganarlo no fuera muy limpia- explicó Dove.

Por toda respuesta Fort fue a contemplarse en el espejo» Y lo que éste reflejó debió de complacerle en extremo; porque abandonó el sotabanco con el paso firme y el porte altivo de un hombre destinado a enriquecerse en seis semanas.

Dove fue a asomarse a la ventana. De las calles al cielo, Nueva Orleáns le parecía envuelta en húmeda mortaja. Viose hundido en temerosa soledad. Sintiose presa de una fiebre ardiente. «Es un día funesto - pensó -. Reconozco que no iré a ninguna parte haciendo lo que hice anoche a aquella muchacha inocente. ¿Qué habrá sido de ella?»

Fort volvió a entrar en el cuarto.

-Ya habla recorrido dos manzanas cuando me di cuenta -explicó, y se puso en busca de sus gafas azules contra el sol.

-¿Para qué las quieres si no hace solí -observó Dove -. El día se anuncia lluvioso.

Con las gafas en la manó salió nuevamente Fort del sotabanco.

«Tiene los ojos en compota», se dijo Dove, y oyó el tamborileo de las primeras gotas de lluvia. Cesó unos minutos para recomenzar con más fuerza, con un batir funerario.

> *Una mañana temprano vino la muerte callando*
>
> *bien temprano, bien temprano, vino la muerte callando.*

> «Bien cansado y en casa propia, así debería vivir yo ahora, con ropa limpia,

oliendo a espliego en el ropero, y leyendo el periódico; si hubiese aprendido a leer y a escribir -se decía Dove mientras se estaba vistiendo soñando despierto, no sin darse cuenta de lo flaco que estaba - y casarme con una chica que supiera también leer y escribir. Y por todas partes, chiquillos a los que yo enseñaría a vivir como Dios manda.

¡Las cosas que podían ocurrir a un hombre qué supiera leer y escribir!

Oleadas de una lluvia que no podía explayarse traían al sotabanco los olores de café y plátano de los muelles, y los efluvios - brea y yodo - de los almacenes, dársenas y del mar abierto, surcado por barcos cargados de plátanos. Por tierra, camiones y más camiones traían a la ciudad cacahuetes y naranjas. Hacia el Oeste y hacia el Este, por tren, por barco, por avión, salían interminables filas de mercancías. Y con ellas iban adelante mozos audaces que sabían leer y escribir camino de ser un día próximo capitanes de algo.

Todos, menos aquel olvidado Linkhom que se consumía en aquel sotabanco, aburrido y nostálgico, mientras la lluvia golpeaba los cristales una machaconería de vieja decrépita.

Y le pareció a Dove que el sol se había puesto para él aquella mañana en que los brazos de Teresina se anudaron a su cuello en un último abrazo del amor, y sus labios golosos se unieron a los suyos en un beso postrero.

«Fuiste mi única -admitió-, pero no pasa mas de la B. Todos estos días que han pasado desde entonces han sido inútiles, desperdiciados, como las letras restantes del alfabeto. En toda mi zarandeada vida fuiste tú el único ser humano que me creyó capaz de dominar él secreto del alfabeto. Gracias a ti habría podido subir como los demás muchachos.»

En medio de estas meditaciones se presentó Luke, risueño, empapado en agua, llevando a rastras una merluza cómo un ballenato. Sin sombrero, desatados los cordones de sus zapatos, con la camisa fuera de los pantalones, y éstas, desabrochados: la imagen de un hombre embriagadoramente contento.

-Quítate la americana -le aconsejó Dove. La tenía pegada al cuerpo.

Luke comenzó a darse palmadas en los muslos y a bailar la jiga.

-Está en el aire. Se la puede mascar. La prosperidad, el auge de los negocios, el fin de la depresión.

Y se sacudió como un pato.

-Estás empapado - le dijo Dave, solícito.

Luke fijó en él una mirada severa.

-¿Qué te pasa mozalbete? La oportunidad llama a tu puerta y en vez de acogerla, radiante, te mortificas porque caen cuatro gotas.

-Me mortifica que estés tan mojado.

-No te preocupes, muchacho. La soledad te ha enmohecido, eso es todo. Sonríe, chico, sonríe. Que tu sonrisa sea tu paraguas.

-Tienes razón. Pero no es la soledad, sino el hambre lo que me está enmolleciendo -concedió Dover-. No he desayunado, y con el estómago vacío la cabeza se llena de recuerdos de días pasados.

-Luke golpeó la mesa con las palmas de sus manos con tanta violencia que por poco pierde el equilibrio.

-¿Por qué no me lo dijiste antes, mozalbete?

Se puso a revolver los platos sucios, en busca de algo.

-¿En dónde está mi cheque? Porque aquí tenía yo un pequeño cheque.

-Debía de ser muy pequeño para poder verlo a simple vista. El caso es que la dueña de la casa vino, -pero no trajo la cuenta. Dijo sencillamente que quería los tres y medio[24]que le debemos por el alquiler del cuarto.

Luke miró distraídamente a Dove mientras su cerebro, como un aparato electrónico, movía, a velocidades vertiginosas, invisibles ruedecillas. Su rostro se iluminó, triunfante.

-¡Qué atrevimiento! ¡Pidiéndonos dinero por un infecto sotabanco con goteras que empapan las sábanas y nos obligan a dormir con él paraguas abierto! - Se encaramó de un salto en la cama de Fort y se puso a agujerear el techo con la ayuda de su cortaplumas. Dove se apresuró a coger una olla y llegó a la cama con ella justo a punto de recoger la primera gota.

La segunda gota se cimbró, tensó sus músculos y cedió a la fuerza de la gravedad, cayendo en el centro de la cacerola con un sonoro: ¡ Bing!

-Es una locura pagar alquiler por un chamizo en donde uno se expone a morir de pulmonía doble -dijo Luke con el acento indignado de un hombre dispuesto a llevar el caso ante loe tribunales de justicia -, Oye, pelirrojo, ¿podrías prestarme cincuenta centavos hasta el

lunes?

-Si tuviera dinero ya habría comprado harina y manteca y tendríamos una sopa de pobre como paral chuparse los dedos.

-¿Te gusta la sopa de pobre? -La sopa de pobre y la sopa de rico, toda clase de sopa, amigo, la agria que come el ruso, la aterciopelada que come el francés, la de hierbas, la de pollo, con tropiezos o sin dos, con pan frito, con arroz y con todo lo que sobró del almuerzo y de la cena, la de fideos...; en fin, hasta la sopa boba. Luke le golpeó alegremente la espalda. -No te mortifiques más, querido camarada. ¡Y arriba el ánimo! Sonríe, ¡caracoles!, sonríe. Ya sabes el refrán. Efe y todos reirán contigo. Fíjate en esto..., antes de dos semanas los dos seremos ricos.

Puso ante los ojos atónitos de Dove una goma con un plumerito rojo en el extremo.

-A ver, ¿qué es esto?

-No lo sé -dijo Dove-. Jamás he visto nada parecido en mi vida, Luke.

Luke lo ondeó como un rojo banderín. -Es un artículo anticoncepcional, muchacho. Une lo útil a lo agradable, esto es, preserva y no impide el placer, ¿qué más quieres? -arrojó al aire los certificados que llevaba en la otra mano -No llamaremos más a la puerta para ganarnos veinticinco miserables centavos. Esto vale un dólar, ¡ un dólar cada uno!

Dove movió, lúgubre, la cabeza.

-No, mi buen camarada, jamás me atrevería a llamar a una puerta y a enseñar a una señora este desvergonzado y ridículo artículo, Luke -dijo muy serio Dove -. Me caería al suelo de vergüenza si ella sabía lo que era-, y si no lo sabía, ¿cómo iba a explicárselo?

-No tomas, yo me encargo de la distribución de este artículo. ¿Pero hay un hueco en la organización para un chico listo que quiera trabajar y conocer a fondo la fabricación de estas fundas higiénicas.

-¿Qué puede ganar uno fabricando estos absurdos chismes?

-Veinte centavos por docena... Podrían ganarse hasta cuatro dólares en un día de trabajo, pelirrojo. Aparte de que Groos te da casa y manutención.

-¿Quién es Groos?

-Groos... -Luke pronunció con tal reverencia él nombre que, de haber llevado sombrero, se lo habría quitado-. Groos es el papá de estos antipapaítos.

-No sé lo que dices -reconoció Dove-, pero cuatro dólares es dinero, aquí y en la Patagonia.

Luke escribió unas señas en un trozo de papel, pero después de pensarlo bien lo rompió y lo tiró al suelo.

-Pregunta a un guardia -sugirió- pero sin nombrar a Groos. No pronuncies ese nombre ni en broma delante de un uniforme, ¿comprendes?

-Sí y te lo agradezco mucho.

-Que la sonrisa sea tu paraguas, muchacho. La prosperidad está al revolver de la esquina. Jamás fueron los negocios tan ¡brillantes. Y recuerda: ríe y todos reirán contigo. Llora y llorarás solo.

Y dejó a Dove para que riera o llorara, según le viniera en gana.

-Cuesta abajo y siempre con la sonrisa en los labios - pensó Dove, mientras se alejaban los pasos de su demencial amigo y camarada y se confundían con el tamborileo, también demencia! e inútil de la lluvia.

Jamás supo Dove cómo el hombrecillo había dado con aquellas señas que le facilitó aquel día.

El cuarto comenzó a ser invadido por la luz glauca del río, el glauco color del sueño. Las gotas golpeaban, cada vez más aceleradas y seguidas, el fondo de la olla. Dove se puso a dormir con la cabeza hundida en sus manos.

> Soñó que se bailaba en una habitación en donde ollas y peroles recogían el

caudal de diversas goterias. Hombres y mujeres rodeaban a un hombre y a una mujer. Sobre el rostro enrojecido de vergüenza de la mujer un destello de luz amarillenta, acentuaba la tristeza de sus ojos, y Dove vio que uno de los dedos de sus pies estaba teñido de verdal Y oyó la voz de bajo profundo de Fort que le decía! desde un Jugar invisible-:

¡Apresúrate! ¡ Apresúrate!

Con un vestido que había sido otrora encamado y era ahora de un rosado deslucido, Teresina vino a él con gafas oscuras y extendiendo ante ella los brazos para hallar a ciegas su camino.

Oyó entonces la caída de una gota en el fondo de la olla. Y luego otra, y a continuación otra más. Se entristeció Dove al oírlas caer, porque con cada gota que caía perdía a un amigo y no podía irse hasta que; no cayera la última.

-¡Eh, chico! ¿En dónde está mi cacerola? ¡Una mano enorme comenzó a sacudirle. Bajo la luz, el «Verdadero» Fort le estaba mirando.

-¿Quién se entretuvo en agujerear el techó,' muchacho?

Dove miró la ola. Su fondo estaba apenas cubierto por el agua.

-Fue idea de Luke. Pensó que si había goteras la dueña no nos redamaría el alquiler del cuarto.

-Una idea de retrasado mental -decidió Fort -Yo tengo otra idea.

-Guárdala. Podrías necesitarla en tu vejez. -Me parece que Luke pierna mudarse a otra casa.

-Por mí puede hacerlo, hijo mío. Yo ya gané esta tarde la parte del alquiler que me correspondí Seis dólares como seis soles, y eso bajo la lluvia. Habría podido ganar mucho más con un poco de ayuda.

-¿Qué clase de trabajo haces ahora, Fort?

Fort se irguió y tendió su mano derecha. Dove fue a estrechársela, pero Fort la apartó de un manotazo.

-¿No has reparado en mi triste condición? -le preguntó suavemente.

Dove lo observó con atención.

-Los ojos entornados..., la mirada perdida como la de un ciego -exclamó Dove.

-Entonces, ¿qué haces, mi buen camarada? ¿Por qué no guías mis pasos? -preguntó Fort, sin alzar los párpados -. Anda, guíame.

Dove se puso de pie y guió al hombretón a través de la habitación.

-Eso es todo -dijo finalmente Fort quitándose las gafas oscuras y abriendo los ojos-. Nada más fácil, ¿ verdad?

-Alá en el pueblo teníamos a un indio ciego, Ripley *el Topo* - recordó Dove-. Llevaba una especie de peineta que le sujetaba el pelo por encima de la nuca. Pero no tenía necesidad de cerrar los ojos. No los tenía. Se los habían vaciado.

-Los indios no necesitaban hacer comedia para vivir -declaró Fort con cierto encono-. En estos días, con sólo probar que eres indio, de una tribu u otra, el Gobierno te manda a toda pensión al campo y vives allí tan ricamente. Estoy viendo el día en que el Gobierno pensione también a los judíos. Aquí en este país el hombre blanco no tiene más que un derecho, el de morirse de hambre en un rincón.

Fort interrumpió de repente su perorata. Abandonando su tono quejumbroso, adoptó el acento imperativo del hombre de empresa:

-Por supuesto, lo que te propongo es meramente un expediente temporal. Un modo como otro cualquiera de allegar fondos que nos permita dedicarnos más tarde al negocio petrolífero. -No te comprendo, Fort. -En el Condado de Cameron, entre Darlington y río Hondo. A media jornada de camino de tu pueblo. Todo lo que necesitamos es darle al empleado de Sinclair veinte dólares por un tanque de petróleo. El mismo nos proveerá de camastros y mantas de su vivienda. Uno de los dos se encarga de la bomba, el otro compra productos de los granjeros mejicanos de las cercanías y los vende al por mayor en las tiendas del valle. Lo esencial es que uno de los dos esté en la bomba cuando él llegue para inspeccionar. Es una mina, como si vendieras café a la negrancia, pelirrojo.

Los ojos de Dove rodaron como los de una muñeca.

-¿Una mina? Yo sé manejar el pico y la pala como el primero. ¿ Qué es lo que hay que extraer de aquella mina?

-Gasolina... de los dos depósitos de la estación. Tú te ocupas de uno y yo del otro.

-¿Ser dueño a medias de un surtidor de gasolina? - se extasió Dove -. Ahora mismo me pondría a trabajar. Yo mismo me ocuparía de los dos depósitos.

-Entonces, trato hecho, amigo y camarada.

-¿ Cuándo comenzamos, Fort?

-Antes tienes que guiarme por las calles un par de días. Y después te guiaré yo.

-¿Qué haré cuando la *polilla* se presente y vea que no soy un ciego de verdad?

-Jamás dijiste que fueras ciego -exclamó Fort-. El letrero que llevas simplemente dice: ¡ Socorredme!

-No me parece eso muy justo después de la paliza que les pegamos -se le ocurrió decir a Dove.

-¿A los policías?

-No. A los indios.

-No pienses más en los indios. Lo que debes tener presente es que el ojo de un ciego no refleja la luz, en tanto que el tuyo si la refleja. *Por esa razón* debes llevarlos cerrados. Si eres ciego de veras puedes ir por el mundo con los ojos abiertos; la gente te mira y al punto te suelta un dólar o dos. Hasta puedes conseguir que el Gobierno te conceda una pensión.

-¿A mi?

-No. A los ciegos de verdad.

-También a los indios. Por eso me imagino que ser indio y ciego a la vez es a lo más que puede aspirar un ser humano. No obstante, este indio de mi pueblo no anda muy boyante. Los fines de semana se los pasaba en el bote.

-Tengo entendido que el aguardiente los enloquece - convino Fort, un tanto impaciente.

-No era por el aguardiente. Era a causa de una cerda por la que sentía Ripley un gran cariño. Iba hasta ella guiándose por el olfato solamente y cuando su mujer llegaba a la casa y no lo encontraba en ella se iba derechamente a la pocilga, y allí lo encontraba en compañía de la guarra. Aquella mujer tuvo celos del animal, y hacía que todos los viernes por la noche fueran por su marido y lo enchiqueraran.

-Me imagino él belén que armaría en la pocilga todos los lunes cuando soltaban al indio.

-No iba allá en muchas semanas -informó Dove-, sólo cuando su mujer no se encontraba bien. Los días los pasaba en la taberna jugando al dominó, y pocas veces perdía. Distinguía las fichas con sólo tocarlas una vez con los dedos. Fort suspiró.

-Cuando no palpaba, olía, o ambas cosas a la vez, y así vivía el indio.

Fort le volvió a la realidad del presente.

-Basta de divagaciones, y atiende. Debes caminar muy tieso, derechamente, sin mirar a un lado o a otro, sin parpadear y diciendo a cada momento «¿Quién es? ¿Quién es? ¿Quién va ahí? ¿Quién es? ¿Quien? ¿Quién es?»

-¿Quién es? ¿Quién va ahí?

-Perfectamente. Vas aprendiendo.

-¿ Quién va ahí? ¿ Quién es, quien?

-Puedes abrirlos ya. Me guiarás hasta que hayas dado en el clavo -prometió Fort-. Un domingo por la mañana, frente a una iglesia católica! te reporta de diez a quince dólares.

-Si la lluvia sigue, esa gotera será mañana come* el brocal de un pozo -juzgó Dove. Y dirigió sus ojos al techo en donde se estaba formando un goterón que no tardó en reunirse, en la olla, con los que le habían precedido.

-¿ No te gustaría cenar esta noche en el mejor restaurante de la ciudad, *Tejas?* Sentarte en una mesa con manteles blancos, en medio de un gentío distinguido, y darle la orden al camarero que solicito acude...

-De todos modos, te lo agradezco, pero carezco de medios para devolverte el favor.

-Mira, *Tejas* -insistió Fort-. Hazme esta tarde de lazarillo y te doy mi palabra de honor que en cuanto hayamos ahorrado una buena suma tira«j remos las gafas. Piénsalo, muchacho.

Dove lo pensó el tiempo que invirtieron dos goterones en caer en la olla.

-La idea no me seduce, francamente. Me parece ya muy poco claro y

turbio el camino del éxito para que encima me pongas gafas negras y haga el ciego. Prefiero cargar con la maleta de muestras. No iré muy de prisa, pero por lo menos podré ver lo que hay delante de mis narices.

-La oportunidad llamó a tu puerta -anunció! Fort, solemne como un empleado de pompas fúnebres -. La oportunidad se va ahora por esa puerta! y jamás volverá a llamar a ella.

Y pomposa y altiva fuese la oportunidad en busca de otras puertas, y verosímilmente en busca de polos de chocolate apropiados»

Dove, solo en el sotabanco, repasó en su mente las oportunidades que llamaron aquel día a su puerta.

«Me fue ofrecida la posición de acompañante de un ciego, y la rechacé. Oportunidad número uno. Podría iniciarme en la fabricación de chubasqueros para los papaítos que no quieren serlo. Oportunidad número dos. Que no he rechazado todavía. En resumen: todo Indica que los tiempos difíciles han pasado.»

Fue a ¡la ventana y se asomó a ella para contemplar la ciudad. En la neblina que la envolvía parpadeaban tenues luces, pero el sol brillaba por su ausencia. Iba a apartarse de la ventana cuando tuvo una visión fugitiva de un sol que jamás viera antes. Dijérase que estaba agazapado detrás de un alero, como un ladrón de gallinas al amanecer. Dove se detuvo a ver qué nuevo paso daría. Y vio cómo se deslizaba cautelosamente, y mostraba una parte de su rostro, como el de un ladronzuelo encapuchado. Un sol de los bajos fondos, un sol de pocos vuelos, dispuesto a todo por cinco dólares.

Dove no esperó a ver lo que un sol de aquella especie se proponía hacer. Abrió su saquito de «Bull Durham» y, por supuesto, allí seguía, muy dobladito, el billete de cien dólares. Podía ver la cifra sin necesidad de desdoblarlo: él dinero que le había entregado Finnerty, intacto, incólume.

«Vendí mi alma al diablo y era justo que la cobrara», y así ahuyentó por completo el sentimiento de su culpabilidad.

Apartada del bullicio de la ciudad, en un suburbio plagado de palmeras, había

una casa que en otro tiempo había sido vivienda de seres humanos.

Dove subió una escalera silenciosa, dentro de una casa silenciosa.

La escalera que conducía al hogar de los Antipapaítos estaba envuelta en silencio y en efluvios higiénicos. Instintivamente buscaba Dove, sin encontrarlo, aquel letrero que no sabía leer pero «que sabía muy bien que prohibía, bajo multa, cualquier clase de ruido. Era aquella como una zona de hospital, de clínica, de laboratorio secreto; silencio y quietud. Vedadas las risas de los niños. Velados toda clase de ruidos. El entrar allí era como entrar en cuarentena.

Olores de anestesia, de éter o gases, como si en todo momento se practicasen intervenciones quirúrgicas, particularmente abortos.

Dove, sorprendido, sentía la impresión de que había entrado en un mundo extraño.

Era un mundo secreto, un principado en el que no había más ley que la de Rhino Groos. Su estado totalitario cuya única industria era singular artesanía a base de caucho Goodrich, trabajando en formas fantásticas. Rhino Groos era en aquel estado suyo el único diseñador, el único industrial, el único fabricante. Era el único director de una clínica singular en la que los abortos eran abortados.

Por las noches, en el silencio de muerte de sus Loras profundas, el viejo Groos percibía el blando rascar de su legra raspando las paredes de una matriz, en un cuarto en el que no había otro sonido que el rase, rase, rase de la legra.

Ahora, a la luz del día, el ex doctor, el ex abortador, ex charlatán, ex timador, ex hombre, ex todo, envuelto y blindado por capa tras capa de tejido adiposo, con un abdomen prepotente que de no contenerle la pretina del pantalón se desbordaría por los muslos, era un bípedo racional en plena decadencia, cuyo oído era excelente, pero cuya vista era deficiente, pronta al menor ruido -el chasquido de una rama - a refugiarse en la tenebrosidad de su selva particular. No obstante, en aquella ocasión permaneció unos segundos con el morro en alto, trémulo, olisqueando el aire peligroso, preguntándose si debía o no agredir al intruso que había penetrado en su sagrado recinto.

Dove olfateó a su vez al que olisqueaba, en la orilla también de su selva particular, sin saber que lo que olfateaba era el penetrante olor a caucho quemado que dominaba en toda la casa. Cuando se vive en medio del guano, éste lo impregna a uno, y hace que toda su persona huela a guano. El cuerpo de Groos estaba impregnado de caucho, y su cuerpo, como su dinero, apestaba a caucho.

-Primero tendrás que aprender los rudimentos del oficio -le dijo Groos a Dove-. Sólo así podré juzgar tus merecimientos -luego, con el fin de mostrar al intruso su espíritu agresivo se puso a gritar a voz en cuelo-. ¡Welma! ¡Welma!

Unos pasos ligeros e hizo su aparición una mujer cuya vida estaba ya consumida. Lo mismo podía tener treinta y cinco que sesenta años, a juzgar por los restos que quedaban de ella. Llevaba un delantal de caucho sobre un vestido color de goma, y dos trenzas recogidas y atadas con un enorme lazo color rosa que brincaba como si el mismo pelo fuera de goma elástica. Aparentemente, su vista no era mejor que la de Groos, porque para poder ver al intruso se quitó los lentes y como no tenía a mano un trapo con que limpiar los cristales, Henos de un polvillo ¡rojo, se agachó y tomando la orla de su bata se sirvió de ella para desempañar aquéllos.

-Fíjate en el lacito que trae la señora -exclamó Groos con una risita burlona -. Welma, la dama vulcanizada. ¡Una esposa modelo! ¡El paradigma de las madres! -su tono se hizo acerbo -. ¿Qué has creído, mujer? ¿Que ese lazo te convierte en ser humano?

La mujer se puso los lentes y examinó a Dove con una expresión radiante, como si las palabras de su marido hubiesen sido de alabanza.

-Es fino y agudo como un arado -aclaró la mujer sin mostrar irritación alguna-. Tiene dos caras, y las dos son falsas. Un charlatán, un sacamuelas de los pies a la cabeza, y de una audacia temeraria: capaz de robarle la hucha a un niño enfermo de poliomielitis. Ahora, si quiere ver cómo se fabrican estos artículos, sígame.

Dove siguió a la mujer hasta lo que era, aparentemente, el núcleo de la fabricación. Una cocina espaciosa. En ella se veían moldes de distintas especies, latas llenas de goma líquida, botes de pintura, brochas y pinceles, probetas con soluciones di versas.

Era éste también el lugar en donde se sacaban del horno, como panecillos calientes, las *Flechas de Cupido* y en donde se enfriaban igualmente los *cosquilludos* y los *recalcitrantes.* Los *chirigoteros,* ahora no muy solicitados, habían pasado ya de moda, pero los *ding-dong* gozaban ahora del favor público, y tenían ante sí un futuro prometedor. Veíanse también los coraceros, muy empenachados, así como la última creación de Groos, los *Barney Google*[25], que, en este momento, prendidos por sus morros, con pinzas de madera, colgaban de un alambre.

Sin embargo, a través de aquel denso ambiente hecho de goma, pintura y trementina, Dove percibía un grato aroma, lo bastante poderoso para dominar aquellos malos olores. Era algo que provenía del horno, excluido por el momento de sus funciones primordiales. Cuando Welma fue a echarle un vistazo, Dove tuvo la rápida e inenarrable visión de un pollo asándose en un lecho de boniatos.

-No haga caso de Groos -le tranquilizó la mujer-. Sus chillidos y arrebatos no indican más que una cosa: miedo, miedo insuperable. En verdad no sé de qué está asustado, porque sólo me tiene a mí en la casa. Es su mala conciencia lo que le pone enfermo, y el saber que pronto liará el petate.

-No le hice mucho caso -le dijo Dove, galante- porque ese lazo que lleva usted es precioso y la favorece mucho, señora.

-Gracias, hijo -se sentía halagada en extremo-. Ahora mismo voy a mostrarle el papel que desempeña el preciosismo en la fabricación de estos adminículos.

Se proveyó de un fino pincel, que impregnó en una sustancia líquida de goma y se puso a pintar sobre una de aquellas vejigas, y mientras lo hacía expresó, con un ademán de la cabeza, que Groas estaba escuchando a la puerta de la cocina. Levantando la voz para que su marido pudiera oírla, dijo:

-Quiere hacer creer que su único temor es que la bofia le trinque, pero eso no es verdad. El se lleva muy bien con la *polilla,* como todos los apolillados. No. Su miedo es otro, y no le deja vivir en paz.

Groas asomó por la puerta su enorme cabeza.

> - *La* vieja lagartona mete-manos - vociferó *como* el que anuncia los trenes en las

estaciones- Reclamada por todos, menos por la Iglesia. Una imano en el pecho y otra en el bolsillo del prójimo. - Desapareció dando un portazo, para que no le insultara ella a su vez.

Welma, la mujer vulcanizada, según advirtió Dove, tenía reflejos cobrizos en su cabellera de un rubio acendrado, y en su rostro se veían todavía vestigios de nórdica belleza. Percibió que estaba humanizada a la par que vulcanizada.

-Todas las ventanas en esta ciudad me recuerdan Arkansas -le dijo confidencialmente a Dove -. No estaría en la cárcel peor de lo que

estoy en esta casa.

Sentada a la ventana, oteando con pasmo un mundo de maleantes y granujas, sus mejillas se habían hundido y agrisado su cabellera de un rubio acendrado que daba a su rostro un aire de inocencia..., una inocencia que no correspondía a los pensamientos que anidaban en su cabeza.

Mamá, al pueblo voy, ¿qué te traigo de allí?

tarareaba, y ella misma se daba la respuesta:

Un *sombrero de plumas y un ramo de alhelí,*

Procedía de un largo linaje de ladrones rurales que se habían hecho fuertes y

astutos en los montes. Welma se había hecho fuerte y astuta en la ciudad. Y finalmente, juzgada demasiado astuta por, las autoridades, había sido relegada al reformatorio de mujeres de Aldington. No había cumplido todavía los veinte abriles cuando se distinguió diciéndole a una matrona negra: «Guárdeme tantito así», a la vez que le hundía en el abdomen un cuchillo de a palmo.

-¿Ponga un mantel limpio esta noche, cuando cenemos -le ordenó a Dove-, Encontrará uno en el aparador.

Welma puso sobre él mantel limpio un surtido de viandas del Sur: pan de maíz,

boniatos, quimbombó, gachas, arroz, pollo, salsa de cebolla y torta de batata.

Dove jamás había visto a nadie comer como M Groos. Welma no se cuidó de poner junto a su plato tenedor, cuchara o cuchillo. Groos no los necesitaba se servía únicamente de sus dedos, especialmente del índice y del pulgar, y cuando se le escurría por entre ellos un huevo frito, juntaba las rodillas y recogía en sus pantalones todas las partículas del mismo.

-¡Un pollo suculento como hay Dios, señora!- exclamó Dove con sincera efusión. El pollo estaba suculento, apetitosos los boniatos y en cuanto a la salsa y a las gachas, insuperables, infortunadamente, el polvillo rojo que flotaba en el ambiente había impregnado el pollo y sus ingredientes, y todos los platos habían quedado reducidos a uno: caucho vulcanizado. A Gross le encantaba el gusto a caucho. Cuando se trabaja con caucho, no solo come uno caucho, sino los sueñas que se tienen llegan a uno cauchutados. Al cabo de veinticuatro horas Dove tenía el aspecto y el olor de Welma, la mujer vulcanizada. Aquello negro que tenía entre los dedos de los pies no eran hormigas muertas, sino partículas caídas del molde de los *cosquilludos* que habían traspasado sus calcetines.

Vertían el caucho derretido y calentaban la cola, fraguando los moldes y pintando las vejigas, pegaban los penachos y colgaban de las cuerdas el producto acabado. Luego venía la tía, la eliminación de los defectuosos, el envase y el cumplimiento de los pedidos.

Welma instruyó a Dove de que jamás debía colocar un *Flecha de Cupido* al lado de un *Rey Tut,* y que los *cosquilludos* debían separarse de los *blindados.*

'Por la noche los tres parias se sentaban en la oscuridad de la extraña casa y oían, lejanas, las voces del mundo exterior. Al extremo de aquella calle bordeada de palmeras había un parque de recreo, y desde sus montañas rusas y sus columpios la vida humana, expresada en risas y gritos, llegaba hasta ellos, los tres proscritos,.envueltos en una oscuridad cauchutada, como tres fantasmas todavía por nacer,

-Hijo - Groos comenzaba siempre sus discursos de cada noche con la misma frase-. Hijo, no todos los antipapaítos cuelgan de esas cuerdas. Hay uno sentado aquí, en una mecedora. Por favor, baja la luz de esa lámpara o bien deja de mirarme. Siento aversión a ser examinado. Gracias.

Dove volvió a otro lado la vista.

-Hijo creo advertir en ti dos puntos flacos, y cualquiera de ellos puede arruinar tu vida. Las mujeres y el whisky, en el orden dicho. Sigue mí consejo, si no quieres acabar como yo, convertido en otro Barney Google. Por de pronto, la primera cosa que debes hacer es tirar la camisa que llevas puesta. Jamás lleves colores claros. Recogen el sol. Él mejor color es el azul, el azul de los carteros. El secreto para no acabar colgado de una cuerda como un antipapaíto es asemejarse lo más posible a un cartero, ¿Quién puede distinguir a un cartero?

¿Quién lo conocería si cambiase de traje? Usa una gorra con una visera que te sombree los ojos. Lleva también lentes que rechacen la luz. Déjate el bigote pero sobre todo no pongas los pies en un bar. Si quieres beber, métete en un cuarto, cierra la puerta y bebe solo. La convivencia te lleva a las palabras y las palabras a la pelea a puñetazos, y la pelea a puñetazos a la rabia. No dejes que te domine la rabia. La gente jamás olvida el rostro de un hombre desfigurado por la rabia.

»Mi propia apariencia fue siempre tal que no era necesario que perdiese los estribos para llamar la atención de la gente. El transeúnte no dejaba jamás de recordarme con una fidelidad asombrosa, de suerte que cinco minutos después de haber ocurrido el incidente, mi descripción completa, con la medida incluso de mi sombrero, se hallaba en la jefatura de policía.

»Si tienes la inclinación de fiarte de la gente, sobre todo de las mujeres, refrénala. Eso conduce al funesto vicio de dar, el peor de todos los vicios.

»Guárdate de las flores, de fiarte de la gente» de las mujeres, de ser dadivoso. En una palabra, no regales flores a una mujer de tu confianza.

-Tenga paciencia, joven -terció Welma, dirigiéndose a Dove -. Es su rollo, y tendrá que aguantarlo hasta el final.

-Desde que comenzó el mundo - prosiguió el anciano -, no ha habido mujer que aceptara el obsequio de unas flores únicamente como una simple expresión de afecto o galantería. Finge que le causa un placer extraordinario este humilde obsequio. «¡Oh! - exclama -. ¿Unas margaritas para mi? En el fondo, este obsequio le encanta. Es el primer pago que haces de tu mano, de tu corazón, de tu cerebro; lo sabe ella muy bien, aunque tú no lo sepas. Después de las margaritas viene la caja de bombones y a continuación todo lo demás. Perfumes, fruslerías y cómo no, un reloj de pulsera con brillantes. Del reloj de pulsera al anillo de compromiso no hay más que un paso, y ese paso lo das, ¡pobre merluzo!, sin que tú mismo te des cuenta, ¡y te has caído con todo el equipo! Tendrás que empeñar hasta el último de tus huesos para sostener la casa, el coche, los niños, la criada... Has renunciado a tu libertad ¿Y a cambio de qué...? ¿Qué te ha dado ella a ti?

»Ni que decir tiene, te ha dado su blanco cuerpecito virginal, ¿no es eso? No le digas a ella que también tú le has dado tu propio

cuerpecito sonrosado, eso sólo lo diría un canalla; no, hijito, jamás te dará nada, ni la hoja de una margarita. Pero no tardarás en descubrir que el apaciguar ese blanco y tierno cuerpecito es un trabajo como otro cualquiera, con la desventaja de que no tienes vacaciones pagadas. Si te niegas a hacerlo, siempre habrá amigos oficiosos que querrán ocupar tu puesto. ¿Por qué crees que me pagan dos dólares por un *cosquillado,* si no es porque temen que el gato se les escape de la talega? "

»Cuando veas a una mujer, apártate de día. Y si quieres pasar un rato divertido, acércate a un microscopio y observa el comportamiento de los espermatozoides. Son miles y miles, millones, y se parecen unos a otros de una manera extraordinaria. Van y vienen, como desorientados, de un lado a otro, dando bandazos, como borrachos por una calle sin faroles y con todas las puertas cerradas.

»¡Ojo avizor! No ames, no te confíes, no sea«dadivoso. Huye del vino, huye de las margaritas, huye de la gente que ríe fácilmente. Huye de la amistad, hijo, sólo te traerá disgustos, Y ten presente que no son tus enemigos los que te echan abajo, sino tus amigos.

»No lo olvides y guárdate de señalar con él dedo a un individuo - diciendo: «ése es el hombre». Recuerda que tienes que estar completamente seguro, hijo. Si tienes la más mínima duda, tu deber es decir que no estás absolutamente seguro. Comprende que si mandas a la cárcel a un hombre, por una identificación falsa, te conviertes tú mismo en un criminal, en poco menos que un asesino.

-Tiene una herida secreta y está respirando por ella - observó Welma.

-¿Por qué? -esta vez Groos se dirigió directamente a ella -, ¿por qué no le cabe a un anciano el derecho de morir en su propia cama?

La mujer vulcanizada no le contestó. Su silla estaba vacía. Se había ido de puntillas con el solo fin de que su marido se carcomiera de ansiedad.

-¿Adónde ha ido? ¿Hace mucho que se fue? ¿Por qué no hablas, hijo?

-Creo que fue a su dormitorio, señor -le dijo Dove y esperó paciente el resto del discurso, mientras Groos iba a escuchar a la puerta del dormitorio. Después de comprobar que la mujer se había abstenido, por esta vez, de cruzar la frontera, volvió a su mecedora. Pero guardó silencio el resto de la noche.

Groos vivía sumido en un ambiente crepuscular, casi irrespirable, en compañía

de una mujer con la que se había casado para hacerla su prisionera. La prisionera se había convertido, con el tiempo, en carmín estera, y él era ahora el prisionero. Welma sabía acerca de él lo suficiente para mandarlo a presidio para el resto de sus días, pero poseía igualmente enlaces secretos que Groos temía más que a la ley reglamentada. Sabía que la mujer podía deshacerse de él sin necesidad de recurrir a trámites legales. El día menos pensado podía ella descolgar el teléfono, y aquella misma noche el vejete dejaría de mecerse en su mecedora.

Las funciones de Dove, según pudo éste observar, eran sencillamente encargarse de recados que de otro modo habría tenido que llevar a cabo Welma. La única satisfacción del anciano era ver a Welma trabajando en presencia suya. Aparentemente si algo había de ocurrirle, el anciano quería verlo con sus propios ojos.

Con todo, Groes se encargaba personalmente de menudos menesteres que no preocupaban a Welma. Todas las mañanas preparaba ella un paquetito. Lo envolvía en papel propio para los regalos, y lo ataba con cintas de colores. El viejo se lo llevaba bajo el brazo y cuando volvía, al cabo de una hora, el paquetito había desaparecido. Transcurrieron algunos días antes de que Dove descubriera que aquel paquetito sólo contenía desperdicios, mera inmundicia.

-Lo deja en un tranvía o en un banco para que alguien lo encuentre y creyendo que es algo de valor se precipite a su casa y lo abra, entusiasmado. ¿Qué otra cosa puede hacer ese vejestorio para divertíase?

Le pareció a Dove que debía de haber algo más que divirtiera a aquel vejete.

Cómo pudo ella encontrarlo en este suburbio plagado de palmeras, entre las montañas rusas del parque de recreos y las alegres fogatas, en las orillas del lago Pontchartrain, era algo que Gross no se cuidó jamás de averiguar. Se había casado con ella con el pensamiento desesperado de ganar su lealtad legalmente.

La mujer había deseado toda su vida un hogar propio. No tardó en descubrir que para Gross aquel matrimonio había sido como el primer

pago de una larga cuenta. Pronto tuvo posesión legal de todo

©llanto tenía Groas, y no se molestó en discutir con él o amenazarle. Se limitó a soportarle.

Lo que jamás pudo soportar fueron sus maneras de comportarse en la mesa.

-Juro que jamás vi antes en mi vida a un hombre que mojara galletas de ostras en el café -comentó a través de la mesa con Dove.

Groos siguió mojando, plácidamente, las galletas. Toda la pechera de su camisa la tenía llena de manchas de grasa.

-Será tal vez porque en Arkansas no venden esta clase de galletas -le contestó Dove, vertiendo un poco de café en el platillo-. Y a propósito -añadió al ver la expresión irritada de Welma ante esta nueva infracción de la etiqueta-, ¿por qué la echaron de Arkansas? Siempre lo olvido.

-No me echaron -corrigió Welma -, me prohibieron la entrada, que es distinto. Pero eso no viene a cuento. Juro y perjuro que jamás vi que nadie mojara galletas de ostras en el café.

-Soy duro de oído -dijo Groos-. Háblate a mi trapero.

Welma se levantó y volvió al fregadero para terminar de lavar los platos. Dove se puso a secarlos'" y vio como la mujer llevaba una mano furtivamente a sus ojos.

-¿No sé cómo puedo aguantar los insultos de ese viejo macaco-dijo en voz alta para que le oyera? Groos-. Es más de lo que puede resistir una persona normal.

»Dove trató de calmarla.

-No lo hace con mala intención, señora. Es su forma de mostrarle cariño.

Aquellas muestras de cariño no satisfacían en modo alguno a Welma:

-Allá en mi tierra a este hombre lo habrían colgado por los pies de un árbol.

Sentado a la mesa, en un extremo de la cocina, Groos seguía mojando galletas en el café.

-¡Mira! -exclamaba, triunfante-¡Qué ricas están empapadas en café!

Welma era el producto de un cruce entre un hurón y un tábano, pero como muchas personas dadas a la violencia, en estado normal gozaban de gran serenidad. Y en estos momentos solía cantar con voz desagradable:

Fuiste para mí amor y maravilla

mas ahora una ingrata pesadilla

y ponía, serenamente, manos a la obra, moldeando fundas de goma, pintándolas,

secándolas, tirándolas y encolándolas, y a la vez contando los días que tardaría el viejo en morirse de una vez. Porque Dove tenía la sensación de que ella prefería que muriese en la cama y no violentamente.

No quiso darle al anciano el sosiego que esta preferencia suya podría proporcionarte. Tal vez temiera que, aflojada la tensión en que vivía, viviera más tiempo del debido. Tampoco ella tenía mucho tiempo por delante. No podía permitirse el lujo de ¡La compasión.

Gran parte de la noche la pasaba él yendo y viniendo por la casa, en camiseta de felpa, escondiendo él dinero en los sitios más absurdos. En ocasiones desenroscaba el extremo de una de las columnas de la cama, introducía en el hueco un par de billetes y luego se olvidaba de volver a enroscarlo. Tenía tantos escondites como una ardilla en octubre y uno de sus favoritos era el depósito del agua del retrete. Introducía unos billetes en una de las fundas de goma, cerraba fuertemente su extremo y la ataba a los hierros del mecanismo de desagüe. Pero cuando oía la caída del agua y veía a Welma salir del retrete se precipitaba al mismo y se subía en el asiento para comprobar que aquélla no había descubierto su tesoro. Con estos naturalmente, revelaba su escondite, En realidad, Welma estaba al corriente de todos sus escondrijos, hasta el punto de que no necesitaba seguirle para descubrirlos. Cuando necesitaba dinero metía la mano en sus bolsillos y arramblaba con todo lo que encontraba en ellos. Si no hallaba nada en su bolsillos iba a la estantería de libros y ojeaba alguno de ellos hasta hallar entre sus páginas uno o varios billetes. Al anciano le era cada, vez anas difícil esconder los productos de sus operaciones.

En las temporadas calurosas, cuando los productos se secaban rápidamente bajo los ardientes rayo» del sol y en la primavera, abundante en lluvias, cuando aquéllas debían secarse bajo la estufa, el trío, incansable, vertía la goma y calentaba la cola, limpiaba los moldes y fraguaba las formas. No había tiempo para nada.

-Cuando se dobla el cabo de los sesenta -decía, lastimero, Groos- algunos días se siente uno inclinado a tomar un taxi y trasladarse al cementerio, y esperar junto a la losa la llegada de la *Pelona.* No obstante, cuando en todos esos sesenta años no se ha tenido un solo minuto de satisfacción, se resiste uno a esperar que le llegue su hora. Se desea algo que le compense a uno de tanta pesadumbre.

-Tal vez si hubieras dado más a tu prójimo como Nuestro Señor nos enseña -le recordaba Welma -habrías recibido más favores de la vida. Tal vez si cambiaras de ser, podrías tener esa compensación que dices.

-Si ese cornejo viniese de otra persona y no de ti, tal vez lo seguiría -reconoció Groos-. Viniendo de ti es un desatino mayúsculo. ¿Cómo voy a sustituir por otros mis viejos huesos? No me fue dado vivir de modo que pudiera dar a mi prójimo. Para mí era cuestión tomar o de morir.

-No necesitaste tomarlo todo para poder vivir-declaró la mujer.

-Tomé cuanto pude, es cierto - reconoció Groos-. Y ahora eres tú quien toma todo de mí. Anda -acercó a ella su dedo meñique engarabitado-, tira.

Una noche Dove se despertó y oyó que el anciana gritaba:

-¡Lagartona, mete-manos! ¡No puedes vivir sin *afanar!* - Estaba ante la puerta del cuarto de bañó* en camiseta *y* golpeaba la madera con ambos puños -. Ayúdame, muchacho. La hemos atrapado *in fraganti.* - En medio de sus gritos se oía la caída del agua una y otra vez. Por debajo de la puerta se veía luz. Parecía como si Welma se estuviese ahogando dentro del cuarto de baño.

Pero cuando lograron abrir la puerta hallaron el cuarto vacío. Cómo se las había compuesto la mujer para que el depósito se vaciara una y otra vez automáticamente, jamás lo supo Dove. Sin embargo, la encontraron acostada en su camita blanca virginal, 'simulando que dormía profundamente. Vieron sus zapatos al pie de la cama y colgando de una silla, simétricas, su medias de algodón.

Dove detuvo el fluir del agua y trató de calmar al anciano. Cuando lo vio sumido de nuevo en su desapacible sueño se levantó silenciosamente y se vistió. Ya estaba hasta la coronilla de goma vulcanizada.

Permaneció junto al anciano hasta que estuvo seguro de que dormía, y a continuación desenroscó el boliche de una de las columnas de su cama. Tenía ya en la mano el boliche cuando oyó, muy cerca de él, la voz de Welma. Se inmovilizó, turbado.

-Está vacío, hijito -oyó que decía-; mira debajo de la alfombra del pasillo.

De debajo de la alfombra del pasillo sacó un puñado de billetes y unos minutos después se perdía en las sombras de la calle bordeada de palmeras.

Y cuando más tarde recordaba aquella escalera insólitamente iluminada y aquellas noches y aquellos días pasados en aquel ambiente cauchutado, tenia la sensación de que era un sueño que Otra persona y no él hubiese vivido.

Más tarde, bajo el acicate de la curiosidad, quiso volver a aquel lugar fabuloso, pero no logró dar con él. Y comenzó a preguntarse si, en realidad había existido una casa en que los antipapaítos- colgaban de un alambre, sobre la llama suave de una estufa.

Un lugar envuelto en finas, finísimas partículas de goma vulcanizada.

> No era aquélla una ciudad para viejos o decrépitos. Palpitaba toda de amor,

amor tras los visillos y amor tras las puertas. Amor en las calles y plazas y amor en las aceras: amor en todas partes.

Particularmente en aquellas aceras al oeste de la estación del ferrocarril del Sur.

En donde cada ventana encuadraba alguna ave de amor lastimada en vuelo. En donde cada puerta con malla metálicaˆ era una jaula. La ciudad histórica se había convertido en una inmensa pajarera.

-Entra, chatín, aquí no mordemos a nadie. - El presunto cliente era

invitado una y otra vez mientras otras peripatéticas se disputaban entre sí, por determinado transeúnte-: Déjamelo a mí. Yo lo vi primero.

Aves de todas las edades y de todos los plumajes

Venidas de los campos o de los barrios bajos, hicieron sus nidos a ambos lados de la Darsera Sur. Unas eran de paso, otras acabadas de salir del nido familiar; las había con picos y garras, dispuestas a la batalla; también avecillas candorosas que sólo buscaban un huequecito en que anidar para siempre.

Por la noche, desde sus ventanas, oteaban la calle invadida por las sombras, como pájaros marino en la noche sobre un mar sin luna.

-Sube, precioso, o me tiro de cabeza a la calle.

-Vamos, rubito, entra, que vamos a pasarlo bomba.

Para la mujer venida de tierras lejanas, acostumbrada a las comodidades del Norte, aquellas palabras carecían de sentido. Jamás podría pasarlo «bomba» en aquel cuarto sórdido de Perdido Street, con su quinqué de petróleo, su piso de madera podrida, su camastro Infestado de chinches, su lavabo ¡resquebrajado, el cortinaje grasiento que servía de puerta, y los mosquitos que entraban y salían, zumbando, como perico por su casa; todo aquello parecía decir: «¡Chacha! ¡Te han atrapado! ¡Te han atrapado, nenita!»

Zanganeando toda la noche.

«Te atraparon, te compraron por un puñado de calderilla.' Tienes que conformarte, tienes que resignarte a vivir tu vida, Y para que los "blues" de la ciudad histórica no te hagan sufrir demasiado, recurre al alcohol o a los estupefacientes. La cocaína..., el whisky... y los "blues" son entonces para una canción de cuna.»

-Anda, chachito, págame otra consumición y haz conmigo lo que tú quieras -esto era lo que llamaban «pasarlo bomba» en Perdido Street.

No en balde los «blues» nacidos en la jungla africana se aclimataron tan bien en la jungla de Nueva Orleáns.

Para las chicas de las grandes ciudades la vida en esta jungla era más dura que para las chicas del campo. Estas eran más resistentes. Pero de todas, las que más se adaptaban al rigor inhumano de esta vida eran las procedentes de los pueblos marinos o algodoneros. Nada

significaba para ellas la vida dura y áspera. No habían conocido otra vida. A nada temían, ni a la ley ni a la cárcel, ni a la infección misma. La antracita había penetrado hasta sus corazones.

Cada vez que un industrial cerraba una mina o una fabrica textil, en West Virginia, Alabama, Kentucky, Pensilvania o Illinois del Sur, una banda de mujeres caía sobre la gran ciudad y el precio de carne blanca descendía varios enteras. No eran exigentes. Les bastaba ib suficiente para comprar un bocadillo «niño pobre» y una botella de leche.

Eran, en su mayoría, chicas enjutas, de sólido; esqueleto, y cuando se peleaban recurrían a los puños. Se peleaban como hombres. Eran el terror de las chicas de la ciudad y las chicas del campo. Bebían, se peleaban y gritaban más que ellas. También', les ganaban en desvergüenza.

-Soltar la mosca..., ¡estáis «trompas»!

Con la lengua todavía estropajosa de la borrachera cogida la noche anterior, las mujeres se burlaban de los jóvenes rigurosamente abstemios de Loyola y Tulane[26]. Jóvenes con redondas gafas de carey que preparaban tesis sociológicas y había»; oído hablar de las diversiones de Perdido Street.

-Profesor, déjeme que le hable. Vino de mirón, ¿verdad? Chicas, aquí Gafitas vino de mirón, a recrearse la vista. ¡Bueno, profesor, mire hasta cansarse! ¡Y no se asuste! No nos gusta la carne de profesor.

Los gritos soeces de las mujeres hacían huir al mirón impertinente, y éste, en sus sueños de Voyeur frustrado, veíase en calles extrañas, con mujeres asomadas a las ventanas, que le apostrofaban y se reías de él. En estos sueños eran ellas las mironas impertinentes.

Eran muy daros aquellos tiempos y durante los mismos las chicas tiernas se endurecían y las duras se enternecían. Algunas, muy juiciosas, le interpelaban a uno, en un susurro:

-Papaíto, dame lo que tú quieras. Estoy a la sopa.

Porque los hombres iban allí, unos para ayudan a las chicas a despeñarse, otros para salvarlas del despeñadero... lo mismo daba. Que desempeñase ano el papel de salvador o el del diablo, el precio era siempre el mismo: un dólar. Por dos dólares podía desempeñar los dos papeles. Perdido Street ofrecía a todos diversión a precios módicos. El pecado, en aquella calle, estaba al alcance de todos los bolsillos.

Chicas de Minnesota, con cabellos dorados como él trigo maduro: el sol del Norte había bruñido estos cabellos. Chicas de San Francisco, en cuyos ojo» se veían como brumas azules empujadas hacia el mar. En los ojos de las chicas de Oregon brillaba la lluvia. La lluvia que abrillantaba el pavimento de Portland, ponía reflejos trémulos en los ojos de las chicas de Oregon.

Chicas que hablaban con el dejo del Oeste; chicas con el hablar gangoso de las tierras llanas del Centro. Quiénes se dejaban el pelo largo como Anna Q. Nilsson o en trenzas como Ann Harding. Con el pelo cortado, o en bucles o cayéndoles sobre los hombros sonrosadas o cetrinas, las chicas se lanzaban, como un ejército bien disciplinado, a la conquista transitoria del hombre.

Enferma o necia, mutilada o descarriada, hoja recién caída u hoja marchita, las perdidas de la Ciudad Histórica hablaban siempre, alegremente, de maridos y mujeres, de caseros, de los días de colada, de las oportunidades perdidas como pudieran hacerlo las chicas decentes. Guardaban recuerdos de sus momentos más felices, álbumes y medallones, cartas y anillos, igual que las chicas decentes. Si se había casado con un hampón, y éste estaba pasando sus vacaciones en la Casa Grande[27], las chicas que se habían casado con hombres honrados sentían hacia ella ramalazos de envidia..., pero ¿no era esto también ib que les ocurría a las chicas decentes?

Pedían prestado a las amigas para facilitar ese dinero a otras amigas; traicionaban a aquellas que las habían ayudado sin otro objeto que hacer un favor gratuito a una persona totalmente extraña. Se dejaban explotar por un chulo, como si fueran bestias de carga, y durante todo este tiempo dejaban que las cortejara honestamente un individuo al que habían convencido de que jamás irían con un hombre que no fuera su legítimo esposo. Pero ¿no era esto lo que también, ocasionalmente, hacían las chicas decentes?

Las chicas decentes y las que no lo eran se comportaban casi de la misma forma en aquel alegre: verano del año 1931, en la ciudad de Nueva Orleáns. Y esto confundía a muchos yanquis.

No a los chicos del Sur. Estos eran más duros de pelar. En cuanto un mozo del Sur veía a una muchacha provocativa a través de la tela metálica de una puerta, comprendía que algo turbio se tramaba detrás de la mampara.

-Entra, buen mozo -decía la mujer, abriendo la mampara - no voy a morderte.

Y el chico, desde luego, entraba, por una cuestión de elemental cortesía. Pero no lo hacía enga-; nado; sabía que la mujer iba tras su dinero, y eso era todo. No, no era fácil engañar a un chico del Sur en aquel o cualquier otro verano de la Ciudad Histórica.

Aquella noche, después de que la lluvia barriera Perdido Street, el asfalto de esta calle se llenó de reflejos. Y era que estaban abiertas todas las puertas. En esta calle, entre un bailongo y una tasca, veíase a una mujer solitaria, tan abrumada de culpa que no se atrevía a ofrecerse a los que pasaban por delante de ella. Y sin embargo, en todo aquel día no había probado bocado

(Nadie sabía de donde procedían esas mujeres silenciosas, abrumadas de culpa, Ni tampoco qué era lo que sus ojos veían dentro de sí mismas, si muerte y tragedia, o una caja registradora; no se sabía si el pesar y el remordimiento la» comía vivas o bien se entregaban a cálculos mentales: «Un dólar, dos dólares, tres dólares; cuando tenga ocho me compraré un vestido estampado color rosa. Cuando tenga veintidós me compraré zapatos, también rosados.»)

Pájaros de todos los plumajes que trinaban, silbaban, gorgojeaban, gorgoriteaban: era una nueva especie de jardín zoológico en que los cautivos merodeaban a su antojo.

Había de todo entre ellas: mochales, grifas, aficionadas al tatuaje, gordas, delgadas y una enana que se llamaba a sí misma *Princesa.*

No había suficientes pastores para guardar y encarrilar este ganado. Chulos que jamás habían tenido más de dos mujeres batiendo el pavimento, no se daban ahora abasto. Había quien tenía hasta siete mujeres trabajando bajo su severa férula, todas ellas batallando entre sí para conquistar el puesto de favorita del *papuchi.*

Era un gran negocio para los «papuchis», pero éstos tenían que atenderlo y estar constantemente encima de él para no perderlo.

Oliver Finnerty, ex dueño de seis «mirillas» en el segundo piso de Spider-Boy Court, en cierta ocasión, obligado por las circunstancias (tres meses de vacaciones forzosas en la cárcel de la ciudad), había confiado a un camarada del gremio la custodia de una muchacha. Oliver había dedicado mucho tiempo al adiestramiento de esta joven, de la que mucho esperaba.

Le había dicho a la joven piruja:

-Nenita, mientras esté en el «talego», obedece a mi amigo. Cuando

él te diga: camina, camina derecho, lo haces sin discusión. Y al amigo te dijo: «Cuando le "des marcha", cuida de no señalarle la filarmónica[28], porque esto le daría una excusa para no trabajar y hora buena suerte, y que el cielo os bendiga a los dos.

Noventa días más tarde, pagada su deuda a la sociedad, Finnerty fue a reclamar su bien, y se encontró con una joven recatada, vestida de negro, con lentes. En cuanto a su colega, se había puesto a trabajar y estaba en «el tajo», cavando zanjas. Algo había salido torcido. Finnerty tuvo que emplear todo el día en la tarea de volver a la joven al buen camino, arrancándole el vestido negro y devolviéndole su atuendo de faena, el pijama. Cuando el amigo volvió del tajo, con su tartera del almuerzo bajo el brazo, la paciencia de Finnerty estaba ya agotada.

-Mira lo que has *hecho* a esta muchacha - le dijo, fuera de sí, a aquel Benedict Arnold[29] de la chulería-. Te entregué una muchacha sin malear ¡y la has desgraciado! Has echado a perder todo el buen trabajo que hice con ella. -A continuación agarró por los cabellos a la joven malograda y se puso a golpearla paciente, mecánicamente, sin odio ni rencor, como una medida profiláctica que se veía en la triste necesidad de administrarle. Y como una buena piruja que era, pese a todo, soportó el castigo, sin rechistar, porque sabía muy bien que, en cierto modo, lo merecía. Y que, una vez terminada la corrección, sería perdonada por él magnánimo *papuchi.*

Pero el que no sería jamás perdonado sería el amigo infiel, el Benedict Arnold de Chulilandia. Cuando ocurría uno de estos casos la culpa era toda del hombre. Desde este momento, expulsado del gremio, triste y melancólico, le estaría vedado el beber en compañía de los chulos honrados. Bebería, en adelante, en oscuras y lamentables tascas, en donde los zafios trabajadores juegan al dominó a níquel la partida y envidian a los que trabajan también los sábados. ¡Oh, si Oliver le diese otra oportunidad para regenerarse!

Pero Oliver ni par nada ni por nadie quebrantaría sus rígidos principios. Terminada la paliza, rotos los lentes y en el bote de la basura el Sargo vestido negro, se volvió hacia su ex colega y le intimó tajante:

-¡Tú! Recoge tu tartera del almuerzo, ¡y vuelve al tajo, a cavar zanjas!

Deshonrado, un ejemplo de ignominia para todos los chulos leales y consecuentes, el Hombre que Pudo Ser Uno y No Quiso, se fue sin decir palabra, y se puso a caminar, vacilante, desesperado, por un

pavimento que otros portadores de tarteras de almuerzo habían levantado tiempo atrás.

No volvería a frecuentar ya más círculos respetables.

Finnerty que se asemejaba al zorro australiano de orejas enormes, afirmaba que medía cinco pies justos[30], pero callaba que para alcanzar esta estatura llevaba botas de cowboy con tacones altos.

-Esa chica, con sus piños[31] en compota, no hace más que darme disgustos -se quejó en una ocasión, hablando de la muchacha que había estado con él más tiempo, Reba, la carirredonda de Chicago-. Sé que me ha sido todo lo fiel que puede serlo una pindonga, pero me preocupan sus piños. Cada mes necesita un arreglo, un puente, un relleno ¡qué sé yo! La mitad de los dentistas de la ciudad viven a mi costa.

-Si dejaras de partirle la boca, no tendrías que mantener a tanto dentista -le sugirió la mulata antiguamente llamada Lucille.

Oliver poseía cinco mujeres, una avioneta y un ratón cautivo. Se jactaba de ser el primer chulo en todo el Sur que transportaba a sus mujeres en avión. Esta jactancia, que no había quien echara abajo, llenaba de orgullo a cada una de las cinco pirujas del *papuchi* de uno cincuenta de estatura.

Embarcaba a las cinco en la avioneta, depositaba a una en las afueras de Baton Rouge[32], a dos cerca de Hammond y llevaba a las dos restantes a Gulfport. Ante las mujeres se justificaba diciendo; que trataba con ello de ahorrar tiempo, pero a sus colegas y camaradas les confesaba que era otro su propósito:

-Juntas las puedo resistir, pero por separado son inaguantables.

Como piloto tenía los mismos fallos que en otros tiempos truncaron su carrera de jockey. Cuando montaba a caballo nunca sabía qué hacer, si emplear el látigo o tirar de las riendas, y muchas veces hacía ambas cosas a la vez. En un avión, con cinco mujeres que vociferaban y daban órdenes a un tiempo, no sabía muchas veces qué partido mar, si aterrizar en una carretera o en la hierba. El asfalto de la carretera quemaba de tal modo los neumáticos de las ruedas que luego había que sustituirlas por un nuevo juego, pero él riesgo de una voltereta en la hierba y la consiguiente posibilidad de que fueran lesionados sus bienes semovientes era aún mayor. Un neumático se cambia, pero la pérdida de una buena pindonga es irreparable.

En cuanto veían las mujeres a su *papuchí* enredado en los mandos, todas a porfía trataban de ayudarle. Una cogía el volante, optando por la carretera, pero otra, de hábitos más económicos, pensando en lo que sufrirían los neumáticos, forcejeaba con ella; - ¡Idiota! ¡Sobre la hierba! ¡Sobre la hierba! - Finalmente el hombre, exasperado apartaba a puñetazos a las mujeres de los mandos, tomaba el volante y encomendándose a Dios y al diablo, tomaba tierra. Qué aterrizara sobre la hierba sobre el asfalto, blanda o bruscamente, las cinco pirujas, invariablemente, lo pasaban fenómeno. No había en el mundo un chulo viviente que, como Finnerty, procurase tan hondas emociones a sus pirujas. No era de sorprender que el que se dijera de una mujer que Finnerty le arrimaba leña a modo» fuera para ella un timbre de gloría en Perdido Street.

El ratón era un diminuto roedor que a duras penas se había librado de las garras

de la gata coja moteada de Hallie. La gata, perteneciente a una mujer que no tenía relación alguna con Finnerty, había caminado a tres patas durante tanto tiempo que no mataba ya, solamente lisiaba. Después de lisiar al ratoncito, éste se había arrastrado hasta un rincón, detrás del aparato tocadiscos. Finnerty lo sacó de allí y lo alojó en una vieja caja que había contenido polvos, con una ventanilla de celofán. Cuando adiestraba a una muchacha nueva, o quería corregir a una recalcitrante, la llevaba hasta donde estaba la caja con el ratón para que lo observase. La muchacha veía cómo el ratón, pese a sus sufrimientos, quería escaparse de la caja. Pero cuando el animalito parecía que al fin recuperaba la libertad, el «papuchi» lo cogía entre el pulgar y el índice, lo volvía a la caja y cerraba ésta.

-Cuando tengas la sensatez de este ratón, entonces, nena, nos entenderemos mejor tú y yo.

Era como una advertencia que por lo general tomaba en consideración la muchacha.

- *Papuchi* querido -le dijo una vez la rubia de Chicago-, llévame al hospital. No

me encuentro nada bien. -Recostó la cabeza en sus manos.

-Mira, muñeca -le dijo Finnerty-; me cuestas un ojo de la cara. En estos últimos meses te operaron tres veces si contar lo que me costaron las intervenciones, ¡fíjate los días que perdiste¡

-No debes hablar así a la muchacha -no se recató la Mamuchi de reprenderle delante de todas-. El libro de los libros nos dice: «Una mujer es tan preciosa como una fruta en un jardín cerrado.»

-A propósito de cosas cerradas, ¿por qué no cierras tú el pico de una vez? -contestó Finney-. Yo sé cómo tratar a mis mujeres, y si alguna vez les casco la cabeza con un ladrillo no es por maldad, amo para demostrarles que tienen la cabeza más dura que él.

Tenía el torso y los brazos de un hombre de metro ochenta de estatura. En él brazo derecho llevaba un extraño tatuaje. Un cigarrillo largo y estrecho cuyo humo formaba una inscripción: El rey dé la Grifa.

¡Lo que este tatuaje podía significar para él en; él caso de una detención por la policía era algo que jamás aclaró. Modestamente rechazaba la implicación del tatuaje:.

-No quiere decir en realidad que sea el rey del la grifa -decía -, sino que como grifo soy un rey.

Sus distingos eran demasiado sutiles para que uno se molestara en analizarlos. Se sabía que había traspasado a una de sus mujeres de unos treinta; y cinco años por un billete de a veinte dólares y una navaja automática, pero declaró que tenía razoné»: para creer que le había sido infiel. Infiel o no, si además de los veinte dólares le daban una lata de «hierba», estaba dispuesto a desembarazarse de todas con la excepción, por supuesto, de Reba, porqué a ponto fijo que le habían ofrecido por ella una carretada de plátanos verdes más una lata llena de marihuana y que había rechazado la oferta..

Pero antes de rechazarla había examinado detenidamente la «hierba», que tenía un tono verdoso claro.

-Si hubiese sido el verdadero cáñamo indio - reconoció- no habría respondido de mis actos.

Se refería a la variedad de cáñamo que sólo crece en las laderas del monte Popocatepetl,

Le gustaban los trajes con rayas anchas y los abrigos que llegaban hasta sus

rodillas; un hombre que se había adelantado diez años a su tiempo con

ojos tan pálidos como el whisky que tenia en el vaso.

-No sé cómo podría quitarme esa comezón que a veces me entra -se lamentaba -. Un cosquilleo en los dedos... ganas de apretar el gatillo.

-Deshazte de ese pistolón que tienes en la mesilla de noche - le aconsejaba Lucille.

-Eso, nunca. Sin él me siento desnudo, indefenso - le decía Finnerty, sorprendido. La mulata era su ama de llaves y sentía por él cierto cariño.

En una ocasión un hombrecillo, no más alto que él, se detuvo, pasmado, al ver aquella estrafalaria figura con atuendo de cowboy y oliendo rabiosamente a agua de colonia.

-¿Qué estatura tiene? - le preguntó.

Y Finnerty al punto le respondió:

-Si me pongo al lado de un indio alto, le llego al hombro. Usted, en cambio, le llegará al trasero.

-Yo no le he faltado -se dolió él hombre.

-Todo lo contrario. Me ha sobrado, ¡ Largo!

Si le hubiera agradado más él hombre que le había interpelado, le habría dicho:

-He decidido no enterrarte. Estoy a tu lado y en contra de todos. No, no te tocaré ni un pelo de la ropa. Es hora de que me libre de esa comezón de matar, y voy a comenzar contigo.

Si Oliver se ponía al lado de uno, este uno podía contar con él. Sabía que lo necesitaba. Y ¿quién podía, negarle a un amigo tan grande ciertos pequeños favores, como por ejemplo, invitarle a beber toda la tarde? ¿Qué era una amistad que no estuviese basada en unos cuantos whiskies?

No pedía favor alguno a las mujeres. Ni habla por qué tenerlas de su lado. Eran tantas como peces en un río revuelto. Y el cebo que empleaba para pescarlas era siempre el mismo. ¿Para qué variarlo? Era el cuento inmemorial de la casita en el campo, con vacas y gallinitas, o una granja avícola con todos los adelantos modernos, el centro referido por todos los chulos desde que comenzó la chulería.

-Mira, muñeca, no gastaremos nuestro dinero tontamente como hacen otras parejas -así comenzaba el cuento sempiterno-. No lo derrocharemos bebiendo y bailando en los cabarets. En el fondo, somos burgueses, dos almas puras que se quieren, y esta vida de golfería que llevamos podemos considerarla como un atajo..., el camino a campo traviesa que nos llevará al logro de mi ambición. Voy a decirte cuál es. A nadie se lo he dicho hasta ahora y te lo reservaba como una sorpresa: Una granja avícola. Le tengo echado el ojo a una y antes de cinco años será nuestra, muñeca. Cinco años más de ahorro y duro trabajo, y podremos comprarla, Claro que antes de entrar en ella, cariño, pasaremos por el despacho del juez de paz. Podrás pregonar a los cuatro vientos que eres mi esposa legítima.

Pasaban las semanas, los meses, los años. La mujer trabajaba con ahínco creyendo que cada día que pasaba le acercaba más a la casita de campo o granja avícola, que para el caso era lo mismo. El hombre cuidaba de alimentar el fuego sagrado y cumplía sus obligaciones de chulo que eran evitar que fuera a la cárcel y si no lo conseguía el ir a visitarla en ella; aleccionarla en todas las mañas del oficio y apartarla de los borrachos, de los ladrones, de los pederastas y de los depravados. Una o dos veces al año la llevaba a pescar con él.

Pero no le hablaba ya más de la granja avícola modelo. Alguna que otra vez, cuando ya hacía mucho tiempo que el sueño se había esfumado el rufián la sorprendía llorando. La acariciaba y le preguntaba, solícito:

-¿Qué ocurre, nenita? ¿Te encuentras mal? ¿Tienes calentura? Si quieres, no trabajes esta noche.

Murmuraría algo acerca de los polluelos y del grano que más le gustaba, pero él atribuiría a la calentura tales incoherencias. Después de un rato se pondría a llorar suavemente, sin que ella misma supiese por qué, como una niña llora por un mal sueño que ha tenido, aun después de haberlo olvidado.

Con el tiempo las lágrimas se irían secando. No Moraría ahora por cualquier cosa. Había agotado todos sus caudales, en lágrimas, risas y amor. Lo único que no se había agotado era su paciencia. Sentada en el salón, noche tras noche, indiferente, bajo una luz suave y en medio de una música de baile, se levantaba automáticamente cuando alguien con pantalones le señalaba con el dedo y decía:

-Esa que está ahí sentada.

Entonces, como un animalito amaestrado que realizase su número a toque de campana, se dirigía al cuarto que le había sido asignado, donde se hallaba todo aquello a que tenía derecho en este mundo: una toalla, un tubo de permanganato, una palangana de porcelana, unos caramelos de menta y una botella de «Coca-Cola».

Oiría, distraída, la pregunta sempiterna: cómo se llamaba, y su respuesta sería también según cosa- signa. (Esta semana te llamarán Amapola, nenita; Porque si les dejas que elijan su nombre se descuelgan con uno de andar por casa, como o Juana.)

Se reforzaría por sonreír al flete, y le despacharía lo antes posible.

Volvería al salón y a la luz suave y a la música de baile, y otro dedo la señalaría:

-Esa que está ahí sentada.

-Ahora puedes decir que has conseguido tu propósito -solía decir Finnerty-. Dócil y maleable no como cuando se empeñaba en que la llamaran por so horrible nombre propio.

-Sólo podías fiarte de ellas, cuando habían renunciado a todo, salvo a su cama» toalla y palangana. No podías fiarte de ellas sino hasta cuando olvidaban por completo que trabajaban por dinero. Eran necesarios muchos años de dedicación, para que un hombre pudiese conseguir este resultado. Sólo cuando un hombre recibía de cinco o seis lugares distintos y de diferentes «madamas» dinero en metálico -y no giros postales - podía proclamársele un chulo de categoría.

El talento de Finnerty estribaba precisamente en al desprecio absoluto que sentía por todo lo que se relacionaba con el sexo femenino. Para él las mujeres eran seres irresponsables. Y con el tiempo, bajo su férula, se conducían con perfecta irresponsabilidad.

La prueba era que tenía a dos de sus mujeres viviendo bajo el mismo techo; las dos trabajaban a porfía para él, pues a las dos había colocado el cuento de la granja avícola. Y las dos esperaban! que el dedo de Finnerty las señalara diciendo:

-Esa de ahí es la que yo quiero. Irma la Franchuta y Reba trabajaban juntas y cada una de ellas estaba persuadida de que sería la otra a la que Finnerty burlaría cuando sonara la hora de Judas. Mientras tanto, competían con ahínco, semana tras semana, para demostrarle cada cual a Finnerty que su fe en ella estaba bien fundada! Si una semana era Reba la que más recaudaban Irma *la Franchuta* se sentía tan

deprimida y desdichada que Oliver se veía obligado a animarla y alentarla:

-No te desanimes, muñeca, hiciste lo que pudiste. Esta semana tuvo ella más potra qué tú, eso es todo. Porqué en cuanto a tipo y hechuras, tú le das sopas con honda. Apuesto doblé contra sencillo que esta semana mejoras tú su marca.

Estimulada por esta apuesta puramente teórica? de su papuchi, *la Franchute* aquella semana hacía maravillas. Despachaba a sus clientes con tal velocidad que todavía se estaba poniendo los pantalones él último, cuando el siguiente entraba en el cuarto precedido de la vertiginosa piruja. Al cabo de aquella semana pudo comprobarse que había poco menos que doblado el producto obtenido la semana anterior por su rival, Reba.

Aquél sábado Finnerty la felicitó en presentía de todos.

-Jamás me he sentido más orgulloso que hoy de una mujer mía -declaró Finnerty- Se volvió a Reba y le dijo: -Aprende de está, holgazana. Y deja de beber, que no estoy dispuesto a pagar tus consumiciones.

En cambio invitó a beber a la Franchute, la llenó de mimos, le preguntó que quería para su cumpleaños y a dónde quería ir la Nochevieja (sucedía esto en el mes de julio) y le dijo que la granja avícola se hallaba ahora al alcance de su mano:

-Algunas semanas más como ésta y se habrán realizado nuestros sueños.

En las siguientes semanas la Franchuta batió todos los récords de la casa, hasta el extremo de qué tuvieron que contenerla y refrenarla, tanto en la casa como en la calle, porque ya sus clientes comenzaban a presentar síntomas de vértigo. Reba no le fue a la zaga y la rivalidad entre las dos pirujas se hizo tan reñida que llegó a ser tópico obligado de Perdido Street. En el bar de Dockery se hacían incluso apuestas. ¿Quién de las dos pindongas de Finnerty ganarla el campeonato de la Pindonguería local?

Una broma que a todos hacía reír; a todos, menos a las dos campeonas.

-Es horroroso el desprecio que sientes por la mujer -hubo de exclamar, exasperada, la mulata.

-No lo creas, *Mamuchi*. Es una cuestión de legítima defensa. Con la mujer hay sólo una alternativa: o la devoras o ella te devora a ti, Y yo prefiero lo primero. Soy muy delicado y no quiero que una mujer, por guapa que sea, me hinque el diente.

Y era, en verdad, un hombre delicado. No era zafío, ni blasfemaba ni era jactancioso o fanfarrón como un colega que una vez se le presentó diciendo

-¡Chócala, Rompetechos! Me dicen que tenéis cinco *bondadosas*[33] laburando para vos. No está mal, dado el tamaño. Yo tengo quince, seis en San Francisco, cinco en Miami, tres en Kansas City, y una en el hospital. Se me fue la mano y total, nada. Fractura del cráneo y tres costillas hundidas.

Pero, se pregunta uno, ¿por qué una mujer en su sano juicio estropea su salud para que un degenerado con patillas pueda pasearse bien trajeado y reluciente?

¿Qué mujer en su sano juicio compartiría su cama con un hombre borracho y esperaría a que éste, ya un tanto repuesto de su embriaguez, la dejase para volver al domicilio conyugal, sólo para que un Finnerty se beneficiara del producto de la «dormida»? Y todo para terminar, un guiñapo humano, en algún burdel de mala muerte de Trinidad o de Jamaica...

Era algo que la *Mamuchi* mulata pretendía no comprender, aunque lo comprendía más de lo que dejaba traslucir. La verdad era que una mujer de la vida sin protección masculina estaba expuesta a caer presa de muchas tentaciones: el alcohol, él juego, las drogas. *Mamuchi* sabía muy bien que la mano férrea de un gran rufián apartaba a una mujer de aquellos vicios y podía hacer de ella una buena piruja, si ésta era su vocación.

Mamá Lucille detestaba la violencia; no obstante, no transcurría una semana sin que se viera obligada a decir a una de ellas:

-Muñeca, no me obligues a llamar a Finnerty para que te dé una buena corrección.

Y cuando Finnerty acudía y se arremangaba los brazos para la consabida *marcha,* no dejaba nunca de decir:

-Nena, ésta va a ser una magnífica lección para ti. Algún día me lo agradecerás.

Más de una inocente, decidida a conservar sus ganancias y no a regalarlas a un tercero, abandonaba al chulillo de oscura tez que la explotaba en Ornaba y se marchaba a Nueva Orleáns a dedicarse al negocio por su cuenta exclusiva.

Pero más tarde o más temprano, que se alojase en un hotel o en un cuarto amueblado, el empleado del hotel o la dueña de la casa se las arreglaría para intervenir en su vida, con su consentimiento o sin él. La dueña de la casa usaría el procedimiento habitual:

-Mira, cariño, voy a presentarte a un sobrino mío, que es viajante de géneros de punto. Es un chico simpático, muy alegre. Vendrá a pasar el fin de semana en Nueva Orleáns. Me gustaría que le acompañases y le enseñases los lugares más divertidos de la ciudad.

El empleado del hotel no solía usar tantos remilgos.

Llamaba a la puerta del cuarto y se colaba de rondón, con su americana chillona, y una mano en la cintura. Después de advertir a la chica que no era hombre para andarse con rodeos y que le gustaba ir derechamente al grano, acababa diciéndole:

-Mira, guapa, si te dejas guiar por mí irás de primera. Por de pronto, deja estas cuatro paredes.

Tengo un pleito en el centro de la ciudad que es un encanto.

Mamuchi alojaba en su casa a una muchacha que no tenía chulo ni lo tendría

jamás. Se llamaba Halle Breedlove y su presencia en Perdido Street tenía por origen ciertos rumores, propalados en cierta localidad, de que una maestra de escuela no era m blanca. Hallie había logrado hacerse pasar por blanca durante una buena parte de su vida, y se había casado con un hombre blanco, y que de haber sabido que tenía sangre negra en sus venas no se habría casado con ella. Cuando aquellos rumores les obligaron a abandonar el lugar y a refugiarse en Nueva Orleans, ella se las arregló para ocultarle la verdad, pero vino al mundo un niño y la verdad salió, del pozo. Desde entonces no volvió a ver a su marido. Pese a la profesión que abrazó, mantuvo erguida su cabeza, cuidó hasta el extremo de su salud, y ganaba más dinero que las demás. Si alguna de aquellas mujeres lograba un día poseer una granja avícola, Hallie sería la afortunada.

No obstante, cuando Finnerty *te* propuso ponerla en primerísimo lugar en la lista de candidatas a la ilusoria granja, no tuvo en cuenta- que por primera; vez se encontraba can una mujer en su sano juicio.

-¡Mira qué bien, papuchi!-exclamó Hallie sin mostrar un entusiasmo excesivo por la oferta. -. Pero no te creo, y estoy muy enfadada contigo...;-Hizo unos pucheritos, aquella esbelta mujer, que le llevaba al hombre más de media cabeza.

-¿Enfadada con el papuchi? - Finnerty no daba crédito a sus oídos -. ¿Por qué?

-Porque le prometiste a Reba que jamás tendría que meterse en el gallinero para limpiarlo, y a *la Franchuta* que su único trabajo sería mirar los huevos al trasluz. Así, pues, yo sería la que limpiaría el gallinero, daría de comer a los pollitos y haría todos los trabajos sucios de la granja, ¿Te parece justo, papuchi?

- Esas dos están mochales perdidas -exclamó, risueño, Finnerty -. ¿Crees tú que

yo dejaría a esas dos payasas, criadas en la ciudad, que pusiesen los pies en mi granja? Tú y yo sabemos lo penosa y ruda que es la vida del campo y los trabajos que cuesta llevar adelante una granja como la que yo tengo en el pensamiento. Contigo soy sincero, ¿Qué somos los dos, en el fondo, sino gente sencilla del campo? Sabemos muy bien que a nada se llega sin un trabajo duro y seguido. ¿Verdad que lo sabes, muñeca?

-Dices que esa granja la tienes en el pensamiento, ¿Por dónde cae ese lugar, papuchi?

Supo entonces Finnerty que Halle le estaba tomando el rizoso flequillo.

-¡Está bien! ¡Sigue golfeando hasta los sesenta años! -exclamó, dándose por vencido-. Peto no acudas a mí pidiéndome ayuda.

-No dije que renunciaba a tu ayuda-exclamó Hallie, prudentemente, no queriendo destruir todos los puentes.

No obstante, cuando Irma *la Franchuta,* meneando tristemente la cabeza, le decía: «Pobre Reba. No es que me sea simpática, pero ¡ me da una lástima tan grande I. ¡ Oliver le toma el pelo de tal forma...!» Hallie se reservaba para sí todo comentario.

Porque también Reba se apiadaba de Irma la *Franchuta.* ¡Cuánto había de sufrir la pobrecita, cuando ella y Oliver se fueran a la granja que tenía el rufián en el pensamiento!

Hallie se apiadaba de ambas y asimismo de Floralee. En verdad, sentía compasión por todas ellas.

Por todas, aunque no por Oliver Finnerty. No había lugar en su corazón para aquel hombrecillo avieso que se roía las uñas. Su sola vista le revolvía él estómago. Y en cuanto a Finnerty, si bien toleraba su falta de interés en su granja, no podía perdonarle la indiferencia desdeñosa que Hallie sentía hacia él. Esta indiferencia hería profundamente su extrema vanidad.

Y en una ocasión en que la halló sola acariciando a su gata coja, aquella perversa gata que había lisiado a su ratoncito, creyó llegado el momento de poner las cosas en su punto.

-Muñeca, vas a demostrarme ahora tu buena educación. Irás a esa cómoda, sacarás todo el dinero que guardas en ella, hasta el último centavo, y vendrás aquí a ponérmelo en la mano. Un solo níquel que me escamotees será como si me lo escamotearas todo. Un puro robo. Anda, muévete.

Hallie dejó de acariciar a la gata y lanzó al rufián una mirada penetrante, cargada de desdén. Luego, tomando a la gata y haciéndola reposar cómodamente en el hueco de su brazo fue a la cómoda y se adosó a ella sólidamente. Vestía un albornoz, rojo en otros tiempos, de un color rosa pálido ahora. Llevó la mano a uno de sus bolsillos.

Finnerty fue a la puerta, la cerró con llave y dejó caer ésta en uno de los bolsillos de su pantalón.

-Ya sabes, muñeca, cómo las gasto -la amenazó.

-No voy a cortarte la cara -le dijo Hallie, suavemente -, ni a señalarte. No te arañaré tampoco ni te echaré vitriolo a los ojos. Los ciegos me dan muchísima lástima. Lo que sí haré contigo será matarte. Ahí, en donde estás, y si pasas la puerta te mataré en la escalera, y si no puedo matarte en la escalera, te mataré en el recibidor. Si consigues salir a la calle, te mataré en la acera. Te mataré en donde quiera que te encuentres.

Finnerty inclinó a un lado la cabeza, el ceño fruncido por la duda.

-¿Has perdido algo, Oliver?

-Mi llave -dijo-. He perdido mi llave,

-Querrás decir la mía,

-Sí, tu llave.

-Está en el revés de tu pantalón. Tienes el bolsillo agujereado. Tráeme luego el pantalón y te coseré el bolsillo.

(De habérselo traído, habría cosido bolsillos al asiento del pantalón.)

Fue *Mamuchi* la que se encargó de tal tarea, según descubrió más tarde Hallie, cuando vio a la mulata, alcahueta y confidente, con sus cabellos grises, su rosario alrededor de la garganta y unos pantaloncitos como de niño encima de las rodillas, enhebrando una aguja con la paciencia y resignación de una buena madre.

-Estoy cosiendo un bolsillo de los pantalones de Oliver -explicó mientras trataba de enhebrar la aguja-. Sí, ya sé; para la gente el chulo es un ser despreciable, sin embargo, para ciertas mujeres no tiene precio. Bien lo necesitan cuando se hallan enfermas o en la cárcel. Entonces, ¿quién sino él está al pie del cañón para protegerlas y ampararlas constantemente?

»Oliver no inventó su profesión -prosiguió *Mamuchi* -, como tampoco nosotras inventamos la nuestra. No sé de un rufián que haya sido elegido alcalde, ni siquiera que haya votado para elegir uno. ¿Por qué censurarles? No fueron ellos los que hicieron las leyes y permitieron la prostitución. Si nadie quisiera ser chulo, no habría uno en la tierra. ¿No es extraño que los que proclaman que somos una vergüenza pública sean los que nos pagan mejor? Tú sabes muy bien quiénes son los que vienen los sábados por la noche, a primera hora, gritando como descosidos: «Aquí, ¡dos mujeres y una botella!»

-¿Qué tiene de malo que pidan una botella dos mujeres? -preguntó Hallie para averiguar adónde iba la buena *Mamuchi.*

-Me parece muy bien, cariño, que pidan dos mujeres y una botella, o tres o cuatro mujeres y toda una caja de botellas. Lo que me encocora es que, al día siguiente, esos teísmos caballeros echen pestes de aquello que tanto les encantó el día anterior. -La *Mamuchi* que entretanto no había logrado enhebrar la aguja, mojó el hilo y lo estiró y

-Oliver escogió este oficio como pudo haber p elegido otro. En

cualquiera habría tenido éxito.

Hallie no acertaba a comprender a *Mamuchi,* y ésta se le aparecía muchas veces como un enigma. Un enigma vivo. En cierta ocasión la vio en la co-J ciña, desalentada, mientras Reba y Finnerty comían.

-¿ Vas a tomar un poco de café, muñeca? - oyó que Finnerty le decía a Reba, -*Sí, papuchi.*

-Entonces, haz café para dos, y tráete aquí el mío.

-Está bien, *papuchi* -convino la muy leal y fiel *Mamuchi*-, pero, por favor, dame una rebanadita de pan con mantequilla. Después de todo trabajo para ti.

Reba se había criado en un orfanato de Chicago, a pesar de que sus padres vivían. La visitaban por turno, los domingos, pero llegó un domingo en que ni uno ni otro se presentaron.

-¿Sabes? -le dijo entonces una de sus compañeras de orfanato-Tu padre es un canallita -y de un empellón la mandó contra la pared. Un clavo que allí había le produjo una lesión en el ojo derecho, de resultas de la cual quedó bizca de aquel ojo para el resto de su vida.

Ahora había hallado una especie de padre, probablemente más canallita que el verdadero, pero, por lo menos éste la visitaba todos los días y, en ocasiones, dos veces al día. Era «Mi Oliver aquí»; «Mi Oliver allá» y «Mi Oliver está entusiasmado con el pijama de seda cruda que le regalé, hasta el punto que ha estado dos días sin quitárselo. Ahora voy a regalarle un par de botas de cowboy del mismo color que el pijama. Estará bonísimo.»

La rolliza mujerona de Fort Worth se echó a reír,

-Según me han dicho, le escondiste los pantalones para que no saliera de casa, pues, al parecer, le estaban buscando para aplicarle unas semanas de trabajos forzados.

-A mi Olí ver no hay quien le haga trabajar ni forzadamente, ni voluntariamente. El trabajo no está hecho para él -afirmó Reba con altanería, defendiendo el honor de su chulángano -. En toda su vida no ha trabajado ni una hora. Si alguna vez se arremanga los brazos es para arrimarnos unos buenos cates, y eso no es un trabajo para ü, sino un deporte. Ni siquiera se toma el trabajo de quitarse las botas cuando se mete en la cama.

Nada rebajaba tanto la dignidad humana como el trabajo manual. Por eso en el barrio de Perdido Street el máximo insulto que podía lanzar un hombre a otro era éste:

-¡ Anda, coge la tartera del almuerzo y vete al tajo, a cavar zanjas!

Finnerty se apresuró a defender el punto de vista de Reba.

-Una mujer que no le quita a su hombre las botas, no es digna de vivir en nuestro ambiente.

-No me hagáis reír los dos, ¡que me deshilvano! -exclamó, soez, la rubia de Fort Worth- Mi *papuchi* no me pide un solo centavo. Al contrario, me compra cosas. Va a comprarme un «Cadillac» tan largo que para doblar una esquina tendré que hacer marcha atrás.

Nadie sabía cómo se llamaba en realidad la de Fort Worth, pero todos la llamaban *La Cinquito.*

El cuento de la granja avícola no producía ya efecto en ella. En otros tiempos había creído en él a pies juntillas, pero había despertado de su sueño, únicamente para caer en otro, que era el del «Cadillac». La granja avícola iba ahora sobre cuatro ruedas.

Mientras se realizaba su sueño, *La Cinquito* caminaba a pie alegremente.

-Si no fuera por *Mamuchi,* ¿quién estaría de nuestra parte? -preguntaba Irma *la Franchuta,* en defensa de la mulata. La *Mamuchi* se había puesto firmemente del lado de sus muchachas contra Oliver; lo echó de su casa y le dijo que sólo volvería a ella cuando estuviese dispuesto a respetarlas y le forzó a disculparse ante ellas por lo menos una vez a la semana.

Un juego cruel el de engañar a aquellas inocentes.

Ignoraban que una palabra de Finnerty era suficiente para mandar a la mujer al tabanco de donde había salido. A las mujeres de color no se lea permitía legalmente que fuesen encargadas de prostíbulos de mujeres blancas. Pero la policía exigía que en cada casa hubiese por lo menos una doncella o criada durante las horas de trabajo. Por lo tanto, para la policía, *la Mamuchi* era sólo una criada. Este arreglo lo llevó a cabo Finnerty y tuvo buen cuidado de que la mulata no lo echara al olvido ni un solo día.

Esto hacía que *la Mamuchi* se sintiese turbada por el papel que

desempeñaba. En ocasiones trataba de justificarse recordando que había sido engañada tantas veces por los hombres blancos, que era justo que ahora engañara ella a sus hijas. Sin embargo, un desaliento ancho como el mundo se apoderaba de ella en la mitad del sueño: «¿Cuándo había cesado de pertenecer a sí misma?» Algunas mañanas tenía que recurrir al coñac para sentirse con fuerzas para bajar al salón y preguntarle a cada una de sus pupilas:

-¿Cómo se encuentra esta mañana mi muñequita?

Entre la mañana y la tarde sus muñequitas iban bajando al salón, como movidas por ocultos resortes. Era Hallie la primera que bajaba, con una taza de té hirviendo en su mano, y junto a ella, avanzando a brincos, la gata coja. Era una gata arisca con todos, menos con su ama. Hallie salía a un patinillo, empedrado con guijarros, pero en cuanto la gata sentía que sus garras se hundían en el junquillo que crecía entre los guijarros, se detenía y se negaba a dar un paso más. Entonces Hallie se detenía a su vez y alzaba un pie. La gata saltaba sobre él y sirviéndose de sus zarpas trepaba por su cuerpo hasta alcanzar el hombro. Allí se apelotonaba, contenta. Iban así juntas por el patinillo para dar los buenos días a aquellos guijarros y a los junquillos que crecían entre ellos. Aunque entre los guijarros que empedraban el corazón de Hallie no crecía junquillo alguno.

Un corazón como una losa solitaria en un camposanto, cubierta ahora por una hiedra invernal. Una hiedra como la que ahora cubría la tumba del niño que perdió cuando apenas había cumplido los tres años. Un niño que aquel triste otoño sorprendiera a su madre, diciéndole:

-Mamá, ¿tendré guantes este invierno? ¿Y también orejeras, para no pasar frío? ¿Tendré un abrigo bien caliente?

En la última Nochebuena que pasó el niño, éste había cogido una bombilla de las que adornaban el árbol y se la pasó por la cara, sintiendo su calor, hasta que ella se la quitó de la mano.

Ahora, nueve Nochebuenas después, se paseaba ella muy empolvada, emperifollada y elegantemente vestida por las calles iluminadas de la ciudad, y algo semejante a un cáncer, un tedio atroz le roía el cerebro y él corazón.

La mañana era el mejor momento para ella, porque la gata coja la necesitaba y las demás mujeres aún no se habían levantado para preguntarle: «¿Qué tal, filósofa?» No recordaba quién había sido la

primera que la llamó así, y en qué ocasión. Tal vez fuera porque había sido maestra de escuela.

-Yo no tengo filosofía, pero anoche hice más que tú.

A *la Franchuta* le gustaba zaherida de vez en cuando.

Pasaban, pues, la mañana, ella y la gata, visitando los junquillos del pequeño patio, y mientras lo hacían conversaban entre sí, como desde los tiempos más remotos conversaban entre sí las mujeres y los gatos. A veces leía, en las horas matinales algún libro predilecto. Pero cuando habían discurrido estas horas y la gata se ponía a dormir la siesta en el borde de la ventana, el tedio volvía a apoderarse de ella y la sensación de soledad parecía como si le estrujara el alma.

Sus pensamientos la llevaban entonces a la sala de infecciosos de un hospital, una sala inmensa a, la que iban a parar todas las que formaban la legión de las intocables, de las dejadas de la mano de Dios. Hasta que venía la noche violácea. Entonces se serenaba. Iba a colocarse detrás del cortinaje y observaba «cómo estaba el patio». Desde allí seleccionaba a sus presuntos clientes.

Las otras mujeres la miraban con una extraña mezcla de admiración y lástima. Tenían la impresión de que el hecho de que hubiera sido maestra de escuela la apartaba de ellas, aunque también en ocasiones percibían que, frente a ellas, se sentía como desamparada y sola. Por eso, cuando oían el roce del metal sobre el piso del salón, todas miraban hacía otro lado, mientras Finnerty mantenía abiertas de par en par la puerta.

No miraban porque tenían todas la sensación dé que amado oía el rodar de aquellos patines, el rostro de Hallie se iluminaba de alegría.

Aquel coloso sin piernas era su amante.

-También yo soy una filósofa -le decía Reba con expresión de reto a la ex maestra de escuela y mí filosofía no tiene vuelta de hoja. El que la hace, la paga. La descubrí cuando estaba trabajando pava irnos abogados. Dijeron que jamás habías oído nada semejante.

-Lo comprendo. - Hallie estaba da acuerdo con los abogados.

-Tenía que bajar dos pisos y atravesar la calle para tomar una «Coca-Oda» -recordaba Reba-.Porque enfrente había cierta casa con una maquina que despachaba «Coca-Cola». Y me dije, «¿para qué bajar y subir pisos para tomar un refresco?» Entonces me dediqué a

despachar «Coca-Cola» que era un trabajo como otro cualquiera. Esta es mi filosofía que no quieres «Coca-Cola» y te apetece beber algo más fuerte, pues bien, métete en una casa en donde puedas coger una «trompa» todas las noches. Que te gusta comer y hartarte hasta reventar, pues bien, te empleas en un restaurante. Que vas de casa en casa, con una caja de medias de seda bajo el brazo, y te mueres de frío, pues bien, empléate en una academia de baile y sudarás la gota gorda.

»No me queda un diente sano, y tengo el estómago a la vinagreta. Pues bien, siempre puedo emplearme de enfermera, ¿no? Mi familia procede de esa parte de Europa en donde al bollo le llaman pollo y al pollo bollo. Así, pues, cuando mi madre me decía que fuera a comprar un pollo, sabía muy bien lo que debía hacer y me iba derechamente a la panadería.

-Nena, no es el estómago, sino los sesos los que tienes a la vinagreta -se asombraba *La Cinquito* -, porque desbarras lo mismo que respiras.

Reba leía los diarios, pero siempre, después de leerlos, meneaba la cabeza, comentando a su modo los sucesos. Alguien en Carolina del Sur había recibido por correo dos cajas de bombones envenenados. Figuraba como remitente: *Un conejillo blanco* ¿Por qué envenenar a la gente por correo? Si tanto odias a un individuo búscalo y le rompes la crisma, pero no lo mates por correo.

No. No simpatizaba la de Chicago con los Borgia postales. También la turbó una vez el relato de un granjero que había ahogado a sus tres hijas en un pozo, alegando que Jesús dijo que el hombre ha da morir. Ella razonaba que se hubiese matado él y dejado a las niñas en paz; tampoco le satisfizo la explicación del ferroviario que mató a su mujer a martillazos: «Grace era muy desvergonzada - dijo-Y he querido darle una lección.»

Aunque convencida de que la letra con sangre entra, el empleo del martillo le parecía un método pedagógico demasiado contundente. Cuando leyó que una mujer viuda se había caído en la calle, rompiéndose una pierna, y que alguien se había aprovechado de su inconsciencia para robarle cuarenta y ocho dólares, su indignación no tuvo límites: «¡Esto es ya demasiado!», exclamó, arrugó el periódico y lo tiró al suelo.

Una noche llegó al salón un actor:

-He bebido más de la cuenta -le dijo a la mujer, dando a entender que de no haber tomado una copa de más no estaría allí.

-Cariño, esta mañana vi tu fotografía en él i diario. ¿Por qué no te vas a casita a dormir la mona? -le recomendó Reba.

Al día siguiente volvió a aparecer la fotografía del actor en el periódico. Le habían detenido por escándalo en la vía pública: «Había tomado una copa de más», explicó a los reporteros. La paciencia de Reba se agotó, finalmente.

-«¡Bebí una copa de más! ¡Bebí una copa de más...!» ¿Que qué le dije cuando estuvo aquí? Le dije: «Cariño, has bebidos más de la cuenta eso es lo que le dije, ¡Córcholis! Cuando un hombre sabe que ha bebido más de la cuenta y sigue bebiendo es que no tiene enmienda.

Era como el individuo aquél, del que habló el otro día el diario, qué porque su mujer se había escapado con otro, ahogó a su hijita: «Enloquecí de dolor -le dijo a la policía- y no supe lo que

-¡ Bebí más de la cuenta! -exclamó Reba, sarcástica, mofándose de toda la humanidad que se vestía por los pies-. «¡No sabía lo que hacía!» ¡Excusas, pretextos imbéciles! Prefiero a los animales, por lo menos ellos si saben lo que hacen. Especialmente los elefantes. Los elefantes saben- siempre lo que hacen.

-¿Sabes algo de las costumbres de los elefantes? -le preguntó una vez a un cliente mientras éste se anudaba una corbata de lana negra ante un espejo agrietado, y ella agitaba frenéticamente una botella de «Coca-Cola».

-No oigo una palabra de lo que dices -le contestó el *flete* de la corbata negra de lana-. No puedes hablar y agitar esa botella al mismo tiempo.

-Bueno -explicó la muchacha-. Leí en un libro que el elefante cava un hoyo muy grande con |su trompa y coloca en él cómodamente a la elefanta, como en una cama. Sólo así pueden hacer elefantitos.

-Bueno, ¿y qué?

-Es para probarte que los animales saben lo que hacen.

> -Trabajaba, en el teatro -le confiaba a uno la chica llamada Irma *la Franchuta*-.

Mira -extendía ante sus ojos sus pálidas manos -. Estoy toda descoyuntada..., pero perdí a mi pareja.

-¿No puedes encontrar otra?

-Los descoyuntados no abundan en este país.

Era una chica de pómulos salientes y rostro demacrado.

-Íbamos de una parte a otra del país... Yo soy de Chattanooga. Mi familia se gastó mucho dinero en mi educación.

Abajo, en la calle, bajo la lluvia torrencial, iba y venía un hombre con una gorra de visera que le tapaba los ojos. Llevaba una gran pancarta que decía: *¡Guardaos de la ira del Señor!*

Si la pálida rabia no bajaba al salón cuando m encendían las luces de la calle, alguien subía a su cuarto y la obligaba a bajar. A la pálida rabia perdida le era indiferente que estuviesen las luces apagadas o encendidas.

Nadie había contado, porque a nadie interesaba; contarlas, las veces que se habían apagado y encendido las luces desde la noche aquella en que, de pie en aquel trozo de caite en que las luces de la marquesina del cine «Loew» parpadeaban bajo la lluvia había parado

un taxi y le había dicho al chófer y como si estuviera dormida, que la llevase al lago Pontchartrain. Por supuesto, nadie esperaba en el lago Pontchartrain a la joven pálida. Le había dado al chófer un nombre al azar, y como no tenía dinero para pagarle el importe del viaje, aquel fue a reunirse con ella en el asiento de atrás. Más tarde la puso en manos de Finnerty y reclamó al rufián la suma que marcaba el contador.

-Todo lo que quieras - le dijo a Oliver -, pero no me pongas la mano encima.

-No te pegaré mientras no me obligues a ello. -le razonó Finnerty-. Déjate guiar por mí y verás como todo te sale a las mil maravillas.

-A las mil maravillas -repitió como un eco con una sonrisa que parecía también el eco de una; sonrisa.

-¿Recuerdas el nombre que te he puesto? - Floralee -dijo, recordando. Fue su favorita durante unos días, y luego la puso «en circulación». Fue todo tan fácil que está misma facilidad le desconcertó. Hizo que la *Mamuchi* espiara a la nueva pupila. *Mamuchi* le dio un informe desastroso.

-¡Muchacha! ¿No tienes dignidad? -le dio a Floralee, vibrante de indignación-. Pero ¿que te crees que eres? ¿Una sacerdotisa del amor? Cerca de una hora estuviste con ese mamarracho ¡todo por cuatro piojosos dólares!

-No te enfades, *papuchi.* Se me pasó el tiempo sin notarlo -dijo la desventurada histérica.

-Aquí estoy yo para satisfacer tus necesidades -le recordó, una vez más, el chulango-No lo olvides.

Pero algunos días después oyó sobre su cabeza un. ruido sordo, profundo, como si se hubiese derrumbado un armario.

-¿Qué fue eso? -le preguntó a Floralee media hora después de ocurrido el suceso.

-Nada, *papuchi,* que nos caímos al suelo -le dijo ella con tal inocencia que le fue muy penoso aplicarle el correctivo que ampliamente merecía. No tenía más remedio que aplicárselo, en bien suyo. Se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de una silla.

Ella vio lo que se le venía encima y protestó débilmente.

-Te dije que no quería que me pusieras la mano encima.

-No temas -le dijo Oliver-. Me pondré guantes.

Calzó tranquilamente los mitones que solía ponerse para suavizar la «marcha».

Le agarró por la cola de cabalo y tiró de ella hacia arriba para despejar el colodrillo. Allí los golpes no dejaban señal. Cuatro cogotazos bien dados, que le hicieron rodar la cabeza, y Finnerty se dio por satisfecho.

-Te prevengo, muñeca, que la próxima vez no me pondré los mitones-le prometió.

La «muñeca» no volvió a reincidir.

Aunque las otras dos fidelísimas del rufián, Reba e Irma *la Franchuta*, estaban

siempre peleándose entre sí, no sentían celos de la errática rubia.

-Es una despistada -decía de ella Irma *la Franchuta.* Porque la vida de Floralee era tan precaria y remota que nadie la envidiaba. Vivía como envuelta en una nebulosa por la que se filtraba la luz del mundo exterior, unas veces apagada, otras brillante, pero nunca como la luz del mundo real en el que las demás mujeres vivían y gozaban de la vida.

Floralee tenía días en que parecía estar en sus cabales. Pero antes de que cayera la noche, había recobrado su aire extático, vaporoso, e iba y venía por la casa, cantando:

Lamerán la mano de una criatura

las fieras más fieras de la selva oscura

y otra distinta será mi condición.

A la mañana siguiente se la veía deprimida y como exhausta. Una vez fue Oliver

a buscarla y la encontró tendida en la cama, los ojos perdidos y encogida al extremo de que su barbilla descansaba en sus rodillas. No había en el cuarto más sonido que el zumbido monótono de un ventilador eléctrico.

-Oigo himnos y cantos -le dijo, y Finnerty comprendió que el ronroneo del ventilador la había hipnotizado y que estaba oyendo los viejos cantos religiosos de su país.

Cerró el Ventilador y volvió a poco con un pequeño aparato de radio, y lo sintonizó y la onda trajo los acentos de un coro dominical.

Para ganar un reino en este bajo mundo

él hijo de Dios emprende su cruzada.

¿Quién de entre vosotros formará en sus filas?

Floralee abrió los ojos y vio a su *papuchi* encaramado en una silla, como si

dirigiera un coro en una congregación.

- *Apura la copa de la amargura y ahoga triunfalmente tu dolor.* Solamente tu *papuchi*

puede conseguir para ti buenos programas -dijo *papuchi* saltando al suelo. Oyó a Florales con más atención y se enorgulleció de tener un *papuchi* que sabía conseguir para ella tan excelentes programas. A mediodía bajó al salón, con su fe recuperada, cantando con unción.

Para ganar un reino en este bajo mundo

Empero, tuvo que intervenir *la Mamuchi* para poner fin a aquel estado de cosas.

-Hay cosas que no deben hacerse, muñeca - le dijo-. Yo voy a la iglesia como la que más y espero morir en la gracia de Dios, pero creo que éste no es el lugar más a propósito para esos cantos. Si te da la ventolera de cantar cuando haya hombres en el salón, canta otra cosa, *Mademoiselle d'Armentiéres,* por ejemplo. Eso los pondrá a tono, y no lo

otro.

-Jamás cantaré esos cuplés chabacanos -dijo Floralee, terca -. Una vez canté uno de ellos y Dios me dijo que no podía soportarme.

-Dios no pudo decirte tal cosa, cariño - le dijo *Mamuchi.*

-Pues me lo dijo. Estaba de pie junto a la puerta de mi cuarto. Le oí como te oigo ahora a ti. Dijo: «He hecho lo imposible por esta chica. No puedo soportar su vista.»

-¿ Qué te hace creer que Dios te hablara de esa forma, cariño?

El rostro de Floralee se ensombreció, tratando de recordar; luego sus ojos se iluminaron:

-No sé a quién hablaría; pero el caso fue que dijo: «No. De ningún modo. No. No. No.» Tuvo que ser Dios. Si hubiese sido el diablo habría dicho lo contrario: «Si, si, a buen seguro, estoy de acuerdo con todo lo que tu hagas»

Y en su ansiedad, porque Dios la soportara, comenzó a cantar:

¿Qué deba hacer para ganar mi diadema

cuando alcance la orilla deslumbrante?

Para hacerla callar no había más solución que poner a todo volumen el

tocadiscos.

-Cualquiera diría oyendo a esa descentrada -exclamó Beba cuando se hubo restablecido la calma- que en su tierra sólo se dedican, a enterrar' a sus muertos.

La Mamuchi reprendió a Reba.

-No atormentes más a la chica. Es una inocente y-a los inocentes los protege Dios.

Mientras protegía la inocencia de la chica, Finnerty examinaba sus finanzas. El le suministraba la ropa, las comidas, sus diversiones y lo

que muy, seriamente llamaba él su educación. El capítulo sólo de los trapitos «de trabajo», como pijamas, saltos de, cama, negligés, etc., alcanzaba él ciento por ciento de los ingresos, e incluso lo pasaba.

Y he aquí que, en medio de sus pensamientos, surgió una figura olvidada: la del fugitivo de los dominios vulcanizados del ex doctor Groos.

El fugitivo vino a Perdido Street con una caja de muestras en la mano. No ofrecía

ya cafeteras ni lavados y permanentes gratuitos. No, ahora era un representante de específicos.

Por supuesto, un representante de específicos en el año de gracia de 1931, no era lo que había sido antes de que el progreso penetrara en la selva. Era entonces algo más que un expendedor de lociones y de ungüentos. Era portador de noticias del mundo exterior, y en las regiones pantanosas de Louisiana era acogido también como sacamuelas sangrador, albéitar e incluso curandero. Interpretaba las santas palabras de la Biblia y recitaba Evangelina.

Infortunadamente, Dove Linkhorn no poseía ninguna dé estas aptitudes. Incluso desconocía su existencia. Era representante de específicos por accidente, y por su traza, sus maneras y su atuendo más bien parecía dedicarse al comercio de las mujeres que al de las drogas y específicos.

Dove había gastado hasta el último centavo del tesoro sustraído de los dominios de Groos en ropa. Llevaba un traje de línea más atrevida que elegante. Era un terno blanco tropical, y su camisa era también blanca con unas tenues rayas rosadas. Su sombrero llevaba una pluma amarilla que hacía juego con sus zapatos de un amarillo pálido. Este petimetre distaba de aquel muchacho que llegó a Nueva Orleáns con pantalones azules y descalzo.

Así vestido, aterrizó cierta tarde en aquella calle dejada de la mano de Dios.

En la hora indecisa, vacía, cuando aún no ha comenzado el verdadero tráfago, cuando de nuevo se cambian las sábanas de las camas, y se disponen en los cuartos frescas provisiones de permanganato y de pastillas de menta; y de nuevo, de casa en casa, innúmeras chicas se arreglan, se perfuman y se acicalan, pensando en

los «lanudos» que aquella noche desfilarán por sus salones.

En día de calor Perdido Street era como uno de esos sótanos de planchaduría en que todas las planchas están funcionando a la vez. Tras los bastidores de tela metálica de las puertas, las chicas se desabrochaban la blusa y el sudor pegaba a sus muslos la seda de sus pijamas. Toda la calle parecía como bañada en sudor. El calor secaba las gargantas, y aunque ardían por dentro, las mujeres se abstenían de llamar a los transeúntes.

El calor, que enerva e infecta a hombres y mujeres, Besaba la ciudad de monstruos solitarios. En oscuros callejones, solitarios, que no podían emborracharse, trataban de librarse de sus inquietudes sin sacrificar su soledad. Habían muerto uno a uno de inutilidad y, no obstante, seguían viviendo de esperanzan, esperando que ocurriera algo que jamás les había ocurrido ante: la sirena lanzando sones desesperados en dirección al lugar del siniestro, el estertor de agonía del hombre con un cuchillo clavado en el flanco, el salto a la muerte de un suicida. No obstante de arder en estos deseos, descifraban crucigramas y hacían crujir entre sus dientes almendras garrapiñadas: la pasión y el aburrimiento los dividía por igual a cada uno de ellos.

En la casa de Apider Boy Court las persianas, echadas, creaban un ambiente de a

media luz sólo interrumpido por las sombras más definidas de los barrotes de la ventanas. Estas daban al callejón que corría paralelamente a Perdido Street. Y un ventilador, en el techo, hacía que las sombras y las luces danzaran a lo largo de las paredes y del suelo. En este ambiente crepuscular una máquina tocadiscos desgranaba sus notas metálicas, y mientras tocaba, las mujeres estaban contentas. Pero cuando la música cesaba, el chasquido monótono, moroso, del ventilador, sobre sus cabezas las ponía a todas nerviosas. Entonces se levantaban de sus asientos, iban y venían, con creciente desasosiego. Encendían cigarrillos, destapaban botellas de «Coca-Cola» y no se daban punto de reposo.

Entre ellas cundía el descontento. Beba estaba persuadida de que el ventilador la acatarraba. Floralee sentía en las entrañas necesidades urgentes Irma la Franchuta quería saber por qué no podía salpicar con ginebra una Coca-Cola y Kitty insistía en que aquella atmósfera cerrada la sofocaba«

Que se empolvaran o se pasearan por el salón la envidia y el tedio dividían exactamente por igual a cada una.

-Una lluvia ligera -aventuro *Mamuchi*- favorecería el negocio. Aunque un chaparrón nos estropearía la noche.

En éste momento se oyeron los bocinazos de un taxi que se había detenido en la acera, frente a la puerta.

Aunque siempre había alguien en la puerta de vigilancia, nadie había visto venir a aquel vehículo. Había aparecido como por ensalmo, de las entrañas de una nube. *La Mamuchi* se precipitó a la puerta, la abrió y salió a la acera. Detrás de ella se apiñaron, curiosas, las mujeres.

Y en la luz verdosa surgió la figura arrogante de un oficial de la Armada de uniforme, un mandamás oceánico con gemelos, un héroe de batallas navales todavía por reñir. La pechera de su uniforme, de un azul celeste, ostentaba, como un arco iris, en un despliegue de cintajos policromos, todos los honores que puede acumular, en tiempo de paz, un oficial de Marina. Todo él desde la gorra de plato con galones dorados, hasta sus bocamangas Igualmente recamadas de oro, trascendía a marcialidad naval, y no había muchos en aquel año de 1931 que, abrumados de tantos honores, recorriesen el puente de un navío de guerra.

Sin embargo, en aquel momento el importante personaje no parecía muy seguro de su embajada. Se llevó aparte a la encargada y se puso a hablar con ella, en voz muy queda, para que no pudiese oírle el chófer.

-Tuve una chacha negra, ¿sabe usted? - creyó *la Mamuchi* que le decía el singular personaje, cada vez más nervioso-. Yo era su niño mimado..., y para que me portase bien me daba cada revés que me ardía el pelo.

La Mamuchi se acercó más al oficial.

-Perdone, señor oficial, pero no comprendo muy bien lo que me dice.

Se inclinó, pegando casi sus labios al oído de la mulata.

-Era muy regañona. No quería que hiciese un pastel de limón. Pero lo hice, lo hice. Yo solo, con, mis manos.

La Mamuchi retrocedió un paso.

-¿Usted..., lo hizo..., solo?

-Al día siguiente mismo de haber roto la mantequera.

-Bien, bien. Tengo a la chica que le conviene a usted - decidió *Mamuchi.* Porque aunque el hombre le parecía más desequilibrado que el presupuesto del Gobierno de aquél año, no podía permitirse el lujo de rechazarlo. Por todos los poros trasudaba., prosperidad.

-Me hago cargo de lo que siente usted-prosiguió la mulata-. Todos los hombres necesitan, de vez en cuando, cambiar de ambiente.

Se enderezó, solemne:

-Nadie puede hacerse cargo de lo que siente un hombre que como yo tuvo una chacha negra..., dura de mano y blanda de corazón..., con la parte de atrás muy desarrollada -le informó el marino-. Sólo otro niño criado por una chacha negra puede comprender lo que uno siente.

Si era una organización, era él el presidente. *La Mamuchi,* renunciando a la captura de aquel jirón de la Armada americana, se volvió, dando por terminado el coloquio, pero el marino la retuvo por el brazo, fuertemente.

-Usted debe saber -dijo con cierto tono zalamero- cómo mueven el pandero al andar.

-¿Mueven *el qué!*

-El *cabús...,* la parte posterior. Los glúteos si lo prefiere usted. Les baila cuando caminan de prisa. Usted lo sabe muy bien.

La Mamuchi sacudió la cabeza

-¿Qué es lo que les baila? ¿A quiénes? ¿Y por qué he de saberlo yo muy bien?

La Mamuchi comenzaba a amoscarse aunque no sabía la razón exacta de su

irritación creciente.

-¡A todas las chachas negras, caramba! -le dijo como todos tuvieran al tanto del modo de caminar de las chachas negras.

-Bueno. Vale más que entre antes de que se ponga a llover-le invitó la mulata, comprendiendo que estarían a salvo en el interior del salón.

-No lloveré -dijo el de la Armada con aplomo, como si fuera él dispensador de la lluvia y del buen tiempo, y se sacó de la guerrera un pequeño delantal. Se agachó para anularlo a la cintura de la mulata. Esta apenas puso resistencia, asombrada de que fuera ella la candidata de aquel desequilibrado. Sus manos trataron de desprender la etiqueta del precio, pegada al delantal, pero el oficial se adelantó y la arrancó, rápido, tirándola al suelo. El chófer del taxi puso en marcha el coche y se fue, asqueado por completo.

-Supongo que alguna vez habrá visitado su casa alguien como yo, criado por una chacha negra - supuso él, confidencialmente.

-Sí. Hubo una vez, ya hace bastante tiempo, en que vino un -dijo *la Mamuchi,* dispuesta a jugarse el todo por el todo -, pero no dejó su nombre. ¿Querrá usted darme el suyo?

-¡Mis hombres me llaman «mi comandante»-le informó, súbitamente atiesado.

«Descuida -se dijo *Mamuchi* para sus adentros-, mis chicas te llamarán otra cosa.»

Y le hizo pasar al interior de la casa, como si fuera la de «mi comandante».

Comenzaron entonces a caer las primeras gotas.

Dentro del salón, el niño de cinco años de edad con la imaginación de un rufián de cuarenta, aquel al que llamaba la abuela Warren Gamalití y las mujeres *El Rufián de Bolsillo,* estaba arrellanado en un diván, dispuesto a todas las desvergüenzas imaginadas y por imaginar.

Con una camisita que no le llegaba al ombligo, y una piel oscura que no era exactamente de un moreno claro, Warren Gamaliel ofrecía ahora un tono de piel de un moreno subido, tan subido que, sin eufemismos, podía llamársele un negro absoluto. Tan negro que habría que ponerle una botella de leche en la cabeza para hallarlo en la oscuridad. Tan negro como un pedazo de antracita en un túnel, una noche sin luna. Un tono más oscuro y se habría desvanecido en el aire como un mal sueño.

Volvía la cabeza orgullosamente sobre su garganta de reflejos de acero y ante los halagos y mimos de las mujeres parpadeaba haciendo

jugar sus largas y sedosas pestañas.

-Le presento a mi nieto. - En las presentaciones, *Mamuchi* daba siempre la prioridad al elemento femenino de la casa-. Una finura de chico, ¿verdad?

-Un chaval de cinco años y treinta kilos de peso ¡y le llama finura! -exclamó la mujer llamada, Hallie, burlándose donosamente de *Mamuchi,* mientras el oficial saludaba solemne al desarropado muñeco.

-Saluda al caballero, criatura -ordenó la abuela al negro chavea. Pero éste no la obedeció. Al contrario, hizo uno o dos ademanes que expresaban su perfecta indiferencia ante aquel noble representante de la Armada americana.

Reba lanzó una alegre carcajada. El chico era un portento.

-¿No te da vergüenza? -le reprendió la abuela, con una voz que rezumaba orgullo.

Warren Gamaliel no sentía vergüenza.

El que sí parecía sentir vergüenza era, ahora, el héroe de tantas batallas navales por venir. Se había sentado, súbitamente cohibido, y Hallie, con una sola ojeada se dio cuenta de su íntimo y hondo conflicto, un conflicto inexpresable y, sin embargo, evidente para ella. Lo veía, lo sentía en aquella mirada suya, suplicante, humilde de un mendigo que tiende la mano a un extraño.

Hallie fue a sentarse a su lado y enlazó su brazo en el del hombre estrechándolo con suave presión, como dándole a entender que no estaba solo, que ella comprendía y compartía su tragedia. El hombre sintió a través de su cuerpo este mensaje, y salió de su ensimismamiento.

Lentamente, Cautamente.

Beba, la de Chicago, fue la primera en romper el hielo. Por de pronto quería afirmar su personalidad. No quería que se la confundiese con las de más profesionales del amor tarifado.

-En Chicago trabajé para unos abogados. Estoy muy empollada en cosas de leyes. No soy como ésta, que cree que el Afidavit es un cochecito italiano.

Esta era Floralee, la cual, a codazos, se había abierto paso hasta «mi comandante».

-Pero sé cantar, ¡y con qué gusto, señor! - dijo Floralee con una voz de canario flauta-. Y solamente canciones de buen tono, los cuplés vulgares no son para mí.

Y a continuación le hizo una reverencia que hubiera envidiado una colegiala del Sagrado Corazón.

Warren G. hizo un ademán para atraer sobre si la atención de los presentes, pero la abuela, adivinando sus intenciones, le hundió en la cabeza hasta las orejas, la gorra que el negrillo le había quitado al oficial como si tapándose los ojos lo hiciese desaparecer automáticamente de su vista. Una de las mujeres puso en marcha la máquina tocadiscos y otra pidió ginebra. Otra voz se elevó exclamando: «¡Un whisky doble para mí!», mientras él aparato esparcía por el ambiente las palabras de una canción.

> *Toda yo*

> -Yo canto mejor que *ésa* - insistió Floralee, en medio de un rumor de vocee en

torno al oficial, pues todas a porfía querían ahora ganar su favor.

-¿Por qué todo el mundo aquí habla con el dejo del Sur? -se lamentó Kitty, la nueva muchacha de Chicago- ¿Por qué hablar como los negros? ¿Por qué no hablar como habla la gente blanca?

-Hablamos como habla la gente blanca -le aseguró Hallie -. Los negros aprendieron de nosotros a hablar así.

-¿Me dejan ahora que recite? -encareció Floralee.

-Cuando termine el aparato la pieza que esté tocando, muñeca -le prometió *Mamuchi.* Y viéndose al marino le dijo-: Esta chica es un verdadero ángel.

-Es una pindonga como cualquier otra -dijo Kitty-. Y cualquiera puede ser una pindonga, ¡Es algo vergonzoso, aunque por lo que a mí toca no me siento avergonzada.

-¿Es eso cierto? -le preguntó el oficial a, la *Mamuchi* -. ¿Cualquier mujer puede convertirẩ en una... pindonga? ¿Toda clase de mujer?

-Toda clase de mujer. -*La Mamuchi* era optimista-. ¿ No hemos nacido todas libres iguales? -Dime una cosa, marinerito -preguntó Kitty a la nueva adquisición de Chicago-. ¿En dónde das tus submarinos?

-¿Por qué preguntas tal cosa? -El oficial parecía molesto.

-Tengo que saberlo. Soy espía en mis ratos libres.

-No consiento que nadie llame marinerito a este señor - reprendió severamente *la Mamuchi* a Kitty-. Sed respetuosas con él. Es nuestro invitado. Confiere a esta casa un honor que no merece. Mi comandante, infórmeme de todos los desacatos y faltas de consideración que tengan con usted estas mujeres. Y usted, Warren Gamaliel, trozo de carbón sin pulir, quítese ya de la cabeza ese gorra y baga una reverencia al señor in-me-dia-ta-men-te.

- *Mamuchi* -exclamó a su vez Hallie -, Deja ya de darnos órdenes como si

estuviéramos en formación de batalla. Este caballero no vino aquí para que tú le prendieras en el pecho una nueva condecoración. ¿No comprendes que todo esto le divierte y que estás estropeando su diversión?

-Y nuevamente, apartando a todas a codazos, cogió el rostro del oficial entre sus manos, y le miró fijamente a los ojos.

-Marinero, no le hagas caso -le dijo-. La *Mamuchi* está impresionada por tu uniforme.

-¡No te atrevas a llamar marinero a nuestro invitado de honor! -La indignación de *la Mamuchi* iba en aumento-. Este caballero representa a toda la flota atlántica.

-Y yo represento a los abogados de Chicago -puntualizó Beba.

-También yo represento a un tubo de permanganato y a un irrigador -exclamó, amarga como siempre, Kitty.

-Yo canto como un pájaro -saltó Floralee, sin venir a cuento, como de costumbre-. Un pájaro encerrado en una podrida jaula.

Afuera, en la calle, los borrachos que salían de los últimos bares clandestinos del país hacían sus eses con melancolía, pues no podrían achisparse ya más clandestinamente.

Warren Gamaliel fue a ciegas hasta donde estaba el oficial y trató de agarrarlo por el cuello.

-Si no te portas bien -le amenazó la abuela -, te mandaré a una escuela de negros.

Y en su pequeño e insólito silencio se oyó la voz de una muchacha que decía:

-Estaba borracha, sonaba la música del aparato y me puse a llorar.

Y un fuerte olor a agua de colonia invadió el ambiente.

-Yo creo que nuestro invitado quiere estar conmigo a solas - dijo Hallie, al azar, y con un movimiento rápido hizo que la cabeza del oficial descansara sobre su pecho. El marino hizo un leve ademán de asentimiento.

Le ayudó a levantarse y él se puso de pie más como un enfermo que como un hombre embriagado.

-Mándame dos ginebras dobles a mi habitación -ordenó Hallie a la *Mamuchi*-Los demás pueden beber lo que quieran.

La puerta se cerró tras la pareja y una lámpara iluminó un cuarto que habría podido ser el de la hetaira de la antigua Babilonia: una cama estrecha que pedía pan y una palangana que pedía pureza. Una cortina de cuentas que impedía el paso de los mosquitos, pero dejaba paso libre a la música. En un braserillo se quemada una pastilla de incienso destinado a disipar los malos olores del whisky *y* del tabaco. Todo un mundo para millones desde que la primera mujer comerció con su cuerpoˆ todo un mundo para millones todavía por venir. La luz de la lámpara, tamizada por una pantalla ambarina, daba a Hallie la tonalidad de una Venus de Oro. Porque sus ojos eran verdes, aceitunada su tez y llevaba anudada a la garganta una cinta dorada.

Su vestido, desabrochado por uno hombro, no caía porque un pecho altivo, libre de toda traba, lo retenía.

Le dijo sin fingir:

-No importa las veces que suba con un hombre... siempre me echo a

temblar.

-Conmigo no tiene fiar qué temblar -le tranquilizó el hombre de mar-. Puede usted incluso abstenerse de quitarse la ropa.

Era evidente que le había hallado algún defecto»

-¿ Qué le pasa? ¿.No le gustan las chicas morenas?

-No es cosa de usted. Es cosa mía -la tranquilizó -. Soy un hombre impotente, eso es todo, Pero le pagaré gustoso el tiempo que pierda' conmigo.

-No pido caridad.

¡Hallie, pese a todo, se sentía herida en su orgullo de hembra.

-No es caridad. Me ha prestado un gran favor, que no se paga con dinero.

-En ese caso aceptaré el dinero.

Hallie, tranquilizada, se sentó junto a él, en el borde de la cama deshonrada, sin abrocharse el vestido, por si no fuera el hombre tan impotente como él creía.

-Por supuesto, soy de Virginia - declaró como si esta circunstancia explicara su atonía ante la carne de una mujer.

-Y yo de Louisiana -declaró Hallie-. Por supuesto.

-Lo que he querido decir... -se detuvo un instante, pues era adverso a herir susceptibilidades-...es que soy un caballero.

-Por supuesto -le respondió Halle-. Salta a la vista que es usted un caballero.

-Lo que quiero decirle es que soy un caballero de Virginia.

-Perdone, señor, no quiero ser sarcástica, pero me gustaría saber qué tiene un caballero de Virginia que no tenga un caballero que proceda de Massachussetts.

Frunció levemente el ceño. El hecho de ser un caballero y de haber nacido en Virginia le conferían a un hombre una preeminencia, que, como la existencia de Dios, no podía discutirse.

-Quiero sólo decir que puedo enseñar en Washington y Lee.

-Eso sí que esta bien... ¡tener dos colocaciones! -dijo Hallie con aplomo-. En tiempos como

-Voy a decirle algo que es más fenomenal que todo eso. -Por fin, había decidido ir, sin más rodeos, al grano-. Y es el modo de ser de las viejas chachas negras, con sus gordos panderos que bailotean mientras caminan. -Su voz se hacía más vibrante conforme se adentraba en las honduras de su obsesión-. *Con la escoba o él plumero, tropezando con uno y poco menos que tirándolo al suelo ¡Chico, aparta, no te pongas en mi camino! ¡ Chico, aparta, no te pongas en mi camino! ¡Chico! Y vuelve otra vez ahora con un cubo y unos zorros Chico, ¿cuándo vas a aprender a portarte como es debido ¿No te dije que no quería que me estorbases cuando estoy trabajando? Y una vez y otra, y otra, la encuentras en el camino, y vuelve a refunfuñar la vieja* chacha negra. Mira, niño, como otra vez tropiece contigo te la vas a ganar-. Tomó aliento, haciendo un gran esfuerzo para serenarse.

-Oiga, señor -le preguntó Hallie gentilmente-, ¿hace mucho tiempo que se halla usted en ese estado?

-Desde él día que rompí la mantequera. Hace ya diecinueve años que murió mi chacha negra... de lo contrario no estaría así. Sirvió a mi familia hasta que no pudo más y cuando le legó la última hora, sentada en su viejo sillón de mimbre, ni un alma estuvo a su lado, salvo yo, para servirlo un vaso de agua. Chacha, le dije, tú no» serviste a todos. Ahora seré yo quien sirva a la vieja chacha negra.

»Dormía junto a su sillón, porque no podía tenderme. Cuando me despertaba por la noche le tocaba el dorso de su mano arrugada y flaca, y sólo por el tacto sabía si estaba dormida o despierta.!

Casi siempre estaba despierta. ¿Sabe lo que le preguntaba entonces Hallie sintió la presión suave de su mano sobre la suya.

-¿ Qué es lo que le preguntaba?

-Sencillamente: ¿quiere algo mi chacha negra? Eso es todo lo que le preguntaba.

-Debió de estarle agradecida por sus cuidados.

Le lanzó una mirada penetrante:

-Más de lo que yo podía imaginarme, Porque el ¡mismo día que

murió gastó sus últimas fuerzas en levantar su vieja mano cansada y darme del revés una bofetada.

-¿Rompió otra mantequera?

-No. Era su manera de darme a entender que había comprendido lo que había llegado a ser para mí, a través del tiempo, aquella primera bofetada que me dio cuando tenía diez años.

Hallie se esforzaba bravamente en comprender lo que era para ella un enigma.

-¿Le perdonó al fin por lo de la mantequera?

-No teníamos nada que perdonarnos, ¡nos queríamos tanto! -explicó -. ¿Cree que no sé que fue la mano de mi chacha lo que hizo de mí lo que soy? ¿Que si no hubiera sido por su mano tendría yo ahora una mujer y una familia? No obstante, le estoy agradecido. Ella me enseñó lo que es el verdadero cariño, un cariño que jamás tuve de los míos. Me alegro de que el pórtico estuviese resbaladizo.

Hallie se sentía perdida.

-Oiga usted -meneó tristemente la cabeza- sigo sin comprenderle.

-El agua que había en la mantequera, al derramarse, mojó todo el piso del pórtico. Ella, al ver lo que había hecho, levantó la mano. Yo entonces resbalé y caí boca abajo. Y así, en esta posición, me dio unos azotes. Yo me puse a gritar, fingiendo que poco menos me estaba matando. Mi chacha negra tenía la mano muy dura. Fue ésta la primera vea que me porté bien. -¿ Qué ocurrió *exactamente?* -Bueno, lo que ocurre cuando un hombre está con una mujer. Eso es lo que ocurrió. Y desde entonces *eso* sólo puede ocurrirme en esa forma.

Rió, pero su risa sonó a falso, y su rostro, en aquella luz ambarina, era como la mascarilla de un cadáver.

-Estoy terriblemente cansado, no sé por qué -dijo, y hundió la cabeza entre sus manos.

Tuvo entonces Hallie la impresión de que no era aquel hombre, en modo alguno, un monstruo, un degenerado de la peor especie, sino un niño desvalido y solo, un poco mocoso que jugaba a ser comandante de la Armada.

-Mire usted, señor -le dijo queda y suavemente-. Usted no necesita

una chica, lo que necesita es un doctor.

-No hay doctores para los niños animados de las chachas negras - dijo secamente, como si ya los hubiese buscado en la guía de teléfonos de la ciudad.

-Le dejaré que duerma un rato - le dijo Hallie. Con extrema presteza preparó Hallie la caracterización de *Mamuchi.*

-¿Y si el hombre ha robado los fondos del barco? -*Mamuchi* estaba muy turbada-. ¡Con tal de que no nos meta en un lío de padre y señor mío!

-No temas. Verás con qué facilidad te ganas el dinero - le tranquilizó Hallie -, no es más que un niño grande que estuvo demasiado tiempo colgado de los pechos de una chacha negra. ¡Recuerda que todo lo que tienes que hacer es regañarle, porque siempre te está estorbando y poniéndose en tu paso. Y no le pegues demasiado fuerte... dos o tres coscorrones para que el hombre sea feliz.

-Eso de los coscorrones, ni en broma. Jamás le pondré la mano encima a un miembro de nuestras fuerzas armadas.

Pero Hallie volvió a insistir en este punto:

-Vino a esta casa con ese único propósito... para que su vieja chacha le diese unos buenos soplamocos... Anda, vuélvete, que te ponga este relleno. - Aumentó con una pequeña almohadilla el volumen torácico de la buena Mamuchi-.Voy a organizarte un trasero que ríete tú de Madame Pompi-dur.

Se dejaba hacer blandamente, pero estaba muy lejos de penetrar el verdadero sentido de la farsa.

> - *Mamuchi* -le imploró Hallie-, olvida que ese hombre lleva uniforme. Lo que

quiero es convencerte de que no es un hombre como los demás.

La *Mamuchi* se puso tensa como un perro de muestra.

-Oye, muñeca, ¿no será uno de esos odiosos *pederastas1* -La sola idea de que lo fuera la puso frenética y a duras penas logró Hallie que no se quitara él pañuelo de la cabeza y tirara al aire sus postizos y con ellos el honor de la Armada -. No puedo tragarlos. Ni por todo el dinero dél mundo lo haría.

-Más le valiera al infeliz ser una loca. Pero no, no es más que un pobre «chalado» inofensivo, con una idea fija - tranquilizó a la *Mamuchi* -. Anda, vuélvete ahora. -Y se puso a ponerle enagua tras enagua hasta que la mulata, sofocada bajo el peso de tanto lastre, se dejó caer en una silla.

-Voy a sudar la gota gorda - dijo.

-Eso es lo que quiero. Suda y suda hasta que reluzcas y eches chispas - la alentó Hallie -, pero no aparezcas sino hasta que yo te de la señal.

Y pasó al salón.

Con la gorra galoneada de oro del marino encasquetada hasta el cogote, el loco se había rendido finalmente al sueño, con su camiseta arrollada al cuello como una bufanda, como si alguien hubiese intentado estrangularlo con ella. Y aparentemente estaba sumido en un sueño placentero, porque a la par que roncaba, babeaba.

-Vosotras -dijo Hallie dirigiéndose a las mujeres congregadas en el salón- dejad de hablar por un lado de la boca como si fuerais Edgard G. Robinson y estuvieseis todas en el bote. Tenemos esta noche un invitado de honor con mucha pasta y aunque os cueste la muerte debéis mostrar que sois unas chicas bien.

No bien acababa de decir estas palabras cuando bajó la escalera, con la bizarría propia de un almirante, el héroe de cien batallas del futuro, demacrado, con el uniforme arrugado, como si hubiese disputado a un mastín su 'perrera. Llevaba un vaso de ginebra en la mano.

Hallie hizo hacia el cortinaje la señal convenida.

La *Mamuchi* entró en el salón, con un pañuelo de hierbas en la cabeza, una escoba en la mano, con el delantalito de color de menta, toda bañada en sudor, voluminosa y oronda como esas negras que aparecen en los reclamos de algunos productos alimenticios.

En cuanto él marino la vio dejó caer, atónito, él vaso de ginebra. Se disculpó al instante, casi lloriqueando.

-Perdona, chacha, no quise hacerlo.

Y tirándose al suelo se puso a limpiarlo con sus bocamangas galonadas de oro, desparramando los trozos de cristal y convirtiendo

el accidente en un desastre.

(¡Hace mucho, mucho tiempo, mi chacha negra me enseñó a portarme bien, el día en que

rompí la mantequera, un día en que su mano dura rompió también algo dentro de mí y para siempre. Ella sabía lo que sería de mí, y me dejó que hiciera con mis propias manos una pequeña tarta de limón.)

La Mamuchi se había sentado frente al oficial. Estaba como abrumada bajo el peso

de su absurda vestimenta. Hallie llevó un dedo a sus labios imponiendo silencio. Las chicas cambiaban miradas entre sí entre temerosas y asombradas.

-Soy protestante de nacimiento, pero católica por descendencia. -*La Mamuchi* creyó que era ya tiempo de que aclarara las contradicciones de su fe religiosa-. No he tenido miramientos con el sexto -se refería a sus sucesivos y frecuentes matrimonios -. Por consiguiente, no soy muy aceptable desde el punto de vista de la Iglesia. Pero si no muero santificada, espero morir con la bendición del cielo.

El marino dio un codazo a Floralee que obligó a ésta a soltar él vaso que tenía en la mano. La muchacha empujó hacia atrás la silla y el marino se puso a limpiar el suelo con un pañuelo de seda. Mientras lo hacía se dirigió a la mulata diciéndole:

-Sigue con tu historia, chacha. Y créeme, no sabes lo que me duele mi torpeza.

La Mamuchi había perdido el hilo. Sólo podía recordar que había tenido cuatro

maridos.

-Tres de ellos eran chorizos de la peor especie, y el cuarto, un honrado comerciante. Sólo puedo deciros que jamás volveré a casarme con un hombre honrado. Porque ya se sabe, no hay un hombre más gentil, fuera del ring, que un boxeador. Porque sabe el daño que puede hacer con sus puños, se abstiene de usarlos. Por lo mismo, es más seguro vivir con un pistolero que mata por dinero, que con

hombre que jamás ha matado. El pistolero sabe a qué se expone matando, el otro lo ignora.

-Entonces -observó el marino-, según su teoría, las mujeres de vida airada pueden ser mejores esposas que las honradas.

De nuevo hubo un pequeño e insólito silencio, Nadie supo decir nada a propósito de aquella afirmación.

-Marinerito, es la primera vez, desde que estoy metida en estos fregados, que oigo decir algo sensato a un hombre -dijo Hallie. Y acto seguido él marinero, de un nuevo codazo, hizo caer el vaso que tenía *Mamuchi* sobre sus rodillas.

-Ahora no vaya a decir que hizo esto por torpeza -le reprendió la *Mamuchi* con una ira que no se cuidó de disimular-. Lo he visto muy bien. Lo hizo usted a propósito y no por torpeza.

-No, chacha, te juro que no -mintió él descaradamente.

-No le pegues, *Mamuchi* -imploró Floralee. -Estoy segura de que no volverá a hacerlo - Hallie le defendió.

-Perdóname, chacha, no volveré a hacerlo ya más - lloriqueó el marino.

-No le pego por respeto a su uniforme -decidió finalmente la mulata-. Y que sea por última vez.

Se volvió para sacudirse las faldas, pero oyó risas reprimidas y giró sobre sus talones para ver que el oficial, las manos en las narices, le hacía un gesto de burla. Esto sumió a *Mamuchi* en una confusión y desconcierto totales.

-¡Jamás hubiera podido figurarme que un hombre de su posición *y* crianza tu viera esos modales!

-No lo hizo con mala intención, *Mamuchi* -exclamó Hallie, decidida a llevar el juego hasta el final.

-¡No le pegues! -imploró Floralee, en la espera ansiosa de lo contrario.

-¡Te juro, chacha, que lo hice sin mala intención! -declaró el marino con el lloriqueo de un niño ante un castigo inminente que sabe que ha merecido.

Pero Kitty no se prestó al juego. -Lo hizo con toda la mala intención del mundo - afirmó.

-Te prometo que no lo haré más, chacha. - Se puso de pie, muy contrito-. Voy a portarme de ahora en adelante como un buen chico, te lo juro.

Y como si con este acto quisiera hacer buena su promesa, tiró violentamente del mantel que cubría la mesilla, y la botella de ginebra, los vasos, las bandejas, las «Coca-Colas» y cuatro botellas de cerveza cayeron con estrépito al suelo.

-¡Infame sinvergüenza! -rugió la *Mamuchi,* y esta vez no tuvo necesidad de fingir la indignación que desbordaba de su pecho generoso. Tampoco tuvo él que recurrir al fingimiento. Pálido de terror se tiró al suelo y sus ochenta kilos de humanidad uniformada buscaron el amparo de la mesa. De debajo de ella salió su voz implorante.

-¡ No me pegues, chacha! ¡Por favor, no me pegues! ¡Te prometo que no lo haré más!

No pudieron alcanzarlo con los puños, la mulata 3o prendió por los tobillos y tiró de él hasta sacarlo a medias de debajo de la mesa. El marino quedó en posición supina, con los ojos cerrados y con un brazo sobre el rostro para librarlo de los golpes.

-¡Esto no me gusta nada! -le dijo la mulata a Hallie-. ¡No hay derecho a que haga toda esta mojiganga no estando ni enfermo ni borracho!

-'Está enfermo como veinte - le informó Hallie quedamente -. Que alguien traiga un poco de agua.

-i No es lo mismo un poco de cerveza? -preguntó Floralee, y sin esperar la respuesta vació toda una jarra llena de cerveza en el rostro del oficial* Luego, contempló la jarra vacía y observó con tristeza-. ¡Está vacía! ¡Se acabó la diversión!

-Hay todavía «Coca-Cola» - ordenó Hallie.

Era evidente que Hallie estaba en todo y dominaba la situación, Floralee, diligente, vacío en la jarra todos los restos de las botellas que como pequeños centinelas hallábanse en divanes, sillas o en el suelo, y al lleno hasta los bordes. Esta vez vacío su contenido en la pechera de la camisa del marino.

-Esta vez si que se ha acabado la diversión- lamento Floralee.

-En efecto-confirmó Hallie.

-¡ Qué lástima!-comentó finalmente Floralee ¿Pero allí, en el suelo, la diversión no había terminado. No hacía más que comenzar. El oficial se lamía *y* relamía los labios con una lengua gruesa que parecía la de un ternerillo; era como un Lázaro saturado de «Coca-Cola», demasiado lánguido para levantarse y echar a andar.

-Mis ojos pecadores han visto muchas cosas extrañas -se lamentó amargamente la *Mamuchi* pero, como ésta, ¡jamás!

- Deja caer ya sus piernas -le sugirió Hallie y la *Mamuchi* soltó sus tobillos, y las

piernas cayeron como las de un hombre muerto.

Las dos mujeres se quedaron contemplándolo. Ni la misma Hallie sabía ahora qué partido tomar con aquel hombre que se revolcaba en el suelo.

Finalmente el héroe de tantas batallas navales futuras, abrió los ojos.

Ojos azules, ahora imperiosos, autoritarios.

-En estos últimos doce años ha sido ésta la vez que me he divertido más -declaró, felicitando con sincero acento, a todas las presentes.

La Mamuchi, sofocada, se dejó caer en un diván, y suspiró un largo y hondo

suspiro de alivio.

-Traedme el periódico de la noche -pidió transcurridos unos minutos -. Quiero saber qué es, lo que hace por ahí la gente blanca civilizada.

La figura, el rostro y los galones dorados del perturbado que había gastado en una noche la paga del todo un mes se desvanecieron rápidamente. Gastada! *8u* dinero*,* a nadie le interesó saber qué habla sido aquel oficiad con mando de la Armada norteamericana.

-Me pregunto -comentaba la mulata algún tiempo después - si ese oficial nos dijo toda la verdad..

-Por lo menos lo que él creía que era la verdad-se atrevió a decir Hallie.

-¿Orees que no la conocía por entero!

-Su chacha negra no era tan ingenua como & creía. Yo creo que aquella mujer sabía muy bien lo que hacía.

-No te comprendo.

-Mi idea es que desde el día que le dio la primera azotaina se dio cuenta la chacha de que aquel niño era como un trozo de arcilla blanda que podía moldear a su capricho. Sabía muy bien que estaba en sus manos que aquel niño se hiciese hombre o siguiera siendo un niño hasta el resto de sus días. Podía elegir entre ella y el niño, y eligió en contra del niño. Era ésta la única forma de que no se lo arrebatase, un día, una mujer blanca.

-Me resisto a creer que una ¡rústica campesina negra pudiera tener ideas tan perversas-dijo *la Mamuchi,* rechazando de plano la teoría que había expuesto Hallie.

-No era una campesina negra. Era una negra nacida y criada en una casa de blancos, y de seguro tenía una cuenta pendiente con alguno de estos blancos. Todo lo que tenía, se lo habían quitado los blancos. Vio la ocasión de tomarles algo, en cambio. Juraría a que se desquitaba de algo o de alguien.

-No. -La mulata se resistía tenazmente a creer capaz de tanta malicia a una vulgar e ignorante mujer negra -. Todo el mundo siente la necesidad de querer, y aquella mujer, privada tal vez toda su vida de cariño, volcó su corazón en aquél chiquillo, y al chiquillo debió dé ocurrirle lo mismo; sólo tuvo a aquella vieja chacha negra y la quiso con todas sus ansias. Cuando las cosas son así nada importa el color o la edad. En cosas del querer nada importa, ni siquiera el precio que se pague. Sí, la chacha negra debió de querer muchísimo, de veras, a ese niño.

-Es lo que he estado tratando de decirte - convino Hallie -. En cosas del querer, el precio que se pague o quien lo pague es lo de menos. Por eso él no puede odiarla, aun sabiendo como ahora sabe él daño que le hizo.

Aunque el lánguido oficial se hallara, al parecer, en mares remotos y todo indicaba que no volvería ya más a poner los pies en Perdido Street, su visita a aquella casa había dado frutos. Había gastado el

dinero con tanta prodigalidad que Finnerty se había animado a creer que debían de existir muchos ˆ perturbados, con uniforme o sin él, dispuestos a imitarle. Finnerty estaba en lo justo.

-Esta es la era de la especialización -proclamó, como si sentara los principios de un nuevo dogma-. ¿Acudís a un especialista del corazón para que os arranque una muela? ¿Vais a comprar se-; líos en un bar? Se abren nuevos campos de actividades diversas, y uno de ellos es el de los chiflados.' Hay centenares de miles de ellos, podridos de dinero, pues la depresión no los ha tocado, dispuestos v a pagar lo que sea, y a quien sea, para que los hagan felices. Para esos tipos, el venir a un lugar como éste, apuntar con el dedo a una chica e irse con ella, no es ninguna felicidad. Quiere platos fuertes, y con una salsa más picante.

Tal vez fuera la nueva adquisición de Finnerty, una menuda y amarga muchacha, recién salida de la cárcel de Houston, la que le había inspirado aquellas f ideas, pues al parecer, la chica estaba de vuelta de todo.

-Me llamo Kitty Twist -le había dicho-Y hago todo lo que me pidan los *manusos.*

Era lisa de pecho, fea, pero no importaba, por que la ciudad estaba llena de *manusos* que buscaban una compensación contra los secretos agravios que les infirieron las mujeres. ¡La mujer! Ella era siempre la causa de todo.

Un tráfico, en fin, basado sobre los que se sienten victimas de algo o de alguien, los eternos llagados, los sempiternos doloridos. Un tráfico de mayores rendimientos que el fundado sobre el amor. Los dividendos del amor eran de un entero; los del odio, de veinte.

-Es la nueva fórmula de hacer negocios -declaró finalmente Finnerty.

Los hombres que a partir de este momento se proponía explotar el rufián estaban todos dispuestos a reportar los veinte enteros. Por lo visto, no leían los periódicos, porque ignoraban que la nación se hallaba al borde de la más desastrosa bancarrota. Eran hombres que jamás habían conocido la pobreza y el desamparo. Su mundo era el mundo limitado de sus necesidades, y si se asomaban a una ventana y miraban a la calle, nada de lo que veían ni nadie de los que pasaban abajo tenía la más remota relación con ellos y sus cómodos hogares.

Agentes de bolsa, industriales, directores generales, nacidos de familias poseedoras de Bancos, minas, barcos, pozos de petróleo...,

gentes cuyos corazones estaban en sus cuellos y sus amores bien guardados en sus arcas. Y no obstante, todos ellos sentían curiosidad por conocer la vida y sus secretos inconfesables.

-Son gentes de *calidad,* todos ellos -decía Finnerty, tratando de impresionar a las chicas-. Si uno os pide que os columpiéis en la lámpara, no vaciléis muñecas: Colgaos de la lámpara.

-Entonces, ¿por qué no vendes las camas y con el dinero que te den compras trapecios? -sugirió, sarcástica, la nueva adquisición de Finnerty.

-Te crees muy graciosa, ¿verdad? -le dijo Finnerty, molesto.

-No tanto como tú, pápalo - le dijo Kitty, suavizando el tono para que el nuevo *papuchi* no se incomodara.

Contra este dan de cuellos duros no podían en modo alguno competir los magnates de la tartera con almuerzo: fogoneros, porteros, albañilea, marineros- mercantes, estuquistas, empleados de los mataderos, etc étera.

Los cuellos duros ganaron la partida; y las chicas más jóvenes y bonitas se pusieron fuera del] alcance de los portadores de la tartera para el almuerzo.

¿Por qué perder media hora con un «flete» maloliente, cuando aquel otro «flete», oliendo a agua de colonia, pagaba hasta cinco veces más?

-Mamá -le dijo Oliver un día a la mulata-vamos a olvidarnos de todos esos tipejos llenos de mugre que ni siquiera saben que las chicas tienes un alma. *Sé* de más de un chulo que espera en la esquina a que su piruja se gane tres dólares paral que él pueda cortarse el pelo friccionarse la cabeza, pero yo no llamo a eso ser un buen *chulo.* Todas mis pirujas las tengo aseguradas y además he de mantener un avión. Si esos churreros quieren pasar un rato alegre, que So pasen en la casa de su abuela, no en la mía. Ha partir de este momento sólo: atenderemos a una clientela especial...

-No sé exactamente lo que quieres decir, Oliven -le decía la mulata.

-Lo sabes muy bien -le aseguró Finnerty. -Lo que no comprendo es qué vas a dar a esa clientela «especial»...

-¡Novedad, mujer! -el rufián poco menos que escupió la palabra-. ¡Novedad!: una palabra mágica. Cuando yo me acerco a un tipo y le

digo: «¿Le interesa ver a una chica, señor?», el tipo, por lo regular, me lanza una mirada irritada y sigue su camino. Pero si en vez de decirle eso le digo: «Señor ¿Le interesaría una chica que está por estrenar? el tipo se queda sin palabras. Acorta el paso, cavila, dóblala esquina pero vuelve a aparecer por la otra acera, y todo lo que tengo que hacer es esperar, haciéndome el neurasténico. Finalmente, el tipo, decidido, cruza la calle y se acerca a mí. «¿Qué es lo qué quiso decirme?» Y ya, junto a mí, puedo examinarle a mi gusto y averiguar si es un juramunció[34] o verdaderamente un bato[35] que ha picado en el anzuelo. «Quise decirle -digo yo entonces - estaba interesado en ver cómo una chica sé entrega a un hombre por primera vez.» No sabes, Lucille, cuántos están dispuestos a soltar diez machacantes por ver ese espectáculo. Te digo la verdad, algunas veces me siento avergonzado de la especie humana salvo de mí, naturalmente.

-Yo muchas veces me siento avergonzada de la especie humana y especialmente de ti -confesó *la Mamuchi.*

El hombrecillo se sentó, cogiéndose el estómago con las manos, como si le doliera.

-¿Quién es el tonto que desaprovecha una ocasión parecida? Es como si le ofreciéramos, no el cuerpo, sino el alma de una chica. El amor lo puede tener en la casa, pero él alma, el alma!

-Cálmate-le previno *la Mamuchi*- porque nadie viene a una casa mía con tales ideas desatinadas en la cabeza. He sido toda mi vida una lagartona que ha vivido del pecado. Pero espero que el Señor no me lo tenga en cuenta y me perdone, pues he sido siempre fiel y leal conmigo misma.

-Y con tus chicas también, por supuesto - exclamó Finnerty. Su tono sarcástico cortó en seco el discurso de la mulata -, Siéntate, vieja. Hace tiempo que quería decirte algo y esta es la ocasión ni que pintada para poner las cosas en su punto.

La Mamuchi se sentó.

-Es a propósito de un billete que llegó a tus manos con dos ceros y a las mías con un cero solamente. Más claro: un billete de a cien que se convirtió en uno de a diez. Si hubiera sido otra chica; y no la *Mochales*, habría pensado que era leal y no tú la que me dio el cambiazo. Pero lo cierto es que esa piruja mía jamás se fija en el billete que le suelta el cliente. La he visto, no una, Sino muchísimas veces, coger el dinero y sin molestarse en mirar lo que le daban,

guardárselo en un zapato, y a continuación, cuando me veía, me lo daba a mí. Por lo tanto estoy seguro de que te lo entregó a ti, de modo que fuiste tú, mi vieja y querida amiga, la que jugó esta partida a su mejor, a su único amigo. ¿A eso le llamas tú lealtad, vieja lagartona?

-Oliver, ¡te lo juro por mis muertos! No sé de qué me estás hablando.

Finnerty ladeó la cabeza, un tanto desconcertado.

-Un juramento de esa especie en labios de una negra de Louisiana y dirigido a un blanco es una cosa muy seria.

-Oliver, te lo juro por mis muertos No sé de qué me estás hablando.

-Escucha lo que voy a decirte. - Oliver parecía a punto de perder la paciencia-. Le arrimé unos cuantos cachetes y me dijo: ¡No! Volví a arrearle más fuerte y volvió a decirme: ¡No! Finalmente me quité los mitones, dispuesto a atizarle a modo y siguió diciendo: ¡No! Mira, vieja, no quiero pegarte. Pero sé muy bien que no fue la *Mochales.* Sé que fuiste tú.

Mamuchi se dolió amargamente de tanta injusticia.

-¡Válgame Dios, muchacho! ¿No pudo haber sido el tipo que estuvo con ella quien le afanó el pápiro?

Finnerty sonrió débilmente.

-Ya sabía que saldrías con esa pata de banco. Pero no vale, vieja. No le quité ojo a ese billete des de que *lo* puse en el bolsillo de ese papanatas.

-¿ Estabas tú en el cuarto cuando lo entregó a la chica?

-Como si estuviera dentro. No despegué el ojo de la mirilla.

-¿Cómo pudiste ver la cifra del billete a la distancia que estabas de él?

La sombra de una duda pasó por la mente del rufián, pero recordó la expresión bobalicona de Dove y la sombra se desvaneció al instante. Porque aquel chicarrón de ojos azules y rojos cabellos no sólo tenía cara de primo, era la personificación viva del primales. Tan primo que de puro primo era patético.

-Cualquiera menos él, Lucille -le dijo, y a continuación, dándose

cuenta súbitamente de cuán cerca había estado ella de desorientarle, tomó su partido.

Con redoblada firmeza le dijo:

-Mujer,.quiero oír de tus labios que fuiste tú y sólo tú la que me timó esos noventa pavos.

Mamuchi sabía lo que significaba aquel tono, y se puso a mover la cabeza

lastimeramente:

-¡No, no! ¡Que me castigue el Señor con la peor de las muertes si te he robado!

Finnerty se puso de pie.

-Oliver, sé lo que vas a hacer. Pero no se moverán mis labios diciendo lo que no es y tú quieres que sea.

Finnerty se puso un guante. Estiró el tejido hasta que quedó tendido sobre cada dedo. Cuando quedó terso, sin una sola arruga, volvió la muñeca lenta- mente para probar su articulación. A continuación se calzó el otro guante.

-Sí -gritó, fuera de sí, *la Mamuchi*-. Sí, sí, si.

-Supe que fuiste tú desde él principio - dijo Finnerty-, y no voy a pegarte por eso. Pero no vuelvas jamás a decirme que juegas limpio conmigo y me eres leal. ¡No me lo digas jamás ¡ ¿Lo oyes? Ahora, ven acá.

Le vertió coñac en un vaso, basta los bordes» y se lo tendió sin derramar una sola gota. Pero el enano de *Mamuchi* temblaba de tal modo que tuvo que ayudarla cuando la mulata se lo llevó a los labios. Cuando lo hubo vaciado, se lo entregó haciendo un ademán para que volviera a llenárselo. Lo llenó nuevamente. Esta vez bebió sin la ayuda de Finnerty. Y pidió un tercero.

-Si puedo evitar que un gorrión dé un mal paso... - comentó la mulata.

-Está bien, vieja -le dijo Finnerty -. Tungo un trabajo que hacer, y tú también, seguramente. Y se fue a jugar con su ratoncito.

Pasada la medianoche llegaban hasta la casa de la *Mamuchi* trenes solitarios,

como amantes que llegaban demasiado tarde para amar. Venían de más allá del río, por encima de la vía, de la torre y del andén, hacia ventanas ya oscurecidas y puertas ya cerradas, viejas galanes que habían ido a Perdido Street mucho tiempo atrás y volvían allí evocando melancólicamente los nombres de las mujeres que habían amado. Traían mucho dinero, pero las ventanas estaban oscuras y cerradas las puertas, y las únicas muchachas cuyos nombres conocían ya habían dejado de tener nombre y eran solamente polvo.

La Mamuchi se levantaría de su cama, tan grande y tan solitaria, resuelta a

defender al débil y al huérfano, siempre que no hubiese un dólar por medio. Y vería a aquel amante trasnochado, bajo un farol, en la espera de algo o de alguien.

Allá abajo, en la esquina, una mujer negociaba un «fílete de cuatro dólares. En la otra esquina un hombre le bacía señales con unas llaves, aparentemente las de su casa.

-Tengo aquí un «flete», cariño, espérame en casa.

Y la noche vacía cayó nuevamente.

En algún lugar, arriba o abajó, la voz gruesa de una mujer montañesa se puso a cantar, a través de las sombras.

Desvanece él rocío de la mañana,

Y la Mamuchi sabía que más pronto o más tarde llegaría la hora en que aparecería en la

calle el negro coche celular y que éste recogería a las chicas, con orgullo o sin él, a las que habían ahorrado y a las que no tenían un centavo, y que todas irían a parar a aquel sótano, debajo de los calabozos, que tenía dos puertas: una llevaba a la libertad y otra a la cárcel. Una, a la calle, y otra a la crujía.

Desvanece él rocío de la mañana

con el soplo suave de tú brisa.

-Sí no puedo morir santificada - decía *la Mamuchi*, santiguándose -, por lo menos

déjame morir sacramentada.

Por su aire tan viciado, su whisky tan malo y sus precios tan altos, y también por

lo complicado y difícil de su acceso, la gente acudía en tropel al bar del doctor Dockery, noche tras noche, mientras los demás bares permanecían vacíos.

De esta multitud quedaban excluidos, por supuesto, los representantes de la autoridad. La policía jamás ponía los pies en aquel antro singular y equívoco. Porque cuando se alzaba sobre las cabezas, el murmullo revelador de que algo iba a ocurrir, el anciano doctor cerraba él local a cal y canto y sólo lo abría cuando había pasado ya la ocurrencia.

El doctor jamás se había peleado en su vida con otro hombre sin embargo, le deleitaba ver cómo se peleaban los demás. Pretendía que lo viril era dejar que los hombres dirimieran a puñetazo limpio sus diferencias, pero su titilante deleite cuando veía correr la sangre era un puro deleite de mujer.

Y aunque eran frecuentes las peleas en el interior de su bar, se cuidaba bien de que no trascendieran al exterior. El zumbido fuerte y monótono de los ventiladores del techo, puesto a todo volumen, ahogaba el jaleo de los combatientes y el ruido de los zapatos sobre el piso irregular del establecimiento.

La pelea entre los dos rufianes terminaría como había empezado, bruscamente. El anciano doctor abriría los postigos de las ventanas, vencedor y vencido echarían un trago, obsequio de la casa, las conversaciones se reanudarían, el «juke» volvería a tocar *El tren de los sueños o Sólo una luna de papel* y todos se sentirían satisfechos porque por fin había sucedido algo que rompiera la gris monotonía de sus vidas.

En sus tardes libres, las pirujas solían decirse entre sí:

-A ver si tenemos la suerte de ver cómo se rompen los cuernos esos dos chulos de café con leche (dos nombres en la larga fila de rufianes y de aprendidos de rufianes). Prefiero ver esta noche una m pelea que ir al cine.

Si uno de los tarzanes salía tan mal parado de una pelea que no podía levantarse para ir a beber al bar, el viejo doctor le administraba en persona un fogonazo[36] y hacía que sus amigotes se lo llevaran y lo depositaran a la puerta de una tasca menos respetable que la suya.

Desde luego, todas las peleas eran innecesarias y ninguna de ellas resolvía cosa alguna. Eran rufianes de poca categoría -cinturitas, Tarzanes, pachuchos y jamás se peleaban por amor o por dinero,

sino por fruslerías. Que si el Tufos le había dicho al carrito[37] de Mendolato que no vestía a su hombre con elegancia; que si Mendolato había dicho que Max el Cubiche era capaz de chivar a su propia madre.

Peleaban por su honor.

No porque tenían demasiado whisky en él cuerpo, sino porque no tenían bastante. Sus vidas eran vacías como sus vasos; la falta de amor secaba sus gargantas. Querrían estar borrachos, borrachos para siempre.

-Pone usted demasiada sal en estas patatas fritas - se quejaba alguien ante el doctor.

-Eso da sed a la gente -declaró el doctor-. Por esta razón tengo también siempre llenos los tarros de mostaza, y salpico de sal almendras y cacahuetes.

Estar borrachos, borrachos para siempre.

Una mañana, antes de que los bebedores se pusieran a beber, entró Dove en el bar. Puso el muestrario en el suelo, debajo de la mesa y sobre ésta un libro con grabados. Pidió un sandwich «Niño Pobre» y una botella de cerveza.

Se puso a hojear el libro, olvidando la cerveza. Por fin sabía la diferencia que existía entre la A y la B.

Otra mañana, estando estudiando la M y la N vio proyectarse sobre

el libro una sombra, y el dedo de Finnerty cerró el libro de golpe.

- ¿*Cuentos de hadas*? ¿Qué clase de timo es ése! ¿ Es que ahora te dedicas a

embaucar a los crios que salen de la escuela?

Dove cogió el libro y se lo metió en el bolsillo.

-¡ Hola, Oliver! - exclamó.

Finnerty meneó la cabeza, incrédulo.

-¡Cuando pienso que te tomé por el palurdo más palurdo de la ciudad! De veras, muchacho. Creí que eras un primavera, y ahora veo que me he equivocado, Eres un tío con toda la barba.

-No soy más que un representante de específicos, señor -le respondió muy serio Dove,

-¡Eres *grande,* muchacho! Lo reconozco. Y ese muestrario es todo un poema. Lo llevas con un aire de candor tan grande que nadie creería lo que en verdad te traes entre manos.

Arrimó una silla a la de Dove y se sentó tan cerca de éste y le habló tan quedo, su boca casi pegada a su oído y su dedo meñique engarzado en el suyo, que Dove se sintió cogido y atrapado, como un ratón en una ratonera.

-De hombre a hombre -le susurró Oliver-, me creo en el deber de decirte que mi nueva pitusa está terriblemente resentida por la faena que le hiciste. No. No me refiero sólo a aquel trabajo que hicisteis juntos, en él que ella pagó el pato y tú te piraste con el paquete. Dudo que Tejas pida tu extradición por ese delito. Pero ¿y tu conciencia, mocito? ¿Sabías que la pitusa se chupó noventa días de feria?[38]. Y sin un botón. Tú y yo sabemos lo qué es pasar un tiempo a la sombra, sin un cobre. Por supuesto, si es así como acostumbras dar vacaciones a tus pirujas, ¡allá tú! Pero yo no trataría así ni a un perro sarnoso.

-Señor. -Dove trató inútilmente de desprenderse del dedo engarzado en el suyo -. Esa chica no le contó la verdad exacta.

-No vayas a pensar que yo crea más en la palabra de una golfanta que en la de mi admirado amigo el corredor de específicos..., ¡el amigo que me estrenó la pindonga que más beneficios me reporta! - Oliver parecía dolido de que Dove llegara siquiera a sospechar que

había olvidado un favor de aquella especie-. *Naturalmente,* -mintió-, No temas, yo te sacaré de este aprieto. He estado en la feria y pasé lo que no quiero que le pase a mi amigo el corredor de específicos. Pero, dime una cosa: ¿y si se le ocurre *decir* que era una menor de edad cuando la transportaste de un Estado a otro en un vehículo rodante? Eso ya son palabras mayores: un *delito* como la capa de un pinol

-Oiga, señor. -Dove pudo por fin articular palabra-. Yo jamás *transporté* a nadie. Los dos viajamos juntos en un tren de mercancías. Yo no llamaría a eso un *vehículo rodante.*

Finnerty soltó el dedo meñique de Dove.

-Pues, entonces, ¿cómo lo llamarías? ¿Un gato encaramado en un tejado?

-Lo que quiero decir es que no era un tren de pasajeros - balbució Dove.

-Hermano. -Finnerty posó una mano en el hombro de Dove-. Hermano, hicieras el viaje en un tren de mercancías o en un globo cautivo, lo mismo da. La pitusa puede en todo momento presentar una denuncia contra ti en cualquier comisaría de la ciudad.

-Sin mí habría caído bajo las ruedas del tren -recordó Dove, patético-. La traté muy bien.

Finnerty movió solemnemente la cabeza.

-A las mujeres puedes tratarlas siempre demasiado bien, pero jamás demasiado mal.

-Yo le salvé la vida a esa pequeña zarrapastrosa - añadió Dove, sintiendo que su valor declinaba por momentos.

-Seguro que sí -convino Finnerty con simpatía -, pero con todo era una menor, y a las menores ¡ni tocarles el pelo!

-Ella fue la que *quiso* -recordó desesperado, Dove-. Más que yo, por supuesto. No dejó as momento de atosigarme. La chica era una lapa.

-No se trata de que quisiera o no. Aunque te hubiese puesto una pistola en el pecho no debieras haberlo hecho. La ley llama a eso estupro.

-No me puso ninguna pistola en el pecho - concedió Dove -, pero

sólo puedo decide que yo jamás he *estrupeado* a nadie«

No obstante, el sentido de culpabilidad coloreó su rostro.

-Todos cometemos errores de vez en cuando - Oliver bajó la voz -. Y cuando uno no da la talla vale más que se aleje de las pitusas. Mira, muchacho, una pindonga es una pindonga, y un amigo es un amigo, así es que no te preocupes. No dejaré que Tejas te eche el guante sólo porque una piruja quiere desquitarse de ti. Es lo que yo le dije: mira, encanto, una cosa es que tú me times y otra que acuses a mi amigo. Ahora yo te pregunto: ¿quieres o no que yo te saque de este aprieto en que te has metido?

Dove comenzó a sentir un pánico como jamás lo había sentido en su vida.

-Mucho le agradecería que me ayudara, señor.

-Bien, pero a la recíproca, muchacho. Yo te presto este favor pero tú te comprometes a cooperar conmigo a partir de este momento. Yo soy el general. Tú, el soldado raso..., cuando te dé una orden, tienes que obedecerla. Porque no me faltan ayudas de cierto género-añadió suavemente.

-Bien, mi general -convino Dove-. Soy su soldado.

-Chócala, *Tejas.* -Finnerty extendió la mano.

Dove se la estrechó, agradecido.

-Creo que he cumplido como bueno, señor - le dijo Dove a Finnerty media hora

después, en el saloncillo de *la Mamuchi.*

-Más que como bueno, compañero, como un verdadero campeón. Estoy orgulloso de ti y lo pregonaré a los cuatro vientos - prometió -. Toma.

Su mano tendida exhibía un billete de a cinco dólares,

Lo tomó Dove, lo examinó del revés, como si creyera que en el otro lado la denominación fuera distinta, y a continuación lo entregó a Irma *la Franchuta.*

-Diles en dónde te lo dieron y con qué facilidad, lo ganaste - le dijo, y se dirigió indolentemente hacia la puerta.

En el cerebro de Finnerty volvieron a anidar el desconcierto y la incredulidad. Salió en pos de Do ve y se reunió con él cuando se hallaban ya a la puerta del bar de Dockery. Jadeaba un tanto y esperó hasta que estuvieron dentro para invitar a Dove a echar un trago.

-Dale de beber a este hombre, lo que pida - le dijo a Dockery, sin haber recobrado por completo el aliento -. *Y citando lo pida.*

-Cuando este hombre quiera echar un trago - le anunció Dove al doctor-> lo pagará de su bolsillo.

Y ante los ojos atónitos del rufián extendió sobre el mostrador un billete de a cien dólares.

Finnerty fue a cogerlo, pero Dove se adelantó y le puso la mano encima, gentilmente.

-Tengo entendido que los *mirones* pagan diez cocos por barba, Oliver - le dijo, tranquilamente -. Esta vez tuviste lleno completa Me corresponden, pues, treinta cocos.

Finnerty echó mano a la cartera, lentamente. Pero la sacó del bolsillo interior de su chaqueta..

-Jamás lo hubiera creído-admitió, poniendo tres dieces encima del billete de a cien -. Me dejas congelado. No te creía capaz de una desfachatez semejante.

-Usted suministre las vírgenes, señor -dijo, solemne, Dove -. Y yo suministraré la desfachatez.

-Supongo que sabrás que a causa tuya tuve que arrimarle candela a una de mis chuscas. ¡Una candela de 90 bujías! -se lamentó Finnerty, mientras Dove se embolsaba bonitamente los ciento treinta machacantes.

-Es lo que yo digo siempre-exclamo alegremente Dove-Puedes siempre tratar a una mujer demasiado bien. Pero jamás puedes tratarla demasiado mal.

Días sin aire: Por doquier, colgando de las cuerdas tendidas,

prendas femeninas

de viva policromía, *brassieres* negros, combinaciones azules, saltos de cama amarillos, una jungla abigarrada, de seda, crepe y nylon, y en el que el reloj vivo de la vergüenza y el azul celeste de la inocencia eran ingenuamente lavables. Una jungla cuyo silencio era interrumpido en ocasiones por el pregón del vendedor de latas de pimiento.

Pimiento picante ardiente,

te ahorrará muchos daños

y te alargará los años.

Vamos, pronto, ¡hincarle él diente!

Olores y gritos, una camisa manchada de rimmel, el rumor del agua vertida en

una palangana antes de que el amante de primera hora escalase el lecho de la chica medio dormida de última hora. Luego, el sempiterno forcejeo, y a continuación, cuando él, terminaba de ponerse un calcetín y tenía el otro pie descalzo, una basca perfumada se apoderaría de él. Una basca como un perfume que invadiera una mañana que pretendiera ser perpetua; que sólo se desvanecería cuando la mañana se hiciese tarde y la tarde noche.

Luego vendría un olor acre como el jabón o sangre, y oiríanse voces de mujeres y habría en el ambiente como una sensación de apresuramiento, de idas y venidas de un lado a otro de la casa. Entonces el humo del tabaco se mezclara con el olor penetran te del agua de colonia, el incienso con el whisky y el whisky con ginebra: y fuese arriba o fuere abajo, tropezaría uno con Dove Linkhorn.

Podía vérsele también con frecuencia en la Casa de Muñecas del doctor Dockery. Con una camisa de un rojo detonante o de un amarillo explosivo, con botas de cowboy, y anudado al cuello un pañuelo de seda negra, acodado al bar, con un pie en la barra de madera, o bien apoyado en el aparato tocadiscos, No perdía el tiempo ni la ocasión de darse a conocer ante la gente extraña.

-¡Chóquenla! Soy el gran Stingaree en persona. Acabo de llegar de

Río Grande. Miren estas botas. Me han costado cuarenta dólares como cuarenta soles. Y el sombrero, ¿eh? ¡Treinta y cinco ojos de buey! Aquí me tienen. Pidan por esa boca. ¡Yo convido! Soy amigo de los amigos. Si uno de vosotros quiere una pitusa, señaládmela. Casi todas comen en mi mano, pero no soy celoso. Siempre vuelan a mí, a su pápalo lindo. Así me llaman: ¡Pápalo!, pero vosotros llamadme *Tejas.* Cuando vengáis aquí y no me encontréis, decidle a ese vejete que está ahí detrás del mostrador que.estáis esperando a *Tejas.* Pedidle lo que os plazca..., trabaja para mí esa antigualla... y más pronto o más temprano estaré aquí con dos pindongas cogidas del brazo, y con una camisa nueva que una de ellas me habrá regalado. ¿Veis este cinturón? Me lo regaló una chusca.

Toda bebida era buena para él. El whisky dorado, el ron negro, la cerveza oscura, la pálida ginebra.

-No puedo leer mi propio nombre ni aunque lo escribieran en un frontón, con letras de a metro, pero gano en un solo día más que la gente educada en un mes. ¡ Bebed a mi salud!

Fuera lo que fuere, whisky, ginebra o cerveza, el gran Stingarre se lo echaba entre pecho y espalda. El gran Stingarre se echaba al coleto todo lo que le vertían en el vaso, hasta qué el líquido se te derramaba por la camisa, amarilla o roja, y se le escurría hasta las grandes botas de cuarenta ojos de buey. En una ocasión la mezcla explosiva de bebidas dio con él en el suelo, y allí permaneció en un charco de orines, vino o cerveza. Quería dormir y hacía ademanes para que cerraran el «juque». En otra ocasión le dio por apostrofar a la rufianería andanteˆ

-¡Quemad vuestras ciudades! -clamaba-. Quemadlas, arrasadlas, pero dejad tranquilas nuestras granjas; ¡no toquéis nuestros campos!

-Sigue, sigue -ríe alentaban.

Pero Dove no seguía. Se le había quebrado el hilo de sus recuerdos, y se callaba.

Porque una vez al día, y a veces dos, se daba en espectáculo a los curiosos impertinentes congregados por Finnerty.

Finnerty tenía razón: era una fantasía que le & había perseguido a cada.-uno de ellos a lo largo de sus vidas. Era, para muchos, como un misterio secreto que jamás habían penetrado.

Un misterio tan falso como era secreto. No obstante, Finnerty lo

hacía relumbrar con los más vivos, colores, como un ramillete de fuegos artificiales en la noche, como un juego.

En este juego Floralee no daba la medida. No podía comprender ni las lágrimas ni la comedia. Ni lo comprendía ni quería comprenderlo. En cuanto. Dove entraba en él cuarto y colgaba su «.Stétson», se apresuraba a quitarse lo poco que llevaba encima, y con una voz que sonaba a cascabeles colgados de un hilo de plata se ponía a canturrear.

La gata tenía gatitos

Y los gatitos un perrillo,

e invitaba a Dove a chocar sus palmas con las suyas»:

Yo sólo quiero, abuelito,

un pedazo de membrillito.

No se le podía hacer comprender que debía hacerse la ingenua.

Por el contrario, Reba representaba su papel con demasiada perfección. Corría de un lado a otro de la habitación; daba la sensación de un pobre animalillo acosado por un cazador implacable. Se tapaba el rostro con las manos y gritaba a las paredes:

-¡Jamás! ¡ Jamás! ¡No, por Dios! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

Golpeaba con sus puños el pecho de Dove, y en luna ocasión, en la lucha por su honor, se le cayó «un trozo de dentadura postiza. Esto no obstante, no le impidió llevar adelante la farsa:

-¡Jamás! ¡Jamás! -imploraba por entre sus encías desguarnecidas.

La de Chicago era prodigiosamente ágil. Su forcejeo hacía que Dove perdiera el equilibrio. Por último, éste fue a quejarse a Finnerty.

-Admiro el talento en una mujer - protestó -, y no me duele que

haga un poco de comedia, pero de eso a que me obligue a corretear por todo el cuarto, con la lengua fuera, como si disputase una carrera de obstáculos, hay una gran diferencia. Por supuesto, es una buena pitusa, pero toma demasiado a lo vivo su papel.

En otras ocasiones la sacrificada era Irma la *Franchuta.* Kitty clamaba y reclamaba porque le incluyeran en la lista, pero los tatuajes en sus brazos y piernas que se infligió a sí misma en su niñez, la incapacitaban para el papel,

-¿En dónde se ha visto una doncella tatuada? - Finnerty la desautorizó, tajante. -No me quitaré la ropa - insistió. -Me pedirían que les devolviese el dinero -le dijo Finnerty-. Anda, vete a la puerta, que es tu ¡obligación y que no te vea más en otro sitio que ése que te he designado.

No fue lo bastante psicológica para percibir que si se hubiese mostrado adversa a desempeñar aquella farsa, él la habría obligado a representarla, en vez de tener que guardar, abajo, la puerta hora tras hora.

Jamás intervino Hallie en la farsa. ¡Lo que habría dado Finnerty porque ella también pasara por el tubo! No había medio de obligarla a lo que ella juzgaba una iniquidad. Porque ella jamás había cometido ni admitía una iniquidad como aquélla.

Esto le roía las entrañas, como también el tener que dividir con aquel tunante sesenta dólares como sesenta soles: un salario demasiado alto para aquella clase de trabajo.

-Hay muchos que se considerarían muy felices haciendo eso por la cara -le dijo en una ocasión; a Dove.

-¡Bah! Simples aficionados - le recordaba. Dove-, flores de un día con los que no podrías contar. Hoy aquí, mañana Dios sabe dónde...

Era cierto y Finnerty lo sabía de sobra. Dove era insustituible. Y podía confiar en él. Cada vez que Finnerty se arrimaba a la pared, para observadˆ! comprobaba que el mozo cumplía honradamente su obligación, y se hacía acreedor al salario que recibía«! Honrado y cabal. Tan cabal que, aparentemente nada había que menguara sus poderes.

Incesante. Iba y venía como las olas del mar. Por supuesto, Finnerty no podía reprimir su entusiasmo secreto por las proezas de su incansable campeón.

-Jamás has visto una cosa igual-le decía a Schmidt, el hombre sin piernas, invitándole a presenciar las proezas de su campeón -. Dios ha dotado; demasiado bien a ese perillán.

-Cuando hables de *ése* no menciones el nombre de Dios. Y ten por seguro que no gastaré un níquelˆ para ver eso.

-No he pensado por un momento que pagaras - Finnerty adoptó un aire lastimado -. Lo que quiero es que te rías un rato.

-No veo que sea motivo de risa -le dijo la mitad del hombre al entero rufián.

-Eso podrás decirlo después de que lo hayas visto -insistió Finnerty-, Hay que verlo para creerlo. Después de todo, es algo que considero *educativo.*

-Oradas, prefiero ser un ignorante - decidió firmemente el lisiado,

-Piénsalo, amigo - sugirió Finnerty -. De todos modos, la invitación queda en pie.

Ni el mismo Finnerty sabía por qué razón quería que fuese testigo Schmidt de las hazañas de Dove. Tal vez fuera por la irritación que le producía el aire orgulloso de independencia del tullido, tan impropio de su condición, cuando tantos hombre» con todos sus miembros pedían limosna por las cales. Pero no era sólo eso. Era, en el fondo, el poco aprecio que hacía Hallie de sus encantos masculinos. No le entraba en la cabeza que una mujer desdeñara su lindo palmito y prefiriera a m. hombre sin piernas,

El perverso Finnerty sabía que él rodeo era la distancia más corta entre dos puntos. En Schmidt creyó hallar el rodeo que le acercaba a un punto: la satisfacción de su hondo resentimiento.

En esto y en 3o demás, sus matemáticas del alma no le fallaban nunca. Sirviéndose de ardides bien estudiados, lograba reunir en torno suyo a cinco o seis hombres. Juntos o por separado les hablaba confidencialmente con palabra persuasiva e, inevitablemente, cerrado el trato, un billete de diez dólares cambiaba de mano.

Cuando el adquisidor convertido en inquisidor ponía el ojo en la mirilla por la que había pagada diez dólares, veía a un patán pelirrojo, con un sombrero de sheriff y grandes botas a las que sólo faltaban, las espuelas, y con el rostro encendido del borracho. Había también una pálida muchacha.

Casi todos sentían, un enorme desprecio por él desvergonzado tipo. Aunque a cada uno el espectáculo afectaba de un modo distinto.

Algunos, mientras miraban, palidecían intensamente y al cabo de unos instantes abandonaban el lugar pensando cuán triste era todo aquello.

Había quien reía cavernosamente, al ver confirmada su teoría de que él hombre era un animal bípedo y la mujer un animal cuadrúpedo, y nada más; Y se iba en cierto modo satisfecho al ver que no se había equivocado en su teoría.

A un tercero el espectáculo la hacía reflexionaˆ como ante la exhibición de un telar o de una máquina de hacer géneros de punto: al saber que en la pequeña empresa privada había todavía posibilidad de ganar algún dinero.

Pero el gran lisiado ni se rió ni palideció. Solamente las líneas de su pesada cabeza se endurecieron, y haciendo girar su torso poderoso sobre las ruedecillas de la plataforma se fue rodando hacia el pasillo, armando un tremendo estrépito para esconder su indignación.

No. Schmidt no creía en aquella abominable farsa.

Los otros mirones se trasladaban al saloncillo y allí, sentados, esperaban a que bajase del cuarto Dove. Era entonces cuando comenzaba de verdad la diversión. La vista del tipo, peinándose o haciendo tocar el aparato de los discos, al parecer ignorante de que se hubiese dado un espectáculo público, provocaba un cruce incesante de miradas, de sonrisas y ademanes significativos, y cada uno de ellos daba por bien gastado el dinero. Que eran ellos, en resumidas cuentas, los engañados era algo que Finnerty guardaba para sí celosamente y cuidaba de no divulgar. Si hubieran sabido los mirones que él gran zángano no sólo sabía que era observado, sino que se sentía por el contrario muy ufano de que fueran testigos de sus proezas amatorias, muy mal lo habrían pasado Finnerty y el propio Dove.

Schmidt, desde luego, estaba al tanto del secreto y no compartía la satisfacción que los demás sentían. Desde un rincón mal iluminado del salón se puso a observar a Dove. El Gran Stingaree tenía desabrochada la camisa y su nuez subía y bajaba como un émbolo.

Tenía sed e iba a satisfacerla completamente porque para ele había ganado treinta dólares; una suma que gastaría con la rapidez con que la había ganado, convidando a todos.

-No sabe que ha terminado la función -se dijo Schmidt, al tiempo que el aparato tocadiscos comenzaba a funcionar.

En él cielo faltaba un pájaro canoro.

Por eso él Señor se llevó a Caroso.

Dove se puso a hacer muecas, como si fuese su voz y no la del cantante la que

entonara la canción endecha, dedicada a Caruso. Cuando hubo terminado dijo:

-Yo tenía una voz magnífica, pero la perdí a fuerza de gritar en mi casa pidiendo gachas.

El hombre sin piernas había sido un viejo feriante que había vivido entre esqueletos humanos, mujeres de quinientas libras, chicos con cara de perro, hombres-arañas, cabezas sin troncos, mujeres barbudas, hermafroditas y enanos, en el mundo fabuloso de las exhibiciones de fenómenos, pero le parecía a él que jamás había visto a nadie que le asqueara tanto como este sonriente y rufianesco palurdo.

Cuando terminó la canción, Dove avistó a Hallie. Fue hasta donde ella estaba, te cogió él vaso vacío y llamó al mozo del bar.

-Tú, muchacho. Esta señora quiere un trago. Hallie tapó el vaso con la mano.

-¿Por qué vienes al bar si no quieres beber? -le preguntó Dove.

-Bebo, pero por mí cuenta.

-¿Que te pasa Hallie? - El valentón se iba desmoronando -. No te he hecho nada que yo sepa.

-No, pero no me guata beber con quien no sabe lo que hace, eso es todo.

Por toda respuesta, cogió él el vaso de ginebra y lo apuró de una sola sentada. Luego lo posó en el mostrador, lanzando un suspiro.

-¿Con eso qué me has demostrado? -le pregunto

- Que puedo beber ginebra como agua-le respondió Dove.

-Lo tengo por sabido. Desde hace una semana no te he visto sereno un solo día.

-¿De quién es el dinero? ¿Tuyo o mío?

-Tuyo -le aseguró, y volviéndole la espalda se marchó.

Schmidt la estaba esperando en la puerta.

-¿De qué estabais hablando? -le preguntó el tullido.

- Le dije que se está matando.

-Déjalo. Mientras más pronto reviente, mejor.

Cierta mañana Hallie bajó al salón, con su gata coja. Después de una larga noche

de bureo, las arañas que durante la misma habían girado o se habían mecido en el aire bajo sus hilos de metal, colgaban ahora inmóviles. Desvanecidas las sombras dé la noche, veíanse dispersas las luces matinales, como cristales rotos, como si la gente hubiese pasado un día de campo en un mausoleo. Y como en un mausoleo, el aire rarificado. Tan quieta, tan inmóvil, que una mota de sol aparecía tan encogido y silente como un niño enfermo al que se hubiese mandado callar mientras dormía el ama. Hallie vio que la pálida mota se sentía como cohibida en aquel suelo cubierto de muertos; los muertos - cascos de «Coca-Cola» y de cerveza- se amontonaban en tomo al aparato tocadiscos, y el mismo aparato daba la impresión de que jamás volvería a tocar.

Un frasco de ginebra yacía boca abajo, en don- de había caído, rodeado de colillas. Horquillas, alfileres, imperdibles trozos de *Kleenex* manchados de carmín, tapones de corcho o metal, una baraja rota en dos mitades, arrojada sobre la alfombra daban a aquel lugar el aspecto de un campo de batalla en él que no se había dado cuartel.

No obstante, de algún lugar del salón les llegó a los oídos el murmullo de una respiración lenta y profunda. Siguió la mota de sol que tal vez, como ella misma, buscaba al superviviente de aquella batalla.

Acurrucado en un rincón anegado en sombra, tan encorvado que creyó al pronto que estaba dormido, se hallaba el hombre con rostro de niño y, no obstante, tan viejo.

-Despierta-le dijo.

El se puso de pie y movió sus articulaciones hasta componer la figura del gran Stingaree. Al hacerlo escondió algo detrás de su espalda.

-¿Qué haces ahí?

-Estoy sereno - fue su curiosa respuesta.

-Pero a mediodía otra vez estarás trompa,

-Es mi dinero él que gasto.

-Eso ya me lo dijiste ayer.

-Ayer me gané sesenta cocos. ¿Cuántos hiciste tú? - Ya había recobrado su aplomo y sus desfachateces de Stingaree.

-Ya que te sientes así, devuélveme mi libro,

Sacó el libro que tenía escondido detrás de la espalda y se lo entregó.

-No sé cómo vino a parar a mis manos -explicó-, Por supuesto debe de ser tuyo, Porque tu entiendes de libros y yo no entiendo ni pum. Pero con todo no tienes derecho a hurlarte de la gente ignorante como yo.

-Jamás me burlé de ti, Dove, Toma, puedes quedarte con él.

-Para nada me sirve, porque sabes muy bien que no sé de letras. Me lo dejas sólo para tomarme

-Mira, Dove. Si durante toda una semana llegas sereno a mediodía, te enseñaré a leer.

Asintió él con tal rapidez que la mujer entró en sospechas y fue a cogerle el libro.

-Te lo devolveré si al mediodía estás sereno.

No dejó que lo cogiera.

-Si no estoy sereno, yo mismo te lo devolver. Es una promesa.

-Estás demasiado borracho para recordar cualquier promesa.

A mediodía estaba sereno. Seguía estándolo las cuatro. A las cinco tuvo que representar el «número» de Finnerty. A las cinco y. media, despejado como un cielo sin nubes abrileño, fue hasta donde ella se encontraba y sin pronunciar una palabra le devolvió el libro.

-Barman -gritó a Dockery golpeando con los nudillos el mostrador del bar-: ¡Ginebra! ¡Ginebra! ¡Ginebra!

Aquella noche Dove soñó que se hallaba solo en un hotel de Houston. En algún lugar del cuarto un gato trataba de arrojar algo que tenía en la garganta y no podía pasar. Quiso verlo y miró por debajo del camastro, y detrás del «juke», pero todo; parecía sumergido en una neblina que borraba los contornos de las cosas. De pronto saltó en la oscuridad una masa negra: era la gata de Hallie. Cruzó el cuarto y fue a refugiarse a otro rincón del mismo. Allí volvió a esconderse, para que nadie la viese. Algo le ocurría al animal, pero nadie sabía lo que era.

Detrás de un radiador veíanse los restos de un gatito muerto hacía ya varias semanas. Tenía los dientes descarnados. La gata se puso a lamerlo y a continuación aplicando su boca a la piel tensa de la barriga trató de infundirle calor y vida. Dove la golpeó para que abandonara su presa, pero el animal no parecía sentir los golpes y no cedió en su empeño. Finalmente se volvió y él le miró.

Por entre los bigotes le chorreaba leche fresca, y el sueño se fue desvaneciendo lentamente, como se apaga una bombilla de 20 watios demasiado gastada.

Nadie en Perdido Street consideraba que el hombre sin piernas fuera un

fenómeno. Su mirada penetrante, su ceño leonino, eran los de un hombre completamente normal. Bajo sus pobladas cejas sus ojos, muy separados, ardían como hogueras en una noche sin aire. Schmidt nunca pestañeaba. Sentado en su plataforma, como un patriarca de los amputados, devolvía mirada por mirada. Cuando, finalmente Uno apartaba los ojos de los suyos, tocaba con sus manos su barbita morena como diciendo: «Ya te he visto bastante, amigo.»

Vendía sus fruslerías, hacía sus apuestas y bebía cerveza negra o rubia indistintamente y jamás olvidaba su dignidad ni permitía que otros la olvidaran. Una vez le dijo una muchacha con la mejor intención del mundo: «No me pagues. Ese dinero lo necesitas tú más que yo.» El hombre, sentado en el borde de una cama baja, como una bella estatua mutilada, palideció intensamente.

-Nunca debiste haberme dicho esto, muñeca -le dijo. Saltó al suelo y abandonó el cuarto.

No obstante, aquella misma tarde, la misma muchacha le entregó un billete de a cinco dólares por un frasco de agua perfumada que costaba veinticinco centavos y Schmidt se embolsó el billete sin hacer él menor ademán para devolverle el cambio.

«Todo un patriarca. Guando se daba - pensaba él - había que darlo todo. Cuando se tomaba, había que tomarlo todo.»

Ahora, rayando en los cuarenta años, reconstruida toda su vida sobre una roca de pura hombría, sentía que la roca se tambaleaba, y se resistía a creerlo. Ciertamente, un hombre que en una ocasión había sido destruido y había luchado con denuedo increíble para volver al mundo de los vivos no podía ser víctima de una segunda destrucción. Dios no lo permitiría.

Era Schmidt el hombre que a nadie necesitaba, el Schmidt que nada podía perder ya. Y, no obstante, pensando en Hallie la roca se bamboleaba; Le espantaba pensar que su vida, que había rehecho al precio de tantos sacrificios, estuviese a merced de una mujer... una mujer que a su vez se hallaba a merced del capricho de un extraño sin nombre.

Este pensamiento torturador le obsesionaba mientras recorría a gatas su estrecho cuarto, golpeando el piso con sus muñecas, un piso que unas veces era rojo y otras amarillo, según los reflejo intermitentes que arrojaba al cuarto, a través de la ventana, la luz de neón del poste regulador del tráfico, ¡Aquellos muñones! ¡Toda la culpa la tenían aquellos muñones!

-Uno por la rodilla, otro por debajo de la cadera.-Los golpeó con ambos puños, furiosa, sañudamente, y un dolor lancinante le recorrió el torso y le llegó al cerebro.

¡Los muñones! ¡Los mugrosos muñones! Resonó como una enorme foca en busca de aire. ¡ Otra vez, no! ¡No dos veces!

Luego se serenó, subió a su plataforma y recorrió con ella el cuarto. Rodando en su plataforma y sus nervios se aplacaban.

Los recuerdos afluyeron a su mente, y con los recuerdos, el amor. La veía junto a una cortina de cuentas, como si estuviera esperándole a él solo como saben esperar las novias. Y veía cómo volvía hacia él su cabeza, lentamente, mientras él entraba rodando sobre su plataforma, y le miraba sin que su rostro expresase compasión, solamente la alegría de volver a verlo: «Hola, querido», le decía.

«Esta noche, de una vez y para siempre, terminaré con esta desazón que me carcome» se prometía a sí mismo.

Pero antes de ir a la casa de la mulata echaría un trago en el bar de Dockery para calmar el dolor que sentía en sus muñones. Y de paso charlaría con otros lisiados, también para aplacar el sordo dolor que sentía en el pecho.

Era el bar de Dockery un lugar de reunión y de cita dé un buen número de lisiados, y uno de ellos era Johnson *el Gato,* más infortunado que Schmidt, porque era negro y no tenia plataforma. Había calzado con cuero sus muñones, y había reforzado las calzas con lata. A Schmidt le parecía absurdo que un hombre fuera gateando sobre muñones de cuero y creyó que debía modernizar a Johnson.

-Sube a esta plataforma - le ordenó. Johnson no quiso utilizarla;; sin embargo, tampoco podía ofender a la *Poderosa Mitad.*

-Yo me las arreglo muy bien sin ese chisme, señor Schmidt -exclamó sin mirar siquiera el «chisme» -. Prefiero mi sistema.

-¿Puedes dar marcha atrás? -preguntó Schmidt -. ¿Puedes virar en redondo? ¿Puedes ir de lado? ¿Puedes correr? -Y para confirmar lo dicho corrió hacia el aparato tocadiscos y a un paso de él paró en seco-¡Marcha atrás! -exclamó y retrocedió rápido. Y viró en redondo y rodó «de lado»: con las manos en las ruedas, imprimía a la plataforma movimientos rápidos e imprevistos sembrando el pánico en los grupos de lisiados, rufianes y pirujas que se hallaban presentes en el bar. Era como una piscina con una lancha de *matea* que hubiese perdido la dirección.

Dockery permaneció en un ángulo oscuro del bar y nadie podía ver la expresión sardónica que se pintaba en su rostro. El espectáculo de hombres y mujeres dominados por el pánico o el desconcierto regocijaba su viejo corazón.

Por fin se detuvo Schmidt.

-A ver cómo lo haces tú -exclamó.

Johnson se resignó. Unas manos poderosas lo alzaron del suelo y en unos instantes se halló sentado en la plataforma. Las mismas manos lo sujetaron a ella con las correas. Los presentes se echaron atrás.

-Hagan sitio al hombre -ordenó Schmidt-. Déjenle que vaya de un sitio a otro en completa libertad.

El anciano, con el pelo lanudo ya encanecido, desnudo el torso y con unos pantaloncitos cortos como los que suelen llevar los niños de corta edad, puso las manos en las ruedas. Eran la mitad de anchas que la de Schmidt, aunque más alargadas. Corrió hacia delante y hacia atrás, pero sus movimientos eran torpes y lentos, como si en vez de disponer de un espacio como el de una sala de baile, estuviese encerrado en una estrecha celda.

Era inútil. No se pudo conseguir que el negro evolucionase más briosamente en el carrito. Sus tímidos movimientos hacia delante y hacia atrás acabaron por aburrir a la concurrencia. Alguien puso una moneda en el «juke», pensando que la música estimularía al viejo lisiado.

Pero cuando comenzó la música todo lo que hizo el anciano negro fue acompañarla, sin interrumpir su vaivén moroso.

Cuántos años rodando por él mundo

Y de pronto, interrumpiendo su vaivén, inició una danza grotesca de inválido.

Como un canto rodando monte abaja.

En el río no cantaban las mujeres

los hombres también han enmudecido.

Ruedo y ruedo y dejo atrás el río.

-Habrás visto que mi sistema es mejor que el tuyo - le dijo Schmidt al negro

cuando después de la fracasa exhibición le permitió quitarse las correas, saltar al suelo e ir brincando sobre sus muñones hasta el mostrador, para apurar la cerveza que era su recompensa-. Una vez que te acostumbres, te avergonzarás de haber usado el viejo procedimiento.

»Yo te procuraré la madera, los patines y las correas. Incluso te armaré el aparato, ¡Te entusiasmará ir sobre patines!

-Señor Schmidt -le contestó el negro, insistiendo en su punto de vista-, todo eso me parece muy bien, pero usted olvida que yo no puedo recorrer los lugares que usted recorre. A mí me está prohibido ir por Canal Street y por todos los barrios de los blancos. Me dicen que tengo que ganarme la vida entre los míos, y ya sabe cómo están las calles y las calzadas de los barrios negros, llenas de baches y agujeros. No podría transitar por ellas con el carrito y de hacerlo tendría a cada momento que cargar con él y llevarlo a cuestas, y más tiempo estaría llevándolo sobre mis espaldas que llevándote, bajo mis muñones. Y añada la operación de quitarme las correas y de volver a ponérmelas. No ganaría tiempo, señor Schmidt, sino al contrario, lo perdería.

Pero él «señor Schmidt» se había desinteresado ya por completo del lisiado negro y su problema.

Se apartó de él y se dirigió a un cliente del bar que le era totalmente desconocido:

-Jack - le preguntó -, ¿cuál es tu franca opinión sobre una mujer que se acuesta con un tipo del que no conoce siquiera el nombre?

Es un modo como otro de torturarse. El ansia de tortura de los amantes.

Porque lo que ocurría cuando el tullido llegaba a la casa de la Mamuchi era uno de esos misterios que sólo surgen en los burdeles: una extraña pasión, impetuosa como una riada que arrastra en su corriente a dos seres, ante los rostros impávidos, o pasmados de los que se encuentran a salvo en las orillas. Rostros horrorizados o llenos de compasiónˆ ante aquella mujer y aquel hombre, tan fuertes los _

dos, víctimas de la violencia de los elementos.

Finnerty abrió de par en par la puerta de la casa en cuanto vio aparecer a Schmidt sobre su plataforma rodante.

Como una estatua de la serenidad, todo calma y sonrisas.

-¡Hallie! ¡Al fin ha venido tu marido! -exclamaba Mamuchi al ver al inválido.

Para todas, menos para Hallie, tuvo un saludo y una sonrisa. Floralee besó su ancha mano, Irma *la Franchuta* le acarició el pelo negro entreverado de hebras de plata: la que había perdido el seso y la que no tenía nada que perder, las dos porfiando por ser la primera en desatarle las correas. Cuando! una y otra se echaron atrás, cada cual con una correa en la mano, el lisiado, como si tuviera resortes en los muñones saltó y se sentó en el centro de un diván, mirando a continuación en torno suyo con triunfante orgullo.

No obstante, dio la impresión de que no había reparado en la presencia de Hallie. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y las sacó llenas de monedas de cinco, de diez centavos e incluso de medio dólar.

-¡Contarlas, chicas! ¡Contarlas! - y tiró al aire las monedas - ¡Contarlas! ¡Contarlas todas!

Irma la *Franchuta* y Floralee se tiraron al suelo y se pusieron a gatear por él metiéndose debajo de los divanes, saltando como conejillos y escurriéndose cómo ratoncitos. No tardó Kitty Twist en imitarlas y se arrastró por la alfombra dando codazos a derecha e izquierda.

Pero la mujer cetrina, de pie, silenciosa, junto al cortinaje de la puerta no se movió aunque una moneda rodó hasta sus pies.

-El hombre más generoso que he visto en mi vida - exclamó la *Mamuchi*.

-Comprando voluntades, como cualquier otro -advirtió, como siempre ácida, Kitty Twist.

-Observo que estás tratando de que te compre la tuya, y para conseguirlo no te importa repartir codazos a diestro y siniestro -le dijo Hallie a la nueva adquisición de Finnerty.

-También la tuya está en venta -le replicó rápidamente Kitty-. Y también tienes que agacharte, como las demás, para cobrar la parte que te corresponde.

-Sí, cariño, aquí me gano la vida, si es eso lo que quieres decir -respondió Hallie sin acalorarse-, ¿O acaso es distinta tu profesión?

Kitty se calló, prudente. Sabía que aunque entre ellas fuera costumbre charlar y burlarse de los clientes ocasionales, por tácito acuerdo se abstenían de comentar las relaciones existentes entre Hallie y Schmidt.

-Tú, la del vestido gris -exclamó Schmidt señalando con el dedo a Halle, como si hasta ese momento no la hubiese visto-. Ven acá que vea cómo estás.

Hallie se apartó del cortinaje y fue a situarse, como era de rigor, en el centro del salón, entre Schmidt y el parato tocadiscos. Como un sultán, éste se acarició la barbilla mientras la examinaba de arriba abajo. Y como un sultán hizo un gesto con su mano dando a entender que quería verla por detrás.

-¿Está bien sana? -le preguntó a la mulata después de unos instantes -. Te hago a ti responsable.

Pero *la Mamuchi* repasaba las cuentas de su rosario y las otras muchachas miraban por la ventana o hacia la puerta. Era evidente que se sentían desazonadas: aquella noche el *Gran Papi* estaba «pasándose de rosca».

Pero no era ese el sentir del *Gran Papi.* Se dejó caer del diván al suelo y con la ayuda de sus muñones y de sus manos se puso a dar vueltas alrededor de Hallie.

Y ella, girando la cabeza sobre su garganta aceitunada, siguió las evoluciones del poderoso torso, pensando:

«¡Qué hombre debió de haber sido!» Porque aun sobre sus muñones, Schmidt se movía con donaire supremo.

-Me ocuparé con ésta -decidió en voz alta. Y la siguió a través del cortinaje, su cabeza a la altura de la cintura de la mujer, con la satisfacción orgullosa del chalán que ha llevado a cabo una buena transacción en el mercado ganadero.

Pero en cuanto se hubo cerrado la puerta detrás de ellos, el orgullo

y la satisfacción se desvanecieron. Tomó la mano de la mujer, la besó dedo por dedo, apoyó su cabeza contra su corazón y la estrechó con delirio, como si fuera ella la vida que había perdido. Le dijo entonces que era su horrenda invalidez la que le hacía obrar de aquel modo. ¡Sus malditos muñones tenían la culpa de todo!

Hallie se quedó quieta, compadecida del dolor que no podía ser reprimido. Y al cabo de un momento bajó la cabeza y le sonrió, acariciando sus cabellos, y asintiendo: si, toda la culpa la tenían; aquellos muñones.

Ante tamaña prueba de ternura, el hombre reaccionó como un enorme gato. Y envuelta en sus brazos hercúleos, Hallie nuevamente tuvo la sensación de que no había sido feliz con ningún otro hombre, salvo con aquel lisiado.

Ninguno, en ningún momento, ni siquiera el hombre que se casó con ella le había subyugado como lo había conseguido este malogrado atleta. El ser reducida a un objeto de placer era un modo de vivir como otro cualquiera y desde hacía tiempo se había acostumbrado a él. Pero el íntimo sentimiento de que, bajo aquella pasión, fluía un intenso amor le había llenado de terror, porque se había abandonado por entero a él, se había perdido en él, no podía luchar contra él. Y luego se había avergonzado, no porque se hubiera entregado a un lisiado, sino porque había vulnerado la primera regla de su profesión.

Schmidt, a su vez, jamás se había sentido arrebatado por una mujer como por aquélla. Tenía la sensación de que hasta que encontró a Hallie, jamás había amado a una mujer completamente. Sólo a ella; jamás en ningún momento de su vida, sólo cuando estaba con ella se había sentido un hombre completo, amado y amante: ¡un hombre! ¡Un hombre!

En cierta ocasión, despertando de su sueño, tuvo el pensamiento que las ruedas de aquel tren de Santa Fe, al despedazar las piernas del coloso, habían cometido un crimen abominable: habían derribado de su pedestal a un ídolo. Acto seguido cubrió con la sábana la espantosa deformidad.

-Tengo miedo de que cojas un resfriado -alegó, cogida in fraganti.

-No te preocupes -le dijo él, rezumando rencor-. Tanto asco te doy a ti, como tú me das a mí. A los dos nos ha lisiado la vida.

Siempre terminaba así. Y jamás quiso ella responder a que con el correr del tiempo se hicieron más frecuentes y más acerbos.

-No puedo soportar por más tiempo esta situación -le decía ella una y otra vez -. Voy a lar-

-Mira, pequeña, si crees que voy a decirte llorando que te quedes, estás muy equivocada. Cuando tengo una copa de más cualquier chica me satisface, todas las pindongas son lo mismo para mí.

-En ese caso no me echarás de menos. ¡Adiós!

Poco después de que se hubo vestido, mientra ella permanecía en la cama, se iba a la cómoda con un puñado de billetes. Ella seguía con los ojos entornados sus movimientos» fingiendo que no le veía.

-Ahí te dejo entre el cepillo y el peine cien! machacantes o cosa así -le decía-. Que te hagan buen provecho. Te veré en la cárcel -Y así, salvando su orgullo a costa de su corazón, abandoné la estancia.

«Uno de estos días te tomaré la palabra», se prometía Hallie después de cada una de estas escenas.

Y seguidamente se ponía a dormir entre las sombras *y* las luces que se disputaban el ámbito de su estrecho cuarta

La gran alegría de Schmidt era Charlie *el Maneo,* un pordiosero cayo rostro era una máscara de espanto *y* cuyos brazos terminaban en delicadas extremidades, más como aletas dáctiles que como manos, allí en donde tiene los codos el hombre normal Nadie sabía qué vientos trajeron a Perdido Street a aquella triste figura muestra de la des-: ventura humana. Pero allí se encontraba, en el bar de Dockery, con una moneda de diez centavos entre los dientes, moneda que cuidadosamente depositaba sobre el mostrador.

-Por favor, fijaros que vais a ver una cosa grande - exclamaba Schmidt imponiendo silencio y en medio del silencio, el mendigo se dirigía al barman, siseante, con la entonación de un niño que aprendiera sus primeras letras en una escuela primaria del Este:

-Señor Dockery, ¿sería tan amable que me sirviera usted una cerveza?

-Ahora veréis algo extraordinario -volvió a exclamar Schmidt mientras di barman llenaba de cerveza un tarro.

Charlie cogía entonces el tarro con los dientes y echando la cabeza atrae vaciaba, entero, el contenido del mismo sobre su cara. Tragaba de este modo cuanta cerveza podía, con un gorgoteo frenético, cómico

y a la vez desagradable. Se mojaba todo y se atragantaba, pero sólo dejaba el tarro cuando estaba completamente vacío. Entonces volvía a colocarlo sobre el mostrador tan delicadamente como lo había cogido, hacía una leve reverencia y decía:

-Muchas gracias, señor Dockery.

> - *¡Dios mío!* ¡Qué guarro! -se lamentaba Schmidt, yendo y viniendo en su

plataforma, y dándose Vigorosas palmadas en los muñones-¡El guarro más guarro que he visto en mi cochina vida!

Otra clase de inocente era cierto individuo que no iba jamás al bar de Dockery, pero que solía frecuentar en cambio la casa de la *Mamuchi.* Era éste un viejo negro que llevaba una jaula cerrada con cortinadas, más vieja todavía que él. La colocaba sobre un pedestal de hierro forjado, y después de saludar individualmente a cada mujer, quitándose»un gorro encamado que le daba un aspecto de mono amaestrado, tiraba de un cordelito y las cortinillas se corrían* poniendo la jaula al descubierto.

Dentro de ella había un loro que, después á6 lanzar una mirada en torno suyo, vociferaba con voz metálica:

-Dejadme que salga. Soy un hombre de bien. ¡Dejadme que salga! -Luego se dejaba colgar boca abajo y mordía, rabioso, con el pico los barrotes de madera de la jaula.

El anciano se echaba a un lado, dando a entender que nada podía hacer aplacar la cólera del pajarraco. Pero se había quitado el gorro y lo tea» día por si a alguien se le ocurría lanzar a él una moneda. Si alguien lo hacía, abría un cajoncito situado debajo de la jaula, en el que había un sinnúmero de papelitos multicolores cuidadosamente doblados. El loro, entonces, súbitamente apaciguado cogía uno de estos papelitos con el pico y dejaba que lo tomara el presunto comprador o compradora. El mensaje contenido en cada papelito era el mismo.

> *¡Criatura de Dios! No desandes lo andado, ¿No ves que un tigre acecha tus pasos? Huye*

de los senderos trillados, están llenos de trampas para que caigas en ellos. No levantes esa piedra, idiota, una víbora se esconde en ella pronta a

picarte. Si te queda un adarme de sentido común, camina contra el viento; seis. hienas famélicas te están siguiendo él rastro. Evita el llano... los buitres te han echado el ojo... No hagas caso de los que están subidos en los árboles, son macacos que se ríen de ti. Hay salvajes que baten la selva para trincarte, ¿Y todavía llamas a esto civilización? Llámalo como quieras. Yo la llamo jungla. Ahora dame quince centavos para una ración de gumbo. Se la merece el único ser que no te persigue.

> -Yo no creo que ese viejo tunante haya escrito esto, no lo creo con sesos para

hacerlo -decidió Finnerty.

-¿Quién lo escribió entonces? -preguntó Hallie.

Y se fue para ver a Kitty Twist. La nueva adquisición tenía que aprender todavía una o dos cosas de su ratoncito.

Otro fenómeno que no era manco ni tampoco profético, vino un día, entre dos luces, hizo su presentación y ningún otro crepúsculo volvió a traerlo a la casa de *Mamuchi.*

> - *¡En persona!* -se anunciaba a sí mismo-. ¡Adler! ¡El rey de los acróbatas! Nunca

hubo uno igual. -.Barrigón, y pálido, calvo, tatuado; era verosímil que nunca hubiera habido uno igual. Llevaba un chubasquero manchado y sucio que era también inigualado.

-Nací acróbata. Moriré acróbata -declaró-. Yo inventé el doble salto mortal sobre el alambre.

-Tú lo inventaste, pero ¿quién dio el salto? -preguntó Kitty Twist, pero el rey soslayó desdeñosamente la pregunta. Allí, en el centro del salón, se estuvo el tiempo suficiente para que todos lo admiraran, y a continuación preguntó, benigno-: ¿Cómo os sentís ahora después de haber visto al rey?

-Yo me siento morir -declaró Kitty. Y añadió, perversa -: De asco.

-Estas señoritas están esperando a que usted les diga algo, señor rey - le dijo *Mamuchi,* dándole a entender que a aquellas señoritas no les importaba un comino su grandeza y sólo esperaban que diese pruebas videntes de su largueza.

No se turbó en modo alguno Adler. Estaba acostumbrado a que la gente, sin otro propósito que el de molestarle, fingiera que jamás había oído hablar de Adler, el rey de los acróbatas

-¿Estás con un circo o cosa así, cariño? -le preguntó Floralee, y estas palabras parecieron galvanizar al viejo acróbata.

-¡Hagan sitio, por favor! -Tomó el tono autoritario de un director de películas -Las mujeres ¡fuera del decorado! ¡No fumen, no hablen, no hagan nada! -Y avistando a Dove, que no llevaba ese día sus botas de cowboy, le ordenó, imperioso-: ¡Eh, tú, muchacho! Pon dos mesas juntas.

Dove se apresuró a cumplir las instrucciones del rey, y para comenzar apartó a manotazos a las mujeres, hasta que *la Mamuchi* intervino y las apiñó detrás de ella. Estaba Dove juntando las dos mesas en el centro del salón cuando entró en éste Finnerty.

Él rey daba sus instrucciones a Dove.

-Un poco más bajo... No, un poquitín más alto. Así, así,

-¿Qué es esto? -preguntó Finnerty-. ¿Un burdel o un circo?

Dove se apresuró a defender la actitud de Adler el rey de los acróbatas.

-Nos ha prometido un número de fuerza. Déjele que cumpla su promesa...

-Tendrá que ser sensacional, eso es todo lo que puedo decir-manifestó Finnerty.

El rey, entretanto, se había quitado chaquete y camisa y aparecía con el torso desnudo, salpimentado de vello blanco y negro: un torso que había conocido tiempos mejores.

-El rey acostumbraba siempre a decir unas palabras antes de comenzar su número.

-Dilas pronto, reyito -imploró Floralee.

-Y que no sean muchas -sugirió Kitty.

-¡Y buenas! -añadió Finnerty como comentario final.

-¡Señoras y caballeros! - Adler fijó sus ojos en Hallie-.Dedico esta

asombrosa exhibición de agilidad humana a esa jovencita vestida de gris con; los pendientes verdes.

-¿Por qué no te rompes el cuello y me lo dedicas a mí?-le sugirió Kitty.

Hallie no dio muestras de que aquella dedicatoria la conmoviera. Fuera quien fuera, ex payaso, ex acróbata, ex policía, ex cualquier cosa, todos ellos se afanaban por complacer a esta indiferente mujer morena empleando todos los medios menos el único susceptible de quebrar su indiferencia, y era éste el de pagarle más de lo que ella les pedía. Al parecer, todos ellos creían que no le interesaba el dinero.

-¡Hazlo que tengas quehacer, y pronto!-urgió Finnerty.

El rey volvió la espalda a las mesas, dobló las rodillas, arqueó la espalda y enderezándose súbitamente, saltó y se sentó sobre el borde de la mesa. Un nuevo movimiento y quedó tumbado sobre ella cuan largo era. Una risa silenciosa sacudió sus hombros.

Dove lo miró, incrédulo.

-¡Córcholis! No sabía que la siesta fuera un número de fuerza.

-Vendamos el tocadiscos y compremos camas-sugirió Kitty -. Siempre que miro a mí alrededor veo a alguien tumbado a la bartola.

Finnerty despertó a puntapiés a la Bella Durmiente, y a puntapiés echó del salón a la desaprensiva Majestad; en cuanto hubo desaparecido, tiró a la calle su gorra, su chaqueta y su camisa, acompañados, para hacer buena medida, de una escupidera de metal. Al dar en los adoquines sonó con estrépito, y rodó por ellos con un alegre repiqueteo hasta que fue absorbida por una atarjea. Hubo a continuación un silencio que interrumpió el propio Adler asomando su cabeza por la puerta y declarando, risueño:

-¡El rey os saluda! -Se quitó la gorra, saludó a todos con una reverencia y se fue en busca, sin duda, de una casa cuyos moradores a su vista exclamaran-; ¡Champaña para todos! ¡El rey ha vuelto!

Algún lugar en donde pudiera hacer su número sensacional entre aplausos y vítores interminables.

-No me eches a mí la culpa, Oliver - le decía la mulata a Finnerty-. Yo no invité a ese tipo. Y no me explico, Señor, por qué ha de ser que cada vez que venga un chiflado a Nueva Orleáns llame a mi puerta.

Las mesas estaban ya en su sitio cuando el hombre sin piernas entró en el salón. Inmediatamente todas las chicas, menos Florales, se pusieron a contarle el «numero» que no había tenido la suerte de presenciar. Porque Florales, alborozada por lo que había visto, expresaba, cantando, su alegría.

Aleluya, aleluya, aleluya.

Jesús vino a quedarse entre nosotros.

-Muñeca, preciosa, vete arriba -le pidió *Mamuchi,* porque sabía que a la

muchacha le encanta cualquier mandado que se refiriese a Hallie.

-Avisa a Hallie que ya ha llegado su maridó. Tardó tanto Floralee en bajar que, finalmente *la Mamuchi* se decidió a subir. Haló a Floralee en el centro del cuarto de Hallie mirando vagamente a, su alrededor como si Hallie estuviese escondida en algún sitio. Pero el cuarto estaba vacío, vacío el ropero, vacía la cómoda. Yacía la pequeña repisa en donde ponía ella su cepillo, su peine y su neceser, con los demás objetos de tocador.

Todas y todos se asombraron de tal modo ante la noticia que a nadie se le ocurrió preguntar adonde había ido el gran Stingaree, abandonando sus botas de cowboy bajo su cama.

Aquiles Schmidt había aspirado el incienso de la fama: un olor más fuerte y penetrante que todos los perfumes. Nacido en las afueras de Mobile, en un circo ambulante, se había criado en un ambiente especial y había aprendido a leer y a escribir bajo la lona de las tiendas. Todavía podía adivinar el peso de una mujer sin equivocarse, pasando levemente las manos por encima de su vestido.

Había comenzado a boxear profesionalmente a los diecisiete años y en su primeé combate había durado dos round. Jamás sería un buen boxeador. A los diecisiete años estaba demasiado masculado.

Se había dado a sí mismo en los carteles el título de AQUILES, EL MUCHACHO ATLETA EN BIRMINGHAM y las jóvenes campesinas iban a contemplar a aquel muchacho que parecía un enorme oso dotado de un cerebro electrónico. Mientras peleaba no dejaba de

contar, uno por uno, a todos los espectadores que se apiñaban en la sala o en la tienda, y todavía le quedaba humor para guiñar el ojo a las muchachas.

No obstante, solamente después de haber recorrido la nación de mar a mar, como luchador profesional y retado a todos los aficionados que quisieran luchar con él para el título de campeón del mundo de lucha libre, comprendió que era éste su verdadero oficio.

Un oficio que al darle conciencia de su superioridad física sobre otros hombres le obligó a proteger a los demás contra su propia fuerza. Porque pudo darse cuenta, sin arrogancia, que no estribaba su fortaleza sólo en sus bíceps y en su pecho, sino también en su inteligencia y en su corazón. Que al carecer de la mala intención que en otros observaba, no lo consideraba el muchacho como una virtud sino por él contrario, como una ventaja, como la anchura de su pecho, y le estaba agradecido al cielo o a Aquél, fuere quien fuere, que le había dispensado tantas mercedes. Apoyado en las cuerdas, envuelto en una gran capa roja, contemplaba al público que llenaba, fila tras fila, coliseos o tiendas, y daba por seguro, en su pensamiento, que la riqueza de todas las tiendas de la tierra, las mujeres dentro de ellas, y la fama, igualmente vendrían a él. Todo vendría a su tiempo y Schmidt tenía mucho tiempo por delante.

-¿Cuándo vas a terminar de crecer, Aquiles? - le preguntó una muchacha de la ciudad que le estaba esperando fuera de la tienda.

-Cuando gane el título mundial -le respondió el en broma, parque la conciencia de su fuerza le había llegado con tal rapidez que todavía no había tenido tiempo de que el camino que conducía al codiciado título estaba abierto, como jamás lo había estado, a un nuevo campeón. No obstante, se contentaba con coger la mano de aquella joven o la de su hermano de diecinueve y decir-: No quiero crecer más. No quiero asustar a la ¡gente.

-Eres ya lo bastante fuerte para asustar al campeón -le había dicho la muchacha aquella misma;! noche-, pero no eres lo bastante fuerte para asustarme a mí - y volvió hacia él su cara risueña.

Una cara que ya, en estos últimos veinte años había olvidado. No obstante, sentía todavía sobre su muñeca la leve presión de aquella mano.

Había estado en lo cierto. Aquella noche su fuerza desmesurada hizo mella en el campeón. Este era Lewis el Estrangulador, iba en jira

con él y tenía que contentarse para no perder el empleo. Cuando Segaron a las ciudades mineras del Este, el Estrangulador estaba convencido de que no había en el mundo quien venciera a aquel mozo con la astucia de un zorro y la fortaleza de un oso blanco.

Pero al Estrangulador le quedaban muy pocos años de luchador, y él tenía toda una vida por delante. Por otra parte, sentía una gran simpatía por aquel pobre bruto abismal llamado el Estrangulador Un viejo promotor de peleas, uno de los clientes de Dockery, admiraba sin tasa al que fue el Muchacho *Fuerte de Birmingham.*

-Era un tipo que te pegaba en un hombro, te lo descoyuntaba y al mismo tiempo te fracturaba la pierna correspondiente. Y era una pena verle en el ring vapuleado par un atleta rural, recibiendo de éste golpes a granel, porque el muchacho hacía un recuento mental de los espectadores que asistían a la lucha. En otra ocasión, un bravucón con el que se estaba peleando, no le dio tiempo para terminar el recuento de las localidades altas y trató de ponerlas fuera de combate con un golpe bajo. Inmediatamente noqueó al bravucón y a su apoderado, y tuvo a raya a todos los demás de la casa hasta que llegó la policía. Ni los peleadores ni los dueños de las taquillas ¡podían con él. A todos los batía, con los puños o con el entendimiento.

Sin embargo, en ¡menos tiempo del que invierta un minutero en saltar de un minuto al otro, el atleta fue vencido, irremediablemente, para siempre y su cuerpo espléndido reducido a la mitad. Las ruedas de un tren de mercancías de la línea de Santa Fe truncaron en unos segundos su cuerpo, sus sueños, sus esperanzas...

Lo que extrajeron de la vía, después de horas y horas de fatigosa y alucinante labor durante las cuales ni un solo instante se permitió el lujo de desmayarse, no era ya más Aquiles, *él Muchacho Fuerte de Birmingham*, sino Schmidt *Sin Piernas,* para quien cada uno de los que andaban a dos pies podía ser aquel que le precipitó un día bajo las ruedas del tren.

Por supuesto, estaba borracho cuando le ocurrió el accidente. Pero, ¿y eso qué importaba? No era la primera vez que había cogido un tablón, y en más de una ocasión, entre feria y feria, había dormido la mona en los topes de un tren en marcha.

Si hubiese tenido el la culpa del percance, su aflicción por tremenda que fuere, la habría sobrellevado con más resignación y entereza. Pero en el trasfondo de su memoria había quedado, profundamente ahincada, la sospecha de que había sido arrojado deliberadamente

bajo las ruedas del convoy. Había momentos en que sentía, casi físicamente, la presión de unas manos en sus hombros, de una rodilla en su espalda.

Dos años en un polvoriento hospital de desierto, devolvieron la vida a lo que quedaba de aquellas piernas muertas, y todo él, desde la cabeza hasta los f muñones, volvió a vibrar exuberante y lleno de vitalidad.

Todo lo que ahora recordaba del hospital era el sordo rumor del viento que arremolinaba contra los cristales, el polvo del desierto. Y el -rostro de la mujer de uno de los internos que le había hecho un jersey con «1 tejido de su capa roja.

En el que, en letras una vez doradas y ahora de un gris desvaído, podía leerse un nombre, todo lo que quedaba de su breve, de su fugitiva fama.

EL JOVEN AQUILES

Todo lo había perdido; todo se había desvanecido, ene! aire como el polvo del

desierto que golpeaba una vez los cristales, una sola vez, y jamás volvía.

Todo se había esfumado, fama, fuerza, mucha-' chas, dinero, poder.

Profesión y orgullo, todo se desvaneció en una noche, todo, tan inútilmente.

Después de esto, durante algún tiempo, dejó que 3o exhibieran como la *Mitad Viviente.* Sentado sobre su plataforma, se dio en espectáculo a los palurdos que iban a la feria a ver a los fenómenos. Y más de un rústico que había sentido el poder de sus garras, sintió alborozo al verlo vencido.

Este espectáculo de su deformidad había sido la mayor humillación de su vida, y sobre ella había corrido un velo espeso. En lo sucesivo jamás habló de ello y creyó que su secreto permanecía bien guardado en aquel mundo de parias y gente innominada de Perdido Street.

No obstante, sentía en lo más hondo de su corazón, viva y sangrante, la llaga que le había dejado aquella inaudita representación de la *Mitad Viviente.* En cierta ocasión, estando charlando con unas muchachas en un zaguán de Perdido Street, un hombre cojo, con un aparato ortopédico de metal compensaba una pierna mas corta que la otra, vino hacia el grupo con paso apresurado. Llevaba un portafolios debajo del brazo y en la chaqueta numerosos lápices y plumas. Era evidente que iba un tanto retrasado a una cita de negocios.

Schmidt se precipitó sobre él, solapado, pues las ruedas de goma de los patines eran silenciosas y el hombre lanzó un grito estridente, hubo de apoyarse en la pared para no caer de bruces sobre el pavimento. Entonces, girando sobre sí mismo con destreza sin igual, Schmidt se enfrentó con el lisiado rival, en actitud de desafío.

Pero todo lo que aquel hombre deseaba era proseguir en paz su camino. Y esquivando la plataforma, se alejó cojitranqueando.

Schmidt volvió, triunfante, adonde se hallaban las muchachas.

-¿¡Por qué iba a cederle yo el paso? -preguntó-. ¿Me lo habría cedido él a mí?

Y las chicas, con las caras estucadas y los ojos pintados, asintieron con aprobatorio alborozo.

-Hiciste bien. El cojitranco caminaba como si hubiese comprado la calle.

Hallie y Dove vivían detrás de una barandilla de hierro forjado, en una barriada apartada de Nueva Orleáns, lejos, muy lejos de Perdido Street. La barandilla circundaba una pequeña galería, situada en la segunda planta de una casa de Boyal Street. Alguien, mucho tiempo atrás, había pintado de blanco una luna de latón sobre un cielo azul, también de latón. Un cielo azul de medianoche. Una luna de Nochebuena sobre la nieve. Mucho tiempo atrás.

La lluvia y el orín habían corrido los colores, el sol había derretido la nieve de Nochebuena.

Aquí, en la hora de la luciérnaga, cuando él y Hallie contemplaban las luces del viejo Barrio Francés, Dove pudo por fin considerarse feliz. El único tiempo feliz gozado en su vida. Desde un patio invisible

les Herraban las cadencias de un piano que invitaba a la danza. Era siempre el ¡mismo piano y sabían que de nuevo había comenzado el

baile.

Tras de altas estaba el cuarto, no mayor que una botella de cerveza puesta boca abajo, y con una sola, cama, en donde el alumno dormía en los brazos de su maestra.

Hasta que la mañana, poblada de voces de vendedores ambulantes los despertaba.

Aquí está el tripicallero

¡Traer, traer el caldero!,

¡Cinco centavos la libra!

Una vez se despertó él y vio que le estaba son$ riendo. Cuando le preguntó por

qué sonreía, le contestó ella:

-Me entristece que seas como eres, y no parezca que te Importe gran cosa.

En una mesilla se veían unos cuantos libros forrados de marroquín, que era cuanto le quedaba a la señorita Hallie Breedlove de sus tareas de maestra de escuela. Porque en los primeros días que pasaron juntos, después de su memorable fuga, él había aprendido a leer, sin ayuda, tras de esfuerzos heroicos:

El agua es ya piedra tersa

El aya y yo la pisamos

Los arroyos los veremos

en nuestro libro ilustrado

Veremos cómo es la vida

Los mares y las ciudades,

y todas las maravillas

en nuestro libro ilustrado.

Y junto a la chimenea

al amor del grato fuego

los dos nos deleitaremos

en nuestro libro ilustrado.

Y cuando terminaba la última estrofa se relamía los labios con tal fruición que

Hallie protestaba:

-Pareces un gato relamiéndose después de haberse comido una sardina, - Y le arrancaba de las manos el libro. Y para hacer desvanecer aquella sonrisa de gato satisfecho, agregó:

-Has hecho lo que podría hacer un niño de seis años, i y te crees la divina garza! ¡Vas a ver ahora! Ten - y le dio a leer cierto pasaje. Dove lo ojeó y ante la expresión de desconsuelo que se pintó en su rastro, Hallie se apiadó de él y le leyó por entero el pasaje:

Durmamos o no durmamos, todos cambiaremos

en un instante, en un abrir y cerrar de ojos,

al toque de las trompetas del Apocalipsis.

Y los muertos se levantarán, incorruptibles,

y transformados, todos los mortales

aspirarán a al Inmortalidad,

-Bueno. ¿Qué dices de *esto7* -En verdad, no me dice ni *pum* - confesó Do- ve-,

aunque sí me recuerda mucho a mi pobre papaíto, más loco que un cencerro, Maestrita de mi alma, léeme el párrafo ese en que hay un padre de no sé quién, ahogado.

Bajo cinco brazas yace tu padre

-Sí, ese es el párrafo que yo digo -exclamo Dove.

sus huesos se han convertido en coral

y sus ojos en perlas maravillosas.

Allí está toda, su esencia inmortal

trocada en materia submarina,

insólita, rica y peregrina,

-No me sorprendería que esas cosas raras le ocurriesen a mi padre, ya de por sí

bastante raro - comentó Dove -. Dada la vida que ha llevado no. es extraño que el hombre ande un poco despistado

-También nosotros andamos despistados -repuso Hallie-, por la vida que hemos llevado. La vida extraña que todos llevamos.

y tomándole de la mano, lo llevó con ella. Un minuto después, imploraba:

-No, eso no. Sólo quiero que me tengas en tus brazos. Sobre tu pecho, estrechamente. Solamente, eso.

Dove la estrechó en sus brazos, tierna, estrechamente, con la sensación muy vaga de que haciéndolo, ahogaba dentro de ella un recuerdo penoso, insistente, lacerante.

El recuerdo de un torso poderoso, tiránico, sobre ruedas cauchutadas.

Maíz molido, pastas para la sopa.

Abajo, en la calle, un vendedor ambulante voceaba su mercancía.

La rica pasta para la sopa.

Los últimos gritos metálicos del día se fundieron, con los toques aflautados,

insistentes, de los transbordadores que comenzaban el servicio nocturno, Y entonces, cuando las sombras del crepúsculo se espesaron y comenzaron a encenderse las primeras luces, ella y él se pusieron a leer juntos relatos de calamidades:

«En muchos lugares las cenizas llegaban hasta las rodillas de las gentes; y los

torrentes de lava que se desprendían del cráter del volcán en erupción se abrían paso por las calles y penetraban en las casas arrastrando consigo vapores fuertes y sofocantes. En algunos lugares, caían sobre las casas enormes fragmentos de rocas, llenando las calles de ruinas humeantes y haciéndolas intransitables. Conforme avanzaba el día los movimientos sísmicos se hicieron más intensos, las grietas y las sacudidas del suelo impedían a la gente caminar, como también el paso de cualquier clase de vehículos.

»En ocasiones, las enormes piedras, al chocar entre sí, se rompían en incontables fragmentos incandescentes que, al caer, prendían fuego a todo lo que hallaban que fuese combustible. En los llanos que se extendían fuera de la ciudad los incendios de las casas de campo e incluso de los viñedos desgarraban las sombras de la noche e iluminaban intermitentemente el terror de. la ciudad anegada en las tinieblas. Para disipar éstas, los ciudadanos en las plazas públicas como en los pórticos de los templos y en las entradas al foro, habían colocado ringleras de antorchas, pero éstas no permanecían mucho tiempo encendidas, porque las rachas de viento y los chubascos repentinos las apagaban. La oscuridad en que volvía a sumirse la

ciudad era doblemente terrible, doblemente impresionan ya que revelaba la impotencia y la inanidad humanas»

-Pescado, pescado fresco - voceaba otro vendedor ambulante-. ¡Salmonetes,

pescadilla, caballa! Filetes de tiburón para él que quiera comerlos. ¡ Pez espada para los espadachines! ¡Pescado fresco!

Hacia medianoche se encaminaban, por calles extraviadas, al embarcadero del transbordador. Veían a 3o lejos, por Oriente, las luces de la otra orilla* cuando Dove, súbitamente, estalló:

-¡Hatajo de imbéciles! ¡Debían saber a qué se exponían viviendo al pie de un volcán! Un día se le Mochan las narices al volcancito y ¡zas! En una hora lo pierden todo, hasta la cochina vida.

-¿Por qué viviste tú en un lugar en donde a nadie le importaba que vivieras o murieras?

-Pero tomé soleta, ¿o no?

-Con todo, un día *volverás* allá, ¿o no?

-Me figuro que sí -reconoció él-, algún día. Al fin y al cabo es mi casa.

-Pues bien. Para los habitantes de Pompeya el pie del volcán era su casa. Y lo mejor del caso es que habían vivido allí muchísimo tiempo, más tiempo del que tú y los tuyos habéis vivido en Arroyo.

Caminaren por Gretna hasta llegar a Algiers, a un pequeño bar en donde podían beber vino blanco y tinto, y en él que un pianista negro solía tocar y cantar a un tiempo.

Cada vez que él sol se pone

hacia ti vuela mi amor.

Pero a la luz- de los muelles, en el transbordador y entre vaso y vaso de vino

tinto o negro, las lecciones proseguían con ritmo acelerado.

-Esa marcha sobre Moscú yo no la habría hecho -le dijo en una ocasión reclinando la cabeza sobre su hombro, después de haber examinado la cuestión desde todos los puntos de vista imaginables.

-Escucha la música, Dove.

Que llueva o que truene,

hacia ti vuela mi amor.

-Habría esperado el deshielo, hasta que las montanas hubiesen comido la hierba

fresca de la primavera.

-Bebe tu vino, Dove.

-Porque ¿sabes?, no me habría importado comer carne de caballo durante unas semanas, con tal de ser el rey de una pijotera ciudad.

Cada vez que el sol despunta,

hacia ti vuela mi amor.

Las lecciones prosiguieron en medio de los campanillazos del transbordador, en

medio de las canciones de amor, bajo las estrellas, a la luz vacilante de los faroles de los callejones del viejo barrio europeo, hasta que, subidos los dos pisos, llegaban a su cuarto y se encerraban en él, seguros y felices.

-Si teníamos tan buenos generales y toda la pesca, ¿por qué nos dieron tan enorme paliza, Hallie?

-El Norte tenía más cañones. Anda, vete a dormir, Dove.

Pero en las altas horas azules de la noche sintió ella un codazo ligero.

-Entiendo yo, que después de todo so fue cuestión de que el derecho hiciese la fuerza, sino todo lo contrario. La fuerza hizo el derecho.

-La fuerza hace la fuerza - murmuró, soñolienta Hallie.

-Según yo veo la cosa - insistió él -, si el Norte tenía más cañones era porque tenía el derecho de su parte. Lo que no comprendo es que tardaron cuatro años en vencernos a nosotros, y a nuestra piojosa causa.

Sabía muy bien qué debía hacer para arrancarle de su soñolencia. Hallie se enderezó, totalmente despierta.

Como si le hubiese picado una víbora.

-Para vosotros, agazapados como conejos en los montes Cookson, todo lo que no fuera destilar matarratas era una piojosa causa.

-¿Y para quién era ese ¡matarratas? Para que lo bebieran los tuyos.

-¿Los míos? ¿Quiénes son los míos? A ver, dame ¿quiénes son los míos?

-Sabes muy bien lo que quiero decir - también él se sentía herido en lo más vivo de sus sentimientos -, tu pelo ensortijado dice muy bien quiénes son los tuyos.

-Soy francesa y española, con unas pocas gotas de sangre india.

-Hablemos un poco de esas gotas...

-¡Basta! -Saltó de la cama al suelo, encendió la luz y se puso a sacar cosas de la cómoda y del ropero.

-¿Adónde vas, Hallie? -Dove estaba asustado.

Por toda respuesta, cogió un maletín que hacía semanas que no usaba, y vació su contenido sobre la cama. Eran todos los utensilios de su antiguo comercio. Dove los arrojó al suelo y de un puntapié los metió debajo de la cama. A continuación la cogió en sus brazos. Ella cedió desmayadamente. El amor que había en ella era tanto como todo el vino tinto que hubiese de beber en su vida.

Más tarde» en su sueño, Hallie acusó a un ente invisible:

-Si hubieras aceptado a la criatura, no habría muerto.

Un día en que la lluvia y el sol jugaban al escondite, fueron al parque zoológico.

Ella llevaba un sombrero de paja blanca, y él un traje azul de jerguilla, que había comprado de segunda mano. Dejó que Hallie le prendiera una pluma verde en su gorra a cuadros blancos y negros, y se sintió ufano a la par que enamorado. Enamorado y ufano de que pudiera leer *The Timer-Picayune* o el *Itero*, indiferentemente.

Amor y orgullo. Y la sensación de un billete de a cien sin gastar, escondido en el fondo de su monedero.

La musiquilla de un tiovivo los llevó al lugar en donde corrían en redondo, incesantemente, arrogantes corceles, unos blancos como la nieve y otros negros como la noche, con sus crines al aire. El hubiese querido cabalgar en uno de aquellos caballos, pero, avergonzado, no exteriorizó su deseo. A su lado, Hallie sonreía maliciosa, porque era evidente que leía en el rostro de su amante sus ansias pueriles. Lo apartó de allí y de su tentación.

Cuando llegaron al pabellón de los monos, Dove se detuvo ante una gran jaula. En ella, un pequeño simio peludo golpeaba con los nudillos el cráneo de una mona. Al parecer, estaba persuadiendo a su amiguita a que se encaramara en el trapecio, con un propósito que él sólo sabía.

-¡ Mira! Ahí tienes a Oliver y a Beba -le dijo, alborozado, a Hallie, y lanzó un cacahuete al Finnerty de la especie simia. Pero, súbitamente, su júbilo se desvaneció; aquello, después de todo, no era nada divertido y se alejaron de allí.

Una lechuza de color de acero acechaba en la sombra, como una pesadilla que esperara a que llegase la noche para ser. De ella se desprendía un olor a descomposición, como si se estuviera pudriendo bajo las plumas.

Vieron al elefante, cargado de niños, avanzando bambaleante. Era el también un niño, un niño inmenso. Y le gustaba que los niños se encaramasen sobre su vasto lomo.

Dove compró dos cajas de triquitraques. Hallie recibió su premio consistente en un diminuto payaso rojo y azul, de lata. Lo prendió en la solapa de la americana de Dove. En cuanto a éste, su-premio fue un

pito de latón de agudo silbido.

Silbidos de pitos, estallidos de triquitraques, voces de niños, poneys y tiovivos... aquél parque zoológico era, según pudo ver y oír Dove, todo un nuevo mundo inocente y alegre, dentro de un mundo sin inocencia y sin alegría.

Un mundo para ser vivido por él y Hallie. En el pabellón de los ofidios, la serpiente boa se contorsionaba. Un empleado la tenía cogida por el cuello y la cola, un segundo empleado la mantenía, abiertas las fauces y un tercero le vertía en la garganta el contenido de una botella.

Cuando el león al verlo lanzó un rugido, Dove, instintivamente, se echó atrás.

-También debe de tener hambre -le dijo a Hallie.

-Ruge, tal vez, de nostalgia -le contestó Hallie.

Los grandes lobos grises de las llanuras heladas estaban tendidos anhelosos, en la espera de diciembre.

Pero en las jaulas, junto a ellos, los pequeños e inquietos zorros corrían de un lado a otro, recelosos de que jamás terminara el verano.

Dove se maravilló viendo como, después de la lluvia, caían sobre la hierba los rayos del sol; nunca se le había ocurrido observar cómo caía la luz del cielo, En su pensamiento una gaita tocaba melodías otoñales que jamás él había oído antes.

En su reducido mundo de oloroso heno la rápida gacela triscaba alegremente, practicando los pasos de un ballet del que ella sería la indiscutible reina.

Y como un borracho tendido en la acera, al que no importara la lluvia ni él buen tiempo, el gran oso pardo, tumbado patas arriba, dejaba que su prole retozara encima y alrededor de su peludo corpachón. De detrás de una roca salió lentamente la osa primigenia, madre de osos, mole gris e hirsuta. Una madre hacendosa, casada con un ganapán de marido, único sostén de éste y de su numerosa familia.

Avanzó, patizamba, con las zarpas honestamente recogidas, como acudiera en tiempos muy remotos a la llamada del hombre primitivo de las cavernas. Dove le tiró un cacahuete y ella se dignó recogerlo del suelo, y por esta vez, comérselo sin dar participación a su progenie.

Mediada la tarde, el sol se escondió y cedió el paso a la lluvia; ésta salpicó paseos, cavernas, jaulas. Dove y Hallie se pusieron periódicos sobre la cabeza y corrieron a refugiarse en un pabellón entramado. Un lugar para amantes otoñales. Habían ordenado sendos refrescos y sandwiches «Niño Pobre» cuando se presentó ante ellos una anciana con medias grises y un periódico mojado en la mano.

-Cuarenta años de vida irreprochable -les dijo-, cuarenta años casada con un hombre digno y cabal. Está mojado, y por esto se lo vendo a un centavo. - Y les ofreció el periódico.

-Es un diario con la fecha de ayer -le dijo Hallie, y le entregó una moneda de cinco centavos-.¡ Quédese con el cambio!

-¡Ni hablar ¡ Yo no acepto caridad -replicó la anciana, herida en su orgullo. Hizo el ademán de irse, pero Dove la ¡retuvo.

-Le compraré el periódico -le ofreció Dove-. Ayer ocurrió algo que me interesa ahora leer por lo tanto le pagaré lo que me hubiera costado ayer. -La mujer comprendió. Le entregó el periódico. Dove le puso en la mano un dólar y esperó el cambio.

-¿ *Tengo* que entregarle algún cambio? - imploró la anciana -, Y sin esperar la respuesta, se marchó.

Estaban comiendo los dos cuando salió el sol sin que parara la lluvia.

El diablo está pegando a su hija -observó Hallie, explicando de ese modo lo voluble del tiempo.

-Fue, sin duda, la que hace un momento me estafó un dólar -exclamó Dove, con cierta amargura en la voz.

Por algún motivo oculto, Hallie comenzó a referirle cómo se hizo prostituta. Durante algún tiempo después de la muerte de su hijito y de la deserción- de su marido, estuvo enferma, y un amigo de éste fue el único, entre la gente blanca, que le atendió durante su enfermedad. Muchas veces al despertarse lo veía de pie, junto a su cabecera, velando su sueño. Cuando se repuso, le trajo un par de zapatos su medida, con tacones franceses. Luego, la llevó a una playa.

Se había tendido en la arena y veía cómo las olas lamían sus tacones, mientras ella se paseaba arriba? y abajo por la orilla del mar. Luego la había llevado a su casa. Y fue así, tan fácilmente, como empezó su comercio.

-Por supuesto, prefiero tener a un hombre conmigo a que esté de pie a la cabecera de mi cama viendo cómo duermo sin saberlo yo -le dijo a Dove-, me da miedo lo que puede haber en el pensamiento de tal hombre.

Nuevamente se presentó la hija del diablo pidiéndoles el diario mojado que tenían junto a ellos, como si jamás hubiese visto antes a Dove y a Hallie.

-¿Podrían darme su periódico? Cuarenta años de vida ejemplar, cuarenta años casada con un hombre honrado y cabal. Gracias. No saben lo mucho que les agradezco ese regalo... volveré otro día y ojalá que puedan darme otro diario.

Era, para muchos, un día feliz.

En las últimas horas de la tarde se levantó una brisa ligera y en sus alas volaron los minutos hasta que llegó la hora de irse.

Al abandonar el parque pasaron una vez más por la cárcel a la que habían sido sentenciados los lobos, los cuales debían sentirse más felices, pues las primeras gotas del invierno habían humedecido ya su pelaje.

Y pasaron también por delante de la jaula de los zorros, más inquietos que antes por aquel tiempo caprichoso y variable.

El elefante seguía acarreando niños sobre su vasto lomo, cachazudo y paciente, moviendo su trompa de un lado a otro como un director de orquesta que dirigiera *El Danubio Azul.*

Los inmutables caballos de crines blancas del tiovivo seguían corriendo uno tras otro, reiteradamente, a la cadencia rápida de un pasodoble.

El león, nostálgico, volvió a rugir, añorando la selva y los borreguitos blancos. La lechuza seguía esperando las altas horas de la noche para introducirse en los sueños de la gente-y regresar al parque por la mañana, bien temprano.

La amiguita de Finnerty cuadrumano, refugiada en una ramita demasiado frágil para que el macaco subiese hasta ella, temblaba entre el miedo dé caer y el miedo a Finnerty.

En su mundo reducido de heno fresco, la gacela seguía ensayando los pasos de un ballet de animal«» de la que ella sería la protagonista.

La osa primigenia se había acurrucado dentro del hueco de la roca, y esta vez nada ni nadie, ni los cacahuetes de la gente, ni el diablo o su hija conseguirían sacarla de su retiro.

Salieron, pues, de aquel micromundo y se adentraron en aquél otro vasto mundo en el que animales más feroces de los que habían dejado atrás vagaban en perfecta y completa libertad.

Al píe de Canal Street vieron un gran barco blanco de excursiones que había venido por el río desde Baton Rouge aquel día. Con una breve invitación al pie de la palanca.

> ***ESTA NOCHE OTELO***
>
> Hallie no había visto una obra teatral desde sus lejanos días escolares. En cuánto

a Dove jamás había visto ninguna.

-Hoy es tu día, y no hay más que hablar - decidió Hallie.

Ella estaba muy cansada del ajetreo de aquel día, y se limitó a sentarse en el puente inferior del barco y contemplar desde allí cómo el viejo río empujaba hacia el mar los detritus de la gran ciudad.

El, muy activo, iba y venía por el puente, y cada, diez minutos le traía noticias: el barco zarparía a las ocho y media y ¡la función daría comienzo a las nueve. Había estado abajo y estaba seguro de que las máquinas sólo esperaban la señal para ponerse en movimiento. Ahora estaban probando las luces de la sala de baile. Había visto juntos en el bar, bebiendo cerveza, a una joven y a un joven muy alto y le habían dicho que eran O-Thello y Dessi-Mona[39] Y apenas acababa de decir estas palabras cuando el barco se estremeció todo y la enorme rueda se puso a girar lentamente. La enorme y ancha nave se apartó de la orilla y puso proa al mar abierto. Volvió a irse, luego, en busca del capitán, por si éste lo necesitara.

Palidecían las luces de la orilla oriental cuando llegaron a los oídos de Hallie las palabras de una vieja canción, que apenas recordaba ya.

> *Iremos a la fiesta en los jardines*

con ramos de rosas y de jazmines.

El recuerdo de unas horas románticas sobre el agua, una súbita alegría y a

continuación una sensación de desaliento. Esta sensación la había experimentado en muchos momentos a lo largo de aquel día, pero no había tenido la ocasión de analizarla.

Vio las luces de señales, a proa y a popa de una gabarra de mercancías que iba remolcada río abajo. Y le pareció que hombres y camas y olores, toda la monstruosa pesadilla de.sus años desde que su hijo muriera, iban también remolcados detrás de la gabarra, río abajo. Y allí donde tuvo su corazón, sintió de nuevo la punzada del desaliento.

El barco se meció en las aguas revueltas por el paso de la gabarra y Hallie cerró los ojos presa de un agradable mareo. Y volvió a su mente la visión de los caballitos de crines blancas del tiovivo, dando vueltas y más vueltas, tesoneramente. Unas gotas de sangre india -recordó sin que supiera por qué lo recordaba-. Quería reír, pero no sabía por qué cosa reír, como no fuera por el ir y venir de aquel chicarrón, trayéndose noticias y más noticias constantemente.

Las escuchaba sin prestar atención, vagamente. Fue sólo cuando le tomó la mano que supo ella que, iba a comenzar una función.

En medio del primer acto un remolino hizo balancear el barco. Todo el escenario se bamboleó primer actor que desempeñaba el papel de Otelo, ya de suyo vacilante, estuvo muy cerca de perder el escaso aplomo que tenía. Tuvo, no obstante la destreza instintiva de mantenerse en equilibrio *y* los espectadores pudieron darse cuenta de que era mejor equilibrista que actor.

Pero aunque el barco hubiese zozobrado Dove no lo hubiese advertido. Se hallaba todo él bajo el embrujo de aquellas palabras que los siglos habían guardado como joyas prodigiosas.

Te besé, te maté, no fue más que eso

Sacrificar mi vida por un beso,

«Unas gotas de sangre india. - Estas palabras martilleaban el pensamiento de

Hallie, y en tanto, pasado el remolino, el escenario y el actor recobraban su equilibrio perdido. No así Hallie, encadenada a su obsesión-¡Oh, Señor! -imploraba en sus adentros -. Hazlo varón o hazla hembra, rubio como las miases o negro como el carbón, pero que sea mío. *¡Mío!* Esta vez no te lo lleves. Déjamelo.» Y su mente se cerró al pensamiento de que un hombre blanco compartiese con ella aquélla criatura suya, exclusiva, de su carne y de su espíritu. Y su mente se puso a echar por la borda a aquellos antepasados suyos, franceses y españoles, como los envases de merienda vacíos que arrastraban las aguas del río hacia el mar.

Deseaba, y comprendió que era este deseo el que le había perseguido todos aquellos últimos años,; volver a la aldea de mulatos en donde había nacido. Y allí recogería en trenzas sus espesos cabellos negros, como desde tiempos inmemoriales hacían las mujeres de su raza, hasta que viniese al mundo... La niña o el niño. Las cosas debía hacerlas rápidamente, antes de que se diera cuenta aquel hombre blanco.

Pero, entretanto, pues había tiempo para todo, le invadía un lánguido pensamiento de bienestar. Cuando abandonaron el barco, ya un tanto cansados los dos del largo día de esparcimiento, Dove oyó un tintineo que le era bien conocido, y vio en la acera un vendedor de polos. La noche era calurosa y le apetecía saborear algo helado.

-¿De qué sabor lo quiere», Hallie? -le preguntó.

-Naranja.

Con el polo de naranja en la mano. Dove se puso É a meditar acerca del sabor que más le apetecería, si el de pifia o el de fresa. Y en medio de esta honda cavilación, una voz detrás de él se elevó, autoritaria.

-¡ Chocolate ¡ -Y una larga sombra se proyectó sobre la acera y el carrito de polos.

Dove no vaciló. Aquella noche se quedaría sin helado.

-¿Algún conocido tuyo? -le preguntó Hallie.

-Sí. Un viejo conocido.

-¿Por qué has palidecido? ¿Está contra ti?

-No lo sé.

Llegados a la esquina. Dove se aventuró a lanzar una ojeada hacia atrás. Fort se hallaba absorbido observando a través de sus gafas oscuras las manipulaciones del vendedor. Con aquellas gafas le había de ser muy difícil distinguir los colores en la noche, y el hombre, evidentemente, temía que en vez del codiciado chocolate le diera vainilla o fresa.

En los días que siguieron, Hallie tuvo que oír, ¡hasta el cansancio, los versos inmortales del bardo inglés.

Te besé, te maté, no fue más que eso.

Sacrifiqué mi vida por un beso,

-Me gustaría saber por qué se te han quedado grabados esos versos y no otros tan bonitos o más que ésos.

-Una tarde oyó que leía:

Hasta el sepulcro de Cristo

del que ahora somos soldados

bajo cuya cruz bendita

a luchar nos obligamos

contra el poder inglés

porfiarán nuestros brazos

que en las entrañas maternas,

su fuerza y vigor tomaron

a demostrar en el día

de arrojar a estos paganos

de la tierra que pisaron,

ha mil cuatrocientos años,

los pies benditos de Aquél

que en la Cruz santa con clavos

se dejó clavar un día

para remediar nuestro daño.

y cuando ella le preguntó qué era lo que todo aquello significaba, le contestó con

el aplomo del que está al cabo de todas las cosas:

-¿Oh, algo a propósito de reyes antiguos y de gentes de otros tiempos, y de una guerra de la que vamos a salir nosotros bastante descalabrados. Oye, ¿quieres que baje y te traiga unos langostinos? Más tarde, comidos los langostinos, Hallie le leyó:

Era de niño mi gran pasatiempo

retozar cuando la lluvia caía

y dominar con mis gritos él viento

¡la grata lluvia de todos los días!

Soy hombre ya y la lluvia y él viento,

me causan pavor y no alegría,

y encerrado en mi casa lamento

¡la grata lluvia de todos los días!

-¡ Sabes que están muy buenos esos versas! -le aseguró Dove, Y no pudo

sospechar que mientras los recitaba Hallie, en el pensamiento de ésta ¡rodaba sin cesar un torso tiránico.

Las noches fueron haciéndose más frías. La lluvia caía sin cesar.

Una noche, después de que Halle se hubo acostado, Dove fue á sentarse solo en la galería. Cada vez que venía del río un soplo de brisa se apagaba abajo, en la calle, una luz, hasta dar la impresión de que era la brisa la encargada de apagar las luces del barrio. Cuando todas las ventanas a un lado y ¡a otro de la calle se oscurecieron, encendió la lámpara del pequeño dormitorio.

Una sombra entenebrecía parte de su rostro, dejando expuesta a la luz su boca. Siguió dormida, sin saber que la brisa venida del río había apagado todas las luces del barrio. Tampoco sabía que la misma brisa, impregnada de agua, refrescaba la atmósfera del cuarto.

Igualmente ignoraba como el tráfico, abajo en la calle, discurría suave y callado. Y como aquella angustia que había sufrido a causa de su ignorancia se había desvanecido, por primera ves en su vida. Y ya todo era de poca monta, fuera de que esta mujer siguiera durmiendo e ignorando que el viento había apagado hasta la última de las luces del barrio.

En algún rincón apartado del patio, alguien se puso a tocar el piano, suavemente, como si temiera despertarla. Sentado en el borde de la cama, oyendo la música distante del piano, recordó la primera vez que ella le había enseñado a formar palabras con las letras.

El agua es ya piedra tersa

él aya y yo la pisamos.

Los arroyos los veremos

en nuestro libro ilustrado.

Veremos cómo es la vida

los mares y las ciudades

y todas las maravillas

en nuestro libro ilustrado.

Cuando apagó la luz de la lámpara y se reunió con ella en la cama, Hallie se

volvió a un lado, como si rehuyera su contacto.

Y junto a la chimenea

al amor del grato fuego

los dos nos deleitaremos

en nuestro libro ilustrado.

Debió de haberse rendido al sueño casi instantáneamente, porque le pareció que

habían transcurrido sólo unos segundos antes de que se despertara y viera que la lámpara estaba encendida.

La miró un momento, sorprendido, preguntándose si se había olvidado de apagarla. El adre, afuera, estaba muy cargado de lluvia y en la calle los ruidos parecían apagados.

Vio sobre la cómoda su barrita de carmín para los labios, su peine y otros objetos de su neceser. No fue hasta este momento en que se dio cuenta de que estaba solo en la cama.

Tampoco estaba ella en el cuarto de baño ni en el pasillo. Se vistió y no se le ocurrió otra cosa que Hallie había vuelto al salón de *la Mamuchi.*

Lo último que Dove vio de aquel cuartito encima de Boyal Street fue un peine roto en medio de un charquito de luz.

Abandonó la casa bajo la lluvia, la lluvia más triste que jamás habla visto. Caminó sorteando loe baches por calles y callejas, sin que la lluvia dejara de caer.

En aquella hora en que los remolcadores y gabarras lanzan llamada

tras llamada, como amantes perdidos en la niebla.

TERCERA PARTE

Oliver Finnerty, asqueado, fue al bar de Dockery con el propósito de disolver su

bilis. Las promesas de granja avícola, las advertencias de *Mamuchi,* las vísceras inútiles de Reba, el ratón en su caja de cartón» las pirujas altivas, las pirujas humildes, las pirujas borrachas, las pirujas serenas, los amputados tirando monedas a voleo y las pindongas gateando por el suelo para cogerlas, la fiebre y la fantasía, los sueños, el dinero contante y sonante, todo ello, envuelto en hiel, se agolpaba como carne muerta en el fondo de su garganta y le atragantaba, porque no podía ni expulsarlo ni tragarlo,

«En la Ciudad. Histórica hay esta noche un rufián indispuesto» se hijo a sí mismo, sin compasión. A continuación se echó al coleto dos grandes tragos de whisky canadiense, uno tras otro, rápidamente, pero sin resultado. Aquel trozo de carne muerta que atoraba su garganta siguió en ella incólume.

Él hombrecillo hundió la cabeza entre sus pequeñas manos pálidas y se ensimismó en la visito interior de cierta extraña calle sobre la que se cernía, como un palio, una neblina que parecía formada de polvillo de carbón..., eran como dos hileras de casitas bajas de madera que desde hacía mucho tiempo no habían sido pintadas;] en una de ellas la luz del pórtico seguía encendida. No obstante, no eran el polvo ni la falta de pintura, ni siquiera que bajo el pórtico un charco formado por la lluvia reflejara la luz encendida, lo que tanto trastornaba al pequeño *gigoló.*

Porque aunque en sus estrechos roperos, los vestidos de las mujeres seguían colgados y sus estufas; seguían despidiendo calor, las jarras de cerveza estaban casi vacías y quedaba por beber la mitad del *whisky.* Alguien había afianzado el espejo del tocador, intercalando entre éste y la madera, una zapatilla. Afuera, un perro corría y husmeaba entre las abandonadas barracas. Y en los cuartos vacíos reinaba un ambiente de rabiosa y terrible precipitación que revelaba que todavía no había llegado lo peor.

Vino en un coche, sucio y enlodado, leño de hombres *y* mozos de fiera catadura. Saltaron y al punto se oyó el estrépito de cristales rotos y se elevaron al cielo las primeras llamas.

Recuerdos éstos que sumieron al rufián en una suave pesadumbre,

una sensación extraña que parecía aliviar su congoja.

Un viejo sueño que le procuraba siempre la misma vieja sensación de dulce melancolía. Aunque no podía acordarse del extraño lugar ni de los nombres de las mujeres, blancas o rubias.

Jamás había visto a aquellos mozos de fiero talante. Ni tampoco como podía iluminarse, con un fuego tan vivo un charco de agua de lluvia, bajel aquel pórtico con la luz encendida.

En vano el pobre Finnerty se devanaba los sesos. ¿Era aquel un raid que había visto, de niño desde la ventanilla de un tren en marcha, o simplemente el deseo sintetizado de ahuyentar de su mental todo cuanto se refiriera a la mujer? -Oliver, te veo muy alicaído.

El rufián alzó el rostro exánime, como el de un embrión más listo que otros pero, con todo, en estado fetal. Y creyó al pronto que era parte de su malestar la visión, frente a él, del palurdo de Tejas» del tunante con cara de cateto que en una ocasión le tomara el rizoso flequillo.

Su amigo incomparable y único, partícipe sin par de sus altas empresas de alcahuetería, su admirado su entrañable consocio.

Alguien le había colocado sobre la cabeza una gorra a cuadros, tal vez demasiado holgada. Alguien le había embutido en un traje azul de jeringuilla, tal vez demasiado estrecho y justo. Alguien le había aconsejado un corte de pelo de chico bien, y el lustre de sus zapatos. Alguien había prendido en su solapa un payaso de lata azul y rojo. Pero, pese a todo, seguía siendo él mismo truchimán socarrón con la cara de cateto de siempre. Y ante su vista, toda la melancolía del hampón se disipó como una nubecilla barrida por él viento. Un sentido de bienestar lo llenó, como el vino generoso que colma una copa vacía, ¡Su amago el sinvergüenza! ¡El zorro con piel de corderito blanco! El bribón mayúsculo *que navegaba con bandera de pendejo.*

-¡Salud, Stingaree! -exclamó por fin, y se echó atrás para contemplar, los ojos entornados, a Do ve, como si no diera crédito a lo que veía -. ¿Sabes? Por un momento creí que era una alucinación» y es que ese disfraz que levas me ha deslumbrado los ojos.

-Yo «reí que me guardabas rencor, Oliver.

-¿Rencor? *¿Yo?* ¿Hacia ti? -Con dos o tres- movimientos rápidos deshizo él nudo demasiado apretado de la corbata de Dove y con extremo cuidado hizo un nuevo nudo, más elegante y holgado -.

¿Guardarte rencor, yo? ¡Ni pensarlo! No sabes qué alegría me ha dado verte, ¡Caramba! Yo he hecho de ti lo que eres y no me avergüenzo de mi obra. Ahora, dime, ¿qué es esto? -Sacó del bolsillo de la americana de Dove un libro, y su sonrisa se desvaneció-; ¿Cómo? ¿Sigues practicando el timo del libro con las estampitas? ¿Vendes esos libros? Por lo que veo, es un timó productivo. Dime cuál es. Si es un buen negocio, cuenta conmigo, Yo conté contigo cuando se me ocurrió aquel timo formidable de las doncellas que querían dejar de serlo.

-Lo que ocurre, Oliver, es que ahora sé leer y escribir-En la voz de Dove vibraba ahora una nota de arrogancia. Volvió a coger el libro y se lo metió en el bolsillo.

-Creo en tu palabra y eso lo vamos a celebrar ahora mismo -exclamó Oliver como aliviado de un gran peso-. Porque es lo que yo he estado diciéndoles: No se preocupen por el señor *Pendejo; cierta persona* está tratando de desasnarlo. Y los idiotas se desternillaban de risa. Habían entendido que te estaba *desangrando.* Ya veréis, les decía yo continuamente, como el día menos pensado vuelve a presentarse ese chalado y os da a todas para él pelo. -Y bajando la voz, dando a entender que había legado el momento de franquearse y abrirse mutuamente el pecho, dijo-: ¡Vaya, amigo, sé que lo habéis pasado bomba, tú y la morenita!

-No sé en dónde está ahora, Oliver, te digo la verdad. Ojalá supiera en dónde para... No comprendo. Sí, hace exactamente... -Dove se detuvo, incapaz de articular una palabra más.

-Cosas de mujeres -resumió Finnerty, así que se hubo enterado de todo lo que quería saber-. Vino sabiendo que no te encontraría, para despistar... ¡Dockery! ¡Sírvenos dos buenos tragos!

-Ahora no bebo como antes, Oliver.

-¡Los tragos, dobles!

Abriose de par en par la puerta de entrada y por un momento el sol de la cale se reflejó en las ruedas del carrito que conducía al hombre sin piernas. Entró éste, se cerró la puerta, y avanzó en la penumbra, silenciosamente. Schmidt, cuando se le antojaba, reducía a cero absoluto el leve zumbido de sus ruedas.

Finnerty alargó un pie y detuvo la carretilla ante él.

-¡Hola, viejo! ¡Has llegado oportunamente! La pequeña fiesta *será en tu honor.* Este que vea aquí fue admirador tuyo. ¡Uno de tus

entusiastas binchas! Te vio en la pantalla. Anda, quiero presentártelo.

-Ya nos conocemos - le respondió di tullido- Esta noche no bebo con mis admiradores. -Posó sus manos en las ruedas, pero antes de poner en movimiento la plataforma se detuvo y miró a Dove, de arriba abajo. Finnerty leyó en los ojos de Schmidt, e imploró:

-Un solo trago, viejo.

-¡Golfo!-le dijo el lisiado a Dove, clavando en él sus ojos-: Salta a la vista que has prosperado. Si esa mina te ha dado dinero, yo reclamo mi parte.

-Y si no le has sacado dinero -le prometió, muy risueño Finnerty a Dove-, él se cuidará de dártelo. Todos tenemos que vivir -añadió para satisfacción de ambos beligerantes-. Oye, viejo, aquí el estudiante me preguntó hace un momento si alguna vez tuviste un encuentro con Lewis el *Estrangulador.*- indinándose, puso un vaso de whisky en la mano de Schmidt.

-Sí, en una ocasión me fajé con él. - No parecía que tuviese ya tanta prisa-. El *Estrangulador* me echó una llave, y yo le dejé hacer. Estaba contando las localidades, pues en aquellos días iba yo al tanto por ciento con la empresa, y no quería que me estafaran. Cuando las hube contado deshice la llave, le cogí una pierna y le hice dar una voltereta. El, de un cabezazo, me tiró encima de las cuerdas. Los palurdos lo pasaban fenómeno. Todos creían que *el Estrangulador* me ¡partiría en dos. Pero no fue así. Cuando vi que perdía el resuello, le apliqué una tijera-mostró con los dedos en que consistía una tijera-, le trinque la cabeza y ¡zas!-nuevo ademán esta vez con las muñecas -. Hubiera sido él fin del *Estrangulador* pero también habría sido el fin de mi carrera. Pero me quede bien sentado, ¡no me venció! - Entregó a Finnerty su vaso vacío -. Ni él ni ningún otro.

-¡Bebe! - Finnerty, sin que se alterara la expresión de su rostro, le devolvió et vaso Heno -Ningún hombre te ganó la mano.

-Yo una vez 'me fajé con un chico mejicano-terció Dove para Henar el súbito silencio que se había hecho-, pero me tiró por el aire y cuando aterricé me dije: Esto no es para mí.

Súbitamente el lisiado, ignorando a Dove y a todos, se puso a vociferar:

-No. Ningún hombre me ganó la mano -y se golpeó los dos muñones con los puños-. Ni Zybysko. ¡Ni siquiera el gran Zybysko, él campeón

de los campeones!

-Calma, calma *viejo* -le calmó Finnerty para, a continuación, excitarlo más-. Los hombres no pudieron meterte mano, es cierto, pero ¿qué me dices de las chicas? Esas sí que pudieron contigo, ¿he, viejo? -Y ante la expresión súbita del lisiado recogió apresuradamente velas, y añadió -. Háblame ahora de tu carrera cinematográfica. Apareciste en la pantalla, ¿no es verdad?

-¿Mi carrera en la pantalla? -Schmidt mordió esa di cebo como un sollo hambriento-;. Bueno. Sí. Me dieron un pequeño papel en una película de Wallace Berry, pero no creo que haya hablado a nadie de esto.

«No has hecho otra cosa que hablar de esto en los últimos veinte años», se dijo para sus adentros Finnerty. Y añadió en voz alta:

-Lo supe por unos amigos que tengo en Cinelandia. Entiendo que te filmaron en una escena de lucha libre. Cuéntanos qué pasó realmente.

-Lo que pasó, pasó -comenzó Schmidt- Conocí a un mujer que también tenía un pequeño papel en la película. Nos comprometimos para casarnos antes de mi tournée de costa a costa con *el Estrangulador* Pero estando en el Este, se *fundió* la empresa y me encontré varado en Needles. Tenía tanta prisa en volver a ver a mi novia, que no quise perder ni un minuto. En vez de telegrafiarle para que me mandase dinero, me gasté el último dólar en una botella de matarratas, y me metí en el primer furgón vacío de un tren de mercancías que encontré rumbo al Oeste. Un minuto después de medianoche, el treinta y no de diciembre de mil novecientos trece.

»La vi, terminada la operación. Me devolvió a la vida. Me rogó que nos casáramos, como si nada ¡hubiera sucedido. ¡Una mujer cabal! Pero no era yo hombre capaz de aceptar semejante sacrificio. ¿Iba yo a arruinar su carrera? La rechacé y de entonces acá he vivido solo y salido adelante mejor que muchos con las piernas intactas.

-Pero -inquirió fríamente Finnerty-, ¿no te fue muy duro acostumbrarte a la idea de ir por el mundo reducido a la mitad, después de haber sido tan grande y tan fuerte?

Ni la pregunta ni el tono con que la hizo el rufián impresionaron al ex atleta. Mirando desdeñosamente, de abajo arriba, al diminuto chulángano, dijo:

-Por reducido que sea, no veo por aquí un hombre más fuerte y

grande que yo.

Dockery puso sobre el mostrador tres whiskys. Schmidt no recogió el suyo.

-Si puedes hacer algo que yo no pueda, es el momento de decírmelo -agregó, beligerante.

-No te sulfures, viejo. -Finnerty permanecía sereno, impasible-. No pretendo competir contigo. Pero aquí el estudiante *si* podría... Ese es capaz de darle lecciones al lucero del alba.

Schmidt maniobró, rápido, la plataforma y se encaro con Dove.

-¿Qué puedes hacer tú que no pueda hacer yo, golfo?

-¡Pobre de mí! Yo no sé de la misa la mitad - se apresuró a decir Dove.

-El chico es muy corto -remachó Finnerty-. Pero con todo lo corto que es, y lo golfo, jamás habría podido hacer el numerito de *La mitad viviente.*

Por fin había soltado el veneno. Era aquello lo que le había atorado la garganta.

-Bueno. Me voy. Con vuestro pan os lo comáis - dijo Schmidt, dirigiéndose a los dos y se enea-; minó silenciosamente hacia la puerta.

Ya cerca de ella, le despidió Finnerty riendo; abierta y jocosamente:

-Adiós, campeón. Cuídate y no dejes que las mujeres te reduzcan más de tamaño.

Luego, tocando can el índice el pecho de Dove:

-¿Sabes a qué pan se refirió ese cincuenta por ciento de hombre? A ese que tú comes y que a él se le indigesta. No consientas que te hable así, *Tejas*. Yo estoy detrás de ti para defenderte. Cuenta conmigo.

Dove vació su vaso y el de Schmidt. -Cuenta tú también conmigo, Oliver -exclamó Dove, y ansió que los vasos se llenasen de nuevo.

-Y cuando yo le digo a un amigo que cuente conmigo, puede contar conmigo. Porque, ¿sabes?, Finnerty no pelea..., se limita a apretar el gatillo ¡y a otra cosa, mariposa!

Los vasos se fueron llenando y se fueron vaciando. El espejo del bar reflejaba los

rostros de los bebedores que le observaban. En el bar, filas de muñecas observaban a los bebedores. Rostros de muñecas y rostros de bebedores, mientras el vaso de whisky ante él se llenaba y se vaciaba. Había venido al bar para hallar a una persona cuyo nombre tenía en la punta de la lengua, y mientras se esforzaba en recordarlo, el tocadisco comenzó a tocar algo sobre santos en parada. Los bebedores comenzaron a desfilar tras de los santos y las muñecas tras de los bebedores. Y mientras las campanas tocaban, los trenes corrían, loe santos desfilaban, el tiempo volaba y volvía a leñarse misteriosamente s u vaso.

Hasta que vino una voz, perforando la neblina whiscosa, que decía que ningún Linkhorn podía leer.

- *¿Quién* no puede leer? -oyó que alguien decía, dispuesto a la pelea-¿Quién dice

que no puedo leer?

-Nadie ha dicho que no pudieras leer, hijo. Estate quieto o te echo de aquí.

-No consiento que me hables así, Oliver - exclamó Dove amenazador.

-No soy Oliver.

-¿Quién eres, pues?

-Dockery.

Y yo soy el gran Stingaree, ése soy yo. ¿He dicho algo?

El suelo se inclinaba a un lado, en peligroso declive, pero él se agarró a algo y se mantuvo precariamente en equilibrio. Frente a él, rodeado de un halo, se halaba su vaso de whisky, otra vez lleno. Su vista le hizo sollozar. Y mientras las muñecas y los santos desfilaban, los bebedores reían a carcajadas, en medio de una selva de juguete.

-No tema, doctor. Ya se repondrá -dijo alguien que proclamaba que era el mejor amigo que había tenido jamás, a otro que distaba mucho

de serlo. Tiró de la manga de Finnerty;

-Esas gentes quieren burlarse de mí nuevamente, Oliver.

-Léeles un cuento de hadas de ese librito tuyo»

Pero las palabras del libro se le escaparon, volando, como pajarillas sin seso. Quién dijo que ningún Linkhorn sabía leer estuvo en lo cierto, después de todo. Y como le miraran, desilusionados/i se echó a llorar a lágrima viva.

-Cantaré y bailaré para todos -esto le parecía lo más acertado y, agarrado con una mano al tocadiscos, alzó un pie, como si el alzarlo fuera ya toda una proeza. Y mirando a través de la neblina whiscosa, quiso asegurar de que los otros bebedores la presenciaban. Después de todo mantenerse sobre un solo pie, como las grullas, era algo que no estaba al alcance de todo el mundo. Era él único que sabia *exactamente* cómo podía hacerse. Pronto sé convencerían de ello. Alguien aplaudió. Por fin se los había metido en el bolsillo. Si pudiese cambiar de pie, la sala se vendría abajo.

Y lentamente se puso a cambiar de pie.

Dejó caer los brazos a lo largo de las caderas, meció la cabeza de un lado a otro, e inclinando el cuerpo hacia delante, en un tambaleo que daba la impresión de que terminaría en una caída aparatosa, comenzó a bailar. Uno se puso a dar palmadas, y a éstas siguieron otras, con ritmo acelerado. La danza grotesca se hizo más rápida. En ella vieron algunos amor, otros desesperación. En una jungla de juguete, el rey de los elefantes bailaba nuevamente.

Llevó las manos a sus posaderas y comenzó un lento y obsceno cimbreo de cintura. Paró la música y nadie aplaudió.

-¡Basta ya! -protestó alguien -. Que hay aquí señoras.

-Déjenlo. El chico enseña lo único que sabe -dijo alguien que veía las cosas de un modo distinto.

Luego, traspasando la densa neblina alcohólica una voz agria y una mirada aguda llegaron hasta el.

-Te estás propasando, galán. Si sigues portándote así, te echaré a la calle.

-¿Y quien eres?

Nadaba en plena confusión. Había ido allí en busca de alguien, y ese alguien ¿quién era y en dónde estaba? *¿Quién, quién?,* interrogaba a todo. Y los apartaba a manotazos.

-Suéltenme, ¿Y tú quién eres?

-Si te soltamos te caerás de cabeza al suelo.

-¿De cabeza? *Eso* es lo que yo quiero precisamente. Caer de coronilla -y forcejeó con los que lo sostenían, para caer de coronilla.

Pero no le dejaban. Imploraba, suplicaba, prometía convidar a todos, para que le dejaran caer de coronilla. Y mientras tanto tocaban las campanas machaconamente, los tres corrían vertiginosos, unos contra otros; las mujeres le esperaban en los pasos de las puertas. Y su vaso volvía a llenarse.

-Adiós, campeón -anunció de pronto-. No dejes que las mujeres te reduzcan más de tamaño.

-Tienes razón. Que las mujeres acaben ya de una vez con él- convinieron todos.

-¡Basta ya! Sáquenlo de aquí inmediatamente -ordenó Dockery.

No tardó en verse en la mitad del arroyo, en medio de un corro de rufianes jubilosos. Con la pluma de su sombrero encrespada como la cresta de un galo inglés, Dove insistió en tirarse al suelo de coronilla.

Pero sus amigos se lo impidieron.

Cuando por fin lograron ponerlo a la puerta de la casa de *la Mamuchi,* su traje azul estaba por completo destrozado, una de las perneras del pantalón desgarrada de arriba abajo, los bolsillos de la americana arrancados. Por un puro milagro conservaba intacto su sombrero, aunque la pluma colgaba, rota.

-Aquí está el gran Stingaree, vivito y coleando -dijo uno de los chulos.

-Que vengan las chicas a hacerse cargo de el -sugirió otro.

-Aquí no lo queremos. - La negativa de las chicas parecía unánime.

Mientras, en el umbral de la puerta, fiel a si mismo, Oliver Finnerty contemplaba la escena.

La vieja náusea le iba abandonando lentamente.

> Cuando los taxis se apartan de las aceras haciendo marcha atrás, y la oscuridad

entre los fardes se espesa, y el whisky en el vaso delante de uno no apetece ya y el cielo se cubre de un resplandor lívido, criminal, lleno de nostalgia, y perdición, entonces ha legado la hora de los pedigüeños, de los suplicantes:

-Oiga, señor, con veinte centavos que me dé me salva usted la vida.

»Diez centavitos, por favor, y podré dormir bajo techado.

»Venga y le diré algo que puede interesarle,

Las pálidas muchachas en los quicios de las últimas puertas en cerrarse (¡qué blancas les deja él ayuno de toda una larga noche!), no pudiendo impedir que los faroles se apaguen y las sombraras se clareen, abandonan sus puestos de deshonor Y hasta los rufianes se desalientan.

El hombre truncado fumó el primer cigarrillo amargo del nuevo día y observó cómo el último de los trasnochadores bípedos se daba prisa, mucha prisa para reintegrarse a su hogar; para amar y descansar. Y una sensación punzante, la sensación de una derrota absoluta, completa, como un viento de muerte, arrasó su corazón.

Razonaba: ¿qué importancia tenía que se rieran de él? Cosas peores ocurrían todos los días a un sinnúmero de personas. Pese a su desgracia, nadie podía dudar de su entereza y aquel par de chulánganos de la peor especie no podían hombrearse con él que jamás había tomado un centavo de una mujer.

En medio de estos pensamiento bajó la vista y sus ojos, perdidos en un sueño de aguda nostalgia, se clavaron allí donde estuvieron sus potentes muslos de gigante.

Y comprendió que con aquellos muslos había huido su vida magnífica, una vida que jamás volvería a sentir.

Su vida truncada, sus piernas truncadas, una por la rodilla, la otra por debajo de la cadera,

¿Por qué sentir compasión por *ellos?*

¿Acaso la *sentían* ellos por él?

Hiciese Floralee lo que hiciere para que Dios se enojara con ella, no había que inferir por eso que fuera El quien telefoneara a la Policía.

El tocadiscos comenzaba a tocar *Dime, por favor, cuántas veces,* cuando él salón fue invadido por la turba de los uniformes azules. Uno de ellos rompió a puntapiés el cristal del aparato. ¿Era necesaria tanta brutalidad? Pero la canción, por la falta de cristal, se desató más fuerte: *Si me besaras mucho, muy mal me sentiría; pero si no quieres besarme, me moriría.*

¿En dónde estaba Reba cuando los *polillas* rompieron el cristal?

Sin duda, dedicada a sus labores, ¿En dónde estaba *la Cinquito* cuando los *chotas* hicieron la hombría de romper la caja de música? Yendo de puerta en puerta, sin más encima que sus pendientes y una toalla minúscula, gritando:

-¡Los pantalones, fuera¡ Y tres pantalones y sus respectivos propietarios que no tuvieron tiempo de ponérselos, huyeron despavoridos, más de prisa que corriendo, en dirección a la salida más próxima. *La Cinquito* ayudó a uno a descolgarse por la ventana, otro llegó al salón, pasó por delante de un *polilla* con un billete en la mano y el mismo *polilla* lo dejó pasar, diciéndose g un compañero:

-Es mi tío Charlie.

¿En donde estaba *la Mamuchi* cundo hicieron añicos el cristal del tocadiscos? Examinando con cierto reconcomio un recibo de dos mil doscientos dólares, primer pago a cuenta de una casa con jardín, seis perras y un par de Pinschers Dobernan ¿En dónde estaba Finnerty cuando ocurrieron todos estos sucesos? En una avioneta, con dos mil decientas dólares en billetes de a cinco y de adiez, rumbo a ¿Miaña!, en donde el sol tropical broncearla, sus axilas. Royendo su uña con rabia mal reprimida y diciéndose una y otra vez:

-¿Por qué no enterré a esa harapo humano?

¿Y Floralee, en dónde estaba? Entregada a místicas visiones, distante millas y añilas, espiritualmente, del borracho que a su Hado babeaba de entusiasmo.

¿ Y la dulce y amable Kitty Twist, en dónde estaba tan simpática

muchacha? ¡Pensando en Finnerty y deseando morir. Cuando oyó el estrépito del cristal roto, se echó al coleto un buen trago de ginebra y tiró la botella por la ventana. Fue a seguid la y dos robustos brazos truncaron su impulso.

-¡Qué ¡mala pata tengo! -exclamó Kitty Twist.

-No lo creas -le tranquilizó el *poli*-. Otra» la tienen peor que tú. ¡Vamos! ¡Afuera está la carroza, cenicienta!

En efecto, la carroza le esperaba junto a la acera, con las puertas abiertas.

-¡Hola! -exclamó Kitty Twist, dentro ya de la acolchada oscuridad -. ¿Alguien me acompaña en este paseo?

-Desde luego no te acompaña Herbert Hoover -dijo la voz de Irma *la Franchute,*

-Mi coronel -le dijo Kitty al que guardaba la puerta del *botellón* -, ¿qué esperamos? Dígale a Jaime que ya podemos irnos.

-Hay otras excursionistas que van con vosotras -dijo el *tapón.*

-¡Mi general! No me *digáis* que sólo *tenéis* un carruaje para esta dase de *picnics!*-Kitty fingió una gran indignación.

El poli remedó el tono ampuloso de Kitty.

-Tenemos más, duquesa, pero preferimos que vayáis todas en uno. ¡Mientras más seremos más nos divertiremos.

Y en esto oyose un gran estrépito de voces, gritos y ruidos diversos. ¡Muy cerca tenia lugar ana verdadera batalla campal. ¡Las muchachas asomaron sus cabezas por la puerta del vehículo.

-Uno o tuna que no quiere venir al *picnic* - supuso Irma *la Franchuta,*

En el cuadro luminoso de la puerta de la casa hospitalaria apareció la figura de Dove. Gritaba:;

-¡No me toquen! -Y, enfurecido hasta el paroxismo, repartía golpes a derecha e Izquierda, con el canto de un libro. Kitty vio que con el mismo cruzaba la cara de un jaramillo-. ¡No me toquen1

Otro *polilla* recibió él canto del libro en un ojo. Entonces uno de ellos lo cogió por la piel del cuello, mientras un compañero le trincaba

la mano que esgrimía el libro:

-Sé buen chico, como yo lo era cuando tenía tu edad -le dijo un *polilla,* mientras otro le hizo replegar las piernas mediante la aplicación, de un tremendo puntapié. De este modo, juntando sus fuerzas los tres pudieron hacerse can el borrachín.

-¡Uno, dos..., tres! -Kitty e Irma *la Franchuta* tuvieron el tiempo justo de echarse atrás para dar paso al bólido humano, él cual, tras de un corto recorrido por él aire, aterrizó en él interior del coche celular. ¡Blan!, y él ex representante de específicos quedó extendido sobre el piso de hierro del *botellón,*

-¡Vaya! ¡Esta vez sí que has venido conmigo! -le congratuló Kitty, y para rubricar su felicitación, le propinó un puntapié en |a espinilla. El cuerpo no se movió.

Kitty comprendió que, en realidad, le importaba un pimiento que viniese o no con ella el antiguo compañero de sus andanzas turísticas. Ya nada le importaba, ni siquiera su propia persona. Las cosas sucedían porque debían suceder. Kitty, sin saberlo, era una fatalista de tomo y lomo.

-Oí que alguien estornudaba dentro de un ropero -le dijo un *polilla* a las muchachas-, abrí la puerta y me encontré a este barbián, en camiseta y calzoncillos, con el sombrero puesto y un libro debajo del brazo,

-Alguno que no tuvo tiempo de ponerse los pantalones -dijo *la Franchuta,* con el propósito deliberado de despistar a la autoridad.

-Si es un cliente y no un pupilo de la casa, no le pasará nada -dijo el *polilla*-. No tiene tipo de cinturita.

-Es la primera vez que le veo -y dio a Kitty un codazo.

-Yo tampoco le he visto hasta ahora -confirmó Kitty Twist.

Dove recobró sus sentidos en un calabozo, con la impresión de que algo le cubría

el rostro. Eran sus pantalones.

Sentía que su cabeza se hinchaba y deshinchaba una y otra vez,

incansablemente. Cuando una mano invisible apartó los pantalones de su cara abrió los ojos pero no vio a nadie.

-Me parece que este hijo de la tostada ha liado el petate -oyó que informaba una voz indiferente *y* una vaharada de humo de cigarro llegó a sus narices.

-No veo sangre alguna, Harry«-Sangran por dentro.

-Entonces nos cargarán a los dos el mochuelo.

-¿A los *dos*? ¿Y por qué no también a Smitty -los pantalones vieron a caer sobre el rostro de Dove,

-Por supuesto, Smitty. Presume de universitaˆ río, pero es un agente de segunda, *como* nosotros.

-Pero, pegando es de primera. Recuerda cómo Se dio matarile a aquel negro con sólo un golpe de su mano abierta.

-¡Vaya! Practica el jiu-jitsu, el boxeo, la *savale.* Y tampoco es manco con la cachiporra. Una epidemia con botones dorados.

-Señor agente -gritó alguien en la crujía-. Déme una aspirina. Estoy dispuesto a pagársela.

-Soy agente y no farmacéutico. Tendrás tu aspirina cuando llegues a tu destino -le prometió Harry y le largó un puntapié al presunto cadáver a guisa de despedida.

«He recibido puntapiés más fuertes que éste» - reflexionó Dove, y deseó que dejaran de fumar. No era aquel el momento más indicado para fumar.

-¿Sabes una cosa, Jeff? -preguntó blandamente el agente llamado Harry.

-¿Qué? - respondió ansioso Jeff.

-Creo que este venado está fiambre de verdad.

En lo más hondo de la garganta de Dove temblaba un sollozo que, como una burbuja, cosquilleaba su cuello. No había un atisbo de aire en aquel sótano y si no dejaban de fumar se vería obligado a toser y a revivir una vez más. Prefería la muerte, razonó Dove, *a aquello.*

-Pobre borrachín. El whisky y las mujeres acabaron con él.

-Sin contar el topetazo que se dio en el pecho cuando le metimos por las buenas en el *botellón*. No me sorprende que el corazón le fallara. Un golpe así abolla un tanque.

¿Luego hubo un silencio revelador de que habían llegado a un entendimiento. Dove sintió que uno lo cogía suavemente por los brazos y otro por los pies,

«La gente trata mejor a los muertos que a los vivos», reflexionó Dove, mientras lo conducían los dos agentes, con todos los miramientos.

-¿Adonde lo llevamos, Harry?

-¿Adonde crees..., al cine Capitolio?

Una embarcación, en el río, lanzó un mugido lastimero, como una vaca que llegara tarde al paso de un tren.

Dove sintió un hálito de aire fresco y comprendió que iba bajo el manto de la noche. Por encima de ¡su cabeza una ventana se abrió con estrépito.

-¿Qué es eso que lleváis, animales de bellota? - oyó Dove una nueva voz, más autoritaria que la de Harry.

-Otro ¡punto que se nos ha ido de Has manosˆ capitán. Más muerto que un arenque.

-¿Cuántas veces tengo que deciros que un hombre puede liar el petate lo mismo en la cárcel que en el hospital? Llevaos al fiambre a Caridad, y que os den un recibo. Estoy cansado de deciros eso, una y otra vez.

La ventana se cerró con el consabido estrépito. Dove confió en que no le dejaran caer: tenía la sensación de que el piso, debajo de él, era de cementó.

-¿Qué quiere decir con eso de que nos den un recibo?

-¿Quiere decir que registremos el fiambre en el hospital?

-¿No sería mejor que lo dejáramos en la escalinata de la entrada? Siempre habrá una enfermera caritativa que lo recoja.

-Preferiría que me dejaran dentro, si no les importa - solicitó Dove con extrema cortesía.

El asombro transformó en estatuas a los dos agentes. En una fracción de segundo Dove reconocí! ció su propia voz y aprovechándose del estupor de los agentes se desprendió de sus manos y corrió desatinado, «hasta que una pared de ¡Ladrillo rojo le salió al paso y detuvo su impulso.

Harry lo recogió en el rebote y tomándole de la mano lo llevó hasta donde estaba su compañero Jeff.

-Supe desde el primer momento que el tunante se hacía el muerto -decidió Harry-. Esperaba sólo que hiciese un movimiento falso. Y ya lo ves, él mismo se vendió.

Dove doblé sus pantalones cuidadosamente y, tendiéndose en él suelo, los puso debajo de su cabeza, a guisa de almohada. En esta posición esperó los acontecimientos.

-Créanme -se disculpó ante las estrellas, sobre las cabezas de los *polillas*-. Me hubiera disgustado mucho dejar este viejo bajo mundo, jorque es el único que conozco.

Jeff miró a Harry. Harry miró a Jeff.

-Hijo -le anunció Jeff finalmente-. Hemos tenido un día terrible de ajetreo. ¿Serías tan amable de levantarte y de volver *andandito* como un buen chico a tu calabozo?

-Clarinete. - Dove se levantó y se puso apresuradamente los pantalones, como si le hubiesen invitado a una comida con pollo-. No deseo otra cosa. Un paseíto en el fresco de la noche me despajará la cabeza.

Luego miré cautelosamente a uno y otro de los agentes. Presentía *algo* en el ambiente.

-No estaréis enfadados conmigo, ¿verdad que no?

-Ni pensarlo, hijo -le tranquilizó Harry con un gruñido paternal-. Eres todo un carácter. Y muy chistoso, ¡vive Dios! A nosotros la gente chistosa nos encanta. -Y sin otro preámbulo le propinó a Dove un tremendo golpe en la sien con el filo de la mano abierta que le hizo girar sobre su eje como una peonza.

Dove se detuvo al fin y sacudió su cabeza respirando con fruición el fresco de la noche.

-Prométenos que cuando te presentes ante el tribunal refieras la verdad de lo ocurrido, y sólo la verdad. - Harry con su enorme mano alzada le amenazó -Promete,

Dove se restregó la cabeza. Un pensamiento comenzaba a abrirse paso en ella, solapadamente.

-Si quieren que les diga la verdad -decidió lentamente - no me siento muy inclinado a llevar este asunto al tribunal. Se reirían de mí.

-Te lo dije, Harry -Jeff acudió en su ayuda-.El chico es listo y de buena crianza.

Harry lo examinó detenidamente, sin bajar la potente mano:

-Me has causado ya bastantes disgustos, pequeño, y no quiero que me causes más.

-Anda, Harry, baja la mano. El chico hará lo que ha dicho -resumió Jeff. Harry bajó la mano.

-¡ Pobre de él si no lo hace ¡

Un minuto después la gran puerta de hierro de la crujía se cerró tras de Dove.

-Voy a ver si duermo un rato -dijo Dove buscando a tientas, en las sombras, un banco. Lo encontró y se tendió en el beatíficamente,

> Todas las mañanas, en la Crujía 10 sus inquilinos se asomaban, por tumo

riguroso, a un ventanal la única abertura al exterior que había en la vasta pieza. Este ventano daba al patio de Los Protector res del Reino Animal, los cuales, con grandes y espesos guantes, se dedicaban desde muy temprano por la mañana hasta las últimas horas de la tarde a proteger a aquellos miembros del Reino Animal que iban a parar a sus solícitas y enguantadas manos.

SED BONDADOSOS CON LOS ANIMALES era el lema de aquel Reino Animal, pintado en letras blancas. En ocasiones, una mujer con aire de extrema bondad y uniforme de enfermera salía al patio para secundar a los hombres enguantados en sus tareas de bondad. Eran éstas las de liquidar a los perros mediante limpios disparos entre los

dos ojo«, hecho lo cual arrojaban sus cuerpos, a paletadas, en el interior de un furgón, Los gatos, según pudo ver Dove, no daban tanta trabajo a tan bondadosa gente.

Se limitaban a agarrarlos por el rabo y a estrellar sus pequeños y frágiles cráneos contra un poste de hierro. Y no tenían que recoger sus cuerpecitos a golpe de pala. Iban al carro directamente: ¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!

Tanto para matar el tiempo como por espirita deportivo, los presos llevaban la cuenta de los perros y de los gatos diariamente sacrificados en aras de la Bondad Humana. Un antiguo desertor, Murphy, alias *él Trola*, los inscribía en un libro y organizaba apuestas a base de los totales del día. Para que el juego fuese limpio, era necesario un hombre que no apostara y fuese imparcial, esto es, que no fuera ni «gatista» ni «perrista», y Dove fue elegido para este puesto. Y jamán abandonó el ventano sin dar cuenta del número exacto de los sacrificados en* el patio.

Muchas veces se preguntaba que, dado que todos aquellos hombres que estaban con él en aquella Crujía 10 eran delincuentes comunes, ¿en dónde se encontraban los verdaderos criminales?

-Los mejores días de mi vida, mis tiempos más felices -dijo, nostálgico, un guiñapo humano apodado *Rositas*-, fueron cuando hacía el ejercicio por las tardes, con la Guardia Nacional.

> *Rositas* había robado cincuenta pies de manguera para cobrarse unos jornales

atrasados. Que esto último fuera imaginario, no impedía que el robo de la manguera fuera real y verdadero, y *Rositas* tenía que cumplir todavía cinco meses para saldar su deuda con la sociedad.

Su compañero de calabozo era un individuo estrafalario, torvo, cejijunto, de aspecto lobuno, con manos que parecían garras. Un auténtico ogro, convicto y confeso de un crimen escalofriante. Había penetrado furtivamente en un invernadero de violetas de África. Infortunadamente para él tropezó y fue a caer sobre un plantel acristalado de crisantemos, y allí quedó atrapado, entre agudos cristales y flores olorosas, apretando contra su pecho las dos macetas de violetas africanas. Esta caída, al parecer, había domeñado sus instintos feroces, porque ahora parecía completamente amansado y se consideraba feliz lavando y secando el tenedor de *Rositas* dos veces al día.

Otro recluso era un viejo libertino, solitario1 y melancólico. Nadie, ni siquiera él mismo, sentía simpatía por su persona. El calabocero le había dado el sobrenombre de *el Impermeable*, un apodo mucho más amable que el que sus compañeros de reclusión le habían dado.

El talento puede brotar por doquier.

-Yo no estoy aquí por haber insultado a una mujer -dijo *él Impermeable*, reprobando gentilmente a la sociedad que injustamente le había condesado-. Jamás insulté a una mujer. Con aquélla me limité a hacer lo que siempre hacía, que era procurarle un breve y placentero espectáculo. Pero esta mujer me volvió la espalda, después de rápida ojeada, y por encima del hombro me invitó a seguirla. Se figuraba acaso que era un libertino de la especie corriente, y quería brindarme algo que repugnaba a mi modo de ser y de sentir. ¡Córcholis! Así es como se contraen todas esas enfermedad des vergonzosas.

»Como yo no quise seguirla, se acercó a mí: «No tengas miedo -me dijo-, no voy a causarte daño.» ¡No, claro que no! Las conozco muy bien a esas viejas histéricas. Se aproximó más y más, con la mano extendida. ¡Oh, Dios!

El Impermeable se tapó la cara con las mano & Los reclusos se quedaron allí,

mirándole. Todos habían estado en la Sección de los Delitos Sexuales y sabían cómo las gastaban allí. Esperaron, corteses, a que el hombre recobrase la calma.

El Impermeable se restregó los ojos y prosiguió.

-¿ No sabéis lo que tuvo el valor de proponerme la descarada...? «¿Quieres venir con una linda muchacha?» Eso fue lo que me propuso, a dos pasos de mí, quemándome con su aliento. La mujer era una histérica, eso saltaba a la vista. ¿Y sabéis lo que ¡te dije? «Prefiero ir con un perro sarnoso,» Eso fue lo que le dije. No se me ocurrió otra cosa. Y acto seguido eché a correr.

»En un santiamén me vi rodeado de medía docena de furias desatadas. No sé de dónde salieron. Me zarandearon, me rompieron la ropa, gritando: «¡Un sátiro! ¡Un sátiro!» Si hubiese sido un sátiro me habría ido con la mujer, en vez de huir de ella, ¿no os parece?

Siempre había en aquella crujía cinco o seis individuos condenados por beber o por destilar bebidas espirituosas y no era sorprendente que los que habían comprado mucho de aquéllas y los que habían

sacado muy poco provecho de las mismas, estuviesen ¡recluidos juntos. Lo que no era tan fácil de comprender era cómo hombres de distintas procedencias y naturalezas al legar allí se compenetraran y formasen una unida familia. Ciudadanos de una República de Desorbitados, se sentían atrapados juntos en una tierra extraña.

El compañero de celda de *él Impermeable,* por ejemplo, era un individuo elemental al que su mujer había ¡hecho encerrar porque se había empeñado en hacer madre a una hija suya de quince años. No había quien hiciese entrar en razón a aquél desorbitado, firmemente persuadido de que había obrado de acuerdo con los principios fundamentales de la Naturaleza. Pero era *él Impermeable* el único a quien confiara la defensa de sus sacrosantos principios.

-Afirma que la muchacha es más bonita que su mujer -interpretó et *Impermeable* -. Aparte de que es mucho más joven.

Y siempre había en una celda o en otra el consabido epiceno, descentrado y perturbado. Uno de estos era un triste individuo apodado le *Coca-Colo.* Pretendía que había sido virtuoso del saxófono, y que se había hecho adicto a cierto estupefaciente cuyo nombre no recordaba.

-Era un *alquiloide,* según dijo el doctor que me lo recetaba-decía con su habitual vaguedad-pero alguien subía constantemente el ¡precio de la *mandanga,* y el doctor me pedía cada vez más dinero por ello.

Tanto encareció la *mandanga* que para procurársela tuvo que empeñar su paladar de platino. Pero como no»podía tocar sin su paladar postizo, para redimirlo tuvo que empeñar, él saxo. Podía ya trabajar, pero sin saxo no podía hacer nada. Algo tenía que hacer, y lo hizo. El resultado fue: un año y un día.

-¿Comprenden?-explicó el desdentado y asexuado saxo -. Sin paladar no podía tocar el saxo, pero sin saxo, ¿para qué me servía el paladar?

-Eso nos- lo has dicho ya cien veces -le interrumpió un recluso que respondía al apodo de *Fachenda»*-. Eres una víctima, como otros muchos de *Doña Blanca[40]),* y todo lo demás son cuentos.-Hubo un silencio y él desdentado, desorbitado, desesperado y desaxofonado *Coca-Colo* fue a refugiar su melancolía y sus ansias por *Doña Blanca* en un rincón de su calabozo.

El Fachendas era un hombre fornido, víctima también de los alcaloides. Había

tomado morfinas para calmar terribles neuralgias contraídas en las cojas minas de cinc de Oklahoma. Había estado en el Hospital Federal de Lexington, Kentucky, para curarse de su hábito y recordaba con verdadera gratitud esta institución.

-Lo verdaderamente maravilloso de Lexington es que tratan de quitarte el hábito con inyecciones de una droga nueva, tan nueva que ni siquiera tuvieron tiempo de ponerle nombre. Todo lo que tienes que hacer es cargar con dos hábitos en vez de uno. Me encantó el lugar. Porque, en verdad, gané en el cambio. La nueva medicina[41] le daba sopitas a la vieja doña M[42].

Al Fachendas le habría gustado tener otro compañero de celda, pero no le molestaba sobremanera la compañía del hombre sin saxo y sin sexo.

-Estáis más enfermos que yo -solía decir a los hombres de la estirpe de *Coca-Colo,*

A los que no podía tolerar eran a los borrachos. En aquellos cuya debilidad era el whisky veía a una tribu hostil e indeseable, con la que no deseaba trato alguno. Sé preguntaba por qué peregrina sinrazón a un hombre a cuyos bolsillos se encontraba un poco de nieve[43] y un arpón[44] lo entabicaban[45], en tanto que al tipo que caminaba haciendo eses, con una botella de whisky o de ginebra asomando por el bolsillo, se le guardaban toda clase de consideraciones, e incluso, si daba sus señas a un *polilla,* éste lo llevaba gratuitamente a su domicilio.

-Cuando veas en la acera a un atorrante que se agacha para coger del suelo una colilla - retó el Fachendas a todos los bebedores-, ten por seguro que se trata de un chispo, de un borrachín inveterado. Esto jamás lo hará un visionario[46] (6) que se respete. Nosotras no caemos tan bajo.

Dundee clamaba que durante quince años todos los fines de semana los pasaba en él mismo calabozo. El hermano de su mujer pertenecía al Cuerpo de policía y para que Dundee no se gastara la paga en whisky, iba a buscarlo al tajo todos los sábados, a las doce en punto, y lo encerraba como vagabundo. A continuación entregaba, la paga integra a su hermana.

-Lo hago por tu bien -le decía el *polilla.*

El lunes por la mañana el cuñadito le entregaba a Dundee su tartera del almuerzo y le hacía salir temprano para que estuviese en él tajo

puntual.

-Eso sí -proclamó Dundee con jactancia-.No me encierra sino hasta después que me he zampado mi almuerzo del sábado.

El compañero de celda dé Dundee también había sido victimizado por la sociedad. Se llamaba Wren y tenía por costumbre comprar coches «Ford» los domingos, particularmente en pequeñas localidades. Pagaba mil dólares o lo que fuera, en cheque, después de mostrar al concesionario la libreta del Banco en que constaba que tenía fondos suficientes en el mismo. A continuación levaba el «Ford» a la agencia de coches de segunda mano situada en la misma calle y lo vendía al contado por seiscientos.; dólares. Entonces el concesionario del «Ford» lo mandaba detener por la policía y hacía que ésta lo retuviera hasta que abriera el Banco el lunes por la mañana. Wren insistía en que siempre había tenido la lealtad de prevenir al hombre.

-Amigo comete usted un gravísimo error. Abierto el Banco la mañana del lunes se comprobaba que el cheque era bueno y Wren entablaba ipso facto demanda judicial contra el concesionario por detención ilegal y le reclamaba 50.000 dólares de indemnización. Lo más que llegó a cobrar fueron 30.000 dólares.

-Hubiera hecho un millón -calculó el hombre -. Pero se operó un cambio radical en el modo de ser de los concesionarios de coches «Ford» en cuanto a las ventas dominicales, especialmente en las pequeñas localidades.

Dieron todos en fiarse de él. Se puso a actuar de un modo furtivo y sospechoso. Llegó incluso a pegarse un bigote postizo que parecía que iba a despegarse de un momento a otro, pero con todo no lo detuvieron. Wren había tropezado con un sólido muro de confianza y de buena fe humanas. Y cada uno de estos tropiezos le costaba la suma de cuatrocientos dólares. Finalmente, viendo que este empeño en no detenerle iba a causar su ruina, decidió dedicarse a otra actividad. Para ejercerla no necesitaba más que un pequeño taladro, un trozo de alambre y un surtido de lápices de colores. Desgraciadamente, la policía lo detuvo por atentados a la propiedad privada,

-Taladro un agujero de un octavo de pulgada en uno de los lados de la máquina tragaperras; es sólo una aleación de aluminio muy delgado. Cuando las tres palancas de pago suben, las paro con el alambre, y la máquina suelta el chorro de calderilla. A continuación tapó el agujero con un *crayón* de color correspondiente, por lo regular

azul, rojo o plata. Guando los primos vuelven a llenar el depósito, vuelvo, taladro y lo dejo otra vez vacío. A veces, mientras taladraba, un compañero, al pairo, rifleaba[47] por si las moscas. Nos organizábamos a base de confraternidad. Me detuvieron sin razón. Las máquinas tragaperras son ilegales.

Es cierto que las autoridades no estaban muy seguras en cuanto al derecho que les cabía interviniendo en esta clase de operaciones. Pero tampoco podían abstenerse de hacer algo.

Las puertas de los calabozos de la Crujía 10 no se cerraban. Una sola puerta maciza de hierro que daba al patio interior, operada por un mecanismo de aire comprimido, aislaba a los reclusos del mundo exterior. Así él área entre las paredes de la cárcel y los calabozos estaba destinada a recreo de los presos.

Y éstos se ingeniaban para recrearse, ya contando las bajas en si Reino Animal contiguo, u organizando certámenes de escupitajos que con el tiempo fueron perdiendo interés, pues siempre ganaban los mismos: los que masticaban tabaco.

Los hombres cambiaban de calabozo a voluntad. Cuando Wren se cansó de las jeremiadas de Dundee y de sus agravios contra el hermano de su mujer, cambió de calabozo y de jeremiadas a hacerle compañía a un rústico cretino llamado *Plumas.*

El llamado *Plumas* había sido sorprendido con las manos en la masa. Era la masa una gallina, a la que estaba dando una zurra.

-Yo no sabía que el zurrar a una gallina fuera un crimen -exclamó Dove-. ¿No sería que quería robarla?

> - *El Plumas* no trataba de robar gallina alguna - protestaba Murphy *el Trola* -.

Todo lo que hizo fue colocar a la gallina sobre sus rodillas y darle una buena zurra. Entiéndanlo. Yo no sostengo que tuviese el derecho de azotar a una gallina, Después de todo, le animal no había hecho nada para merecer la azotaina.

-Me *gustan* las pollitas -manifestó el siniestro cretino desde su calabozo.

-Tomaré su defensa - aseguraba Murphy -, aunque no me agrade en demasía el caso.

El hombre parecía dispuesto a defender toda clase de causas perdidas.

Prefería no obstante a la causa *Plumas contra Lousiana,* la de *González contra González.* González, un labrador que trabajaba seis días a la semana, descansaba el séptimo, cuando su mujer le sugirió la peregrina idea de una segunda luna de miel. Esto trastornó a Vicente, porque aún no había tenido la primera; y ni corto ni perezoso cogió una pala Número Cinco y se entregó metódicamente a la destrucción de vajilla, sillas, mesas, marcos y un gramófono «Víctor», y cada vez que descargaba la pala sobre un objeto, gritaba

-¡Toma! ¡Toma, luna de miel! ¿Qué te parece esta luna de miel?

Estaba dedicado a la tarea de arrancar del suelo la bañera, cuando oyó que Consuelo entraba en la alcoba, se apoderaba de algo y salía corriendo de la casa. El se adelantó y le cerró el paso. Lo que trataba de salvar de la quema era el retrato de ambos el día de su boda. Vicente,.imperioso, le señaló la estufa que ardía con alegre fuego. Consuelo había sido siempre una esposa obediente e hizo lo que él le ordenaba. Tiró al fuego el retrato.

El la cogió de la mano, y ambos presenciaron cómo las llamas devoraban el retrato nupcial.

-Señor González - le dijo entonces Consuelo -. Esto ha rebasado la medida. - Y telefoneó a la policía, y ésta, a su requerimiento, encerró al marido. Y cada vez que venía a visitarlo, cargada de flores, le daba la seguridad de que por lo menos se chuparía tres meses de reclusión por destrucción de bienes parafernales.

-¿Por qué hiciste eso, Vicente? -le preguntó Dove con cierto interés.

-Porque cuando me sulfuro, me sulfuro -explicó Vicente.

-Toda la razón estaba de tu parte - le aseguró Murphy -. Además, no hay ley que le impida a un hombre *remoldear* su casa. Ningún tribunal en este país podrá condenarte.

-Lo que no me parece bien -observó Dove - es lo de la fotografía. ¿También querías *rsmoldearla?*

-Me agrada que hayas traído a colación ese punto - le dijo Murphy -. Lo tengo previsto. La intención de mi cliente era quemar aquella parte del retrato en que estaba él.

-El retrato de ambos. Bienes *parainfenales,* si no me equivoco.

-Te equivocas de medio a medio -le dijo Murphy. Y le miró fríamente-. Te conozco. Eres un punto capaz de privar a un hombre de su libertad, por la cursilería de una vieja fotografía. Pero ¿qué clase de hombre eres?

-Te diré la clase de hombre que soy - le informó Dove, muy digno-. Por de pronto, si fuera la mujer de ese hombre, lo primero que haría sería confiscar esa pala mejicana, antes de dejarle que pusiera un pie en la casa.

-No me importaría. Cuando me sulfuro, me sulfuro y si no tengo a mano una pala, cojo un pico - declaró enfáticamente el mejicano.

-Mi cliente es un *tontito* recalcitrante - concedió Murphy *el Trola,* sentándose al lado de Dove. Era un hombre flaco, larguirucho, y tenía uno o dos años más que Dove. Los presos toleraban sus prácticas de abogacía con perfecta indiferencia.

-¡Válgame Dios! -decía ahora a fuerza de aspavientos-. Con el dinero que se gasta la nación manteniendo a criminales como nosotros, podríamos mandar una armada a Méjico.

-¿Para qué? -preguntó Dove-¡ No estamos en guerra con Méjico.

-¡Bueno! -decidió finalmente el mozo-. Siempre estamos a tiempo de ir allá y procurarnos una buena guerra.

El único criminal auténtico que había en toda aquella crujía de desorbitados, el único que había guerreado honradamente contra la ley y el orden, era un veterano adalid de la delincuencia llamado Kline *el Turista.* Tenía una cara redonda, llena de profundas arrugas, pliegues y deformidades, como iota pelota de fútbol de entrenamiento puesta fuera de servicio. Era un caso este *Turista,* un verdadero ejemplar de la fauna criminal.

-Ten presente esto, amigo -le aconsejaba a Dove -, siempre es más fácil acusar a un hombre de algo que no hizo, que probar que lo que realmente hizo fue un crimen. Por esta razón los *chotas* son más duros con el hombre que no tiene antecedentes que con los que son criminales de verdad. A éstos los tienen ya catalogados, pueden echarles el guante cuando quieran, por eso pueden permitirse el ser amables con ellos. Es el tipo que sin más ni más aparece en el lugar menos pensado, que declara que jamás ha sido detenido y por lo tanto no ha ido nunca al piano[48], que no tiene tipo de ladrón ni lleva

señales de arpón en el cuerpo, el que les saca de quicio. Se figuran que es un tipo demasiado trucha que les está tomando el pelo. Tienen que hallar un crimen que le encaje, que le vaya como un traje a la medida. Y si es inocente, el empeño es más bien difícil.

-¿Sabes que la mitad de los que sufren condena lo hacen por delitos cometidos por otros? Quiero decir que se adjudican un delito que cometió otro punto, declarándose culpable del mismo para no ser procesado por lo que cometieron ellos realmente, mucho más grave y por lo tanto más castigado, ¿Comprendes ahora?

-Lo que tiene que tener presente un joven como tú, ®i es que quieres dedicarte al crimen seriamente, es lo que cualquier negociante debe considerar antes de hacer Una transacción seria. Tener hilos. Hilos invisibles como los que mueven las marionetas. Por si se les torcieran las cosas, ¿comprendes? En los tribunales, en la oficina del fiscal del distrito en el departamento de policía. No debes fiarte de los viejos abogados; no se aprende la ley yendo a la escuela. Tienes que tener a alguien que se mueva, detrás del juez o delante de él; detrás del fiscal del distrito o delante de él. Si se le tuercen a uno las cosas, puedes elegir entre una condena o cadena perpetua, por robo a mano armada, y otra de uno o dos años por estafa o robo sencillo.

»Ahora, muchacho, pon atención en esto: no juegues jamás a las cartas con un hombre de aspecto venerable al que llamen doctor. Nunca comas en una casa en donde te traten como a un hijo. No vayas con una mujer que tenga penas que contarte. No trates de ayudar a alguien que se encuentre en un apuro, Y no cargues con las culpas de otro, para librarte de «as tuyas. He pasa do por eso y no da resultado.

»La vida es amarga a grandes tragos, hijo. Pero no tienes que bebería a grandes tragos, Bébela a sorbitos y no notarás el amargor. Y el dinero no puede comprarlo todo. Por ejemplo: la pobreza.

»En lo que se refiere al dinero, toma por ejemplo mi propia experiencia. Allá en la costa del Pacífico me hacía pasar por escritor, pero lo único que escribía era números de teléfono. Me hacía invitar a una fiesta de postín y allí conocía a una prójima con cara de haberse dejado las joyas en casa. Me las ingeniaba para que me diera sus señas y número de teléfono, y entonces me comunicaba con dos compinches que en el cuarto de un hotel aguardaban mi llamada. Cuando la dama regresaba a su casa, se encontraba con que todos sus garbanzos[49] se habían convertido en humo.

»Hicimos así mucha lana[50], tanta, que no tenía tiempo de gastarla.

Hasta que un día, dándome cuenta de que mis consocios me afanaban, prescindí de ellos y me puse a trabajar solo. Mi nuevo paquete[51] era sencillísimo. El marido tenía harina[52]. Y ella un rufino[53] a todo dar. Un día me dio la llave del rufo para que me paseara en él mientras ella hacía sus compras. La llave estaba, con otras, en un llavero. Me fui a su cantón[54], a todo gas, afané todos sus brillos[55] y tuve que esperar todavía un buen rato, antes que ella, terminadas sus compras, se reuniera conmigo.

»Todas lea mañanas, invariablemente, realizada la faena me iba a Chicago, con mi maleta bien llena de chivas[56]. Allí tenia yo un aparador[57] del que podía fiarme.

»Entretanto, el país se había secado. En plena prohibición me fui a vivir a la isla de Santa Catalina, y cierto día me trasladé a Los Ángeles, compré una maleta de segunda mano y la llené de botellas de whisky de contrabando. Desembarqué en la isla y me dirigí a mi *cottage* situado en lo alto de una colina. Como tenía que pasar por delante de la Carnicería[58] me detuve allí un rato. Conocía a todos los *chotas* y jugué con ellos una partida de póquer. Uno de ellos me preguntó:

»-¿Qué llevas ahí en esa maleta, Turista?

»-Justamente lo que tú piensas que hay, Mac Elhent-le dije -. Whisky.

»Todos rieron. Yo también.

» Al poco rato de llegar a mi *cottage*, alguien llamó a la puerta. Eran cuatro *polillas*; jamás los había visto antes.

»-¿Qué hay en esa maleta, Kline? -preguntó uno de los jaramuncios, pero esta vez sin guasa alguna.

»-Whisky -le contesté-. ¿Quieres un farolazo[59]?

»-Tenemos que llevarte a la Jefa[60]. Hay una denuncia contra ti por contrabando de licor.

»Fui con ellos. Un fulano que se decía juez de paz me atizó una multa de ciento cincuenta cocos. No los llevaba encima, y me metieron en el bote. Jugué a las cartas con el celador[61]y me fui luego a la piltra. Seguía riéndome, pero menos.

»A las tres de la mañana entró en mi calabozo un ayudante del sheriff, me despertó y me condujo al despacho do la Jefa, Allí me

señaló algo con el dedo.

»Estaban todos desparramados en la mesa. Ciento veinte mil dólares en garbanzos. Debieron de haber puesto patas arriba mi *cottage* para encontrarlos.

»Mi cabeza me rodó como una peonza el resto de aquella noche. No tenía más que un pensamiento. Cómo hacer desaparecer todo aquél «brillo». Jamás me habían trincado por ratón[62]. Sin aquéllos garbanzos estaba limpio como una patena. Por la mañana don Cacahuete[63] me puso en manos de un jacinto[64] y éste me trasladó a Los Andeles. El jacinto era muy aficionado a los mangos de Manila[65]. En cuanto comenzó a tocar la orquesta de a bordo, se fue a la sala de baile llevando debajo del brazo una caja de cartón con los garbanzos dentro. La confió al manús de la batería para que se la guardara mientras bailaba con la pitusa.

»No me habían puesto pulseras[66] ¿Por qué? Por todos lados estaba el mar, aparte de que yo nado menos que una cafetera. Me senté, pues, mordiéndome las uñas durante veinticinco millas interminables, esperando una ocasión. Y ésta se presentó cuando estábamos acercándonos a tierra.

»El *polilla* recogió su caja de cartón con los «brillos» y se reunió conmigo en el puente para licar cómo íbamos aproximándonos al muelle. Yo le dije que estaba mareado y me dirigí a la borda.

»Estábamos ya dentro del canal, cerca del muelle de Wilmington. *El chota* me acompañó hasta la borda, tal vez con la intención de sostenerme la cabeza - ¡son tan amables! - y una vez allí me volví y le arreé un castañazo que lo tumbó patas arriba. Entonces me apoderé de la caja de los garbanzos la tiré por encima de la borda. La hélice la hizo estallar como una bomba, y los «brillos», como confetti, se desparramaron por las aguas turbias del canal.

»El polilla echó mano a la *escupidora*[67], pero yo alcé las manos para que no me tronara delante de todos los pasajeros. Enfundó la *fusca,* lanzando maldiciones, me ató a la borda y todo lloroso trató de rescatar los garbanzos. Fue una tarea completamente inútil. Estuvieron diez días buceando en aquel canal y no rescataron ni un solo «brillo». Cuando llegamos al embarcadero cuatro coches del Servicio de Información nos estaban esperando. Aquel *polilla* me pidió, me imploró, poco menos que de rodillas, que bajase del rufo y me diese a la fuga.

»-Hazlo por mí - me suplicaba -. Es lo menos que puedes hacer por mí.

»Yo no me moví de mi asiento.

»El Servicio de Identificación me cogió por su cuenta y durante setenta y dos horas me tuvieron en él cuarto azul. No puedes figurarte las bestialidades que pueden hacer los *chotas* a un manús que no quiere chamucar[68]. Se me ponen los pelos de punta con sólo recordarlo.

Son cosas que si las supiera el Tío Sam, sus barbas se volverían negras.

-Se ponían a bailar sobre mis calcos[69], me arreaban tales lapos[70] en las orejas que me dejaban sordo.

»Con sus sucios dátiles[71] me apartaban los párpados y me echaban él foco a los candorros[72] hasta cegarme. Y durante todo este tiempo un *chotorra* que no podía ver me gritaba en el mismo oído. Me rompieron los piños[73], los que llevo ahora son postizos pero no chamuque[74]. Años después estando en la Casa-Grande[75] muchas veces me despertaba con un sudor frío, creyendo que otra vez iban a darme para el pelo. En fin, como te digo, «achanté-la-mui» como un hombre. Hasta que una de mis pitusas supo por la radio lo que me ocurría y me mandó un abogado. Aquí fue donde comenzaron todas mis desgracias.

»No puedes figurarte los mochuelos que me colgaron. Cada uno de los robos de garbanzos que ocurrieron en California desde el terremoto. Fui unas veces el Bandido del Taxi de Hollywood, y otras un tocomochero de San Diego que falsificaba bonos del soldado. Me pusieron delante de un chango con lentes, con cara de despistado, y me identificó como al pinta que le asaltó en Pasadena y le afanó su máquina de escribir portátil. Ahora, te pregunto yo: ¿habría hecho todas esas cosas con aquella cantidad de garbanzos en mi poder?

»No obstante, cuando me hablaban de los «brillos», yo me mudaba a la calle del Sordo. No sacaban de mí ni ¡pum! Todo lo más les decía que me habían tendido una trampa y que era más inocente que un cha vito recién nacido. Volví a la «Peni» y hablé con mis camaradas. Me dijeron que la única forma de salir del aprieto era tomar de abogado a una pitusa cuyo papaíto[76] fuera un juez. Ella ya se arreglaría para llevar el paquete a la sala que presidiese su bato[77]. De esta manera saldría más blanco que la nieve.

»Un remoto[78] me previno:'

»-No dejes que el abogado te cuelgue el paquete de otro con la idea de reducirte la condena.

»Pero no le hice caso. Tomé al abogado con faldas y le pagué bien, y durante tres meses estuve en un sucio tabique[79], cuando hubiera debido estar en Chicago, parrandeando de lo lindo. Me dijo que lo mejor que podía hacer era declararme culpable de dos delitos menores cuyo autor estaba buscando la policía. Como no tenía antecedentes, esta sería mi primera transgresión del código penal, me dijo la sabihonda aquella, y don Cacahuete[80] sería clemente conmigo. Llegada la hora de la verdad, mi abogado se levantó y dijo:

»-Mi cliente se declara culpable. Me someto al fallo de Su Señoría.

»Y Su Señoría falló, ¡vaya si falló ¡ cuatro años y medio por el primer paquete, y uno y un día por el segundo.

Y eso fue lo que pasó. Con mis garbanzos en remojo en él canal de Wilmington, condenado por dos paquetes que no había cometido y, por supuesto, libre del que sí había cometido. ¡Y camino de San Quintín!

»Era como para tumbarse de risa. Pero, por alguna razón, seguí guaseándome.

»La vida es así. Dentro o fuera del *talego* hay siempre *andobas* que cargan con las culpas ajenas. La espina que tengo clavada en un costado, desde entonces, es pensar que la pringue siendo inocente. Bueno, muchacho, cuando acabes con el diario préstamelo, ¿quieres? Tengo curiosidad de saber lo que ocurre en este bajo mundo tan injusto.

Kline *él Turista* alegaba que fue por su buena conducta (aunque debió de ser por

un error de contabilidad) por lo que había sido puesto en libertad de Leavenwoodth nueve días antes de que expirara? oficialmente su última sentencia. Cuando se enteró del error se hallaba en el Sur y había recorrido todo el Estado de Louisiana y el de Mississippi, tratando de conseguir que algún funcionario local lo encerrase esos nueve días en un calabozo de su jurisdicción, le diera un recibo y pudiera así cumplir con la ley federal. No le agradaba la idea de ir

directamente a Leavenwoorth, no fuera que tropezase de nuevo con el mismo don Cacahuete que le había sentenciado ya la primera vez.

-Podría enfadarse y atizarme un año más por desacato o algo por el estilo -era lo que temía *el Turista.*

Había viajado algunos días en su coche preguntando a los empleados de los surtidores que encontraba en su camino si tenía *el* aspecto de un fugitivo de la justicia, pero ningún funcionario local quiso *entabicarlo.*

-Tú no nos debes nada por estos lugares, muchacho - le decían invariablemente sheriffs y jefes de policía -. Tu deuda es con Leavenwoorth, no con nosotros. Vuelve a Kansas, aquí no te queremos. Ellos son los que tienen que entabicarte.

Ahora esperaba aquí a que los federales vinieran a trincarle, con una mezcla de esperanza y de temor que *le era* imposible analizar. Llevaba su gorro ladeado airosamente y masticaba un trozo de tabaco «Red Seal». Dove examinó a aquel filosófico tunante y llegó a la conclusión de que no podía haber hallado mejor compañero de celda.

Con todo, *el Turista* se consolaba pensando que si aquellos años de cárcel los debía a un error de la justicia, si ésta no hubiese errado estaría en la cárcel hasta el resto de sus días.

Veía nuevas fórmulas de burlar a la ley hasta en el proceder descabellado de un perturbado. Un día, uno de los inquilinos más desorbitados de la Crujía 10, el llamado *Mochales,* fue reprendido por el celador.

-Yo en tu lugar -dijo- no haría eso.

El Mochales le contestó al instante:

-Yo en tu lugar no haría eso. Cuando el doctor asomó la cabeza y. le preguntó:

-¿Cómo te sientes, muchacho? El aludido contestó, sin titubear:

-¿Cómo te sientes, muchacho? Cualquier intento de conversación con él sobre el tiempo, la muerte o el indulto se malograban en flor.

-Querer hablar contigo es hacerlo con un eco - le dijo, asqueado, su propio compañero de celda. Y *el Mochales,* al punto, exclamó:

-Querer hablar contigo es lo mismo que hacerlo con un eco.

-No está más mochales que tú o que yo -comentó *el Turista*, con absoluto convencimiento-. Todo lo que quiere es que lo dejen en paz, y ciertamente, no le censuro. No quiero ni pensar los trastornos que me habría evitado si hubiese conocido años atrás este sencillo procedimiento.

Todos los inquilinos de la Crujía 10 eran blancos. Por la noche oían fuertes risotadas que provenían de la crujía, encima de ellos, toda ocupada por negros. Murphy proclamaba que se debía a su influencia el que en la Crujía 10 reinara una blancura de nieve, pero Dove sospechaba, por su parte, que eran las autoridades las que mantenían el sacrosanto principio de la segregación racial.

No eran aquellos grandes lobos grises de las llanuras heladas, ni tampoco los gatos monteses de afiladas uñas, encaramados en los árboles; sino aquellos zorros desdentados de verano que alguien había apresado y encadenado, y que aullaban a causa de lo invariable del tiempo.

Los burlados, los maltratados, los torturados y los mansos, autores todos ellos de pequeños hechos punibles, moradores de cuartuchos amueblados de ínfima categoría, salían a las calles viejas cómo el mundo, para comprar un poco o vender un poco, se gastaban sus centavitos en las galerías y pasajes asomándose a las mil y una maravillas que les brindaban los aparatos estereoscópicos por una moneda de cobre. Sus vidas estaban circunscritas a ventanas en que se leían: «Habitaciones para viajeros. Cuartos para dormir solo.» Fondas económicas, en donde sobre un libro con mil nombres, el encargado que ofrecía la pluma, sugería.

-Puedes darnos un nombre supuesto. Así estamos más seguros; tú y nosotros.

Desde luego, era lo más seguro.

Salían de entre aquellas paredes verdosas y de aquellos pasillos húmedos y oscuros, con el moho de tiempos pretéritos, en donde cada cama le hace a uno encubridor de tenebrosos pasados.

Eran los que preferían vegetar y hacer funcionar de vez en cuando un tocadiscos automático para divertirse, que ir a una agencia de colocaciones. Habían abandonado toda esperanza y vagaban por aquellas calles demasiado estrechas para un «Cadillac», de espaldas a la realidad y a los anuncios que ofrecían empleos. No se sentían con

fuerzas para tomar parte en la carrera de la fama y la fortuna. Se titulaban a sí mismos: Agentes teatrales, cocineros especiales, directores de institutos de belleza, instructores de esquí acuático, instructores de baile, señoritas de sociedad herederas de cuantiosas fortunas, etc. Vagaban en un mundo de irrealidad, aferrados a sus sueños, sin querer despertar de ellos, pues sin ellos nada les sustentaba.

Sus crímenes eran la enfermedad, la ociosidad, el aburrimiento y la mala suerte. Eran los que no se habían cuidado de tender aquellos hilos invisibles hasta los tribunales, la oficina del fiscal del distrito o la policía. Cualquier obstáculo que encontrasen a su paso, los hacían caer, y cuando caían era para siempre.

No podrían levantarse ya más. Si la vida a sorbitos era tolerable, ellos la apuraban a grandes tragos,

Siempre hallaban a un doctor con el que jugar a las cartas. Iban a comer a lugares en donde los trataban como a un hijo. Se acostaban con mujeres cuyas penas eran aún mayores que las que ellos sufrían. Cuando iban a la cárcel era porque habían cargado con culpas ajenas y cumplían condenas que correspondían a otros.

Amantes, sátiros, despistados, desorbitados; los maltratados, los torturados, los llagados, todo» los caídos. Todos los que no tenían hilos que mover, y por los que nadie sentía compasión.

A los que el abogado defiende diciendo al juez.

-Me someto al fallo de Su Señoría.

Kline *el Turista* lió un pitillo con una sola mano, desató el saquito del tabaco con

sus dientes, encendió el producto acabado con un encendedor misterioso, a base de yesca y pedernal oculto en el hueco de la mano, como si temiera que Dove adivinara su magia y lo patentara. Juzgaba, al parecer, que Dove saldría antes que él del *tabique*[81].

-Un encendedor del hombre de las cavernas-explicó crípticamente, y entregó a Dove un cigarrillo ya encendido.

Dove saboreó la primera chupada.

-Yo cometí también una grave equivocación-admitió -. Creí que me daría mejor resultado la segunda vez que la primera, ya que tenía un poco más de práctica.

Y esperó a que el *Turista* le preguntara: «¿Más práctica de qué?»

-¿Práctica de qué? -se decidió finalmente a preguntar *el Turista.*

-De hacerme el muerto. Me pareció que era la mejor manera de salir del aprieto. Contuve la respiración y miré con fijeza, sin mover un músculo. Lo único que no hice fue callarme. En fin, que me pusieron en una camilla y me llevaron en el furgón[82] a otra comisaría, «¡Es un fiambre! -dijeron-. Así es que no tienen que darle de comer.» Me dejaron, pues, allí, y cuando llegó la hora de comer, todos comieron menos yo. «No te muevas de ahí, fantasma», me decían. Y no me daban ni tanto así, pues decían que los fiambres no acostumbran a comer.

-Sí, ya me hago cargo -dijo *el Turista*- Continúa.

-Fue un pitorreo general. Todos los presos se burlaban de mí. «¿Qué tal, fiambre, cómo te sientes hoy?», me preguntaban. Y yo les contestaba: «Medio muerto de hambre.» Y ellos me decían; «No seas optimista, chico. Estás muerto, muerto totalmente.»

-¿Cuánto duró eso?

-No quieras saberlo. Esos *polillas* se figuraban que era de cemento armado y que nada podía matarme. Estuve la semana pasada en cinco comisarías. Finalmente les dije que si no me daban algo de comer me moriría de verdad, y entonces ellos pagarían las consecuencias. Luego me dieron algo de comer, y si quieres que te diga la verdad, no sé qué diablos fue. ¿Y querrás creer una cosa? De no comer se me aflojaron los piños[83], excepto uno, aquel precisamente que se me movía un poco.

Y Dove llevó la mano a aquel diente recalcitrante, recuerdo de una escena tempestuosa con Teresina.

En la pared, encima del camastro, un preso había escrito con una punta: Pobre Juan

Mendoza. Fue del Este al Oeste donde mejor le cuadró. Quiso a la hermosa pero no le creyó.

En las pesadas horas de la noche azul Dove pensaba en el pobre Juan Mendoza y

en su hermosa novia que no le creyó.

Aprendió cómo darle a un pitillo una última chupada, mojando sus labios cuando la colilla era demasiado pequeña y no podía cogerse con los dedos. Aprendió a partir una cerilla en cuatro. Y cada noche, antes de tenderse en su camastro, perseguía a los piojos quemándolos con las delgadas cerillas encendidas. Era un exterminio de piojos metódijo y bien organizado.

Una mañana, Murphy *el Trola* se nombró súbitamente a sí mismo distribuidor del rancho de loe presos. Aunque todas las latas eran prácticamente idénticas, le dio por decir que el reparto del contenido de las mismas debía hacerse según la categoría de cada preso. Todos se sometieron a este desafuero, y Murphy comenzó a hacer un reparto según su fantasía. Lo mismo hizo con el pan de munición, aumentando o disminuyendo las rebanadas a cada preso.

- *Yo tengo hambre, compañero* -exclamó, en español González cuando descubrió

que le había tocado a él la peor parte.

-Todos tenemos hambre, camarada -le dijo Murphy, con su mano izquierda cerrada-. Y todos habéis tenido vuestra ración entera.

-Entonces, abre la mano - le dijo Dove a Murphy -, para que se vea que todos hemos recibido la ración entera que nos corresponde.

-No tengo que abrir la mano porque a tí se te antoje -le dijo Murphy, apretando los dedos con tal fuerza que se escaparon de su puño algunas migas de pan -. ¿O te crees tan guapo que puedes obligarme a abrirla?

-No pretendo tal cosa - concedió Dove -, pero si no la abres demostrarás que le has *sonado*[84] un trozo de pan a nuestro compañero González.

Murphy abrió lentamente el puño. SI trozo de pan que le había escamoteado al azteca apareció allí: un cuerpo de delito rotundo y moreno. Dove lo tomó de la palma de la mano de Murphy y lo entregó a Vicente.

Murphy enrojeció, pero no pronunció palabra.

-Yo en tu lugar no habría intervenido - le dijo *él Turista* a Dove -. Era una cuenta del mejicano, no tuya. ¿No te dije que no tenías que cargar con las culpas ajenas?

-Siempre de un modo u otro, cargamos con las culpas ajenas, *Turista* - le dijo Dove.

Kline era el único de los presos al que no importaba que le dieran o dejaran de darle pan.

-Cómete el mío - le decía en muchas ocasiones a Dove alargándole el plato y mientras Dove lo comía, tatareaba una canción carcelaria:

¡Qué odiosas son estas rejas!

más me dice él carcelero:

¡Me muero, Jim, si me dejas!

De tanto rascarse, todo el cuerpo de Dove se cubrió de ranchas. Cuando pasó el

celador le llamó, y desabrochándose la camisa le enseñó el pecho cubierto de rojeces y bultos:

-Esas bestias feroces me están comiendo vivo.

El celador vio las ronchas y volvió a poco con un pulverizador lleno de insecticida.

-Con esto te arderá el pelo, pero las matará -le aseguró a Dove.

Dove declinó amablemente el ofrecimiento:

-No estoy asegurado contra incendios. - Y decidió conservar las ronchas.

Aquella noche soñó que dormía en una cama, dos pisos sobre una calle de mucha animación. Las luces, como luciérnagas, se encendían y apagaban; un piano tocaba en un patio invisible. Y bajo la música, mientras dormía y se veía a sí mismo dormido, oía el roce metálico de

unas ruedas sobre un piso de piedra.

Y de lado, las manos sobre los muñones y los muñones sobre las manos, oyó como el hombre sin piernas ascendía pesadamente por una escalera alumbrada con gas.

Subiendo, subiendo, como si hubiera estado haciéndolo desde muchos años atrás, bajo la luz del bar, bajo la luz de las estrellas, bajo la luz neblinosa de la escalera, escalón por escalón, respirando cada vez más fuerte, pero convencido de que por fin le había llegado la hora de tomar posesión de lo que le pertenecía. Le faltó tiempo para cerrar la puerta contra él. La llave estaba en la cerradura, pero no se sentía con fuerzas para levantarse e ir a darle una vuelta. Dove *vio* como la punta cauchutada de la corta muleta que utilizaba el lisiado para subir las escaleras, perforaba la madera de la puerta como si fuera cartón, y se despertó sudoroso, desazonado.

Aire viciado y ronchas. A veces el día era de un azul tan limpio que oprimía el corazón con una sensación de pérdida... Perdidos todos aquellos días tan azules. Los días lluviosos daban una sensación de melancolía, pero los días soleados eran peores. La lluvia afuera, le sumía en una modorra tristona de la que nada podía sacarle. Pero cuando los días eran azules recordaba sus locuras y se decía: Tanto tiempo pasado, y qué poco me queda para alcanzar la meta que todo joven debe fijarse para llegar a algo.

Murphy estaba sentado en su calabozo, inclinado sobre un fascículo GUIA DE LA JUVENTUD, el cual revelaba, mediante una suscripción de un dólar anual, cómo hacerse rico por medio de la oración.

-En estos días no está bien que un hombre prospere - era la curiosa filosofía de Kline *el Turista*-. Sólo puede prosperar a costa de los demás, arrollando a todo al que se le ponga delante, y una prosperidad obtenida de este modo no puede producir satisfacción alguna al hombre decente. Permíteme, hijo, que te diga lo que pienso, y no tomes a mal mis palabras, pero toda tu persona rezuma chulearía. Y de todas las formas de prosperar, la de los chulos es la más lamentable de todas, porque si Dios ha creado algo perfecto ha sido esa mujer que tú y los tuyos tiráis al arroyo para vuestros fines. Al hacerlo, no sólo mancháis su cuerpo, mancháis también su alma, y eso no tiene perdón de Dios.

Un día se produjo en la Crujía 10 silencio Insólito. Murphy fue a la puerta del calabozo de Dove y se recostó en ella. Hacía una semana que no se hablaban.

-¿Hasta dónde llega tu educación?-le preguntó súbitamente a Dove.

-A ningún lado, por la sencilla razón de que no tengo ¡ninguna educación -reconoció Dove.

-¿A qué se debe que estés entabicado?-persistió Murphy.

-¡Porque me pasé de copas -contestó Dove.

-Es lo que os pasa a los indios. No sabéis beber.

Aparentemente, Murphy había premeditado bien el golpe.

-No tengo ni una sola gota de sangre india en más venas -expresó Dove con dignidad.

-Entonces ¿por qué estás ahí en cuclillas, como, un indio?-insistió Murphy.

Dove, en cuclillas, con una manta liada a la cabeza, echó por las narices el humo de su cigarrillo, antes de contestar, sabiendo de antemano que su respuesta, fuere cual fuere, sería inútil.

-Todos, en mi familia, nos sentamos así. Y he notado que tú también muchas veces te sientas de ese modo.

Eso era todo.

-Ponte de pie y arroja esa colilla -ordenó Murphy-. ¿Tratas acaso de provocar un incendio para que nos quememos vivos todos los blancos qué estamos aquí?

-Yo no acostumbro provocar incendios. Apaste de que la colilla está apagada.

-Apágala otra vez.

-Oye, tú. -Dove llamó al criminal empedernido que ¡había robado una maceta de violetas africanas;, estaba recorriendo de un lado a otro la crujía simulando que le habían nombrado celador-, ¿Quieres apagar esta colilla?

-No le di a él la orden -interrumpió Murphy -. Te la he dado a ti.

-Entonces, apágala tú.

-¡Agente!-Murphy hizo la llamada al vacío-. Traiga el reo para que

comparezca ante el Tribunal.

Alguien, surgido de entre las sombras, hizo girar sobre sus talones a Dove, lo sacó a empellones de la celda y después de recorrer con él a trompicones una parte de la crujía lo levó a otro calabozo lleno de presos. Jamás ¡había visto juntos a todos los inquilinos de la Grujía 10 y ahora se daba cuenta de que no había gran cosa.

Parecían lobos, coyotes o chacales. El tipo con rostro, cejas y pelo descoloridos, que parecía más un harapo puesto a secar que un ser vivo; a su lado él lobo feroz, con una cuchara de aquél en la mano, por si pudiera necesitarla en un apuro; él ex saxofonista desexuado y desdentado, al lado del *Fachendas,* todo dientes. Wren, asiendo con la mano la tartera el almuerzo de Dundee, para que *Plumitas* no buscase en él una pollita, y el mismo Azotador de Gallinas, engallado como un sultán de gallinero; y González, sin su pala, pero con el deseo de romper cosas pintado en el rostro.

Murphy tuvo un gesto de desolación.

-¡Hay que ver qué miembros del jurado me han mandado! ¿Quién puede hacer algo con un conjunto semejante? ¡ Eh, Sátiro!

> *El Impermeable* faltaba. No sabía que había audiencia..Vino corriendo y se

disculpó del modo que iba vestido. Sólo faltaba Kline *el Turista,* y Dove se alegró de su ausencia.

-¡Monstruo de lascivia! -exclamó Murphy-. ¿Quién es el juez que preside este Tribunal? -Algunos lanzaron miradas alrededor, a las paredes, a las rejas, a las puertas, pues no sabían a qué monstruo de lascivia se refería *el Trola.*

-¡Sátiro del impermeable! - puntualizó el juez Murphy-. La Sala te ha dirigido una pregunta.

-¿Cuál fue la pregunta, Su Señoría? Su Señoría la había olvidado.

-No importa - improvisó hábilmente-. Di a la Sala quién fue el que dijo que podría arrimarte un castañazo si quisiera y que tú reconociste que podría hacerlo si quisiera.

-Su Señoría podría arrimarme un castañazo cuando Su Señoría quisiera. Su Señoría-dijo él lobo solitario, siempre dispuesto a ser el primero.

-También a mí. -Todos querían ser los privilegiados, todos querían hacer creer, envidiosos, que Murphy los había favorecido particularmente.

- Tú me breaste a golpes -mintió el guiñapo humano.

-Tú me diste a mí más pifias que a nadie -pujó *el Lobo Feroz.*

- Más piñas que a nadie -repitió el Hombre- Eco.

- Échenlo de aquí -determinó el juez Murphy.

-Échenlo de aquí - exclamó el Eco. No bien pronunció estas palabras, cogieron al Desorbitado Número Uno y en volandas se lo llevaron a su celda, *diciéndole que* le comunicarían allí, más tarde, el veredicto.

-Mas tarde, el veredicto -convino el desorbitado con amable sonrisa.

-¿Con qué os aticé candela, bravos amigos míos?-preguntó el juez Murphy,

-Con tus puños de titán -exclamó él sátiro del impermeable, como si sólo basta ese momento le empezaran a doler loe golpes.

-Es bien cierto: con mis puños de titán- convino Murphy, y puso su puño derecho delante de la nariz de Dove -. ¿A qué se parece esto? -le preguntó -. ¿Es el puño de un titán o el puño de un pigmeo?

-Es lo más parecido a un puño que be visto en mi vida -dijo Dove, encogiéndose de hombros con indiferencia»,

Murphy se echó atrás, sacó del bolsillo una hoja arrugada de papel y leyó su texto, mientras los demás se ponían a escucharle con reverencia.

-Estas son los reglas por las que se rige este Tribunal Canguro. A todo hombre juzgado culpable de intrusión en este honorable bote sin el consentimiento de sus moradores le será impuesto una multa de dos dólares, o bien permanecerá durante cuarenta días en el suelo a razón de chico centavos por día. O bien, si el jurado pidiera clemencia a la Sala, llevaría a Su Señoría a cuestas y lo pasearía tres veces por la crujía.

»Todos los hombres que entren en esta crujía tendrán que estar limpios y adecuadamente vestidos. Todos los días de la semana se

hará limpieza general, menos los domingos. Todos los hombres se lavarán la cara y las manos antes de tocar la comida, incluso la propia. Todo hombre culpable de escupir en el cenicero o por la ventana meterá la cabeza voluntariamente en el cubo de la basura y si no lo hace de buen grado se le forzará a hacerlo. Todos y cada uno de los hombres, después de utilizar él retrete, están obligados a verter en él un cubo de agua. Si no lo hace, será condenado a meter la cabeza en el cubo, voluntariamente o a viva fuerza.

»Tiren todos los papeles a la tubería del carbón. No pinten en las paredes dibujos obscenos, la hermana de cualquiera de nosotros, al visitarnos, podría verlos. Tengamos limpios nuestros paños de cocina y nuestras toallas. Si uno de los hombres es sorprendido robando a su compañero, William Murphy, el juez de paz, se las entenderá con él.

»Todo aquel que venga a esta crujía con. mal venéreo, piojos, bubones, ladillas o sarna dará parte inmediatamente de su estado. Todo aquel que quebrante cualesquiera de estas reglas será castigado según la sentencia de la Sala y los señores del jurado, confirmando la sentencia el propio juez William Murphy, que ejerce a la vez las f unciones de tesorero de la crujía.

William Murphy, el juez de paz, miró a Dove, ufano como una salamandra que estuviera comiendo fuego.

-Todo lo que digas a partir de este momento, será usado en contra tuya. La Sala rehúsa al reo toda clemencia.

-Entonces, no hablaré.

-¡Desacato a la Sala! - exclamó el guiñapo humano-, Chico, ¡estás listo!

-Tienes razón -dijo él juez, adoptando el punto de vista del guiñapo humano-. Has cometido un desacato que no se lo salta un galgo.

-¿¡Por qué? - preguntó Dove.

-Porque sí, ¡y basta ya! -Murphy adoptó a continuación un tono benévolo-: Quiero ayudarte,¿ muchacho, pero tú no quieres cooperar conmigo. Yo en tu lugar confesaría de plano todos los crímenesˆ abominables que has cometido y me acogería a la clemencia *de* la Sala. Así te sentirías mejor, espiritualmente.

-Pero antes dijiste que el lema de la Sala era el de rehusar al reo toda clemencia.

-Recordándomelo has cometido otro desacato. Son ya dos desacatos como dos casas.

-¡Bravo, juez! -gritó entusiasmado el detritus humano-. Atízale otro castañazo y hazle confesar ya de una vez todos sus crímenes.

-Pero, qué yo sepa, no he cometido ningún crimen.-Dove tenía que defenderse,

-Pues, ¡claro que no! ¡Eres un angelito caído del cielo! - le dijo, mordaz, el juez Murphy -. Pero ¿en dónde están tus alas que no las veo?

Este deslumbrante destello de ingenio hizo rugir a la asamblea.

-¿En dónde están tus alas, angelito caído del cáelo?

-A ver, contéstale tú, que eres un chico tan chistoso.

Dove tuvo que esperar un minuto antes de que se restableciese la calma en la Sala.

-¿Dices que no eres culpable de nada? Entonces serás inocente de *algo.* ¿O lo niegas?

-Por supuesto que soy inocente de nada. -Dove comenzaba a enfadarse.

-Entonces, por supuesto, eres culpable de todo.

-¡Culpable de todo! -baló él guiñapo humano, aulló *él Lobo Feroz,* ario siniestro, *él Sátiro* del impermeable y *Plumitas* cacareó-¡Culpable! ¡Todos son culpable de todo!

-Ya ves. Es evidente tu culpabilidad -dijo Murphy, fúnebremente-. Si la confiesas, la Sala podría tener clemencia de ti. Sería una circunstancia *extenuante.*

-Enmudezco -resolvió súbitamente Dove.

-¡Demasiado tarde! -Murphy decretó-. ¡Ya has confesado! ¡Ya has confesado!

- *Nada* he confesado - protestó Dove -No he confesado *nada.*

-Tú dijiste que eras inocente de nada, y si esto no es confesar que venga Dios y lo vea.

-Inocente de nada. Culpable de todo.

-Ya oíste él veredicto - le informó Murphy -. ¿Por qué te quedas ahí parado? ¡Pronto! ¡Al cubo de la basura!

-No meteré mi cabeza en ningún cubo de basura -exclamó Dove, terminante.

Kline *el Turista* vino en este momento y se recostó en la puerta del calabozo.-Sugiero que recomienden clemencia, caballejos -dijo, sin dirigirse particularmente a caballero alguno»

-Que cargue con él juez. Esa es la única clemencia -decidió el detritus humano.

Su Señoría esperó a ver si el reo aceptaba la conmutación de su pena. Dove miró al *Turista. El Turista* hizo con la cabeza un ademán afirmativo.

Dove se agachó con las manos en las rodillas y Su Señoría, montó sobre él.

Dove, con Su Señoría a cuestas, se puso a dar, vueltas por la crujía. Los desorbitados componente», del jurado siguieron al par, contando las vueltas. Cumplido el castigo, Murphy desmontó y le dijo a Dove:

-Ahora distribuye un poco de tabaco entre los camaradas para demostrarles que no les tienes mala voluntad:

Dove repartió equitativamente sus *Picayunes* entre sus desorbitados camaradas. Satisfechos sus celos, Murphy encendió uno para Dove. La paz volvió a reinar en la Crujía 10. Y los desorbitados volvieron a sus respectivos; calabozos.

A la mañana siguiente, muy temprano, antes de que llegaran las latas con el rancho, se presentó un celador en la crujía.

- Kline, vístete. El sheriff quiere verte. Eso es todo lo que sé.

Pero los inquilinos de la Crujía 10 sí sabían lo que era. Los federales habían venido finalmente a buscar al *Turista.* Este se vistió con calma, morosas mente, como si le pesara, preguntándose qué cargos habría echado el juez sobre sus hombros.

-Necesito tiempo para cavilar sobre di asunto -le dijo al celador, como si pudiese optar en el asunto,

Estrechó las manos de todos, y por último, á de Dove, su compañero de celda.

-Nos veremos en una cárcel u otra -le prometió, y Dove sintió en extremo que se fuera.

Lo hizo bajo la lluvia, terminado el Carnaval, cuando todavía estaban encendidas las bombillas de la noche.

> La bombilla de la noche, que, por lo general se apagaba a las 6, aquella mañana

quedó encendida hasta que las campanas de la Audiencia tocaron las 9. Un minuto después, la bombilla comenzó a apagarse. Lentamente. Y los calabozos fueron sumiéndose en las sombras retrasadas de una noche que ya había transcurrido.

Una hora oscura, perdida, la primera que Dove había pasado solo en un calabozo. Oyó, muy lejos, los silbidos de un tren, como si se lamentara de tener qué alejarse más y más de allí, y pensó: «Ese maquinista debe dé sentirse muy solo.»

Más tarde, asomándose al ventano vio que los enguantados protectores del Reino Animal volvían a las suyas. Pero ya había perdido el deseo de contabilizar las víctimas de la Bondad Humana. Uno de los presos habló de organizar un certamen, de escupitajos, cuyo premio sería un saquito de «Bull Durham», pero nadie quería jugar. Un «Lincoln» verde cruzó el patio y enfiló la avenida sin pavimentar, en medio de repetidos toques de sirena y con los farolee encendidos para perforar la neblina matinal.

-Ahí van los *chotas* -anunció a sus compañeros, y todos corrieron y se apiñaron en el ventano, pero ya el coche había desaparecido. Sólo oyeron sus toques de sirena que se fueron debilitando hasta desvanecerse en la lejanía.

No cesó en toda la tarde la lluvia pertinaz del Sur. Cuando caía la tarde los presos se reunieron en centro de la crujía, intranquilos, incómodos, y se pusieron a leer las reglas del Tribunal Canguro, como náufragos que leyeran el Génesis en una balsa, en medio del mar. Cerraba ya la noche cuando cesó la lluvia y en este momento de calma oyeron un rumor de botas que provenía de la escalera.

Siempre tardaba más el sheriff en abrir la puerta de la Crujía 10 que

las de las demás crujías. Esa se abría por medio de un dispositivo de aire comprimido encerrado en una caja fija en la pared exterior, y la llave que abría esta caja, más pequeña que las demás, era también menos manejable a causa de su levedad.

Los hombres tendieron él oído.

-Alguien viene con él - supuso uno de ellos.

Entraron en la crujía el sheriff y un ayudante con una insignia en la gorra. Entre ellos venía Kline *el Turista,* doblado el cuerpo; los tres empapados de agua. Kline parecía más pequeño. Llevado casi en volandas por los dos funcionarios, sus pies apenas rozaban el suelo.

Bajo su gorro rojizo, su rostro exangüe carecía de expresión. Uno de los presos pasó por entre los barrotes una manta. Tendiéronle en ella. Kline se quitó el *gorro,* y lo puso sobre su estómago y bebió ávido, el agua que le caía de los cabellos. Con sus dedos torpemente, buscó la herida.

-Vi que lo había *sonado,* cuando se puso a vomitar - explicó el ayudante del sheriff. El rostro *del Turista tenía un* tono ceniciento que Dove jamás había visto en un ser vivo. Tenía las pupilas dilatadas por el espanto.

-Hiciste mal, hijo, en no querer marcar el paso[85] -le reprendió severamente el sheriff, mientras el doctor le limpiaba la herida en el vientre con una esponja de hilas.

-Se tiró del coche -explicó el ayudante del sheriff, creyendo que debía esta aclaración a los hombres que miraban a través de los barrotes-. Le grité, pero siguió corriendo, agachado y en zigzag. No le censuro. Noventa y nueve años, son muchos años.

La garganta de Kline tenia el color gris de ceniza de sus dedos: era el color del cemento en el que estaba tendido; el color de su lejano hogar; el color de aquella playa nueva y desconocida que desde hacía tiempo había entrevisto en sus delirios.

-Tendremos que operarte -le dijo el sheriff -. ¿Estás conforme?

Prendido en la disyuntiva de morir antes de tiempo o de vivir fuera de toda esperanza y propósito, sus ojos miraron dentro de sí, en busca de una solución, sin saber que esta solución ya había sido decretada.

Tras de sus ojos entornados vio Dove la angustia del hombre, como

la del zorro acosado que ve el círculo que se estrecha en torno suyo, ¡Qué difícil era todo! Sus dedos húmedos de lluvia o de sudor, agarrotaban el gorro para que no se le separara de ellos; sus ojos se esforzaban en comprender.

El sheriff acercó el oído a sus labios para oír el susurro de su consentimiento. Lamentaba en su fuero interno que no hubiese sido él el del disparo. Le habría herido en las piernas, lo justo para cortar la fuga.

Los dedos del herido soltaron el gorro y buscaron los bordes grises de la herida, para palpar el desgarro de su carne y asegurarse de que era la suya.

-Di que podemos operar -insistió él doctor- Tengo que coserte la herida.

Afuera cesó la lluvia unos momentos, como si también quisiera escuchar el sí del herido. El doctor miró al sheriff y éste al doctor. Ya había sido procesado una vez, y no lo sería en esta ocasión. La ley era la ley y tenía que cumplir sus mandatos. Un olor a yodo invadió la crujía.

-Di que sí -le urgió Dove-. Di que sí, *Turista.*

El celador se presentó en esto, presuroso y de puntillas.

-Ahí abajo está una socia. Dice que fue en otro tiempo mujer del interfecto. Tiene papeles que lo demuestran. No los examiné detenidamente. No, no la registré. Tal vez ella les pueda dar el consentimiento.

-¿Su mujer en otro tiempo? -El sheriff meneó la cabeza como un mastín cansado -. En tanto que esté en sus sentidos, dice la ley, tiene que ser él quien dé el consentimiento. En caso de estar inconsciente, un familiar puede darlo. Si no hay familiar, yo no puedo hacer nada. Sólo prestarle los primero auxilios, eso es todo. Es lo que marca la ley.

La lluvia, afuera, volvió a caer. Dove oyó que el viento, por entre el agua, murmuraba: *Sí, sí, sí.*

Pero nadie hizo caso de la lluvia insensata ni nadie supo interpretar el murmullo del viento. Porque el viento y la lluvia no dejaban de venir día tras día y murmuraban como dos abogados de oficio que discutieran toda la noche sobre lo que debía decir en la Sala a la mañana siguiente.

«¡Qué cosas ocurren en la vida!» - pensó para sus adentros Dove.

Más tarde, con este pensamiento, cayó en una modorra profunda.

Soñó que un ruido le despertaba. Con el rabillo del ojo vio que lo estaban observando; no obstante no volvió él rostro. Algo se arrastraba en un rincón de la estancia. ¡Aquella gata! ¡La gata lisiada de Hallie! De un salto, el felino se plantó en el centro de la habitación. Luego con un movimiento de su rabo le invitó a seguirla. La siguió hasta otro cuarto en donde se veía, muy alta en la pared, por encima de su cabeza, una Virgen iluminada. No lejos de donde él estaba ardía una estufa atiborrada de astillas de madera. Su llama, en forma de corazón, tenía tintes rojizos de sangre. Una bata de seda negra, bordada, estaba en el suelo revuelta con unos pantalones azules de mecánico, y no supo a dónde había ido la gata. Una capa de polvo cubría suelo y paredes. Y ahora aquella prenda de mujer y aquellos pantalones entrevistos antes se habían convertido también en polvo. Los cristales de las ventanas, los cuadros, las puertas, los cortinajes, todo se había convertido en polvo.

Sentía algo en la punta de la lengua y no era polvo, sino sal. La luz que iluminaba la imagen de la Virgen, por encima de su cabeza, se hizo más fuerte, más intensa, y se despertó realmente. El reflejo de la bombilla de noche le daba directamente en los ojos.

¡Seguía sintiendo en la lengua el gusto de la sal.

-¿Se sabe algo de Kline? - preguntó.

-Hace media hora se volvió de cara a la pared - respondió el celador, dando a entender que *el Turista* había emprendido su último viaje.

González canturreaba, lastimero, en su lengua natal:

Toda la noche estoy, ¡niña!

pensando en ti. Yo, de amores

me muero, desde que te vi,

morena salada, desde que te vi.[86]

«Se me figura que he estado en todas las tierras que creó el Señor-pensó Dove-, y,

sin embargo, sólo he tropezado con gente desdichada; no hallé más que la desgracia y la degradación. También descubrí que es la gente desdichada, no la afortunada, la que te ayuda a levantarte cuando has caído. Me he dado, cuenta de que hay solamente dos clases de individuos; los que se resignan, los que se dan por vencidos y se unen a la legión de los vencidos; y los que quieren vencer a toda costa, y no retroceden ante nada, ni siquiera ante la idea de que para llegar a sus fines tienen que pasar por encima de los cuerpos de los que cayeron vencidos,»Y si he hallado mujeres en mi camino, todas han sido mujeres caídas, mujeres vencidas, juguetes, objetos de placer, hembras sin pudor y sin ventura. Se les podía tratar demasiado bien, decían, pero no demasiado mal. No obstante, no las cambiaría, La peor de entre ellas, por las otras, por las que se dicen decentes. Creo que son la verdadera sal de la tierra.»

Y sus pensamientos, desfilando por las calles" donde se hallaban las infortunadas, le llevaron' a una carretera mal pavimentada, llena de baches y agujeros que remataba en un pueblo perdido. Un pueblo en que el tiempo, andando hacia atrás, había dejado trozos grandes de pavimento, mientras recorría él mezquital, al extremo del cual, que era también el extremo del pueblo, un farol de gas único parecía una pequeña fogata solitaria. A medianoche, su reflejo vacilante iluminaba un letrero, a través del cristal oscuro de una ventana:

LA FE DE DIOS

Bien venidos todos ustedes

-¡Teresina! -exclamó el mozo, casi aterrado, recordando a la mujer que un día se apiadara, o aquel lugar, de su ignorancia-, ¿Está usted ahí? ¿Está ahí, en su cama, al final del mundo, mientras yo me encuentro aquí, en el otro extremo del mundo?

Aquella mañana en que trajeron a la crujía siete latas de rancho en vez de las

ocho reglamentarías, se levantó un sordo clamoreo. No daban desayuno al preso que, por la mañana, se ponía en libertad.

-¿ ¡Quién es el afortunado, señor Foster? - Todos anhelaban saberlo-. ¿Quién sale esta mañana por la puerta grande?

Dove, en cuclillas, con su manta sobre los hombros, fue quien contestó, por todos, a la llamada del señor Foster:

-Dejarse de preocupaciones, mis queridos y criminales compañeros. Esta mañana le ha llegado «S turno al señor Limkhorn. - Había contado con exactitud los días.

> *El Detritus humano, el Lobo feroz, el Impermeable, el Mochales, él Desorbitado,*

desdentado y de- sexuado en saxo, el Fachendas, él Azote de las polillas, el honorable William Murphy, el Trola y el Juez pacificador, se agruparon en torno a Dove para expresarle sus peores deseos.

-Volverás a ésta aquí mañana -le deseó el desorbitado y desdentado ex saxofonista.

-¡Qué va! Será esta misma noche -dijo *el Fachendas,* seguro de ello.

-Mientras tanto, toma esto -le dijo Murphy, y le obsequió con una bota de «Bull Durham», artísticamente atada como es de rigor en un regalo.

Dove vaciló.

Recogidas hebra por hebra de siete bolsitas distintas, estaba casi llena.

-Y los papelitos -añadió Murphy, entregando un cuaderno de papel de fumar a Dove. Dove aceptó.

-Hasta la vista -les dijo, y tras de esta mentira estrechó la mano a cada uno de ellos sabiendo que jamás volvería a verlos.

En aquel confuso mes de abril del año 1932, el número de parados ascendía a ocho millones. Doscientos mil obreros de las fundiciones de acero vieron reducidos sus salarios en un quince por ciento. Un cardenal vio en el colapso económico de la Nación una significativa coyuntura, pues cada día ponía a millares de personas más cerca de la pobreza de Cristo. Para miles y miles, decía el cardenal, era una

ocasión sin par de llevar a sus hogares la simplicidad de Jesús. Por toda la nación, hombres y mujeres, e incluso niños, comenzaron a saborear los frutos de esta oportunidad espiritual.

Las Hijas de la Revolución Americana pidieron que fueran deportados los parados de origen extranjero; una muchedumbre linchó a un hombre en Arwood, Kansas; un destacamento de la Guardas Nacional nicaragüense mató a su comandante, un norteamericano; una crisis de desempleo se anunciaba inminente; alguien disparó contra él prestí dente de la República, en Francia; el algodón subió ligeramente, seguido del trigo, y Huey Long, el gobernador de Louisiana, declaró que había llegado el momento de proceder a una distribución más equitativa de la riqueza. Russ Colúmho seguía cantando *Por favor*.

El azúcar cubano ponía en peligro al nacional el alcalde Walker anunció que en Nueva York la fe no había decaído. Buscábase hasta en Inglaterra ál niño raptado de Lindbergh. Al Capone se iba en viaje de placer a Atlanta. El alcalde Walker desprestigió la reducción de los salarios y Huey Long dijo que votaría por el partido agrario antes que por los demócratas como Morgan, Baruch y Rockefeller. El algodón volvió a bajar, pero el Congreso decidió que, después de todo, no cabía redistribuir la riqueza.

En el curioso mes de abril del 1932, Mussolini escribió una obra teatral y Calvin Coolidge tuvo que retractarse públicamente y pagar a una compañía de seguros de San Luis dos mil quinientos dólares por haber declarado en un discurso radiado que los agentes de seguros eran unos «liosos». Max Schmelling toma, en serio un encuentro que había de enfrentarlo con Sharkey. California se negó a indultar a Tom Mooney y la gente seguía cantando *Me rindo, amor mío.* El senador Borah pidió que se redujeran los armamentos y los átomos de bello. El presidente de la Universidad de Wisconsin anunció que ya no había estadistas; Herber Hoover se hizo pintar un retrato; se pidió al Congreso que privara de sus derechos al senador Bankhead y la crisis por el desempleo se hizo inminente.

En aquel curioso y ya lejano año 1932 tantos eran los que afirmaban que la prohibición era un fracaso, que la Cámara de Comercio de Nueva York lo declaró oficialmente. El algodón subió de nuevo, siguiéndole el trigo, y los vitivinicultores nacionales pidieron que el vino doméstico fuese declarado lícito. Cerca del lago Victoria se halló un fragmento de mandíbula humana que, según los hombres de ciencia, debió pertenecer a uno de los primeros moradores del planeta. El Congreso se negó a privar de sus derechos a senador alguno.

Kansas, el último Estado en votar la Ley Seca, estaba a punto de convertirse en húmedo. Sharkey estaba tomando en serio su próximo encuentro con Schmelling y una nube de polvo de color ceniza oscureció durante cuarenta horas el cielo de Buenos Aires.

-Mientras más oscuro sea el valle, mayor será el resplandor de la caridad cristiana - dijo él mismo cardenal en aquella extraña y breve primaria» y Nueva Orleáns se puso a organizar un desfile en homenaje a la cerveza.

Allí en la Casa de Muñecas de Dockery, mientras el aparato tocaba:

¡Mi barrio chino! ¡Mi barrio chino!

cuando las luces van declinando.

una piruja de pecho liso, pelo estirado y mirada! dura llamada Kitty trataba de

que le fiaran.

¡Pero el dueño del bar desoía su demanda!

-¿Acaso mi hombre se fue dejándole un clavo? -quiso saber Kitty-. Sólo así comprendería que ¡ no quieras fiarme una mísera cerveza.

-Si te refieres a un sujeto llamado Finnerty-le dijo el ex doctor-, sí, me dejó algo pendiente se convirtió en humo, yo no creo que vuelva m aparecer por el barrio.

-Tenga la seguridad de que estando yo aquí un día u otro volverá -prometió Kitty-. Me quiere demasiado para dejarme varada y sin un cobre.

-Por supuesto - le dijo el anciano, condescendí diente-. Entonces, sabrás en dónde se encuentra ahora.

-No estoy autorizada a decirlo -le contesto la muchacha.

-Tampoco estoy yo autorizado a fiar cerveza«a nadie -le contestó con igual celeridad el anciano.

Kitty sacó de uno de los bolsillos de su pantalón, de un azul

descolorido, un monedero y vacío su contenido en el mostrador: doce centavos y un níquel.

-Tengo bastante para una cerveza -dijo, después de contar su tesoro-, pero no para emborracharme de cerveza-. Y esperó a que le sirviera; la consumición.

El anciano trajo la cerveza y cogió del mostrador la mitad de los centavos.

-Tengo unos ahorrillos - recordó casualmente-, y me gustaría Invertirlos en una granja avícola. ¿Sabes quién podría aconsejarme?

-¡Córcholis! Precisamente lo que mi Oliver... -¡Pero se detuvo, bruscamente, «ate la sonrisa sarcástica del barman. La astuta y empedernida muchacha -decía aquella sonrisa- era, después- de todo, tan crédula como las otras, si no más. Y volvió con sus muñecas.

Alguien» en este momento, hizo sonar desde afuera el timbre y asomándose a la mirilla vio al presumido tunante, tanto tiempo ausente, que un día se llamara a sí mismo el gran Stingaree.

Era evidente, en cuanto puso el pie en él interior del viejo bar, que Dove acababa de salir del hospital o de la cárcel. Llevaba en todo d la impronta del encierro prolongada entre cuatro paredes. Pero al anciano le traía sin cuidado que saliera de donde saliese.

-Quédate aquí mientras tengas algo que gastar-le previno-, y cuando lo hayas gastado, te largas. No quiero verte gorrear tragos a tus amigotes.

-Yo he convidado a muchos en este bar, viejo parece ser que lo has olvidado.

-No lo he olvidado, y desearé que sigas convidándolos. Dime ¿qué vas a tomar?

-Whisky y cerveza -le dijo Dove. El anciano aguardó a que Dove pusiera el dinero encima del mostrador.

Dove vertió él whisky en lo cerveza con estudiada lentitud. Luego fue a sentarse a una mesa, solo, sin saludar a nadie. En la tenue luz difusa del bar los chulos y sus coimas se movían como hombres- ranas en él fondo del mar. Por encima de su cabeza, los lentos ventiladores marcaban morosamente el compás como el batir de unas hélices oído desde las profundidades del océano. Aunque conocía, por sus nombres

de pila, cinco meses atrás, a todos los que se hallaban en esos momentos en el bar, tenía la sensación de que hacía años y años que los había perdido de vista. Cuando preguntó a una de

Las pindongas si había visto a Balite, todo lo que obtuvo fue un desdeñoso encogimiento de hombros, O no la conocía, o bien la muñeca prefería guardar un silencio prudente. En boca cerrada no entran moscas.

En Perdido Street todo se olvidaba rápidamente. La única que le recordaba bien era precísame te aquella de cuyo nombre no quería acordarse Kitty, la muchacha acerba de labios fruncidos, Kitty, fue a su mesa, pero antes de que pudiera abrir la boca para pedirle u ofrecerle un trago, hizo, él un movimiento negativo con la cabeza. No. No quería tener trato alguno con su antiguo compañero de turismo.

Era una tarde apacible. Dockery miró una o dos veces con el rabillo del ojo, no

fuera que alguien le escamoteara su propia botella. Por supuesto, aquellos hampones dejaban el suelo del bar hecho un asco, pero esto le brindaba la ocasión, más tardeˆ cuando cerraba a cal y canto su establecimiento, de baldearlo, limpiarlo, desinfectarlo y dejarlo limpio; como una patena: era un deleite que con nadie habría compartido.

Vio la plataforma de Schmidt arrimada a una pared, y a Schmidt en el suelo ante una mesa, a la cual se hallaba sentada Kitty Twist. Al anciano le pareció de perlas esta alianza del hombre lisiado y de la esquinada muchacha. De ella saldrían algunas? consumiciones, obsequio de la casa, para estimularlos, pero a continuación desistió de la idea. Y se puso a quitarles el polvo a sus muñecas, dedicando especial cuidado a su preferida, le pepona.

No oyó lo primera voz de amenaza. Al principio, fue sólo una especie de murmullo ahogado que fue creciendo hasta dominar el zumbido de los ventila«dores y que luego se fue apagando hasta convertí»: se en un siseo apenas perceptible. Cuando se decidió a mirar, vio que el presumido pelirrojo, con la palidez del hospital o de la cárcel, tenía mi espalda apoyada contra la pared y que delante de él, como cerrándole el paso, se hallaba Schmidt, con sus muñones abiertos y la palma de la mano extendida sobre el s uelo como apuntalándose en él.

-Yo no tengo nada contra usted -oyó el doctor que exclamaba Dove.

-¿Niegas que fuiste con ella? ¿Niegas que viviste con ella?

-Me fui con ella y vivimos juntos, es cierto. *Eso* no lo niego. Pero si supiera en dónde se encuentra ahora, se lo diría. No lo sé. He estado fuera mucho tiempo.

-No me vengas con cuentos. Sabes en dónde está, porque ha sido ella la que te ha mandado aquí para averiguar qué es lo que yo hacía. Viniste porque ella te mandó. -Parecía muy seguro de lo que afirmaba. Kitty Twist se hallaba detrás de él-. Me dirás en dónde se encuentra y me llevarás hasta ella o, ¡como hay Dios!, te atendrás a las consecuencias.

-Hacadles sitio, muchachos.

Los chulos, sus muñecas y todos los detritus humanos allí congregados se animaron súbitamente, como poseídos por un espíritu cívico que los impulsara al bien común.

-Está bien - el doctor había tomado su partido-. Les dejaremos que ajusten sus cuentas. ¡Y cuanto antes mejor!

-Primero que se den la mano - dijo uno.

-Y luego que gane el mejor -dijo Kitty con alto espíritu deportivo.

Los chulos hicieron retroceder a empellones a las mujeres, pero éstas porfiaron por situarse en primera fila y no perder un ápice del espectáculo.

Dove se había apoderado de una escupidera de latón y la blandió por encima de su cabeza.

«-¡Atrás! -exclamó-. No quiero meterme en lios. Dejadme pasar-y dio un paso hacía Schmidt.

El mutilado no se moviodel sitio. Durante unos segundos miró a Dove con extraña fijeza;, seguidamente le volvió la espalda y, abriéndose paso por eatre los hombres y las mujeres, se encaminó gateando hasta su plataforma. Subió a ella y se sujetó con las correas, cuidadosamente.

-¿Te vas tan temprano a casa, pápalo? -profirió uno de los presentes, pero Schmidt no le contestó. Para él su plataforma era arma y

armadura a un tiempo, y todos lo sabían.

Dove, entretanto, se había deslizado a lo largo de la pared, lentamente, hacia una puerta entre abierta que daba a un callejón trasero. No estaba lejos, y de un salto o dos la alcanzaría, y saldría entonces de ali, para no volver nunca más.

Pero Schmidt no apartó de él un segundo sus ojos acechantes y maniobró su plataforma hasta cerrarle el paso. Detrás de él, rostros de mujeres y de hombres, gozosamente aterrados, seguían los movimientos del monstruo, que se arrastraba sobre cojinetes de bolas. El silencio era sólo interrumpid por el sordo ruido de los ventiladores y el jadeo; rápido, como el resuelo de un conejillo cogido, del que estaba a punto de ser atrapado.

Dockery vio que los labios de Schmidt se moj vían, silenciosos, como si trazara mentalmente una operación, antes de ejecutarla. Hizo una finta a la izquierda, y a continuación otra a la derecha, obligando ambas veces a Dove a cambiar de posición| la escupidera que tenía en la mano.

-No sé en dónde está su mujer.-Y en cuanto hubo pronunciado esta última palabra, Schmidt Imprimió a sus ruedas un movimiento rapidísimo y proyectó su plataforma contra Dove, protegiéM dose los ojos con el antebrazo.

Dove, esgrimiendo la pesada escupidera como un disco, golpeó con elia fuertemente el rostro de Schmidt, por debajo del brazo, Schmidt se tambaleó.

conió un tocón desgajado en una tormenta, pero no detuvo el movimiento de 3a plataforma y Dore, entonces le asestó un segundo golpe con el ijlo de la escupidera.

La fuerza de este segundo golpe detuvo el impulso de la carretela y la hizo girar casi en redondo, haciéndola chocar contra la pared.

-¡Duro con él! -oyó Dove en medio del murmullo de voces que se elevó a uno y otro lado de él-. *Ahora, ahora, ahora»* Ahora que está cegado por la sangre, remátalo! ¡Rómpele el cráneo!

Porque Schmidt tenía tan agachada la cabeza que su calva coronilla parecía brandarle a Dove un blanco excelente.

-Ahora, ahora, ahora,.

Pero Dove, en alto su arma improvisada, no quiso o no pudo descargada sobre la indefensa cabeza.

Cuando, finalmente, la levantó el lisiado y descubrió sai rostro, éste estaba parcialmente cubierto de sangre. Por encima y por debajo del ojo izquierdo el filo de la escupidera había abierto brecha y todo el lado izquierdo de la cara estaba ensangrentado.

Como nadie hiciese el menor movimiento para socorrerle, Dove le tendió su pañuelo de hierba. Y quedó ante él, inmóvil, mientras él gigante truncado se enjugaba la sangre que bañaba su rostro y enturbiaba su vista. Recuperada ésta, dobló el pañuelo como si se disculpara de haberlo manchado y lo devolvió a Dove.

-Gracias, hijo - exclamó.

Pero los espectadores no le dejaron pasar.

-No, hijo. No ha hecho más que comenzar -dijo Schmidt detrás de Dove-. Ponte en guardia, muchacho. Y arremetió contra él.

Dove evitó, de un salto, su acometida y se resguardó tras de un pequeño velador situado a un extremo del bar. Sus piernas temblaban como las de un cervatillo asustado. Schmidt tiró el velador patas arriba, y Dove, quedando en él extendido, cómica mecate despatarrado. La escupidera salió disparada de su mano y fue rodando por el suelo, socando y resonando como un reloj que se hubiera vuelto loco.

El lisiado se precipitó sobre el cuerpo caído de Dove *y* lo alzó con sus manos potentes y ¡retorciendo salvajemente sus muñecas lo arrojó de nue. yo al suelo. Dove cayó sobre un costado, un brazo extendido y el otro doblado sobre su rostro, para proteger sus ojos. Schmidt hizo imprimir su plataforma un movimiento rápido y pasó por encima del brazo extendido, hecho lo cual separó de la cara de Dove el otro brazo.

Cuando lo dejó suelto, cayó flaccido, como un miembro sin hueso.

-Ya ha recibido lo suyo -comentó uno de los presentes.

Era bien cierto, y todos se apiñaron más estreñí chámente para verlo. Debido a la caída o al pavor, el muchacho yacía inmóvil, inerme, como un animal; vencido, incapaz ya de oponer la menor resistencia! al contrario;

Schmidt contempló aquel rostro que había to- mado de súbito una expresión patéticamente infantil. Y a continuación echó atrás su brazo derecho! hasta que sus nudillos tocaron el suelo. Detrás de él había dos hombres que habrían podido poner el pie encima, para impedir su salvajismo, pero no lo hicieron. Uno se quedó mirando cómo los fuertes ' nudillos tendían la piel atezada del puño. Y él otro dijo: «¡Está más muerto que vivo!». Eso fue todo.

-Está fingiendo -fue la respuesta de Schmidt, y proyectando el brazo en fulgurante curva, descargó su puño en el rostro del caído.

Sonó el golpe como el de un martíllete envuelto en fieltro sobre una 'blanda materia crujiente:, *¡Crac!*

-Cuando ocurre un accidente me gusta estar cerca -dijo Kitty Twist, y abriéndose paso a codazos, puso su oído cerca de la bocá destrozada de Dove, pues éste parecía querer hablar en medio del gorgoteo de la sangre que afluía a su garganta.

-Dice que si le dejan ir.

-Eezaré por usted...

-Dice que rezará por ti.

-Dile que se ahorre las oraciones -le dijo Schmidt -. Quiero saber en dónde se encuentra mi mujer. -Miró a Dove, implacable-: No creas que puedes asustarme con cuatro gotas de sangre -dijo.

Dove movió débilmente la cabeza de un lado a otro, en un lastimero gesto de negación.

Schmidt volvió a alzar el brazo, pronto a descargar un nuevo golpe. Y aunque en el pecho de todos ellos -chulos, lisiados y perdidas- hubo un sentimiento unánime de compasión hacia él caído, cuando hubo descargado él golpe, todos experimentaron una alegría desgarradora. Como si el golpe demoledor redimiera aquel otro tremendo golpe que les asestara la vida.

Más tarde, una mujer que vio que aquella cara en el suelo no era ya una cara humana, sino meramente una masa informe de cartílago y sangre por la que asomaba un solo ojo siniestro que no veía, recordó:

-Cuando lo vi en él suelo incapaz de levantarse y pelear, cruzó por mi mente una sola palabra: *Asesinato.* Pero, ¿por qué compadecerse de él?

Y cuando todo hubo terminado, Schmidt miró a su alrededor como un hombre que saliese de una crisis de sonambulismo. Miró a todos como si ellos supiesen algo que él desconocía. Como si no comprendiese por qué tenía sangre en las manos.

Kitty Twist se arrodilló para anudar sus frágiles brazos al cuello del mutilado, y sus labios iban a juntarse con los suyos cuando él hombre, con una mueca de asco, la apartó de su lado de un tremendo empellón;

-Socorran a este hombre y abran las puertas-ordenó. Las puertas se abrieron y los últimos rayos del día penetraron en el oscuro recinto.

Schmidt vio el día y la puerta abierta. No obstante, se quedó inmóvil en su carrito, sin hacer un movimiento, hasta que Dockerty gritó.

-¡Echarlo de aquí!

Y sólo entonces, ansiosos, aliviados de su tensión y devueltos a la realidad de su resentimiento, los hombres y las mujeres que habían sido testigos del inenarrable salvajismo del lisiado gigante, arremetieron contra él. Uno le dio un empellón por detrás. Otro le agarró por el pelo, en tanto que un tercero se puso a. dar puntapiés a las ruedecillasj que tanto temiera unos minutos antes, pero que" ahora no se movían con la rapidez apetecida. Hasta aquella bestezuela de Kitty le lanzó un salivazo a la nuca.

Todo eso y más lo aguantó impertérrito Schmidt. Como una estatua del dolor, con un rictus de amargura, como si no hubiera hecho más que lo que correspondía hacer a ellos, y que lo tuivo que hacer el, un patriarca délos mutilados.

Fuera de aquel bar superfluamente clandestino que había rebasado su tiempo, traspuesta la puerta final de una década extinguida, el héroe que una vez fuera hombre se vio en medio del arroyo. En una calle de muy pronunciada pendiente.

Uno de los hombres dio al carrito un tremendo empujón. Y esperó, junto con los otros, el rápido desarrollo de los acontecimientos. El lisiado perdió el dominio de su plataforma y ésta comenzó a dar bandazos, de un lado a otro de la estrecha callejuela, aumentando progresivamente su velocidad hasta que halló a su paso un poste telefónico y se estrelló contra él. Nadie rió entonces. Todos se esforzaron por ver, en la distancia, si aquel cuerpo dislocado en mitad en la acera y mitad en el arroyó, se movía. Pero no; no hacía el menor

movimiento, ¡Dentro de la casa el aparato tocadiscos comenzó a desgranar sus notas ratoneras!

Por él veintidós hiciese *mucho dinero*

pero el whisky y las mujeres te lo fundieron

Y ellos y ellas regresaron al bar, con la satisfacción del deber cumplido.

Los sábados por la noche, los montaraces rancheros dé las tierras altas próximas

a Arroyo acudían a esta localidad, unos en «Ford» modelo T, otros en carricoches, y los más a pie. Algunos llevaban zapatos, otros iban descalzos. Pero calzados o descalzos, todos caminaban lenta, pesadamente. Y las mujeres iban siempre a un paso o dos detrás de sus hombres. Todas ellas se tapaban la boca con el chai, para no respirar el relente peligroso de la noche. En cuanto a dios, empleaban, con idéntico propósito, un pañuelo grande de hierbas, que se aplacaban a la boca, como hacían, al otro lado del río, los mejicanos.

Pero, en cuanto llegaban al pueblo, tanto, tenían que hablar y. decir que se olvidaban del relente y. de la humedad de la noche, o tal vez creyeran que el aire, dentro de los límites del pueblo, era de mejor calidad. Porque las mujeres iban de tienda en tienda charlando entre sí por los codos, o bien iban, a un cine en dónde proyectaban una película con un astro rutilante como Rod La Roque u otro del mismo brillo. Todas ellas trataban de que el mati» do fuera con ellas al cine, quisiera o no; así no se emborrachaba con los amigotes en la taberna.

Pero pocas veces calan ellos en el garlito. Las más de las veces, las acompañaban hasta la puerta del cine, hecho lo cual, por lo regular, iban a la escalinata de la Audiencia para escuchar al predicado y ver si decía algo que no hubiera dicho en otros mil y un sábados.

Corría por ciertos círculos el enojoso rumor que en el anciano no se observaba ya la vehemencia de otros tiempos. Dijérase que el fuego con que expresara anteriormente su ira, estimulante como un farolazo de tequila, había abandonado al bueno de Fitz Lihkhorn.

¿Era el whisky o el cansancio la causa de su decaimiento? O tal vez

fuera porque había muerto su hijo Byron, el único que le llevaba la contraria. Fuere lo que fuera, el caso era que al llevar ahora a las gentes a la orilla misma de la Condenación y forzarlas a mirar la hondura del terrible abismal la caída que veían era como el salto de medio metro a un corral de carbón llenó de cenizas mojadas con unos cascos de cerveza, aquí y allá revueltos. Las botellas rotas de ginebra, entre montones de escoria, no prometían ni llama ni fuego. Ellos iban allí a olisquear en el aire, y sólo olían a clavelón la rosa de India que crece en los lugares húmedos.

El aroma del clavelón mezclado con el olor a polvo. Ellos conocían bien este olor no mucho más fuerte que él que despedía el aire. El viejo había dejado ya de arrebatarlos.

No obstante, por una cuestión de cortesía y por otra parte porque no tenían adónde ir, iban a escuchar sus prédicas, ya carentes de pasión y fuego.

-No hay ya gloria en la maternidad -les decía-Las mujeres que fuman y beben no son aptas para ser las madres de los hombres de mañana. No concibo nada más monstruoso que una madre que blasfema, bebe, fuma y se pinta y corta el pelo. Cuando el Papa dice que la mujer moderna es un insulto a su Creador, demuestra más enjundia que nuestros predicadores protestantes. ¿No fue el Señor quien dijo qué el cabello largo era una gloría para la mujer?

»Las mujeres llevan ahora en las calles, a la luz del día, atuendos vergonzosos que hace años sólo se veían en los burdeles.

Prosiguió el anciano insistiendo incansable en él tema de la inmoralidad ambiente» Y nadie le preguntó cómo sabía la clase de atuendo que llevaban las mujeres en los burdeles, años atrás.

-Hasta nuestras jovencitas se exhiben ahora por las calles poco menos que desnudas, desafiando la ira del Señor, como las mujeres de Sodoma y Gomorra. Cuando el Señor nos pida cuentas a nosotros sus padres, sus hermanos, ¿qué les diremos? Y formulada la pregunta, él mismo se la contestó-: Cuando el Señor nos pida cuentas de estos pecados, todo el dinero que hay en la nación no podrá pagarlas. ¿Cómo entonces las pagaremos?

Lo miraron, indiferentes. Si tuvieran dinero para pagar algo, no estarían allí. Era eso lo que se leía en sus mi radas.

Muy pocos advirtieron, en la luz baja del atardecer, la presencia de un hombre vestido con traje de ciudad, con gorra a cuadros y en ella

una pluma rota. Estaba recostado en un árbol, en la sombra. En aquellos días afluían al pueblo muchos forasteros.

-El hombre no da ya pie con bola - pudo darse cuenta Dove, deslizando su mano a lo largo del cañón hasta notar él punto en donde se estrechaba. Luego, tocando con su bastón el tronco de un árbol, a su izquierda, halló el camino que llevaba a la callé, más abajo-. Sigue sin pavimento -observó golpeando con la contera del bastón el viejo polvo familiar.

Bajo uno de los faroles de la calle, frente a una taberna, dos mejicanos le vieron venir por la acera. Uno de ellos dio un paso hacia delante, para ayudarle a atravesar la calle, pero su amigo se lo impidió, sujetándole el brazo:

-Si necesita ayuda, ya la pedirá -le dijo a su amiga

Al parecer el hombre no necesitaba ayuda. Esperó a que pasara un carro, y a continuación cruzó la calle sin apresurarse y siguió recto, sin vacilaciones, hasta llegar a la vieja carretera que en otros tiempos levara al Oeste.

Esto ocurría a la hora en que las ranas comienzan a croar, y se percibe más intenso y penetrante el olor a miel que despide el mezquital.

En lo más espeso del chaparral, las ranas croaban a sus anchas. Al pasar él interrumpieron su concierta pero al alejarse lo reanudaron con tanto o más entusiasmo que antes.

Detrás de él un auto que, por el ruido de su motor, le parecían más bien un «Chevrolet» que un «Ford», vino, traqueteante, y se detuvo a unos pasos delante de Dove.

-¿Quieres que te lleve, compañero? -le preguntó una voz de hombre. Al acercarse al coche, Dove percibió un perfume de mujer.

-¿ Voy bien a la fonda mejicana? -preguntó.

-Ahí la tiene delante, a unos quince metros de donde está usted-le dijo una fresca voz de muchacha.

-¿Ve luz en ella?

Al inclinarse sintió el roce de su brazo desnudo.

-Sí, hay una luz en la ventana -informó la joven-.¿Quiere que dé una voz para llamarlos?

-No se moleste. Y muchas gracias. Ahora podré valerme solo - le dijo Dove. Oyó cómo el coche se ponía en marcha y se alejaba, y volvió a quedarse sólo; solo en la noche de Río Grande. Sintió que le invadía un extraño gozo. «Si Dios hizo algo con más cariño que una mujer buena -pensó Dove-, de seguro que no es de este mundo.»

Esto sucedió ya hace mucho tiempo, en alguna breve primavera perdida, en un lugar que no existe ya. En la hora en que las ranas comienzan a croar y el olor a miel de mezquital es más intenso y penetrante.

FIN

Notas a pie de página

[1] Con este nombre pretende el autor simbolizar a los Estados Unidos bajo la presidencia del republicano Hoover.

[2] Batalla decisiva en la guerra de Secesión de los Estados Unidos.

[3] Se refiere a Al Smith, candidato a gobernador del Estado de Nueva York.

[4] Alabama Western Pacific.

[5] En español, en el original.

[6] En español en el original.

[7] Uno, dos, tres, en alemán.

[8] Guindilla mejicana excesivamente picante.

[9] American Federation of Labor. (Federación de Trabajadores Americanos.)

[10] Versión mejicana de Teddy Boy inglés o del gamberro español.

[11] *Miedoso.*

[12] La estatua del general Lee, héroe de las tropas confederadas.

[13] El término *cabús,* derivado del inglés *caloose,* furgón de cola de los trenes de mercancías, esta muy extendido en Méjico, en las Antillas y otras repúblicas del centro y sur americanas.

[14] Masones del Grado 33.

[15] Para el hombre del Sur. El Viejo Dominio es Virginia, cuna de la Independencia norteamericana y más tarde capital de los Estados Confederados.

[16] Colores adoptados por los Estados Confederados.

[17] Un ilustre general Confederad o, caído heroicamente en la Guerra de Secesión.

[18] Barrios de Nueva York en los que predomina una población Judía.

[19] Un automóvil sport muy en boga en los Estados Unidos en los años 30.

[20] Un poco menos de media hectárea.

[21] Un sombrero de ala ancua, alto de copa, usado en el Oeste.

[22] Fecha de una célebre matanza, en la que la banda de Al capone

exterminó en un garaje, a los componentes de una banda rival.

[23] Célebre boxeador de aquella época.

[24] Dólares.

[25] Personaje bufo de una tira de dibujos cómico« muy populares en los Estados Unidos.

[26] Universidades católicas de Nueva Orleáns.

[27] La cárcel.

[28] La cara en la Jerga del hampa.

[29] Un general norteamericano que traicionó a su patria pasándose al bando inglés, durante la Guerra de la Independencia.

[30] 1 metro 50 centímetro.

[31] Dientes.

[32] Capital del Estado de Louisiana.

[33] Prostitutas en la jerga del hampa.

[34] Agente de la policía secreta.

[35] Hombre, en germanía.

[36] Aguardiente.

[37] Mujer de vida airada que mantiene a un chulo

[38] Prisión.

[39] Cocaína.

[40] Cocaína.

[41] Droga o enervante.

[42] Morfina

[43] Cocaína

[44] Aguja hipodérmica.

[45] Lo encarcelaban.

[46] Adicto a los estupefacientes.

[47] Vigilaba, miraba.

[48] Plano: la operación mediante la cual se obtienen las buenas dactilares.

[49] Brillantes.

[50] Dinero.

[51] Trabajo

[52] Dinero.

[53] Automóvil

[54] Casa, residencia.

[55] Brillantes, diamantes, joyas en general.

[56] Objetos de todas clases.

[57] Comprador de objetos robados.

[58] Jefatura, delegación de Policía.

[59] Trago de licor

[60] Jefatura.

[61] Celador.

[62] Ladrón, ratero.

[63] Mandamás, jefe, juez, persona Importante.

[64] agente de paisano.

[65] Mujeres bonitas.

[66] Esposas.

[67] Revólver o pistola.

[68] Hablar.

[69] Pies.

[70] Escupitajos.

[71] Dedos.

[72] Ojos.

[73] Dientes.

[74] Hablé.

[75] Prisión, penitenciaría.

[76] Amante.

[77] Amante.

[78] Viejo, anciano.

[79] Cárcel.

[80] Juez.

[81] Cárcel.

[82] Camioneta.

[83] Dientes.

[84] Bobada

[85] Volver al buen camino.

[86] En español en el original.